

NOBLE PRINCE



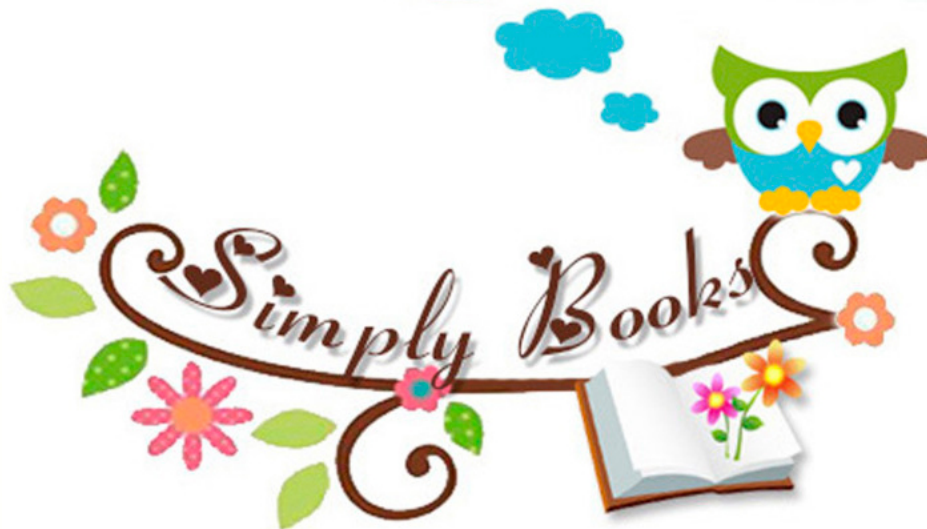
TIN GYPSY:
LIBRO CUATRO

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR
DEVNEY PERRY

PRINCE

DEVNEY PERRY

Este libro llega a ti
gracias a



¡Descubre tu próxima aventura!

TIN GYPSY: LIBRO CUATRO

NOBLE

PRINCE
DEVNEY PERRY

CRÉDITOS

MODERADORA

CARO

TRADUCCIÓN

CLAU

KARIKAI

QUEEN WOLF

PANCRASIA123

BRANJELINA

WALEZUCA SEGUNDO

SUSANAURIBE

NIKI26

KATH

CJULI2516ZC

CARO

MONA

CORRECCIÓN

NANIS

DISEÑO

LOLA'

TIN GYPSY: LIBRO CUATRO

NOBLE



PRINCE
DEVNEY PERRY

ÍNDICE

SINOPSIS	5	15	184
1.....	6	16	198
2.....	19	17	210
3.....	30	18	224
4.....	44	10	234
5.....	61	20	246
6.....	77	21	256
7.....	91	22	264
8.....	103	23	273
9.....	114	24	284
10.....	125	EPÍLOGO	297
11.....	136	EPÍLOGO ADICIONAL..	306
12.....	150	PRÓXIMO LIBRO.....	313
13.....	159	SOBRE LA AUTORA	314
14.....	173		

PRINCE
DEVNEY PERRY

SINOPSIS

La noche en que *Luke Rosen* conoció a *Scarlett Marks* fue la única vez que se arrepintió de haberse convertido en jefe de policía. Una horrible noche de sangre y muerte, y ahora ella vive bajo su techo, todo porque él **juró servir y proteger**.

Scarlett es **testaruda y exasperante**. No respeta el orden en su estructurada vida, y nunca hace nada de lo que se le dice. Y peor aún, no parece importarle que la información que tiene sobre una banda de moteros signifique que pueda acabar muerta. Pero su fuerza inquebrantable, su coraje, su tenacidad y su belleza, hacen **imposible que él la abandone**.

Si Luke quiere mantenerla a salvo, tendrá que tomar la decisión más difícil de su vida. Puede **honrar sus valores como** policía, sabiendo que es poco probable que Scarlett sobreviva... o puede **romper todas las reglas** y proteger a la mujer que ha invadido su hogar y su corazón.

PRINCE

DEVNEY PERRY

1

Scarlett

Yo te amaba.

Me desperté de un salto, sentándome con un grito ahogado mientras apretaba mi corazón acelerado. Estalló dentro de mi pecho tan fuerte como el disparo de un arma en mi mente.

Una pesadilla. Solo una pesadilla. ¿Eran pesadillas cuando atacaban durante el día? Me froté los ojos y luego miré alrededor de la habitación.

Las persianas de vinilo de las ventanas opacas no eran del tamaño adecuado para el marco y la luz del día se escapaba de sus bordes y se derramaba sobre la colcha debajo de mí.

Margaritas rosadas, violetas y blancas salpicaban la tela amarillo canario de la colcha, las sábanas y las fundas de almohada a juego. La impresión probablemente había sido elegida por su intento de animar y para ocultar el triste estado de esta habitación. Excepto que todas las margaritas del mundo no podían ocultar el hecho de que estaba atrapada. Ni siquiera cada pastel en el arcoíris podía camuflar la realidad de mi situación.

Mi vida era una serie de infiernos y seguía cambiando unos por otros.

Me levanté de la cama y cerré los ojos al primer paso vertiginoso. Mi cabeza palpitaba por la falta de sueño, comida y agua. Pero no tenía hambre. No tenía sed. Y el sueño estaba plagado de imágenes espantosas que no tenía la energía para revivir, así que me obligué a permanecer despierta las últimas diez noches. Me senté en la sala de estar con el policía asignado a Scarlett y me quedé mirando la pared.

Tomar siestas durante el día también era peligroso, pero después del anochecer, la pesadilla se sentía más real. Probablemente porque en realidad no era un sueño. Era un recuerdo que mi mente seguía recordando.

PRINCE

DEVNEY PERRY

una y otra vez. Sangre. Muerte. Temor. Era más aterrador que cualquier película de terror.

La realidad tenía una forma de triunfar sobre nuestra imaginación.

El hedor de una pizza que mi actual niñera me había traído para el almuerzo entraba por la gran rendija debajo de la puerta. La bilis subió de mi estómago, pero me la tragué y me arrastré hasta el baño contiguo, encogiéndome ante el reflejo del espejo.

Me veo como una mierda.

Peor que la mierda. Mi piel estaba teñida de gris. Los círculos debajo de mis ojos eran tan profundos y morados que podrían haber pasado por moretones. Mis mejillas y labios habían perdido casi todo su rubor rosado natural.

Necesitaba comida. Necesitaba descansar. Necesitaba desaparecer el horrible sueño que me encontraba cada vez que sucumbía a mi agotamiento. Necesitaba... la lista era tan larga que tomaría horas recitarla, pero todo se reducía a esto: necesitaba salir. Después de casi un año de pisar un mar de mis propios errores, estaba a punto de ahogarme.

Era hora de empezar a hacer mi camino hacia la orilla.

Eché un poco de agua en mis mejillas, lavando el brillo de sudor de la pesadilla. Luego enterré mi cara en la única toalla de mano. La tela de felpa estaba bordada en el dobladillo con más malditas margaritas.

Dejando la toalla a un lado, me incliné más cerca del espejo, inspeccionando mi labio inferior. La hendidura casi se había curado. Mi lengua salió disparada, sintiendo el ligero aumento donde había estado. Eventualmente, la tenue marca se desvanecería, pero no el recuerdo. Podía recordar con absoluta claridad cómo me había salido cada hematoma, cada corte y cada cicatriz.

Jeremiah podría estar muerto, pero siempre recordaría que me golpeó lo suficientemente fuerte como para partirme el labio.

Y por eso, podría pudrirse en su propio infierno.

Aparté los pensamientos de Jeremiah y salí del baño para ponerme una sudadera. Era parte de los tres conjuntos que tenía, y prefería este juego sobre los demás solo porque mi hermana me lo había dado. De alguna manera, saber que estas eran sus ropas hacía que fuera más fácil olvidar que las había estado usando la noche en que Jeremiah murió.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Esta sudadera era el único vínculo que tenía con Presley en ese momento. Y mis zapatos.

Me había acostumbrado a dormir con mis zapatillas en esta casa. Sería más fácil correr si usara tenis, no es que tuviera a dónde ir. Estaba atorada.

El dormitorio en sí era escaso y solo tenía una cama y una mesa auxiliar que se tambaleaba. El resto del lugar era más de lo mismo, los pocos muebles montados por función, no por comodidad, en este basurero de casa.

Mi hogar para el futuro previsible.

Mi prisión.

Y todo era culpa de Jeremiah. *Ese hijo de puta.* Conocí a su madre. El sentimiento era verdadero. Si no fuera por la ira y el resentimiento, estaría entumecida, así que por ahora, me aferraba a mi rabia, dejando que me alimentara cuando la falta de sueño y el hambre amenazaban con ponerme de rodillas. Había sobrevivido lo suficiente, y una casa del tamaño de una caja de zapatos en Clifton Forge, Montana, no era lo que me empujaría al límite. Tampoco Jeremiah.

No consiguió joder mi vida, golpearme y luego suicidarse, dejándome con las pesadillas. Él no llegó a ser el que me rompió.

Yo te amaba.

Eso es lo que había dicho antes de que la bala le atravesara el cráneo. *Yo te amaba.* Mierda.

Mi padre me había dicho que me amaba. Se lo había dicho a mi hermana. Se lo había dicho a mi madre. Luego nos golpearía con el disfraz de ese amor. ¿Había un hombre en la tierra que realmente supiera lo que era amar a una mujer?

Jeremiah había reclamado esas tres pequeñas palabras, pero habían sido tan vacías como sus promesas para el futuro. Si realmente me hubiera amado, no me habría retenido en esa casa club. No me habría golpeado, lastimado a mi hermana y dejado que yo sufriera las consecuencias de sus mentiras.

Si realmente me hubiera amado, me habría dejado ir.

Abrí la puerta del dormitorio y el olor a ajo y queso me dio una bofetada en la cara, provocándome arcadas. Tomando aire por la boca, caminé por el pasillo hacia el frente de la casa.

PRINCE

DEVNEY PERRY

El oficial de guardia estaba en la sala de estar, sentado en uno de los dos sillones mullidos. Se había llevado al mejor de los dos, su atención estaba fija en su teléfono.

Pasé a su lado para la cocina, mis zapatos chirriaron en el piso de linóleo.

—¿Tuviste una buena siesta? —preguntó mientras abría un armario.

—Sí —mentí, sacando un vaso y llenándolo del grifo. Cuando me trajeron a esta casa segura, el agua de los grifos salía de color naranja, y ahora, incluso después de diez días de uso, todavía tenía un tinte y un sabor oxidados.

Pero la bebí a pesar de todo, luego fui a la otra silla, me dejé caer y dejé que el resorte del respaldo se clavara en mi columna vertebral. Odiaba la tapicería marrón casi tanto como odiaba las margaritas. Aunque ninguna pudiera vencer mi absoluto aborrecimiento por esta casa.

Ni siquiera había televisión. El policía que había estado aquí conmigo anoche había traído una baraja de cartas y un tablero de cribbage, así que habíamos jugado durante horas. Pero los policías asignados durante el día nunca parecían pensar en algo que hacer para pasar el tiempo. Tenían sus teléfonos, su conexión con el mundo exterior.

Mientras yo estaba atrapada. Nunca sola. Siempre sola.

El oficial de hoy era joven, su cabello oscuro peinado cuidadosamente en una parte áspera por encima de la ceja derecha. Tenía un grano en la barbilla y su uniforme azul marino, una camisa almidonada de manga larga y pantalones a juego, parecía que los hubieran lavado menos de cinco veces. Su placa era demasiado brillante y su arma demasiado nueva. Pero por hoy, él era mi protector. Uno de los tres policías por día que venían a quedarse aquí conmigo y mantenerme a salvo.

—¿Cuál es tu nombre? ¿Otra vez? —pregunté. Todos habían comenzado a difuminarse juntos.

Apartó los ojos de su teléfono y me dio una sonrisa tensa.

—Nathan.

—Nathan —repetí y me golpeé la sien. Nathan, el fanático del pepperoni, las salchichas y el ajo. Lo recordaría ahora.

Las corrientes de aire de las rejillas de ventilación enviaron una ráfaga de olor a pizza desde la caja que aún estaba en la encimera de la cocina. Nathan debió de dejarla fuera para mí, pensando que tendría hambre.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Gracias, pero no gracias. Una rebanada y el ajo se filtrarían por mis poros durante una semana. Cada pocos minutos reprimía otra arcada, hasta que la necesidad de aire fresco me sacaba de mi asiento.

Pasé la mesa de juego plegable y las sillas plegables en el comedor adyacente a la cocina y caminé hacia la puerta trasera. Nathan ni siquiera se dio cuenta de hacia dónde me dirigía hasta que la puerta deslizante hiciera ruido.

—Oye. —Salió disparado de su silla—. ¿Qué estás haciendo?

—Solo estoy tomando un poco de aire. —Antes de que el hedor me hiciera sentir dolorida. La pizza nunca había sido mi comida favorita y después de hoy, la evitaría para siempre.

Nathan vaciló, su mirada recorrió mi cuerpo de arriba abajo dos veces mientras me evaluaba.

Lo que vio fue una mujer delgada y frágil que parecía estar a punto de caer por el peso emocional que se apoderaba de sus huesudos hombros. Una mujer que había luchado toda su vida y se estaba quedando sin golpes.

—Es solo el patio trasero —le dije, dándole mi mejor versión de una sonrisa cansada—. Nadie puede verme si me quedo dentro de la cerca.

Déjame salir. Por favor. Me estaba asfixiando aquí, no solo por el olor, sino por las paredes monótonas, recordándome con su feo beige que el año pasado no había sido más que una mala elección tras una mala elección. Que estaba aquí por mis propias decisiones egoístas.

—Por favor —susurré—. Cinco minutos.

Finalmente, asintió.

—Quédate cerca.

Me deslicé a través de la puerta antes de que pudiera cambiar de opinión.

El cielo estaba cubierto de nubes, silenciando la luz, pero me llevé una mano a la cara para protegerme los ojos. Luego respiré profundamente el aire invernal y lo mantuve en mis pulmones. Habían pasado diez días desde que me quedé afuera. Diez días que se habían sentido como una vida.

Los copos de nieve cayeron al suelo y cubrieron el patio vacío con una nueva capa de blanco. La parte superior de la cerca alta tenía mechones en cada estaca y, al igual que el interior de la casa, el patio estaba casi vacío. Solo un arbusto crecía en un rincón, sus ramas apenas lo suficientemente

PRINCE

DEVNEY PERRY

anchas para atrapar la nieve. De lo contrario, el patio estaba vacío, cuadrado y plano.

A mi izquierda, la parte superior de un columpio se asomaba por encima de la cerca en el patio de al lado. A la derecha había una casa de juegos, la abertura de su tobogán de tubo amarillo me miraba boquiabierta. Eran casas familiares. ¿Se preguntarían los vecinos qué pasaba en esta casa? ¿Se preguntarían por qué estaba tan silencioso y sin vida? ¿O por qué, tres veces al día, se iba un policía y llegaba otro?

El policía de turno nunca se estacionaba aquí. Siempre lo dejaban en otro auto, el mismo que recogía al oficial que se iba. Mientras la niñera de ayer estaba en el baño, me asomé por la ventana delantera. El camino de entrada no había sido removido y una camioneta roja estaba estacionada frente al garaje, cubierta de nieve. Además del camino de huellas que conducía desde la calle hasta la puerta de entrada, esta casa parecía abandonada.

Los vecinos probablemente pensarían que se trataba de una casa triste y patética, igual que la persona que vivía dentro de sus muros. No se equivocaban. Me sentía tan miserable, sola y lamentable como esta casa lúgubre. Mis paredes se estaban derrumbando y cuando todo lo que quedaba era un montón de huesos y carne, no había nadie para llorar la desolación.

Ni siquiera Presley.

Y yo tengo la culpa.

Di un paso hacia el patio y miré por encima del hombro. ¿Nathan me estaba mirando? No, había vuelto a su silla y su teléfono. Di otro paso y la nieve esponjosa debajo de mi zapato dio paso al crujido helado debajo.

Dos pasos se convirtieron en quince y cuando llegué a la puerta que conducía al callejón, pasé los dedos por el pestillo congelado y lo abrí. Eché una mirada más a la puerta.

Al diablo con este lugar.

Si lo que me esperaba fuera de esta cerca fuera solo otra prisión, al menos sería una de mi elección.

Empujé la puerta, saboreando el torrente de adrenalina que se extendió por mis venas cuando mi pie entró en el callejón detrás de la casa. Era el día de la basura y grandes contenedores verdes salpicaban el estrecho camino. Todos estaban vacíos y torcidos porque el camión de la basura ya había pasado antes. Tomé el surco de neumáticos más grande en la nieve y

PRINCE

DEVNEY PERRY

comencé a caminar, mis piernas se calentaron instantáneamente a pesar del frío.

La ropa de Presley era holgada en mi delgada figura, y me metí en la sudadera verde oliva, colocándome la capucha sobre el cabello, que colgaba inerte por debajo de mis hombros. Los extremos que colgaban de mi cintura tenían un año de retraso para un corte. Mis pantalones de chándal estaban ceñidos y enrollados en la cintura en un esfuerzo por evitar que se cayeran de mis protuberantes huesos de la cadera.

El aire gélido mordió mis mejillas mientras caminaba, pero no había ni un soplo de viento. La nieve flotaba mientras caía, cubriendo el mundo y envolviéndome en su paz.

Clifton Forge, Montana.

Esta ciudad había sido la elección de mi hermana. Presley había querido una vida en un pueblo pequeño y tranquilo, y aunque yo había pasado poco tiempo aquí, diría que definitivamente había encontrado uno. Con las montañas asomando en la distancia, había una hermosa vista en cada dirección en la que giraba. Pero lo que sospechaba que Pres amaba más era la comunidad.

Vine aquí una vez, el verano pasado, mucho antes de que mi hermana gemela supiera que estaba en Montana. En los pocos lugares en los que me detuve, me acosaron miradas extrañas mientras la gente trataba de ubicar la familiaridad de un rostro tan parecido al suyo. Si no fuera por mi largo cabello rubio versus el corte corto y elegante de Presley, las dos éramos casi tan idénticas ahora como lo habíamos sido cuando éramos pequeñas.

Tal vez si Presley le hubiera dicho a la gente que tenía una gemela, lo habrían comprendido antes. Pero por lo que podía decir, fue una sorpresa para todos, incluso para los más cercanos a ella. No es que la culpara por convertirme en un secreto. Yo también me habría olvidado.

Había venido aquí para empezar de nuevo, para construir su propia vida, y aunque una parte de mí envidiaba que lo hubiera hecho con un éxito tan increíble, sobre todo, estaba feliz de que hubiera encontrado un hogar. Una familia.

Seguro que la trataron mejor de lo que lo había hecho su verdadera familia, especialmente yo.

Al final del callejón, me volví, queriendo salir de la vista en caso de que Nathan viniera a mirar. Habían arado las aceras, pero la nieve fresca cubría el cemento y mis huellas marcaban mi camino.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Me volví de nuevo, serpenteando por el vecindario y pasando por casas silenciosas. Mientras caminaba, no pasó ni un automóvil ni una camioneta, probablemente porque había gente en el trabajo. Era un día laboral, ¿verdad? ¿Viernes? Había comenzado a perder la noción en la confusión de noches sin dormir y días nebulosos.

Cuadra tras cuadra, caminé penosamente, saboreando el ardor en mis piernas, hasta que finalmente, vi un camino más transitado por delante. Apunté mis pies hacia el bullicio, acelerando mi paso mientras mi estómago gruñía.

Estaba hambrienta. Por primera vez en días, tenía hambre. Una sonrisa tiró de mi boca. Debería haber abandonado esa casa segura la semana pasada.

Había ciento setenta y nueve dólares en mi bolsillo. Como mis zapatos, siempre guardaba conmigo dinero en efectivo. Era todo lo que me quedaba del dinero que mi madre me había dado el día que escapé de Chicago, y lo había guardado cerca desde entonces, en un bolsillo o en un zapato.

Después de atrapar a Jeremiah tratando de robarlo de mi bolso, comencé a esconderlo. Esa debió haber sido mi primera pista de que ya no era el chico de mi juventud. Pero incluso con los billetes de veinte dólares perdidos, las extrañas desapariciones nocturnas, el comportamiento paranoico y la falta de afecto, no me había dado cuenta de lo lejos que había caído.

Qué tan lejos *habíamos* caído.

Cuando llegué a una intersección muy transitada, miré hacia arriba y hacia abajo, más allá del tráfico, en busca de un restaurante o cafetería. Una tienda de comestibles me llamó la atención.

Crucé la calle, manteniendo la cabeza gacha mientras me apresuraba. El olor a pollo frito me recibió en el estacionamiento de la tienda y se me hizo agua la boca. Me sacudí el sudor, húmedo por la nieve, y me quité la capucha. Pasé mis dedos por mi cabello y lo dividí en el medio, creando un marco para ocultar la mayor parte de mi rostro. Mi reflejo en las puertas corredizas de la tienda mostró un rubor en mis mejillas por el aire frío.

Bueno, parecer una rata ahogada es mejor que parecer un cadáver.

Una ráfaga de calor me golpeó cuando entré y tomé una canasta negra de la pila dentro de las puertas dobles. Luego seguí mi nariz hasta el deli.

La mujer detrás del mostrador pegó una sonrisa, aunque su mirada era cautelosa mientras me escaneaba de cintura para arriba. Si estuviera en su

PRINCE

DEVNEY PERRY

redecilla, también me miraría con los ojos muy abiertos. Nueve meses de vivir en el complejo de un club de motociclistas no habían hecho mucho por mi apariencia.

—¿Qué puedo ofrecerte? —preguntó.

—Me gustaría el almuerzo especial, por favor. —Señalé el menú, donde tenían pollo y papas fritas por cinco dólares—. Dos piezas.

Ella asintió y se puso a preparar la comida, colocándola en un recipiente blanco para llevar. Luego colocó la etiqueta del precio sobre el pestillo y me la entregó.

—Gracias. —No me detuve y caminé a través de la sección de frutas y verduras, palmeando una manzana para mi canasta. Luego encontré el pasillo de los productos lácteos y compré una pequeña botella de leche con chocolate.

Mi estómago gruñó con cada paso mientras deambulaba por los pasillos, comprando por mis punzadas de hambre. Agregué un frasco de encurtidos y un paquete de panecillos hawaianos, los mismos que Presley y yo le suplicábamos a nuestra madre que comprara cuando nos dejaba ir con ella a la tienda cuando éramos niñas.

Mamá los compraba en efectivo para que no aparecieran en el recibo que papá estudiaba minuciosamente después del trabajo. A papá no le gustaban los panecillos dulces. No le gustaba que mamá gastara su dinero en algo que él consideraba innecesario.

Así que los compraba con la pequeña asignación que le concedía cada semana. Papá pensaba que usaba ese billete de veinte dólares en café con leche en el camino para dejarnos en la escuela cuando en realidad, mamá lo gastaba en nosotras. Piruletas o granizados. Un cono de helado o un rollo hawaiano. Presley y yo engullíamos nuestras golosinas en el auto y acordábamos sin dudarle cuando nos hacía prometer una buena cena para que papá no sospechara que habíamos comido un refrigerio.

Extrañaba a mi madre.

Extrañaba a mi hermana.

Presley estaba aquí, en algún lugar de Clifton Forge. Y aunque tenía un teléfono en mi bolsillo, el tercer artículo que tenía conmigo en todo momento, no estaba lista para llamarla todavía. Primero, tenía que comer algo y recuperar fuerzas.

Porque lo necesito.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Tenía una gran disculpa que hacer.

Por arruinar su boda. Por traer la muerte a su puerta. Por no devolver uno de los muchos mensajes de texto que me había enviado en los últimos diez años.

Por odiar su fuerza. Por estar celosa de haber sido lo suficientemente valiente para irse. Por culparla cuando yo había sido la cobarde, demasiado asustada para dar el salto.

Otra larga lista. Solo esperaba que pudiera perdonarme.

Mi viaje por la tienda se detuvo en la sección de galletas. Estaba debatiendo entre la crema de chocolate y las galletas dulces cuando se oyeron pasos por el pasillo. Los ignoré, asumiendo que era otro cliente en busca de azúcar, y puse ambos paquetes de galletas en mi canasta.

Me volví de los estantes, lista para pagar, y me topé con una pared sólida.

—¿Qué crees que estás haciendo?

Inclinándome ante la familiar voz ronca, levanté la mirada. Viajó por el amplio pecho contra el que me había estrellado, más allá de una mandíbula cuadrada y bien afeitada, hasta un par de los ojos azules más profundos que jamás había visto.

Las cejas de Luke se juntaron sobre el puente de una nariz recta que le partía la cara en dos. Había notado la simetría de sus rasgos hace diez días, cuando me sentó en su oficina y me preguntó sobre Jeremiah.

Había sido más fácil estudiar al apuesto jefe de policía de Clifton Forge que revivir los horrores que había visto unas horas antes.

Su cabello castaño oscuro era corto y limpio. Se paraba con una postura orgullosa y autoritaria, con los fuertes hombros echados hacia atrás y las manos en puños en las estrechas caderas.

—Te hice una pregunta —cortó.

Levanté la canasta que colgaba de mi codo.

—Compras.

—Estás bajo custodia protectora.

—¿Lo estoy? —Me atreví, luego hice el movimiento para esquivarlo y dirigirme a la caja registradora. La canasta era pesada y no estaba exactamente en mi mejor momento hoy.

Pero Luke se movió en tándem, bloqueando mi camino.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—Recibí una llamada de Nathan diciendo que corriste.

—*Caminé. Caminé. —Justo por la puerta trasera.*

Apretó la mandíbula mientras me miraba desde su imponente altura. Medía más de metro noventa y estaba teniendo un calambre en mi cuello tratando de mantener su ceño fruncido. Incluso irritado, era guapo.

No había visto a Luke desde que me dejó en la casa segura. La noche que Jeremiah se suicidó en la casa de mi hermana.

Después del disparo, un hombre extraño me sacó de la casa de mi hermana. Luché duro, pateando y gritando mientras intentaba correr hacia el cuerpo de Jeremiah, pero él me había sacado de la escena. Llámalo conmoción o locura, pero pensé que, si podía tocar a Jeremiah, podría volver a juntar las piezas. Podría borrar el camino de la bala y rebobinar el tiempo.

Excepto que el hombre que me tenía había sido demasiado fuerte y me había sacado a rastras a la gélida noche de marzo. Entonces apareció Luke. Se paró frente a mí, igual que ahora, y me dio algo más que sangre en qué concentrarme.

Su hermoso rostro.

Me llevó a su camioneta, me puso en el asiento del pasajero y subió la calefacción. Luego me dijo que me quedara quieta y esperara. Tal vez debería haber corrido esa noche, pero al igual que hoy, no tenía a dónde ir.

Después de que Luke había hecho todo lo que hacen los policías después de que un hombre armado toma como rehenes a dos mujeres antes de quitarse la vida, me llevó a la comisaría, donde me llevó a su oficina y me hizo una serie de preguntas.

No había respondido ni una sola. En cambio, me di cuenta de que sus ojos tenían un anillo tan oscuro alrededor del borde que era como la punta de grafito de un lápiz recién afilado. Había estudiado la forma de su boca, severa y seria, y me preguntaba cómo se vería con una sonrisa. Me concentré en la sacudida de su nuez de Adán cada vez que tragaba.

Había estudiado a Luke e ignorado sus preguntas hasta que se rindió y fue en busca de respuestas de otra persona.

Presley debió haberle informado de todo lo que había sucedido con Jeremiah, porque después de dos horas a solas en su oficina, había regresado y me había dicho que no era seguro para mí estar en público. Que mi vida estaba en peligro y que me estaba poniendo bajo custodia protectora.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Ese fue el momento en que sus palabras se registraron y dejé de estudiar su rostro.

Lo había aceptado, demasiado fatigada y temblorosa para discutir. Pero eso fue hace diez días. Ahora las cosas eran diferentes. Sí, todavía estaba cansada, pero el impacto de todo lo que había sucedido en los últimos nueve meses se estaba desvaneciendo. Y prefiero arriesgarme que perder mis días mirando una pared beige.

—¿Te importa? —Señalé hacia el pasillo—. Tengo hambre y me gustaría salir.

Frunció el ceño y se puso en su punto más alto.

—Dame la canasta.

Tal vez otra mujer hubiera cedido, pero no había nada realmente temible en Luke Rosen. Sabía exactamente cómo se veían los hombres aterradores, y ciertamente él no lo hacía.

—Estoy bien. —Di otro paso, pero volvió a bloquearme—. En serio, ¿te importa? Quiero comer y luego iré a buscar a mi hermana.

—Vas a volver a la casa segura y te voy a encerrar dentro.

La rabia se apoderó de mi pecho.

—No.

—Vámonos antes de que alguien te vea. —Luke alcanzó la canasta y la aparté con un gruñido salvaje—. Scarlett, te sacaré de aquí si es necesario.

Traté de esquivarlo de nuevo, pero maldita sea, esas largas piernas tuyas eran mucho más rápidas que las mías.

—Muévete.

—Dame la canasta.

—¡Muévete! —Las noches de insomnio y la histeria me estaban alcanzando y el estallido salió como un grito aullido. Provenía de la mujer que había estado atrapada durante demasiado tiempo.

Los ojos de Luke se movieron por encima de mi cabeza. Una pareja estaba al final del pasillo, su carro inmóvil mientras miraban.

—Maldita sea, Scarlett —dijo Luke, bajando la voz—. Solo deja la canasta para que podamos salir de aquí. Estás llamando la atención.

Y no me importaba. Para nada.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—Si no te vas a apartar del camino, simplemente daré la vuelta. —Giré sobre mis zapatos, tomando la dirección opuesta, pero cuando fui a dar un paso y llevarme mi canasta, de repente encontré que su peso faltaba en mi brazo. Me la había robado antes de que tuviera la oportunidad de agarrarla con fuerza.

Entonces el mundo estaba dando vueltas. Los suelos, el techo, todo se puso patas arriba.

Me había desmayado.

No, eso no estuvo bien.

Me estaban llevando. *Acarreando*. Esa había sido la amenaza de Luke y maldita sea, lo había subestimado. El jefe había cumplido su palabra.

Su hombro se hundió en mi vientre mientras caminaba. Levanté la cara y me aparté el cabello de los ojos. Mi canasta de comida estaba exactamente donde había estado parada. Mi pollo, panecillos, galletas y chocolate con leche. Los artículos se hicieron más pequeños con cada uno de los pasos de Luke.

—Bájame.

Siguió caminando.

—¡Bájame! —grité.

Aun así, siguió caminando.

Levanté una mano y la elevé por encima de mi cabeza. Mi cabello seguía cayendo frente a mi cara, oscureciendo mi visión, pero eso no me impidió usar cada gramo de fuerza que me quedaba. Bajé mi puño sobre la espalda baja de Luke. Excepto que mi puntería era una mierda, así que no le pegué en la espalda. No, mi puño rebotó en su firme y perfecto culo.

Luke ni siquiera interrumpió su paso.

—Le prometí a Presley que te mantendría a salvo.

Y sin otra palabra, sin detenerse, me llevó como si él fuera un bombero fuera de la tienda de comestibles y hacia la nieve.

Volvía a las margaritas, quisiera o no.

Hola, Scarlett. Estoy en el fondo.

PRINCE

DEVNEY PERRY

2

Luke

—Maldita sea, Scarlett. —Cerré la puerta de mi camioneta y me limpié los copos de nieve de mi cara—. ¿Que estabas pensando?

Cruzó los brazos en el asiento del pasajero y miró al frente.

—No voy a volver a esa casa.

—¿Paso algo? ¿Nathan...?

—Esto no se trata de Nathan —espetó—. Es sobre mí. Estoy harta de vivir en una prisión.

—No es una...

—Si dices que no es una prisión, voy a gritar.

Cerré la boca con fuerza y respiré hondo. Esta mujer me estaba volviendo loco. También su hermana.

¿Era Scarlett realmente tan arrogante con su propia vida? Había estado caminando por la tienda como cualquier otro día. ¿No se daba cuenta del peligro que corría?

Los Arrowhead Warriors, una pandilla de motociclistas notoria y violenta en el estado, podrían quererla muerta. No tardarían mucho en rastrear el paradero de Scarlett hasta Clifton Forge. Aún no había señales de ellos, pero era inevitable. Una excursión el viernes por la tarde a la tienda de comestibles era el epítome del comportamiento imprudente. ¿Tenía deseos de morir?

Abrí la boca para preguntar, pero cuando miré, el rostro de Scarlett era tan sólido como una piedra. Cualquier conferencia sería inútil. Estaba encerrada detrás de su propia fortaleza mental y si realmente quería que mis advertencias penetraran esas paredes de ladrillo, ahora no era el

PRINCE

DEVNEY PERRY

momento. Así que encendí la camioneta, salí de mi espacio de estacionamiento en reversa y conduje hasta la casa de seguridad.

La tensión en la cabina era más densa que las nubes grises de arriba. Scarlett permaneció sentada, inmóvil, con los ojos fijos en el camino que tenía delante y el pliegue entre las cejas se profundizó con cada giro.

Ella sabía exactamente a dónde la llevaba.

Yo sabía que no se iba a quedar.

Por el amor de Dios. Estaba harto de este maldito lío. Durante los últimos diez días, todo lo que había hecho era tratar de detener la hemorragia, pero con cada herida que reprimía, se abrían cinco cortes más.

Primero, había sido la investigación sobre la situación de los rehenes y el suicidio. Clifton Forge era una ciudad pequeña con una fuerza policial igualmente pequeña. Este caso había requerido toda mi atención y las horas que había pasado en la estación habían sido largas. El alcalde llamaba cinco veces al día para registrarse.

Mientras tanto, los medios de comunicación habían invadido. La única reportera en el estado que no había llamado a la estación era la de Clifton Forge, pero eso fue solo porque su esposo había estado en la escena, y cualquier información que Bryce quisiera, podría obtenerla de las otras personas que habían estado en la casa de Presley esa noche. Bryce tenía acceso a todas las facetas de la verdad, pero, irónicamente, su historia había sido escrita al nivel más fácil. No ha habido ninguna especulación. No se mencionó la afiliación de Jeremiah con los Warriors. Había mostrado los hechos como una disputa doméstica, aunque eso no era del todo inexacto.

Finalmente, diez días después, las interminables llamadas telefónicas comenzaban a disminuir. Había planeado pasar esta tarde arando la montaña de trabajo atrasado. En cambio, Nathan había llamado para informarme que Scarlett se había escapado.

No tenía tiempo de lidiar con una mujer sarcástica que carecía de suficiente consideración por su propia vida como para permanecer oculta.

Cuanto más nos acercábamos a la casa, más se tensaba Scarlett en su asiento. Sus puños estaban apretados sobre sus rodillas y con cada cuadra, esperaba que abriera la puerta y saltara. Mujer testaruda.

¿Dónde estaba su cabeza? ¿Dónde estaba la mía? La saqué de la tienda de comestibles. Literalmente arrastrada. La había empujado por el pasillo hasta la puerta principal.

PRINCE

DEVNEY PERRY

¿Qué diablos me pasaba? Maldita sea, ese no era el hombre que era. Toda esta situación me había agotado los nervios y destrozado mi paciencia.

Me detuve en la casa segura, estacionándome al lado de la camioneta frente al garaje. Esta ni siquiera era una casa segura. Era mía, una propiedad de alquiler personal que compré barato el año pasado y estaba planeando arreglar. La camioneta roja a mi lado también era mía. La usaba para remolcar mi balsa y mi bote de pesca en los veranos.

El Departamento de Policía de Clifton Forge no tenía una demanda, o presupuesto, para una casa segura y cuando necesité un lugar para esconder a Scarlett, esta había sido la elección lógica.

Claro, no era mucho para mirar. Aún. Pero este verano tenía planeado comenzar a remodelarla y renovarla antes de alquilarla. Para Scarlett, no había muchas otras opciones. Esta casa fea pero funcional era el mejor lugar para ella.

Hasta que supiéramos exactamente a qué amenaza se enfrentaba de los Warriors, esconderse era la mejor opción de Scarlett. Tal vez las cosas se apagaran pronto y ella sería libre de irse. Pero solo habían pasado diez días. Diez días que se habían sentido como un minuto.

Mi teléfono vibró en mi bolsillo cuando apagué el auto. Lo saqué. El nombre de Presley flotaba sobre un texto. Me había estado acosando sin descanso para obtener información sobre el paradero de su hermana y no tenía ninguna duda de que ya se había enterado del incidente de la tienda de comestibles.

Será mejor que sepas lo que estás haciendo, Rosen.

Miré a Scarlett y luego escribí una respuesta rápida.

Ella está a salvo.

Prometí mantener a Scarlett a salvo.

Era un hombre de palabra.

—Vamos. —Salí de la camioneta, rodeé el capó y abrí la puerta de Scarlett.

Ella no se movió.

¿Por qué era tan difícil? ¿Por qué? ¿No se daba cuenta de que estaba de su lado?

La nieve casi había dejado de caer, así que me quedé en el frío, esperando.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Scarlett tenía que entrar sola en esa casa. Ya había hecho lo suficiente con acarrearla hoy, y si quería sentarse aquí toda la noche, entonces estaba bien. Esperaría.

La calle estaba en silencio. Los vecinos de esta cuadra habían sido un regalo del cielo, cuidando la casa en mi lugar. Este lugar había estado vacío durante dos años antes de que lo comprara, y aunque no había comenzado las renovaciones, todos los que estaban cerca estaban contentos de que pronto recibiría la atención que tanto necesitaba.

El hombre que vivía en la casa de al lado limpiaba la acera en invierno, aunque la suya estaba cubierta, así que sospeché que estaba fuera de la ciudad. Vendría más tarde y las limpiaría a ambas. En el verano, le pagaba al adolescente que vivía al otro lado de la calle veinte dólares a la semana para que cortara el césped.

Algún día, este sería el comienzo perfecto para una pareja joven. O si pudiera convencer a mi papá de que se mudara aquí después de que se jubilara, felizmente le daría este lugar.

Pero primero, necesitaba pintura y piso nuevo. Actualizaciones eléctricas. Actualizaciones de plomería. Los baños y la cocina serían reformados. Normalmente, la perspectiva de un proyecto me daba energía. Hoy, estaba demasiado cansado para pensar en el trabajo que tenía reservado.

Los dientes de Scarlett empezaron a castañetear. Caminó hasta la tienda de comestibles en la nieve y su ropa estaba húmeda. Su cabello también.

Pero no me moví ni hablé. Simplemente esperé.

Pasaron los minutos. Nathan estaba de pie junto a la ventana delantera. Su sustituto de turno llegaría a las cinco con la cena para Scarlett. No tenía la rotación sobre mí, pero estaba bastante seguro de que Chuck era el siguiente.

Scarlett había agregado pollo frito en su cesta en la tienda. Reconocí el recipiente, después de haber tomado el deli especial cien veces yo mismo a lo largo de los años. Saqué mi teléfono y le envié un mensaje de texto a Chuck, diciéndole que pasara por la tienda, comprara una comida de pollo frito, algunos de esos panecillos hawaianos y una leche con chocolate.

Cuando respondió con un pulgar hacia arriba, empujé mi teléfono y miré a Scarlett.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Su bravuconería se estaba desvaneciendo. La pelea había desaparecido de sus ojos y sus hombros estaban hundidos hacia adelante. Y sus dientes seguían castañeteando, sin importar lo apretada que tuviera la mandíbula.

—Scarlett. —Le tendí una mano.

Ella miró mi palma y la tristeza en sus ojos azules hizo que mi corazón se retorciera. Mierda. Lucía miserable. Parecía cansada hasta la médula.

—Entra —le urgí—. Hablemos.

Scarlett asintió, pero rechazó mi mano. Saltó de la camioneta ella misma, sus pies aterrizaron con fuerza en la nieve. Envolvió sus brazos alrededor de su cintura y caminó penosamente hacia la puerta principal, su cuerpo encogiéndose ante mis ojos.

Su espíritu no se había desvanecido simplemente. Lo había drenado hasta secarlo.

La seguí hasta la puerta, dándole mucho espacio mientras igualaba su paso glacial.

Nathan abrió la puerta de golpe en el momento en que su pie tocó el único escalón del porche.

—Jefe...

Levanté una mano y luego le indiqué que se apartara del camino de Scarlett. Cuando estuvimos todos adentro, cerré la puerta detrás de mí.

—Scarlett, ¿por qué no te cambias y te pones ropa seca?

Ella asintió y se arrastró por el pasillo hacia el único dormitorio con una cama real.

—Lo siento —espetó Nathan—. Ella dijo que quería un poco de aire fresco y no pensé que eso fuera un gran problema.

Suspiré.

—Hablaremos de esto mañana en la estación.

—Pero...

—Mañana. —Señalé la puerta con la barbilla—. Debería haber una pala en el garaje. ¿Te importaría despejar la acera?

—No, señor —dijo, luego desapareció afuera.

Nathan sería reprendido verbalmente por no vigilar a Scarlett más de cerca, pero no iba a hacer estallar al chico. Él era nuevo y no se había dado cuenta de que ella representaba peligro de fuga. Demonios, yo tampoco.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Cuando recibí un mensaje de texto de Bryce diciendo que había reconocido a Scarlett en el mostrador de la tienda de comestibles, casi me caí de la silla.

Pensé que Scarlett comprendía la gravedad de la situación, pero estaba claro que me había equivocado.

Tal vez debería haberla presionado más esa noche. En lugar de dejarla ignorar mis preguntas mientras estaba sentada en mi oficina, acurrucada debajo de una manta, mirándome a la cara, tal vez debería haber exigido algunas respuestas. Pero exigir cualquier cosa a una mujer en estado de shock me había parecido innecesariamente cruel.

Tal vez no debería haber pasado diez días sin registrarme aquí yo mismo.

Caminé por la sala de estar, pasando una mano por mi cabello corto. Todos esperaban que yo tuviera las respuestas. Que supiera manejar situaciones como esta. Había sido policía durante mucho tiempo, pero incluso esto era nuevo. No lo admitiría en voz alta, pero había estado buscando a tientes durante días, confiando en el instinto, no en la experiencia. Porque si analizara en exceso mis decisiones, las adivinaría todas.

Así que me concentré en los hechos.

Hace diez días, el ex de Scarlett y un miembro del club de motociclistas Arrowhead Warriors había entrado en la casa de Presley, donde se había alojado con su hermana. Jeremiah las había tomado como rehenes a punta de pistola, exigiendo dinero.

Jeremiah les había confesado a las mujeres que había estado robando drogas de su club y vendiéndolas. También admitió que le había atribuido el robo a Scarlett para evitar el castigo y la muerte segura de sus hermanos. Pero esperaba que al conseguir dinero para pagar al club, se pasara por alto la traición.

Así que había conducido las tres horas hasta Clifton Forge en busca de Presley. Ella no tenía los cien mil dólares que él había estado buscando, pero Jeremiah esperaba conseguir el dinero del novio de Presley, Shaw Valance. Después de todo, Shaw era uno de los actores mejor pagados de Hollywood.

Jeremiah había sido un bastardo tonto. Incluso si hubiera logrado obtener el efectivo, no importa cuánto dinero llevara a los Warriors, no lo habrían dejado pasar. Cuando Jeremiah finalmente se dio cuenta de la

PRINCE

DEVNEY PERRY

realidad de la situación, el cobarde se había quitado la vida. Había atrapado a Scarlett y la había dejado atrás para pagar sus errores.

Detrás de mí, Scarlett se aclaró la garganta. Se había puesto otra sudadera. La sudadera con capucha azul marino y los pantalones a juego eran artículos que había comprado en la estación. El escudo del departamento de policía estaba bordado en blanco puro sobre su pecho. El conjunto era pequeño para mujeres, pero se colgaba de su cuerpo en racimos.

No había pensado en comprobar si las cosas que había enviado realmente encajaban. Cuando instalé a Scarlett aquí por primera vez, una oficial mujer hizo un viaje apresurado a la tienda para recoger lo necesario. Jabón. Cepillo de dientes. Desodorante. Ropa de cama para el dormitorio y toallas para el baño. Le había dicho que tomara dos conjuntos de sudaderas del armario de suministros de la estación y se asegurara de recoger a Scarlett unos calcetines y ropa interior.

Cada cambio de turno estaba programado para la hora de la comida y se suponía que mi equipo llevaba comida a Scarlett, pero ¿alguien se había asegurado realmente de que comiera? Scarlett parecía haber perdido cinco kilos que no necesitaba perder.

Llamaron a la puerta antes de que se abriera y Chuck entró con dos bolsas de plástico en el brazo.

—Hola, jefe.

—Gracias. —Fui a la puerta, me llevé los dedos a los dientes y silbé, deteniendo a Nathan antes de que pudiera entrar en el coche patrulla y desaparecer—. Espera —le grité, luego le quité las bolsas a Chuck—. Tengo el turno de esta noche. Pueden presentarse en la estación y tomar una patrulla para pasar la noche. Cuidado con los borrachos.

—Lo tienes. —Chuck asintió y luego levantó una mano hacia Scarlett—. Señora.

Salió de la casa, se apresuró a cruzar el camino de entrada ahora despejado de nieve para alcanzar a Nathan, y cerré la puerta, llevando la comida a la sala de estar.

—Toma asiento. —Hice un gesto hacia los sillones reclinables, un par que tenía en mi antigua casa antes de mudarme y renovar los muebles.

Después de que compré este lugar, se convirtió en una especie de unidad de almacenamiento. Dejé mi balsa aquí para que no estuviera abarrotando el garaje de mi casa y los muebles de repuesto en caso de que

PRINCE

DEVNEY PERRY

mi futuro inquilino quisiera algo parcialmente amueblado. Estas sillas no eran mucho, pero eran mejor que nada, incluso si una de ellas tenía un resorte que sobresalía y se clavaba en mi columna vertebral. Tomé la silla incómoda, haciendo un gesto a su compañera.

Scarlett se sentó en su borde mientras yo sacaba el contenedor para llevar, abriendo la parte superior.

El olor a pollo frito llenó la habitación, ahuyentando el persistente olor a pizza que Nathan debió haber traído antes. Se lo entregué junto con el paquete de panecillos hawaianos y su bebida.

—Gracias. —Dejó la comida en sus rodillas. pero no comió.

—No te preocupes por mí. —Asentí hacia la comida—. Adelante.

Ella no vaciló. Rompió el pollo y los panecillos, comió con bocados apresurados y los persiguió con sorbos de leche con chocolate. ¿Cuándo fue la última vez que comió? Estaba muerta de hambre.

¿Y cuándo fue la última vez que durmió? Los círculos debajo de sus ojos eran negros y sin fondo. Su piel estaba pálida y sus pómulos hundidos. Los ojos de Scarlett deberían haber sido de un azul cegador y vibrante, como los de su hermana. Pero no tenían brillo. Ni chispa.

O la había perdido en esta casa. O la había perdido hace mucho tiempo.

Esperé, observando mientras comía, y cuando terminó, le quité el recipiente vacío y lo guardé en la bolsa de plástico.

Scarlett se hizo un ovillo en el asiento de la silla y se llevó las rodillas al pecho. Sus manos desaparecieron en los dobladillos de sus mangas. Sus zapatos estaban anudados a sus pies, a pesar de que tenían que estar mojados desde su viaje a la tienda.

La mayoría de la gente miraría a Scarlett Marks y pensaría que está rota. Tal vez había algunos pedazos rajados y raspados, pero esta mujer no estaba rota. Ella estaba perdida. Cansada. Sola. Pero no rota.

—Es hora de hablar —dije.

Sus ojos se posaron en los míos.

—No, gracias.

—No estaba preguntando. Necesito saber qué está pasando. La verdad.

—Me encerraste en este lugar y casi tiraste la llave. Lo que me dice que ya sabes exactamente lo que está sucediendo. —Sus ojos brillaron y ese azul brillante que había estado buscando se encendió durante una fracción de

PRINCE

DEVNEY PERRY

segundo. Quizás había pasado por alto el azul en la tienda antes, cuando la tenía sobre mi hombro.

—Sí, sé lo que está pasando —dije—. Pero quiero escucharlo de todos modos. Tus palabras.

—Jeremiah estaba robando drogas a los Warriors. Lo atraparon y les dijo que fui yo.

Su declaración estaba en línea con lo que ya sabía, pero esperaba más detalles. No es que los fuera a conseguir. Scarlett se había retirado detrás de su fortaleza, con la barbilla levantada y la mirada impasible.

Hacer preguntas directamente no iba a funcionar, así que era hora de probar una nueva táctica.

—¿Conoces a Dash Slater? —le pregunté.

Ella hizo una pausa.

—Suena familiar.

—Es el hombre que te sacó de la casa de Presley esa noche. Es el jefe de Presley en el taller.

—¿Entonces?

—Dash solía ser presidente de un club de motociclistas en la ciudad. Los Tin Gypsies. ¿Has oído hablar de ellos?

Ella parpadeó.

Eso es un sí. Los Tin Gypsies y los Warriors eran enemigos conocidos. A pesar de que el Club Tin Gypsy Motorcycle se había disuelto hace años, la animosidad entre los miembros no había desaparecido. Cualquiera que hubiera pasado algún tiempo con los Warriors probablemente había escuchado el nombre de Tin Gypsy. Y según Presley, Scarlett había pasado meses con los Warriors, viviendo con Jeremiah en su casa club en Ashton desde junio pasado.

—Él cree que los Warriors tomarán represalias —dije—. Tiendo a estar de acuerdo.

Scarlett no dijo nada, aunque la línea de preocupación entre sus cejas se alargó.

—Quiero ayudarte.

—¿Por qué?

—Porque tu hermana me lo pidió.



PRINCE

DEVNEY PERRY

Parpadeó y la mirada de sorpresa en su rostro, bueno... me tomó por sorpresa. ¿Por qué la preocupación de Presley sería una sorpresa para Scarlett?

—Ella viene a la estación todos los días. Entra pisando fuerte, exige saber dónde estás, aunque sabe que no se lo diré. Sobre todo, quiere saber que estás a salvo, y cuenta conmigo para mantenerte así.

La mirada de Scarlett cayó sobre sus rodillas.

—Déjame. Déjame mantenerte a salvo.

—No quiero quedar atrapada aquí.

—Entonces cuéntamelo todo. Absolutamente todo. No puedo ayudarte si me estás ocultando cosas.

Sus labios se fruncieron y cuando levantó la mirada, era hielo.

—Háblame —le supliqué.

Nada.

—¿Harás esto? ¿Realmente pelearás conmigo por esto? No puedo mantenerte a salvo ahí fuera si no entiendo la amenaza. —Lancé mi mano hacia la puerta—. ¿A dónde vas? ¿Eh? Si sales por esa puerta, ¿a dónde vas a ir? ¿A casa de Presley? Traerás problemas directamente a su puerta.

—Nunca pondría en peligro a mi hermana a propósito.

—Entonces no tienes otra opción. Debes quedarte aquí. Debes hablar conmigo para que pueda ayudarte.

Scarlett negó con la cabeza mientras acercaba las piernas al pecho.

—No.

Maldita mujer terca.

—Scarlett...

—Por favor, no me dejes aquí. —Su susurro lucía adolorido. Desesperado.

—Tienes que quedarte en algún lugar. Hasta que sepamos más. Hasta que sepa a qué nos enfrentamos. —*Hasta que confíes en mí*—. Lo llaman protección de testigos por una razón.

Aunque esta era la versión temporal de un pueblo pequeño.

Scarlett volvió su mirada hacia la pared, dándome su perfil. Dejándome fuera.

PRINCE

DEVNEY PERRY

No tenía tiempo para esto. ¿Era realmente tan jodidamente difícil cooperar? Me levanté de la silla y fui a la cocina, tomando una larga inhalación mientras me ponía de mal humor.

Dios, hedía aquí. Caminé hacia el cubo de la basura y abrí la tapa, mi nariz se arrugó por el hedor en el interior. Nathan debió haber traído el infame plato hondo de ajo de la pizzería. Me negaba a dejar que los chicos lo trajeran a la estación porque apestaba mucho la sala de descanso. La elección de la comida era otra cosa de la que hablaría con Nathan mañana.

Cerré de golpe la tapa de la basura, abrí la puerta trasera y dejé todo afuera. Luego cerré el control deslizante y examiné la cocina.

El linóleo estaba agrietado en algunos lugares y muy gastado frente al fregadero. Mi plan era colocar pisos de madera en toda la casa y deshacerme del piso de vinilo y la alfombra gastada y raída. El frigorífico estaba amarillo, con el tinte de una mancha de óxido. Si alguna vez había sido blanco, no podría decirlo. Los armarios estaban descoloridos y sin brillo. A uno de los cajones le faltaba un tirador.

Había una razón por la que había comprado esta casa por un peso. Era una mierda. La casa más fea de la cuadra.

No era de extrañar que Scarlett hubiera huido. A mí tampoco me gustaría quedarme aquí.

—Ve a empacar tu bolso —dije, volviendo a la sala de estar.

—¿Eh? —Scarlett se desdobló.

—Tu bolso. Ve a empacarlo.

Esta era una malditamente estúpida idea de la que estaba seguro que me arrepentiría, pero por el momento, no tenía más opciones.

Saltó de la silla y pasó rozándome en su camino hacia el dormitorio, con su aroma arrastrándose detrás de ella. El olor del viento y la nieve se adhería a su cabello, pero había una dulzura cítrica debajo.

Me gustaba ese olor.

Lo cual era algo bueno.

Porque vendría a mi casa por un tiempo.



PRINCE DEVNEY PERRY

3

Scarlett

No estaba segura de a dónde me llevaba Luke, pero mientras recorría las calles vacías y cubiertas de nieve de Clifton Forge, no pregunté. Mientras no estuviera en esa casa segura, estaría bien.

Luke no me llevaría a Presley, no después de su discurso sobre ponerla en peligro.

Aun así, me animó el hecho de que preguntara por mí. No sólo una vez, sino todos los días. Era el único rayo de esperanza que había visto en diez días y me aferraba a él con fuerza.

Tal vez, cuando esto terminara, recuperaría a mi hermana después de todo.

Hice todo lo posible por memorizar los nombres de las calles mientras pasábamos por los cruces marcados con carteles. Quería saber dónde estaba, no por si decidía huir, no tenía ningún sitio al que ir, como Luke me había recordado tan amablemente, sino porque así no me sentiría tan perdida.

Walnut Lane.

Calle Maple.

Ash Court.

Lo recitaba en mi cabeza mientras los faros iluminaban sus nombres. El cielo estaba completamente negro, pero el resplandor dorado de las luces de los porches y las farolas se reflejaba en la nieve fresca, ahuyentando parte de la oscuridad.

Luke había subido la calefacción y el interior de su camioneta estaba caliente en comparación con el mundo helado que había más allá del

PRINCE

DEVNEY PERRY

parabrisas. A pesar del aire caliente que soplabá por las rejillas de ventilación, temblaba, sobre todo por los nervios y la adrenalina. De miedo.

Había pasado toda mi vida intentando no temblar. Tratando de no mostrar cuando tenía miedo. La mayor parte del tiempo era fácil. Después de veintiocho años, fingir felicidad era mi especialidad. Pero esta noche, no tenía fuerzas para mantener a raya el temblor.

Así que me estremecí.

Temblores profundos, que sacuden los huesos. Se sentían interminables. Venían de mi alma.

Ya me había sentado tres veces en el interior de la camioneta de Luke, pero no había notado las diferencias entre ésta y un vehículo normal. Entre nosotros, había un ordenador conectado a la consola. En el salpicadero, había filas y filas de botones e interruptores. Un destello de luces verdes se movía hacia arriba y hacia abajo en una fila junto a un auricular de radio, como si alguien estuviera hablando pero Luke hubiera apagado el volumen.

El auto olía a Luke. A sándalo y tierra. No desprendía un aroma picante ni se empapaba de colonia, algo que Jeremiah había hecho sin importar cuántas veces le había sugerido que un poco era suficiente.

El olor de Luke no era abrumador ni perceptible a menos que te acercaras. Era simplemente relajante. Rico y profundo. Sólido.

La camioneta también olía a goma. Porque todo en la camioneta parecía estar cubierto por una capa del material negro, desde el suelo hasta el revestimiento de las puertas. La goma tenía sentido. Si un sospechoso sangraba o vomitaba en la parte trasera, el caucho sería fácil de limpiar con una manguera.

Lástima que en nuestra casa de Chicago no hubiera goma.

La sangre no era fácil de extraer de las fibras de la alfombra o de las camisas de algodón. A menos que Presley fuera la que hiciera la limpieza. Ella ya dominaba la eliminación de manchas de sangre cuando éramos preadolescentes. Mientras tanto, yo era la que había aprendido a aplicar un vendaje de mariposa para minimizar una cicatriz. Podía envolver costillas rotas en menos de cinco minutos.

Las heridas del cuerpo eran fáciles de curar. Las heridas del corazón y del alma, bueno... eran una historia diferente. Por lo general, las ignoraba. Para bien o para mal, alejar las duras verdades era mi mecanismo de afrontamiento preferido.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Luke me había suplicado que confiara en él. Que creyera en él.

Me tragué una carcajada. Todos los hombres que habían pedido mi confianza la habían traicionado. Mi padre. Jeremiah. Tal vez Luke era diferente, pero ciertamente no iba a probar esa teoría.

¿Confianza? *No, gracias.* Guardaría mis secretos. Demasiadas cosas dependían de ellos, especialmente mi vida.

Si se supiera del video en mi teléfono, tendría una muerte lenta y agónica a manos de los Warriors. O significaría un billete de ida a una nueva identidad.

Tal vez no amaba a Scarlett Marks. Tal vez había sido una cobarde toda su vida. Tal vez debería haber luchado más duro, haberlo hecho mejor. Pero ella era yo. Y uno de estos días, encontraría una manera de redimirla.

La protección de testigos no era una opción. Todavía no. No hasta que hubiera agotado todas las demás opciones para convencer a los Warriors de que yo había sido el chivo expiatorio de Jeremiah.

¿Cómo? *Ni idea.* Pero lo resolvería. Arreglaría esta mierda y reconstruiría mi vida. Y hasta entonces, la mejor manera de protegerme era mantener la boca cerrada.

Suponía que tenía que agradecer a mi padre mi asombrosa capacidad para ocultar mi dolor. Nos había enseñado de jóvenes que una sonrisa podía ser el mayor de los engaños.

Nadie había sospechado lo que la vida había sido para Presley y para mí. Profesores. Vecinos. Pastores. Cuando nos miraban, sólo veían a dos niñas pequeñas que vestían de rosa y rizaban su largo cabello rubio en bonitos tirabuzones. Veían a mi madre como la mujer tímida y de voz suave que prefería pasar sus días en casa. Y mi padre era el mayor mentiroso de todos. Era un monstruo que te daba la mano en la iglesia los domingos y soltaba los mejores chistes durante una barbacoa en el barrio.

Lo siento, Luke. Mis duras verdades no eran de tu maldita incumbencia. Contarlas sería como cortar las cicatrices.

Luke redujo la velocidad y giró a la derecha. El ángulo del giro hizo que no viera la señal de la calle, pero las luces de esta manzana parecían brillar más. Más limpias. Más felices, incluso.

Este barrio era más nuevo que el que había recorrido antes. Pasamos por un terreno abierto donde el suelo alrededor de un gran cartel de *Se vende* estaba cubierto de nieve. A su lado había una casa en plena

PRINCE

DEVNEY PERRY

construcción. Se habían levantado las paredes y se habían instalado las ventanas, que lucían sus pegatinas, pero no había revestimiento en el exterior y la puerta principal era una hoja de madera contrachapada.

La curiosidad me ganó y no pude quedarme callada por más tiempo.

—¿A dónde vamos?

Luke no respondió, sirviéndome una dosis de mi propia medicina. *Touché, jefe.*

Frenó ante una casa de dos pisos con ventanas abuhardilladas que sobresalían del tejado. Las luces del interior estaban apagadas, pero las del exterior brillaban.

El revestimiento era de color cáscara de huevo, de tablas y listones en algunas secciones, y horizontal en otras. Las ventanas estaban recortadas en negro en lugar del blanco habitual y la puerta principal de madera se había teñido de un blanco grisáceo a juego con las puertas del garaje.

Esta era la casa de una familia. No era extravagante, aunque parecía ligeramente más grande que otras casas de la manzana.

Luke llevó la mano a la visera y pulsó un botón para abrir una de las puertas del garaje, entrando con facilidad. Luego apagó la camioneta y cerró la puerta detrás de nosotros, sin moverse hasta que bajó al suelo. Fue entonces cuando se bajó y se acercó al lado del pasajero, abriéndome la puerta.

Luke extendió la mano, como había hecho anteriormente.

Sería tan fácil deslizar mi palma contra la suya. Para reconfortarme con un toque humano. Pero si cediera a su mano, entonces podría ceder a su ayuda. Poco a poco, me desgastaría hasta que mi determinación se desmoronara.

Así que me abracé a mi bolso, una mochila azul marino que contenía mis posesiones mundanas, y salté de la camioneta para aterrizar sobre mis propios pies.

Luke suspiró pero no habló mientras dirigía el camino hacia la puerta interior. La abrió y encendió una luz.

Lo seguí por detrás, entrando en la casa a través de una sala de almacenamiento y lavandería.

Luke colgó sus llaves en un gancho junto a la puerta y luego apoyó una mano en la pared, utilizándola para mantener el equilibrio mientras se quitaba las botas.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Esta es su casa. Me ha traído a su casa. ¿Por qué?

Lo miré fijamente, esperando una explicación.

Luke no ofreció ninguna. Simplemente se alejó, encendiendo las luces mientras caminaba por su casa.

Caminaba con confianza, cada paso era seguro y sin prisas. Sin las botas puestas, la bastilla de sus vaqueros se arrastraba por el suelo, y la tela de mezclilla caía de forma diferente por sus largas piernas, acentuando la fuerza de sus muslos. Moldeando ese culo escultural. Todavía podía sentir el calor en mi puño de donde lo había golpeado antes.

Mis mejillas se encendieron. ¿Era por vergüenza? ¿O de lujuria? No se podía negar que Luke Rosen tenía un cuerpo de infarto y una cara de infarto.

No es el momento, Scarlett. Este no era, definitivamente, el momento de estudiar el firme trasero de Luke.

Dejé caer la barbilla, estudiando el patrón de ladrillos del suelo de baldosas mientras desaparecía bajo la lavadora. Tenía los dedos de los pies congelados en los zapatos y los calcetines se aplastaban un poco en los dedos, pero no me quité ninguno de los dos. En cambio, salí con cuidado a la cocina, siguiendo el camino de Luke por el suelo de madera.

Su olor no era tan fuerte en el interior como lo había sido en la camioneta, pero seguía ahí, un recordatorio siempre presente de que este era su espacio personal. Y por alguna razón, me había invitado a entrar.

Las luces brillantes de la cocina iluminaban el espacio. Los adornos negros colgaban sobre la encimera de cuarzo gris brillante de la isla. Los electrodomésticos de acero inoxidable rompían las filas de armarios blancos.

Tenía un fregadero de granja.

En los últimos cinco años, mi madre y yo nos hemos aficionado a ver programas de decoración. Nos acurrucábamos en el sofá del salón, compartíamos un bol de palomitas y veíamos HGTV. Mi padre leía, manteniéndonos bajo su atenta mirada, pero era el único canal que no le importaba tener de fondo.

Si pudiera ver este lugar, ese fregadero, se desmayaría. La cocina de Luke tenía todas las combinaciones de colores y características que más le gustaban.

Mi corazón se apretó al imaginar la cara de mi mamá. ¿Había sobrevivido a mi huida? ¿Se arrepentía de haberme empujado por la puerta?

PRINCE

DEVNEY PERRY

Luke levantó un mando a distancia de la mesita de madera del salón y pulsó un botón, haciendo bajar las persianas de todas las ventanas. Luego se volvió hacia mí, con el rostro sereno mientras exhalaba un profundo suspiro.

—Esta es mi casa —dijo—. Puedes quedarte aquí. Hasta que tengamos una solución a largo plazo, esto será mejor que el otro lugar.

Parpadeé. ¿Hablabas en serio?

Luke se pasó una mano por el cabello castaño oscuro, despeinando los mechones pulcramente peinados. No era el único que estaba cansado de este día.

—Entra. Siéntete como en casa.

No me alejé de la isla de la cocina.

El sofá parecía acogedor y había una gran pantalla plana montada en la pared sobre la chimenea. Era hogareño y cálido. La decoración era varonil, favoreciendo los atrevidos sofás de cuero y los tonos oscuros de los muebles de madera. Las paredes de la sala de estar estaban pintadas de un marrón intenso que me recordaba al glaseado de chocolate.

Era tan atrayente. Demasiado atractivo. Demasiado bueno.

Demasiado bueno para ser verdad era un adagio por una razón. O tal vez esta era su manera de ganarse mi confianza, mostrándome la suya para que yo le mostrara la mía.

—¿Mi hermana ha pasado la noche aquí? —La pregunta salió de mi boca antes de que la procesara mentalmente.

Tal vez lo pregunté porque la forma más rápida de compartimentar a Luke Rosen y su apuesto rostro era imaginarlo con Presley. Imaginarlo como si fuera de ella.

—No. —Luke negó con la cabeza.

—Pero salieron.

—Sí. Por poco tiempo.

Presley me había dicho que había salido con Luke, pero no sabía lo serio que había sido. No sabía mucho sobre la vida de mi hermana en la última década. Ciertamente no mucho sobre sus amantes.

Aunque supongo que *amantes* era el término equivocado. Durante la mayor parte de esa década, había estado con Jeremiah. Él la encontró

PRINCE

DEVNEY PERRY

después de dejarme. Estuvieron comprometidos hasta que él la dejó plantada el día de su boda.

Por mi culpa.

—¿Te la has follado? —pregunté con demasiada mordacidad.

Luke ni siquiera parpadeó.

—No.

Tal vez estaba diciendo la verdad. Luke no parecía un hombre que mintiera, pero yo era una lamentable juez de carácter. Por lo que sé, me atrajo a su guarida. Me había convertido en su presa. Esta noche, estaba demasiado cansada para preocuparme.

Pasé junto a la isla, levantando una mano para rozar la superficie lisa de un armario blanco. Los armarios de Luke estaban impecables. Limpios y sin marcas.

Esperaba que siguieran así.

En casa teníamos armarios blancos. Mamá los fregaba para mantenerlos libres de grasa y suciedad. Al menos, esa era la mentira que se decía a sí misma. En realidad, los fregaba después de uno de los arrebatos de papá. El año pasado, no mucho antes de que me fuera, había tomado un plato de ziti al horno y lo había tirado a una alacena. Mamá había utilizado salsa marinara comprada en la tienda en lugar de hacerla ella misma desde cero. Yo le había ayudado a limpiar aquel desastre porque él la había empujado tan fuerte que se había caído y se había torcido la muñeca.

Es curioso que estar en una buena casa me traiga recuerdos de la mía. Había estado tan ocupada con Jeremiah y los Warriors que mis padres se habían quedado en el camino. No olvidados, pero no al frente y al centro. Pero hoy parecía que no podía apartarlos de mi mente.

—¿Qué pasó entre tú y Presley? —le pregunté a Luke, uniéndome a él en la sala de estar.

—¿No le has preguntado?

—No tuve la oportunidad.

Cuando llegué a Clifton Forge, hacía diez años que no veía a Presley. No desde la noche en que ella escapó de Chicago y yo decidí quedarme. Pero sabía dónde vivía. Presley había elegido Clifton Forge mucho antes de huir del dominio de nuestro padre.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Me había llevado mucho tiempo unirme a ella. Demasiado tiempo. En lugar de salir de Chicago y encontrarla, como debería haber hecho, había ido a Jeremiah.

Se iba a casar con ella y yo tenía que saber si alguna vez me había querido. O si siempre había querido a Presley.

A mí. Me eligió a mí. Y en el proceso, abandonó a Presley y su boda.

La culpa de mis acciones, de humillarla, me acompañaría siempre.

Esa culpa fue parte de la razón por la que no fui a Clifton Forge a buscarla. Me quedé con Jeremiah en la casa club de los Warriors, fingiendo que las cosas entre nosotros estarían bien. Si pudiéramos conseguir un poco más de dinero. Si pudiéramos conseguir nuestra propia casa. Si pudiéramos alejarnos de sus hermanos.

Sí, sí, sí.

Pasaron meses mientras repetía esos *sí*. Hasta que finalmente, abrí los ojos. O me los abrieron.

El día en que hice la maleta y salí corriendo de la sede del club de los Warriors fue el día en que debería haber terminado. Hice autostop hasta Clifton Forge, pero el camionero solo me llevó hasta la autopista.

Desde allí, me dirigí a un teléfono público y llamé a un taxi, utilizando parte del preciado dinero que me había dado mi madre, dinero que había guardado desde Chicago.

Cuando llegué a la puerta de Presley, estaba tan cansada, tan aliviada de estar a salvo con ella, que me quedé dormida durante días. Finalmente, cuando me desperté, nos sentamos a hablar.

Entonces Jeremiah apareció en su puerta y le puso un arma en la cabeza.

Cuando salí de la casa club de los Warriors, eso debería haber sido el final.

Ahora, el final no estaba a la vista.

—Como dije, salimos poco —dijo Luke, respondiendo a la pregunta que casi había olvidado que había hecho. Mi cerebro estaba aletargado y pesado—. Películas. Cena. Es una mujer increíble. Pero no estaba destinado a ser. Está enamorada de Shaw.

Shaw Valance. Una estrella de cine. Me gustaba eso para mi hermana. Me gustaba mucho.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—¿Es un buen hombre?

—Sí. —Luke asintió—. Lo es.

Levanté mis ojos para encontrarme con los suyos.

—¿Eres un buen hombre?

Luke me miró fijamente, con sus ojos azules oscuros inamovibles.

—Si no sabes ya la respuesta a eso, supongo que tengo trabajo que hacer.

Maldita sea. Esa fue una gran respuesta.

—Vamos. —Hizo un gesto con la barbilla para que lo siguiera por el salón.

Pasamos por una escalera con barandilla de madera. Los peldaños giraban en un rellano cuadrado en el centro, y luego conducían al piso superior y a un pequeño balcón que daba a la sala de estar. El piso principal tenía un acabado de nogal oscuro, pero la alfombra de la escalera era de felpa. Me picaba la mano para recorrer las fibras. ¿Era tan suave como parecía? Hacía mucho tiempo que mis pies descalzos no se hundían en una alfombra suave.

Luke señaló el techo por encima de nosotros mientras bajábamos por un pasillo.

—Mi dormitorio está arriba.

—De acuerdo.

—Esta es tuya. —Se asomó a una habitación a mi derecha, encendiendo la luz—. Las toallas están bajo el lavabo. La ducha está abastecida, pero si necesitas algo, dímelo.

—¿Por qué está abastecida la ducha? —Mi pregunta salió más acusadora que curiosa.

¿Tenía muchas compañeras de noche? ¿Por qué me molestaba que las tuviera? Luke era un extraño con una cara perfecta. Nada más. Y después de todo lo que había pasado con Jeremiah, lo último que necesitaba eran complicaciones con otro hombre.

—No importa —solté antes de que pudiera responder—. No es asunto mío.

—Para cuando mi padre me visite. Espero que te guste el olor a Old Spice.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—Oh. —Una extraña oleada de alivio inundó mi cuerpo, y agarré mi mochila con más fuerza para evitar que se cayera—. Debería tener muchas cosas. De antes.

Mi primer día en la casa segura, una oficial me había traído algunos artículos de aseo y ropa. Sospeché que era por instrucción de Luke. La mujer también había traído algunas cosas necesarias para la casa. Podría haber recordado su nombre si no hubiera traído todas las margaritas.

—Si necesitas algo, hazme una lista —dijo.

Tampones. Eso iba a ser divertido de poner en la lista.

—De acuerdo.

Al otro lado del baño había otra puerta. Luke metió la mano dentro para encender la luz y luego se apartó, haciéndome un gesto para que me adelantara.

La habitación era grande, con una cama de tamaño king colocada frente a una cómoda. La pantalla plana que había encima era suficiente para hacerme llorar. Tal vez si tuviera la televisión encendida por la noche, alejaría las pesadillas.

La ropa de cama era una sencilla colcha gris paloma bordada con cuadrados del mismo color de hilo. Las paredes de aquí eran aún más oscuras que las del salón, de un color ceniza como el carbón. No muy diferente a ese anillo alrededor de los iris de Luke. Las persianas estaban bajadas y sospechaba que, cuando apagara la luz, sería como dormir en una cueva... si es que podía dormir.

Todo era monótono, incluida la alfombra negra y crema que se extendía bajo la cama, pero con la cómoda de madera y las mesas auxiliares que hacían juego con la madera dura de color chocolate, resultaba acogedor. Y lo más importante, no había ni una margarita a la vista.

—Gracias —susurré.

Asintió y se apoyó en el marco de la puerta.

—El mando está en el cajón de arriba.

—De acuerdo.

—Vamos. —Luke me hizo un gesto con la barbilla para que lo siguiera al salón.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Tomó asiento en el sofá, el que estaba justo enfrente de la chimenea y la televisión montada sobre la repisa. Yo me senté en el sillón de al lado, formando los muebles una U desordenada alrededor de la mesa de centro.

—Tenemos que hablar de algunas reglas.

Reglas. La palabra hizo que se me endureciera la columna vertebral, pero guardé silencio para escuchar.

—Por favor, no te vayas.

Entrecerré la mirada. Nunca en mi vida alguien había incluido *por favor* al recitar las reglas. ¿Cuál era la trampa?

—De acuerdo —dije.

—Tienes el control de la casa. La TV. Hay libros en mi oficina de arriba si te gusta leer. Si quieres algo de comer, dame una lista y voy a la tienda.

Me quedé callada e inmóvil, aún esperando la trampa.

Luke se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas.

Aquí viene.

—Quédate adentro —dijo—. Mantén las persianas cerradas. No abran las ventanas. No abras las puertas.

Hizo una pausa, esperando a que lo entendiera, así que le hice una única inclinación de cabeza.

—La alarma estará puesta en las puertas, pero dejaré los sensores de movimiento apagados. —Continuó—. Cuando me vaya a trabajar, encenderé las luces. Las dejaré encendidas. Las apagaré por la noche. Así no parecerá que hay alguien aquí durante el día mientras yo estoy trabajando. Sólo parecerá que soy un consumidor de energía que no se molesta en apagar las luces.

Estudié su rostro y la pequeña sonrisa que se dibujaba en la comisura de sus labios. ¿Intentaba ser gracioso? En otro día, podría haberme reído. Pero hoy no. No cuando se avecinaba algo más. Porque esas no podían ser todas las reglas.

—¿Qué más?

—Eso es todo.

—¿Simplemente quedarme adentro?

Asintió.

—Quedarte adentro.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Otra prisión.

—Lo entiendo —dijo—. Yo también me enfadaría si estuviera atrapado. Pero dale un poco de tiempo. Dale una o dos semanas para que el polvo se asiente. Entonces, podremos reevaluar los riesgos.

Tal vez era otra prisión. Tal vez esta no fuera tan mala. Si tuviera la televisión y un libro para leer, podría distraerme de la mierda que se arremolinaba en mi cabeza.

—De acuerdo —acepté. Lo intentaría. No por Luke, sino por Presley. Quería vivir para darle la disculpa que le debía. Aunque cuando este lugar comenzara a sentirse como una prisión, me iría—. ¿Qué hay de las niñeras?

Se rio, el sonido fue tan relajante y profundo que me tomó desprevenida.

—No hay niñeras. Si puedes prometer que te quedarás adentro, estás por tu cuenta durante el día. Te quedas atrapada conmigo por la noche.

Sí, definitivamente estaba atrapada.

Luke se puso de pie.

—Te dejaré sola para que te instales. Estoy arriba si necesitas algo.

Me quedé sentada mientras él me dedicaba otra cortés inclinación de cabeza, y luego se dirigió a la escalera, desapareciendo de la planta principal. Cuando se fue, me dirigí al cuarto de baño, encerrándome en él y asegurando la puerta.

Entonces abrí la ducha y me despojé de la sudadera. El vapor envolvió la habitación y cuando me puse bajo el chorro me escaldó la piel. Pero me quedé bajo el agua caliente, dejando que ahuyentara el frío de mis huesos y calentara los dedos de mis pies congelados.

Finalmente, cuando mi piel estaba roja y hormigueante, salí de la ducha y pasé una mano por el vapor del espejo. Mi reflejo no era tan horrible como antes. Las ojeras seguían ahí. Había perdido demasiado peso y la piel de las clavículas me tiraba demasiado. Pero la comida de antes, el aire fresco y la ducha caliente, habían dado algo de color a mi piel.

Y por primera vez en diez días, mis ojos azules no eran tan planos. Tal vez incluso contenían un destello de esperanza.

Me estudié, desde el pico de viuda en la frente hasta la punta de la barbilla. ¿Alguna vez me había mirado al espejo y me había gustado lo que veía?

PRINCE

DEVNEY PERRY

No.

Al menos, no recientemente. No me agradaba la mujer que me miraba fijamente.

No me gustaba.

De alguna manera, eso tenía que cambiar. De alguna manera, tenía que convertirme en una mejor yo. No estaba segura de cómo iba a lograrlo aislada en la casa de un extraño, pero podía empezar por mantener mi palabra y obedecer las reglas de Luke.

Me peiné el cabello, con el aroma de Old Spice llenando la habitación. Había usado lo que Luke había dejado en la ducha, sin molestarme en descargar mi mochila. Tal vez olía como un hombre, pero no estaba del todo mal. Al menos estaba limpia.

Con una toalla envuelta en el cuerpo, la ropa y los zapatos en los brazos, crucé de puntillas el pasillo hasta el dormitorio, pasando por la escalera hasta el salón. Las luces estaban apagadas, excepto una sobre el fregadero de la cocina. Luke debió bajar y apagarlas mientras yo estaba en la ducha.

Cerré y aseguré la puerta del dormitorio tras de mí, y luego saqué la última sudaderas y bragas limpias de mi bolso. Tal vez, si se lo pedía, Luke podría conseguirme un pijama. Me sobraba un poco de dinero y algo que no fuera un chándal estaría bien.

Vestida y lista para ir a la cama, levanté una zapatilla y me quejé. ¿Realmente necesitaba usarlas? No iba a correr, y menos esta noche. Así que la dejé a un lado y di la vuelta al edredón, deslizándome entre las frescas sábanas y acurrucándome con una almohada de plumas. La luz estaba encendida, pero el algodón era tan suave y terso contra mi mejilla que no pude reunir la energía necesaria para abrir los ojos y levantar la cabeza.

Por encima de mí, el techo crujía bajo los pies de Luke. Se movía de un lado a otro, haciendo lo que fuera. El sonido bajo de una televisión flotaba en el techo.

Respiré profundamente, oliendo mi propio jabón y el suavizante de las sábanas. Era la misma marca que usaba mi madre. Apretando la nariz contra la almohada, respiré largamente.

Eché de menos a mamá. Tal vez debería haberme quedado en Chicago. Tal vez debería haberme quedado, condenándome a una muerte lenta junto a ella.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Pero ahora que había salido, nunca volvería. Dudaba que volviera a verla. No importaba cuántas veces papá la golpeará o violara, ella nunca dejaría a ese hombre. No creía merecer nada mejor.

Bueno, yo lo hacía.

Me merecía más que a mi padre. Me merecía más que a Jeremiah.

Mi corazón se había roto innumerables veces en los últimos diez días porque estaba tan malditamente enfadada con él. Pero esto... no se merecía este final.

Sin previo aviso, un sollozo escapó de mi garganta. Lo amortigué con la almohada, sintiendo el escozor de las lágrimas al inundar mis ojos. Entonces, por primera vez en diez días, lloré. Por Jeremiah. Por mi madre. Por mi hermana y por todo lo que la había hecho pasar.

Y lloré por mí.

Ya sea por la liberación emocional o porque mi cuerpo se apagó físicamente, no lloré durante mucho tiempo. Me entregué a la cama y a los suaves sonidos de Luke sobre mí.

Y por primera vez en diez días, la pesadilla de Jeremiah no me visitó en mis sueños.



PRINCE

DEVNEY PERRY

4

Luke

—¿Causa de la muerte? —pregunté.

Mike, el principal médico forense del condado, miraba el cuerpo sobre la mesa de acero inoxidable.

—Todavía no he hecho la autopsia completa, pero dado el lugar donde fue encontrado y los signos evidentes, voy a decir que se ahogó. También podría haber sido hipotermia. Definitivamente estuvo en el agua durante un tiempo.

Seguí la mirada de Mike, observando las manos de la víctima. La piel estaba arrugada y descolorida, del mismo azul grisáceo que el pecho hinchado del hombre. Había moretones y arañazos en la piel deformada, y su rostro estaba casi irreconocible.

Dos líneas púrpuras con cortes eran antes los labios del hombre, aunque el inferior casi se había desprendido de la cara. Un globo ocular colgaba de su cuenca. Y había perdido una oreja por completo.

Había un círculo morado en la parte inferior de su mandíbula, una marca de nacimiento del tamaño de una moneda de diez centavos. Había adquirido el mismo tono violeta que los labios del hombre, y junto a él, un corte tan profundo que asomaba la mandíbula.

—Parece que le dieron una paliza —dije.

Mike se encogió de hombros.

—¿Recuerdas al tipo que se embriago y se cayó al río hace unos ocho años? ¿Lavado al día siguiente?

—Vagamente.

44

PRINCE

DEVNEY PERRY

—También tenía este aspecto. —Mike parecía recordar todos los cuerpos que habían cruzado su mesa de examen. Cómo se había insensibilizado era un misterio. Un día dentro de su mente sería escalofriante—. Ese tipo tenía cortes por todas partes. Un par de agujeros. —Mike habló como si estuviera leyendo el menú de un restaurante, no hablando de un hombre muerto—. Le habían arrancado un trozo entero de piel de la espalda. Su cara estaba hecha papilla.

—Gracias por la visión —murmuré.

—Eso hace el río por ti. Esas corrientes te arrastran y te golpean hasta la muerte. Luego te ahogan. No se jode con la naturaleza, hombre. —Mike acentuó su punto con el bisturí en su mano.

—Ajá. —El hedor químico del depósito de cadáveres me quemaba las fosas nasales aunque respirara por la boca.

Mike estaba acostumbrado a los cadáveres, pero ver a una persona muerta nunca me resultaba fácil. Este... bueno, mi estómago se había revuelto desde que entré en la habitación. Para usar las palabra de Mike, el río había golpeado a este hombre hasta la muerte.

—Mantenme informado —dije, dirigiéndome ya a la puerta.

—Lo haré, jefe. No debería llevarme mucho tiempo tener cosas específicas.

El tintineo de los instrumentos metálicos se atenuó cuando dejé atrás la sala de exploración y tomé las escaleras hacia la salida de dos en dos. Cuando atravesé la puerta, me llené los pulmones de aire frío de invierno y lo mantuve durante unos cuantos latidos. No había respirado completamente desde que entré en el edificio. Cómo trabajaba Mike con los olores, y mucho menos con los cadáveres, era algo que nunca entendería. Tal vez era la razón por la que Mike pasaba la mayoría de las noches y los fines de semana en el Betsy, bebiendo cerveza y jugando al billar con quienquiera que entrara.

El sol de la tarde rebotaba en la nieve derretida. A mi lado, el canalón goteaba agua sobre el pavimento del estacionamiento. Era un día precioso, el cielo sin nubes y brillante. La visita a Mike no estaba en mi agenda de los sábados, pero como jefe de policía, no existía tal cosa como un día libre. El único momento en que realmente me desconectaba era cuando salía de la ciudad para ir a pescar.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Tomé las gafas de sol del ala de mi sombrero y me las puse mientras me dirigía a mi camioneta. Luego me dirigí a la estación, con mi agenda para el día como si no existiera.

Todas las mañanas hacía ejercicio en el pequeño gimnasio que teníamos a disposición de los oficiales y el personal. El entrenamiento formaba parte de mi rutina habitual, algo que nunca me perdía, ni siquiera los fines de semana. Levantar pesas y hacer algo de cardio mantenía algo más que mi cuerpo en forma; era una hora para organizar mis pensamientos. Estaba en la elíptica, con el sudor chorreando por las sienes, cuando me llamaron de la central.

Una mujer había sacado a su perro a pasear esta mañana por la orilla del río y el cachorro había olfateado un cadáver. *Hasta luego, elíptica.*

Bajé las ventanillas mientras conducía, dejando que el aire me diera en la cara. El hedor de la sala de exploración no desapareció hasta que llegué a casa y me duché. Mi camiseta estaba sucia por el sudor seco y yo tampoco olía muy bien. Pero antes de ir a casa, tenía que iniciar la investigación sobre la muerte del hombre.

Tras la llamada de la central, me puse unos pantalones de deporte y una gorra de béisbol y me dirigí al lugar de los hechos. Otros dos agentes se me habían adelantado, pero ambos estaban demasiado verdes después de inspeccionar el cuerpo. Así que fui yo quien interrogó a la mujer cuyo perro lo había encontrado. Lo último que necesitaba era un patrullero vomitando en los pies de la pobre mujer.

Este caso iba para Chuck. No tendría problemas para trabajar en el proceso y, a diferencia de algunos de mis agentes más jóvenes, había visto suficientes muertos como para no tener que desayunar. Antes de irme a casa, quería introducir la declaración de la mujer en nuestro sistema y poner a Chuck al corriente de mi conversación con Mike.

Cuando llegué, el recinto estaba tranquilo y la mayoría de los escritorios estaban vacíos. El reloj de la pared indicaba que eran más de las tres. Me había perdido el almuerzo, aunque no tenía hambre.

Las actividades de hoy me habían robado el apetito. Después de interrogar a la mujer, me quedé en la escena mientras mi equipo fotografiaba el cuerpo. Luego, mientras lo transportaban a la oficina de Mike, yo había examinado la escena con los demás agentes, asegurándome de que no se nos había escapado nada. Lo único que habíamos encontrado eran huellas de conejo en los bancos de nieve y el barro que quedaban.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Mucho barro. Mis zapatillas nuevas ya no eran tan nuevas.

Me senté detrás de mi escritorio y saqué el pequeño bloc de notas de mi bolsillo. Luego me conecté a mi ordenador y me puse a trabajar, transcribiendo mis apresuradas notas.

La cartera de la víctima estaba metida en el bolsillo trasero de sus vaqueros. Por alguna razón no se había caído al río, lo que facilitó la identificación del cadáver. El dinero y los recibos de la cartera estaban empapados, pero el carné de conducir y las tarjetas de crédito estaban intactos.

Ken Raymond. Me quedé mirando su nombre mientras lo tecleaba, junto con su dirección. Ken no era de Clifton Forge. Según su identificación, había vivido en Ashton.

En un día normal, no habría pensado dos veces en su residencia. Pero desde que Scarlett había entrado en mi vida, nada había sido normal. Ella había invadido mi vida, mi casa y sobre todo, mis pensamientos. Ashton ya no era sólo un pueblo a tres horas de distancia. Ashton era sinónimo de los Warriors y del riesgo que suponían para la vida de Scarlett.

Si hubiera un riesgo.

Desde el suicidio de Jeremiah, no se había visto ni un solo Warrior en la ciudad. Y todos habíamos mantenido una estrecha vigilancia.

Dash y los chicos del taller de Clifton Forge, la mayoría de los cuales eran antiguos Tin Gypsies, no habían notado la presencia de sus rivales en la ciudad. Ayer llamé a Dash para comprobarlo, preguntándole si tal vez los Warriors habían estado en la ciudad pero habían pasado desapercibidos. Dash se rio y me aseguró que nada de los Warriors era de bajo perfil.

No sabía si eso debía hacerme sentir mejor o peor.

Pero por el momento, Scarlett no parecía miserable. Había estado en mi casa durante una semana. Eso era lo que le había pedido, que intentara durante siete días quedarse en casa, y eso era lo que había hecho. Si los Warriors evitaban Clifton Forge durante otra semana, me costaría convencerla, y convencerme a mí mismo, de que no eran una amenaza real.

Pero aún no estaba preparado para abrir la puerta principal y dejarla libre. Así que le iba a pedir que se quedara una semana más. Sólo una más. Luego volveríamos a evaluar. Podría sobrevivir a los continuos viajes de Presley a la estación para acosarme sobre el paradero de su hermana.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Hasta ahora, nadie sospechaba que Scarlett vivía bajo mi maldito techo. O si lo hacían, no le habían avisado a Presley. Si supiera que Scarlett estaba en mi casa, Presley estaría derribando la puerta.

La única persona que podía sospechar que Scarlett estaba conmigo era mi amigo Emmett. Trabajaba en el taller como mecánico y, al igual que Dash, era un antiguo Gypsy. Los dos nos habíamos conocido hace años en el Betsy. Nos metimos en una intensa partida de billar y esa noche le saqué trescientos dólares. Dos semanas más tarde, había ganado todo de nuevo. Desde entonces éramos amigos.

Pero Emmett no era sólo un mecánico. Tenía afinidad por el hackeo, algo que yo fingía no saber. Emmett sabía que yo tenía esa casa de alquiler y probablemente había deducido que yo había escondido a Scarlett allí. Aunque dudaba que supiera que la había trasladado. Y dudaba que preguntara.

Los chicos del taller no habían presionado para obtener información sobre Scarlett. Lo tomé como una señal de confianza, de que sabían que haría lo correcto por ella. Sabían que, en la medida de mis posibilidades, la mantendría a salvo.

Quería creer que la muerte de Ken Raymond no tenía ninguna relación con Scarlett y los Warriors. Lo más probable era que así fuera. Pero se me había hecho un nudo en el estómago desde el momento en que había rebuscado en la cartera del hombre mientras estaba junto al río.

Tal vez después de que Chuck hiciera su investigación, ese nudo desaparecería.

Cómo había caído Ken en el helado río Missouri era un misterio. Podría ser un juego sucio. Podría ser un suicidio. Ken podría haber estado pescando y haber resbalado con un trozo de hielo húmedo.

En la última semana, el tiempo había sufrido un rápido cambio. Desde el día en que saqué a Scarlett de la tienda de comestibles, no habíamos tenido más que sol. Una semana de temperaturas por encima de la congelación y Clifton Forge era un montón de aguanieve. Y el río estaba rugiendo.

Me alejé de mi monitor, contemplando el río a través de la ventana de mi despacho. Habíamos tenido un gran invierno con mucha nieve. Eso significaba mucha escurrimiento. Los trozos de hielo y los amontonamientos de nieve sucia aún manchaban las orillas, pero el agua estaba alta y se movía con rapidez. Las corrientes subterráneas eran tan letales como el

PRINCE

DEVNEY PERRY

arma que llevaba en la cadera. Si Ken se hubiera metido demasiado en la orilla, habría sido arrastrado al instante.

La mayoría de los habitantes de Montana sabían que debían alejarse del agua. Los turistas solían ser los que se metían en líos.

No recibíamos una tonelada de visitantes en verano, nada que ver con otras zonas de Montana, pero veíamos una afluencia de actividad. Caras extrañas. Autos de fuera del estado.

Sería más difícil identificar a un Warrior si llegara uno a la ciudad. Tal vez en lugar de una semana más, podría convencer a Scarlett para que se quedara dos.

Un golpe sonó detrás de mí.

—Jefe.

Me aparté del cristal, Chuck permaneciendo en mi puerta.

—Hola. ¿Qué has encontrado?

—No mucho. Ken Raymond estaba limpio como un silbato. Sin antecedentes. Ni siquiera una multa de estacionamiento.

Eso era algo bueno. Significaba que la posibilidad de que estuviera conectado a los Warriors era baja.

—¿Notificaste a los familiares?

Asintió, sus ojos sombríos.

—Llamé a la estación de Ashton. Les pedí que enviaran un auto patrulla y avisaran a su mujer. Luego llamé para hacer un seguimiento y dar mis condolencias mientras estabas fuera.

Chuck era un policía veterano de Clifton Forge. Habíamos sido colegas mucho más tiempo del que yo había sido su jefe. Diablos, me había enseñado mucho. Y cuando me nombraron jefe de policía, fue el primero en felicitarme y ofrecerme su apoyo. Le encantaba su trabajo y mantener la seguridad de la gente de la ciudad. También estaba deseando jubilarse dentro de dos años, tres meses y doce días; tenía un calendario de cuenta atrás en su escritorio.

Me recordaba a mi padre en ese sentido. Papá también tenía una cuenta atrás. Y aunque se acercaba la jubilación, Chuck era tan diligente con sus obligaciones como lo había sido durante años.

—¿Qué dijo la esposa?

PRINCE

DEVNEY PERRY

—No mucho. —Chuck suspiró—. Estaba bastante conmovida. El agente de Ashton le dijo que habían encontrado el cadáver de su esposo y le preguntó si estaría dispuesta a identificar el cuerpo. Cuando la llamé y le dije quién era, se puso a llorar y eso fue todo. Le daré algo de tiempo y me acercaré para hablar en persona.

—Maldita sea. —Era difícil ser el hombre que entregaba noticias desgarradoras—. Lo siento.

Asintió.

—¿Tiempo estimado de llegada de la autopsia?

—Mike no tardará mucho. Pero quiero saber qué estaba haciendo en Clifton Forge. Por qué vino aquí desde Ashton. Seamos sensibles al dolor de la señora Raymond, pero necesitamos respuestas, más pronto que tarde.

—Iré a primera hora de la mañana. Me presentaré. Evaluar la situación. Ir a partir de ahí.

—Lo agradezco. Eres el líder en esto. Avisa si necesitas algo.

—Lo haré. —Chuck retrocedió, volviendo a su escritorio.

Me pellizqué el puente de la nariz, deseando que mi incipiente dolor de cabeza tuviera una vida corta. Era *estrés*. Había tenido más dolores de cabeza en las últimas dos semanas que en los últimos dos años. Lo que realmente quería era terminar aquí, ir a casa y ducharme, luego desplomarme en el sofá para una larga siesta. No había dormido bien durante la última semana, desde que había trasladado a Scarlett a mi habitación de invitados. Un oído se había entrenado para cualquier ruido de ella: un intento de fuga.

Pero había sido fiel a su palabra y se había quedado.

Probablemente se preguntaba a dónde había ido. Cuando me había ido esta mañana, le había comentado que volvería en una hora. Ahora el día había pasado y cuando finalmente llegara a casa, sería la hora de la cena.

Era lo mejor. El fin de semana anterior, después de que se mudara, le había dado espacio. Pasé más tiempo que en meses en mi oficina, revisando las facturas y la pila de correo. Luego había matado horas trabajando en el jardín. Durante la semana, después del trabajo, había hecho más de lo mismo.

Con el tiempo, me acostumbraría a tenerla cerca. Tal vez si se aventurara a salir de su habitación durante más de cinco minutos cada vez,

PRINCE

DEVNEY PERRY

llegaríamos a conocernos. Pero estaba bien encerrada, y mientras no se fuera, la dejaría estar.

Caminábamos sobre cáscaras de huevo, compartiendo miradas incómodas y saludos en voz baja. Tal vez esta noche, si me llevaba un par de hamburguesas con queso de Stockyard's, ella comería conmigo y podríamos entablar una conversación.

Tal vez con el tiempo, ella comenzaría a confiar en mí.

No había presionado a Scarlett para que me diera más información sobre su tiempo con Jeremiah y los Warriors. Eso no significaba que no estuviera ansioso por saber, especialmente si los Warriors estaban de alguna manera conectados con la muerte de Ken Raymond, pero estaba equilibrando mi curiosidad con su riesgo de fuga.

¿Debo preguntarle sobre Ken Raymond? *No. Todavía no.* La dejaría en paz hasta que Chuck determinara si se trataba de una muerte accidental o de una investigación por homicidio. Lo último que quería era asustar a Scarlett y tener que perseguirla de nuevo.

Si se sintiera cómoda en mi casa, sería menos probable que huyera, ¿verdad? Sería más probable que viera que yo tenía sus mejores intereses en el corazón.

Terminé mi informe, cerré el ordenador y llamé a Stockyard's, uno de los bares de la ciudad, y pedí un par de hamburguesas para llevar. Stockyard's no era el circo que era el Betsy y atendía a un público mayor. Sus hamburguesas eran legendarias y, ahora que el hedor de la morgue se estaba desvaneciendo, mi apetito había vuelto.

La camarera no cuestionó mi pedido de dos hamburguesas, asumiendo que ambas eran para mí junto con una abundante orden de patatas fritas. Acababa de terminar la llamada cuando sonó otro golpe en mi puerta.

Una mujer estaba en el umbral, con un pantalón negro y una americana a juego. Su camisa blanca estaba almidonada, con el cuello de la camisa almidonado y rígido junto al cuello. La placa que llevaba en la cadera brillaba, al igual que la Glock que llevaba enfundada.

¿Qué demonios hacía una federal aquí?

Chuck se asomó por encima de su hombro, encogiéndose de hombros. Debió de acompañarla a la entrada.

—Jefe Rosen. —Entró en mi oficina, con la mano extendida—. Maria Brown.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—Encantado de conocerte. —Me puse de pie y le devolví su firme apretón de manos antes de indicarle que tomara asiento en una silla frente a la mía.

—Maria, por favor. —Antes de sentarse, sacó una tarjeta de su bolsillo, entregándola—. Soy del FBI.

No me digas. Miré la tarjeta, las palabras *Violent Gang Task Force* (*Grupo de Trabajo de Pandillas Violentas*) saltaron debajo de su nombre. Hijo de puta. Se trataba de Scarlett. Apostaría mi pensión en ello.

Me quedé mirando a la agente Brown, esperando que hablara.

Mary llevaba el cabello oscuro recogido en un severo nudo. Sus ojos marrones tenían un color cálido, pero eran calculadores cuando me miraba fijamente. Me estaba evaluando.

—¿Qué puedo hacer por ti? —pregunté.

—¿Siempre trabajas los sábados?

—¿Siempre respondes a una pregunta con una pregunta?

La esquina de su boca se levantó.

—Hace un par de semanas, un hombre se suicidó aquí después de tomar a dos mujeres como rehenes.

—Soy consciente.

—Una de las mujeres es una persona de interés. Scarlett Marks.

—¿Y por qué es de interés? —Mantuve mi rostro impassible, aunque mi corazón se aceleró. Maria Brown tenía el control, y si no mantenía la cordura, mi mal día se convertiría en un desastre muy rápido.

—Creemos que tiene información que podría ayudarnos en un caso.

Junté los dedos junto a la barbilla.

—¿Qué caso?

—Lo siento. No estoy en libertad de discutir los detalles. Espero que lo entiendas.

—Por supuesto. —La cooperación era una calle de doble sentido por aquí. No podía aparecer en mi puerta un sábado, sacar una tarjeta de visita y conseguir mis secretos. No hasta que ella soltara algunos de los suyos primero. No hasta que supiera que el FBI tenía los mejores intereses para Scarlett en mente.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Maria seguía mirándome fijamente, esperando que hablara. La mayoría de la gente lo hacía si esperaba lo suficiente.

Yo no.

—Después del incidente de los rehenes, tomaste a la señora Marks en custodia, ¿correcto?

—Correcto. La coloqué en un lugar seguro y tenía oficiales asignados a ella las veinticuatro horas. —Todo lo cual estaba documentado en nuestros informes. Si la agente Brown empezaba a hacer preguntas en la comisaría, tendría esta pizca de verdad y mi equipo no tendría que mentir.

—¿Dónde está ese lugar seguro?

—En realidad, era una propiedad mía de alquiler. Estaba vacía y era la solución más rápida. Se alojaba allí.

—¿Era?

Asentí.

—Era. La señora Marks decidió abandonar ese lugar. —Otra pista. Si la agente Brown hablaba con Nathan o con Chuck, sabrían los acontecimientos que habían llevado a la debacle de la tienda de comestibles y que yo había llevado a Scarlett a la casa de alquiler. Pero la única persona que sabía lo que pasó después era yo—. No tenía la autoridad para obligarla a quedarse. Me ofrecí. Ella se negó.

—¿Sabes por casualidad el paradero de la señora Marks ahora? —preguntó Maria.

—No. —Scarlett podría estar en su habitación. Podría estar en el sofá viendo la televisión. Podía estar desnuda en la ducha. No sabía su paradero exacto y no lo sabía hasta que llegara a casa.

Los ojos de Maria se entrecerraron.

—¿Has hablado con ella del incidente en casa de su hermana?

—Lo he hecho.

—¿Y?

—Y eso es parte de un caso cerrado. No estoy en libertad de discutir los detalles. Espero que lo entiendas.

Un destello de irritación cruzó sus ojos, al ver que sus propias palabras le eran devueltas, y luego su boca se dividió en una amplia sonrisa.

—Por supuesto.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—Siento no ser de mucha ayuda. —Me puse de pie, extendiendo la mano.

Maria permaneció en su asiento, con los ojos pegados a los míos, hasta que finalmente se levantó y me estrechó la mano una vez más.

—Gracias, jefe. Estaré en la ciudad por un tiempo. Tal vez vuelva a pasar por aquí pronto.

—Feliz de ayudar en lo que pueda, agente Brown. —Era una mentira. Ambos lo sabíamos. Pero a menos que apareciera aquí de nuevo con una orden, no iba a hablar.

Tal vez el FBI podría ayudar a Scarlett. O tal vez la usarían como peón. Había estado involucrado en dos casos federales en mi época de policía, y ambos me habían dejado un mal sabor de boca.

Acompañé a Maria fuera de mi oficina y a través de la sala de espera, sin que ninguno de los dos se molestara en entablar una pequeña conversación o en hacer bromas. Cuando salimos de la comisaría, me despedí de ella en la acera con un gesto seco, y luego me dirigí a mi camioneta y me subí.

Tranquilo. Relajado. Sereno. Sólo después de que se alejara en un brillante todoterreno negro, solté el aliento que había estado conteniendo.

¿Qué carajo quería el FBI con Scarlett? ¿Creían que había robado drogas de los Warriors? ¿Sabían que era inocente? ¿O había algo más?

Maria Brown era del equipo de trabajo con pandillas, no de la DEA. Aunque no me sorprendería que ambas divisiones estuvieran involucradas aquí. Esto tenía el nombre de los Warriors escrito por todas partes.

Mi mente daba vueltas a las preguntas mientras conducía a Stockyard's y recogía la cena. Otra muerte. El FBI. No habría relajación cuando llegara a casa. Sólo trabajo, intentando que Scarlett me confiara la verdad.

Al girar hacia mi calle, mis ojos se dirigieron a todas partes, buscando algo fuera de lugar. Los vehículos estacionados en las entradas eran todos reconocibles, los de los vecinos y los de algunos trabajadores de la construcción. Un par de niños iban en bicicleta por las aceras.

Sin embargo, los cabellos se me erizaron en la nuca, como si alguien me estuviera observando mientras entraba en mi garaje. Esperé a que la puerta estuviera completamente cerrada antes de salir y entrar.

Scarlett estaba en la cocina.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—Hola.

—Hola. —Levanté la bolsa en mi mano—. Recogí hamburguesas.

—Oh.

Me quité los zapatos y entré en la cocina.

—¿Está bien?

—Claro. —Asintió y se dirigió a los armarios para sacar los platos.

Scarlett había encontrado rápidamente su camino en la casa. Cuando llegaba a casa cada noche, ya se había retirado a su habitación, pero a juzgar por la escasa comida en la nevera y los platos sucios en el lavavajillas, estaba comiendo.

Las ojeras se habían atenuado considerablemente. Sus mejillas no estaban tan hundidas como hace una semana. Incluso su cabello tenía un nuevo brillo. Colgaba en largos y sedosos mechones hasta su cintura.

Se veía mejor. Mucho mejor.

Scarlett tomó una hamburguesa y la puso en su plato y yo repartí algunas patatas fritas. Luego me dedicó una pequeña sonrisa antes de recoger su plato y salir apresuradamente de la cocina.

—Espera —le dije a su espalda antes de que pudiera desaparecer en su dormitorio—. Vamos a comer juntos.

—Oh, está bien.

—Por favor. —La palabra era más una orden que una súplica.

Sus hombros cayeron cuando me dirigí al comedor y bajé rápidamente las persianas.

La habitación estaba situada en la parte delantera de la casa, junto a la entrada. Rara vez me sentaba a la mesa, prefería comer en la isla de la cocina o en el salón. Pero eso era sólo porque sentarse solo en una mesa de seis plazas era un poco deprimente.

Había un gran ventanal que daba al barrio. No me había molestado en correr las persianas a principios de la semana porque incluso si alguien presionaba sus manos contra el vidrio desde afuera, no podía ver dentro de la casa. Scarlett era lo suficientemente inteligente como para no entrar aquí y exponerse.

Se quedó en la habitación de pie mientras yo tomaba asiento.

Fruncí el ceño. ¿Tenía que ser todo una pelea?

PRINCE

DEVNEY PERRY

—Siéntate, Scarlett.

Un destello de irritación cruzó su rostro, pero hizo lo que se le había ordenado y se sentó en una silla. Luego se metió una patata frita en la boca, sin dejar de mirarme mientras masticaba.

Devoré mi hamburguesa, comiendo como un muerto de hambre, pero Scarlett picoteaba la suya.

—¿No te gustan las hamburguesas?

Levantó un hombro.

—Están bien.

Mentira. ¿Era por eso qué se había apresurado a desaparecer? ¿Para qué no me diera cuenta de que no estaba comiendo? No era mi trabajo aprender todo lo que había que saber sobre ella. Sólo necesitaba saber qué había pasado con los Warriors.

—Hoy tuve una visita del FBI.

Scarlett se quedó helada, la patata frita apretada entre sus dedos se detuvo en el aire.

—Te están buscando.

Tragó saliva.

—¿Quieres decirme por qué?

—No. —Dejó caer la patata frita en su plato e hizo un movimiento para levantarse, pero levanté una mano.

—Detente. Scarlett, por favor. Tienes que decirme qué está pasando. Hoy no será la última vez que el FBI venga a husmear. Por lo que sé, están vigilando la casa. Y hasta que no sepa a qué nos enfrentamos, no irás a ninguna parte. —Una semana. Dos semanas. Todo estaba fuera de la mesa en este punto.

Sus hombros se tensaron, subiendo hacia sus orejas. Scarlett sabía que, con el FBI de por medio, estaría escondida aquí en el futuro inmediato.

—Me ayudaría saber qué pasó mientras estabas con los Warriors.

—No pasó nada.

—Lo creo tanto como creo que te gustan las hamburguesas con queso.

Sus fosas nasales se encendieron y recogió la hamburguesa con las dos manos, antes de abrir la boca de par en par y dar un enorme mordisco.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Masticó con furia, tratando de demostrar que estaba equivocado. Podría haberlo hecho si no fuera por la mueca que hizo al tragar.

Agaché la cabeza y suspiré. *Dios mío*. ¿No podía ser esto más fácil? ¿Tenía que ser tan condenadamente terca? Estaba tratando de ayudar.

—Bien. Intentemos otra cosa. ¿Qué tal unas preguntas de sí y no?

Dejó caer la hamburguesa en su plato.

—¿Sabías que Jeremiah estaba robando drogas de los Warriors?

—No.

—¿El FBI se ha puesto en contacto contigo antes?

—No.

Probablemente no habrían podido acercarse a ella si estaba viviendo con los Warriors. Ahora que estaba fuera, Scarlett era una presa fácil.

Me metí en la boca el último bocado de mi hamburguesa, todavía hambriento, y estiré la mano al otro lado de la mesa para recoger el resto de la suya.

No protestó. Scarlett se limitó a mirarme comer, subiendo las piernas en la silla para que las rodillas quedaran metidas en el pecho. La postura parecía tan natural para ella. Un hábito. Una coraza protectora.

No había forma de que lo superara con otra ronda de preguntas, lo que significaba que era el momento de cambiar.

—¿Has lavado ropa hoy? —La casa olía a jabón y suavizante, una de mis cosas favoritas.

Me miró de reojo.

—Sí.

—Siempre que entro en una casa que huele a lavandería, me recuerda a mi madre. Llegaba a casa del colegio y olía a ropa limpia o a galletas de chocolate. —Sobre todo a suavizante. Mamá siempre había bromeado diciendo que era la historia interminable de su vida. Pero los días en que no había nada que lavar, hacía galletas—. ¿Es cómoda la cama de tu habitación?

Scarlett dejó caer una de sus piernas al suelo, sus ojos se entrecerraron mientras decía:

—Sí.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—Bien. —Asentí—. Mi padre siempre dijo que lo era, pero él es feliz durmiendo en cualquier lugar, así que no estaba seguro.

Scarlett me estudió y se llevó otra patata frita a la boca mientras bajaba la otra pierna.

Mis preguntas al azar estaban funcionando. Gracias a Dios. No es que estuviera aprendiendo nada importante.

—¿Viste algo bueno en la televisión hoy?

—No.

Me recosté en la silla y di el último bocado. El jugoso sabor de la hamburguesa, la suave textura del pan y el sabor del pepinillo y la mostaza eran lo que necesitaba después de un largo día. ¿Cómo puede no gustarle a Scarlett una buena hamburguesa?

Era diferente a Presley en ese sentido. Pres y yo solíamos ir a Stockyard's a menudo mientras salíamos.

—Creciste en Chicago, ¿verdad? —pregunté.

—Sí.

—¿Qué hacías?

No era una pregunta de sí o no, pero esperaba que se abriera. *Vamos, Scarlett.* Da un poco.

Comió otra patata frita, con los ojos fijos en su plato.

—Trabajé como recepcionista después de graduarme en un colegio comunitario local.

—¿Te gustaba?

—No.

No era mucho, pero era mejor que nada. Poco a poco, estaba comprendiendo a esta mujer.

Scarlett no era como Presley. Cualquier cosa que se le ocurriera a Presley solía salir de su boca, con sus ironías y todo. Scarlett tenía la mordacidad, tenía la ventaja, pero lo mantenía todo oculto.

No habría una confesión apresurada. Aprender sobre ella iba a llevar tiempo. Confianza. Y después de todo lo que había pasado, supongo que no podía culparla. Ese hijo de puta de Jeremiah había hecho un número en ella. ¿Por qué iba a pensar que yo era diferente? Ella tampoco me conocía.

Tenía el poder de cambiar eso.



PRINCE

DEVNEY PERRY

—Fui a la universidad —dije—. Me quedé los cuatro años y me gradué en sociología. Excepto las clases de justicia penal, odié cada minuto. Siempre supe que quería ser policía como mi padre, pero me quedé en la escuela de todos modos.

—¿Por qué? —Scarlett comió otra patata frita, incapaz de ocultar la curiosidad en su voz. Podía hacerme todas las preguntas que quisiera. A diferencia de ella, yo no tenía nada que ocultar.

—Mi madre. Ella quería que fuera a la universidad por la experiencia y la educación. En secreto, creo que esperaba que decidiera ser abogado en lugar de policía. —Siempre me pregunté si me juzgaba, si se alegraba de que hubiera seguido el camino que me habían marcado, o si estaba decepcionada de que no me hubiera diversificado—. En realidad no habría ido a la universidad, pero ella murió en mi primer año de instituto.

Scarlett aspiró con fuerza.

—¿Cómo?

—Cáncer de mama.

—Lo siento.

Le dediqué una sonrisa triste.

—Era una mujer extraordinaria. El amor de la vida de mi padre. La mejor madre del mundo, y lucharé contigo en eso si dices que la tuya es mejor.

Scarlett dejó caer la barbilla y sacudió la cabeza.

—Crecí en Montana. He vivido en el estado toda mi vida. Cuando mamá vivía, vivíamos en Great Falls. Allí es donde nací. Después de que ella murió, ni papá ni yo quisimos quedarnos. Demasiados recuerdos. Nos mudamos a Missoula y allí hice mi último año, luego me quedé para la universidad. Él ha estado allí desde entonces. Aunque creo que se mudará aquí cuando se jubile dentro de unos años.

Hasta el día de hoy, ambos extrañábamos a mamá. Los dos siempre lo haríamos. Pero especialmente papá. Se mantuvo fuerte después de su muerte, sin dejar que su dolor lo consumiera. Por mí. Y esperaba que, de alguna manera, yo también le hubiera ayudado. Nos habíamos apoyado el uno en el otro.

—¿Son cercanos? —preguntó Scarlett.

Asentí.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—Es mi mejor amigo. Hablo con él un par de veces a la semana.

Mantuvo la barbilla baja.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—Porque tal vez si me conoces, te darás cuenta de que soy un buen tipo.

Scarlett se burló, con un ruido apenas audible. Luego levantó la cara, su mirada desafiante, y negó con la cabeza.

—No creo en los chicos buenos.

Tendría que hacerla cambiar de opinión en eso. Por suerte, tenía tiempo.

Scarlett Marks no iba a ninguna parte.



PRINCE

DEVNEY PERRY

5

Scarlett

Treinta días. Habían pasado exactamente treinta días desde que Luke había llegado a casa para decirme que el FBI estaba en Clifton Forge. Treinta días desde que me hizo sus preguntas de sí o no sobre Jeremiah y los Warriors.

Treinta días, los había contado, y nada desde entonces. Ningún indicio de lo que ocurría más allá de estos muros. Ningún interrogatorio sobre mi pasado. Luke actuó como si yo fuera su huésped indefinidamente. Una compañera de habitación, incluso.

Se iba a trabajar todas las mañanas, levantándose antes que yo. Dejaba la cafetera encendida con lo suficiente para que yo tomara tres tazas. Luego llegaba a casa todas las noches y comía lo que yo había preparado ese día. Sin nada más que hacer, cocinar se había convertido en un pasatiempo habitual.

Un par de veces por semana, dejaba una nota adhesiva en la isla con algunas cosas que necesitaba del supermercado y Luke las recogía obedientemente.

No comíamos juntos. Me aseguraba de terminar mi cena antes de que él llegara a casa, asegurándome de no tener que entrar en el comedor de nuevo. Tampoco había puesto un pie allí en los últimos treinta días.

Después de comer, a veces veíamos una película juntos. Otras veces, yo desaparecía en mi habitación mientras él subía. Pero la incomodidad entre nosotros estaba desapareciendo. Estar cerca de él era... cómodo. Fácil. O debería haberlo sido.

A medida que pasaban los días y él seguía sin mostrar ningún interés por lo que había sucedido antes de que llegara a vivir bajo su techo, la ansiedad me pasaba factura.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Estaba harta de las sonrisas agradables. Su habitual: “¿Cómo te ha ido el día?”, seguido de un informe permanente sobre el tiempo. El maldito tiempo.

¿Qué estaba pasando? ¿Seguía husmeando el FBI? ¿Había visto o sabido alguien de los Warriors? La única razón que se me ocurría para su silencio era que ya lo sabía. Pero eso era imposible. Era imposible que supiera lo que había pasado en Ashton.

No había forma de que supiera lo que tenía en mi teléfono.

Entonces, ¿por qué estaba tan callado? Su silencio me estaba haciendo subir por sus paredes color chocolate. Me había llevado al límite, y cuando llegase a casa y viera lo que había hecho, bueno, solo podría culparse a sí mismo.

—Maldita sea —murmuré al techo mientras me dejaba caer en el suelo enmoquetado. El sudor me llegaba a las sienes mientras el corazón me latía dentro del pecho.

Dios, estoy fuera de forma. Mis músculos estaban débiles después de un mes de holgazanear y no hacer nada más que ver Netflix, picar y leer un par de libros de Luke... o intentarlo. El hombre solo tenía libros sobre presidentes muertos y guerras mundiales en su biblioteca.

No, gracias.

El último mes con poca o ninguna actividad física había hecho que mi cuerpo se volviera perezoso. Mi tiempo en la casa club de los Warriors tampoco incluía precisamente ejercicio regular. Había pasado meses en la habitación de Jeremiah, evitando a sus *hermanos*. Más bien, evitando a los idiotas.

Sumando mi tiempo aquí y allí, había estado en Montana diez meses. Casi un año pasando más tiempo en la cama que fuera. Casi un año de terror e incertidumbre.

Casi un año, desperdiciado.

No más. En cuanto saliera de aquí, iba a cambiar eso. Encontraría un trabajo. Encontraría una casa. Encontraría una maldita vida.

Solo que no tenía ni idea de cuándo iba a salir de aquí.

Puede que Luke no me haya puesto al corriente de lo que estaba pasando con los Warriors o el FBI, pero creía que, si no hubiera riesgo, habría sido el primero en echarme de su casa.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Mientras tanto, estaba atrapada aquí, desesperada por una distracción y buscando formas de ponerme en forma.

De ahí mi tarde reorganizando los muebles.

En el dormitorio de Luke.

Después de un mes dando vueltas por la casa y sacudiendo la cabeza ante la disposición de cada habitación, por fin había tenido suficiente. En serio, ¿había dejado los muebles donde los colocaron los repartidores? No había estructura. No había un patrón. No había flujo.

Bueno, lo arreglaría.

Y sudaría un buen rato en el proceso. Si a Luke no le gustaba, mala suerte. Era su culpa por no tener un gimnasio en casa.

Ciertamente hacía ejercicio, pero, ¿dónde? Su cuerpo era terso y en forma y apretado en todos los lugares correctos. Sus bíceps sobresalían de las mangas de la camisa del uniforme azul marino que se ponía cada día. Sus vaqueros se amoldaban a esas piernas fornidas y tentadoras. Y su trasero...

Tragué con fuerza y cerré los ojos mientras una oleada de calor se apoderaba de mi interior.

Tal vez fuera cosa del aburrimiento, pero maldita sea, en el último mes casi había memorizado los rasgos de Luke y no faltaba ni uno.

Su físico era incomparable y tan, *tan* jodidamente sexy. Sus ojos azules tenían esa forma de atraerme y ponerme bajo su hechizo. Y, de vez en cuando, esbozaba una sonrisa, sobre todo cuando veíamos una comedia en la televisión.

Esa sonrisa me hacía sentir un hormigueo cada vez que se extendía por su rostro. No era diabólica ni coqueta. No, la sonrisa de Luke era pura confianza sin filtro.

Cuando algo era divertido, sonreía. Cuando estaba feliz, sonreía. Luke no era del tipo que necesitaba fingir nada, y menos su alegría. Sabía exactamente quién era y, maldita sea, eso era lo más excitante de todo.

No tienes por qué estar excitada, Scarlett.

No, no tenía que hacerlo. Porque cuando Luke decidiera hacerme algunas preguntas, un flechazo no iba a facilitar que las esquivara.

Además de su incapacidad para montar una habitación, tenía que haber algo malo en él. Si pudiera descubrirlo...

PRINCE

DEVNEY PERRY

Me limpié la frente y me senté, inspeccionando la habitación.

Las piezas eran mucho más pesadas de lo que había imaginado. Luke había invertido en muebles de calidad. Pero, a pesar de todo, me las había arreglado para moverlos. Claro, podría haber visto un video de pilates, pero los detestaba; había algo en una mujer que te ordenaba *levantar, barrer y hacer círculos* una y otra vez que me daba ganas de tirarme del cabello.

Mañana, mi plan era abordar la sala de estar. Luego, su despacho.

Durante la primera semana que viví en casa de Luke, me quedé en el piso principal, cerca de mi habitación. Pero luego la curiosidad me había ganado y había subido las escaleras. Al igual que en el primer piso, los muebles no estaban colocados, más bien amontonados.

El dormitorio de Luke había sido el más perjudicado, así que decidí arreglarlo primero.

Su cama había sido empujada debajo de las ventanas, dejando una enorme extensión de espacio vacío en la pared. ¿Quién no centraba su cama? No solo eso, estaba en el lado equivocado de la habitación. ¿Por qué no ponerla frente a las puertas del baño y del vestidor?

Su cama de trineo era extremadamente pesada y me había llevado casi una hora empujarla, centímetro a centímetro, y hacerla girar. La cómoda había tardado casi el mismo para colocarla en su sitio sobre la gruesa alfombra de felpa.

Me puse de pie y examiné mi trabajo, sonriendo mientras mi pecho se hinchaba de orgullo. La casa de Luke tenía mucho potencial. Solo necesitaba un poco de ayuda.

En otra vida, tal vez me habría convertido en diseñadora de interiores. Pero nadie iba a pagar a una mujer con un título genérico de asociado de una universidad comunitaria sin nombre para que moviera los muebles y eligiera nuevas piezas.

Además, antes de pensar en otra vida, necesitaba arreglar la que estaba viviendo.

Miré el reloj. Tenía otra hora antes de empezar a cenar, así que me apresuré a ir al baño y me duché. Mientras me secaba el cabello, estudié la pequeña habitación, como hacía la mayoría de los días.

El espejo era aburrido y sin marco. Las paredes necesitaban un color distinto al blanco.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Arreglarlas sería tarea de otra mujer. Dudaba que Luke me diera acceso a una brocha.

Me vestí con vaqueros boyfriend, con puños en los tobillos, y una simple camiseta. Era del Departamento de Policía de Clifton Forge, una que Luke había conseguido en la comisaría. Había encargado los vaqueros por Internet junto con unas cuantas camisetas sencillas, después de que él se ofreciera y yo le diera mis tallas. No me había vuelto loca, solo dos Levi's, pero era increíble lo bien que me había sentido al adquirir un armario que no estaba hecho enteramente de sudaderas.

No había llevado muchos vaqueros mientras crecía. Papá había preferido a sus preciosos *ángeles* con vestidos y faldas. Si teníamos moratones en las piernas que cubrir, nos poníamos leggings debajo. Todo había sido de color pastel o con estampado floral.

Si no volviera a llevar una flor, moriría feliz.

Me hice una rápida trenza en el cabello. Había engordado en este último mes. Mis pantalones y camisetas no parecían las tiendas de campaña de cuando me mudé a la casa de Luke, aunque cuando me miraba en el espejo cada día, seguía sin gustarme la mujer que me observaba.

Pero estaba creciendo en mí. Cada día notaba el saludable rubor de mi piel. El azul de mis ojos empezaba a brillar.

Quizás estos treinta días eran exactamente lo que necesitaba.

Me apresuré a la cocina, sacando uno de los dos libros de cocina del armario de Luke. Cocinar era en parte para tener algo que hacer y algo que comer. Pero también servía para evitar otra hamburguesa con queso.

Esta noche, haría macarrones con queso picante. Me puse manos a la obra, revolviendo la cocina que cada día se parecía más a la mía, hirviendo agua y desmenuzando el queso. Asé un par de pimientos poblanos y los añadí a la cazuela antes de meter todo en el horno para hornearlo mientras sacaba platos y cubiertos.

Estaba sacando la fuente del horno cuando la puerta del garaje se abrió y el bajo estruendo de la camioneta de Luke se hizo más fuerte.

—Maldita sea. —Solo eran las cinco. Había llegado a casa temprano y yo había empezado a cenar tarde.

Probablemente tendríamos que comer juntos.

PRINCE

DEVNEY PERRY

La puerta del garaje se abrió y Luke levantó la barbilla mientras se quitaba las botas y los calcetines, echando estos últimos en el cesto que había aprendido que dejaba en la lavandería específicamente para ese fin.

—Hola.

—Hola. —Le di una pequeña sonrisa, tratando de ignorar el salto de mi corazón.

Era impactante verle. La mayor emoción de mi día. La energía siempre estaba cargada cuando Luke estaba en la habitación. Ya sea porque estaba esperando que me preguntara por fin sobre los Warriors, o por algo totalmente distinto... bueno, probablemente eran ambas cosas.

Entró en la cocina y abrió la nevera, agachándose para sacar una cerveza.

—¿Quieres una?

—No, gracias.

Cerró la puerta y quitó el tapón de la botella, llevándose el borde a los labios.

Se me cortó la respiración y me obligué a apartar los ojos de su bello rostro. No me permití estudiar la forma en que su camisa acentuaba la anchura de sus hombros. O lo sexy que resultaba verlo caminar descalzo.

Si lo miraba demasiado, podría olvidar que no confiaba en Luke Rosen.

—Huele muy bien aquí. ¿Has cenado ya?

Negué.

—Entonces supongo que podemos comer juntos para variar.

Ugh. Iba a obligarme a ir al comedor de nuevo.

—Claro.

Luke tomó otro largo trago de su cerveza, su manzana de Adán se balanceaba mientras tragaba. Era una cosa hipnotizante, la garganta de este hombre. En serio, ¿no tenía defectos?

Me aparté para ocultar el rubor de mis mejillas. Un defecto, un defecto. Necesitaba pensar en un defecto en el que centrarme si quería sobrevivir a esta cena.

Vamos, Scarlett. Piensa en algo.

¡Lo tengo!

PRINCE

DEVNEY PERRY

Había salido con Presley. Ahí, eso era un defecto. Bueno, no exactamente. En realidad, solo mostraba su buen gusto. Pero mi hermana y yo habíamos intercambiado suficientes hombres. Bueno, uno, pero Jeremiah había sido un desastre, así que no tenía prisa por repetir ese error.

Luke había salido con Presley. Por lo tanto, estaba fuera de los límites. Además, era el enemigo. Dos hechos muy sustanciales en los que centrarse en lugar de su apuesto rostro.

Tomé una cuchara de servir de un cajón.

—¿Qué te gustaría beber? —preguntó Luke.

—Agua está bien. La traeré —dije, caminando hacia el fregadero para llenar un vaso. Cuando volví, él había servido mi plato.

Era muy doméstico. Fácil. Luego bebió otro trago de su cerveza y volví a encontrar ese movimiento de su garganta.

Se me hizo la boca agua.

Levantó la vista, más allá de la botella de color ámbar y, durante unos breves segundos, podría haber jurado que sus ojos se oscurecieron de deseo. Pero se fue antes de que pudiera analizar la mirada, sacando nuestros dos platos de la cocina.

Y directamente al comedor.

Era solo una habitación. La única que odiaba en esta casa.

No tuve más remedio que seguirle, mis pasos pesados y lentos. La mesa era bastante bonita, de un color de madera más claro que el suelo. Las sillas de respaldo alto eran clásicas y de líneas limpias. Pero todo en la habitación me ponía nerviosa.

—¿Qué tal el día? —me preguntó cuando me senté.

—Bien. —Se me revolvió el estómago y tomé el tenedor—. ¿Qué tal el tuyo?

Suspiró.

—Bien.

Los días en los que Luke llegaba a casa e inmediatamente se iba a tomar una cerveza, combinada con un suspiro, significaba que había tenido un largo día. Pero los detalles eran algo que no compartía, tal vez no podía compartir, así que no pregunté.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Luke levantó el tenedor y se zambulló en la pasta. Se llevó el primer bocado a la boca, se estremeció y buscó su cerveza mientras aspiraba un poco de aire.

—Ah. Caliente.

Me quedé helada, conteniendo la respiración, mientras miraba sin pestañear al otro lado de la mesa.

Masticó con la boca abierta, tragando su bocado con un sorbo de su bebida. Cuando miró hacia mí, sus cejas se juntaron.

Probablemente porque el color de mi rostro se había desvanecido.

—Lo siento —susurré.

—¿Por qué?

—Debería haberte avisado de que estaba caliente.

—Lo vi humeante. Yo fui el idiota que se lo comió.

—Cierto. —Tragué saliva y me concentré en mi plato.

El trauma y el miedo eran horribles compañeros de cena. Me habían robado el apetito.

—Scarlett, no es tu culpa.

—Lo sé. —Y lo sabía. No era mi culpa que se hubiera quemado la lengua. Pero demasiadas veces había visto a mi madre ser castigada por lo mismo. Tampoco había sido su culpa.

—Oye. —La suave voz de Luke me hizo levantar la vista. Sus ojos, amables y preocupados, estaban esperando, pidiendo una explicación.

Y, por primera vez, no quise dejarle fuera.

—¿Alguna vez Presley te habló de nuestra infancia?

—No.

Eso no era una sorpresa. Dudo que le haya contado a mucha gente sobre nuestra crianza. Hábitos y todo eso.

—La mesa me pone nerviosa.

—La mesa.

Asentí.

—El lugar favorito de mi padre para explotar era la mesa. Si se quemaba la lengua con algo que mi madre cocinaba y ella no le había

PRINCE

DEVNEY PERRY

advertido, diablos, incluso si le había advertido, lo usaba como excusa para explotar.

Luke dejó el tenedor, apoyando los codos en la mesa.

—Define explotar.

—¿Realmente necesitas una definición?

Su mandíbula se apretó.

—No tenía ni idea.

—No es precisamente algo que dé lugar a una gran conversación.

—Porque tenemos muchas conversaciones estupendas. —Contestó con sorna.

Me reí.

—Cierto.

—¿Qué tal si tenemos una ahora? —Antes que pudiera objetar, levantó una mano—. Dime lo que quieras. Deja fuera lo que no quieras.

Oh, era bueno. Esos ojos. Ese rostro honesto. Destrozaron mi determinación.

—Mi padre es un monstruo disfrazado del agradable vecino de al lado. Desde fuera, éramos la familia perfecta. Picnics los sábados. Iglesia los domingos. Niñas con sobresalientes y padres que las querían tanto que las mantenían cerca. Pero por dentro, nuestro hogar era un pozo negro de miedo y rabia.

—Tu padre te pegaba.

—Nos *golpeaba*.

Había una diferencia entre los que pegaban y los que golpeaban. Los golpes físicos no eran tan poderosos a menos que los acompañaras de una tortura mental también.

—Mi madre se llevaba la peor parte. La golpeaba cuando no cocinaba algo que le gustaba. La violaba cuando saludaba al hombre que vivía al lado cuando iba al buzón. Y para nosotras... exigía la perfección.

La tensión irradiaba de Luke, rodando sobre la mesa en olas. Pero era un tipo de tensión diferente, del tipo protector. Algo que solo había sentido de mi hermana. Y de Jeremiah.

—Cuando explotaba, siempre era físico. No gritaba ni chillaba. Era una furia aterradora y silenciosa. Nos golpeaba a mí o a Presley en el brazo o nos

PRINCE

DEVNEY PERRY

daba una patada en la espinilla porque fallábamos una palabra en un examen de ortografía. Mamá no trabajaba, así que la golpeaba en el rostro.

Luke se estremeció y el leve sonido de una muela chocando con otra me llegó.

—Para nosotras, con la escuela, mantenía los moretones donde podíamos cubrirlos con pantalones o mangas. Nos arrastraba por el cabello. Probablemente por eso Presley se cortó el suyo. Así nadie podría hacerle eso de nuevo. Si nos quejábamos por comer brócoli, nos mandaba a la cama con hambre. Si llorábamos, nos daba algo por lo que llorar. —Puse los ojos en blanco con las comillas de aire. Me sentó bien poner los ojos en blanco, algo a lo que no me habría atrevido en presencia de mi padre.

—¿Y tu madre no lo detuvo?

—Ella lo ama.

—¿Dejó que pasara? —Por lo poco que me había hablado de su madre, estaba claro que la adoraba. Y ella a él. El sentido del bien y del mal de Luke era muy noble. Definido. Mi madre no era alguien que esperaba que entendiera.

—Es una enfermedad —dije—. Presley la odiaba por eso. Pero yo no. Ella siempre se acobardará ante él porque no conoce nada mejor. Porque entre los días malos, él la adora. La hace sentir como si fuera todo su mundo y sin ella, moriría. Ha deformado su mente. Ella no trabaja. No tiene amigos. Él es todo su mundo y es su juego. Uno que nunca perdió hasta que Presley se fue.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace diez años. Después de cumplir los dieciocho.

Luke asintió, pero por lo demás se quedó inmóvil, pendiente de cada una de mis frases. Ahora que las palabras se agitaban sueltas, parecía que no podía conseguir que se detuvieran.

—No se lo he contado a mucha gente. Es humillante —confesé mientras mis ojos se nublaban—. Al igual que mi madre, no tengo amigos.

—Scarlett, no tienes que...

—No. —Negué y parpadeé para alejar las lágrimas—. En realidad, se siente bien. Tengo muy poco control sobre mi vida. Pero guardar mis secretos... Nadie puede entrar en mi mente y tomarlos. Lo que le digo a la gente, lo que les doy, es mi decisión.

PRINCE

DEVNEY PERRY

La comprensión se reflejó en el rostro de Luke. Mantenerme callada sobre lo que había visto en la sede de los Warriors no era solo para proteger mi vida. También era yo aferrándome a una pizca de control cuando, de lo contrario, estaba a merced del mundo.

Estaba atrapada aquí. Antes de eso, había estado atrapada en Ashton. Y antes de eso, había estado atrapada en los suburbios de Chicago.

—Presley salió —dije—. Yo no lo hice.

—¿Por qué?

—Porque soy una tonta —susurré—. Después de la graduación, papá se portó tan mal como siempre, tal vez porque teníamos dieciocho años y éramos lo suficientemente mayores como para irnos. No permitió que Presley o yo consiguiéramos trabajos de verano. No quería que tuviéramos dinero. Un día, llegó a casa del trabajo con solicitudes para el colegio comunitario y nos dijo que las rellenáramos. Que él nos pagaría las clases y después nos buscaría trabajo en su empresa. Todo estaba planeado. Presley bromeó diciendo que encontraría a nuestros maridos en poco tiempo.

Luke apoyó los codos en la mesa, la comida olvidada.

—Presley quería salir. Yo también. Y Jeremiah iba a ayudarnos porque me quería.

Luke asintió, como si hubiera escuchado esta parte antes. Después de la muerte de Jeremiah, Presley probablemente le había contado a Luke cómo Jeremiah y yo nos conocíamos desde Chicago.

—Jeremiah era mi novio del instituto —dije—. Mi secreto. Mis padres nunca supieron de él, o tal vez mi madre sí, pero nunca lo dejó saber. Él sabía cómo era la vida en nuestra casa y quería ayudarnos a salir. Presley y yo juntamos dinero cuidando niños y él cubrió el resto para comprarnos una vieja chatarra para irnos al atardecer.

—Pero tú no te fuiste.

—No. —Dejé caer mi mirada hacia la mesa—. Casi.

Luke no pronunció una palabra mientras pensaba en esa noche. Sobre el error del que me arrepentiría para siempre. Tal vez si hubiera sido valiente, tal vez si hubiera ido con Presley, Jeremiah todavía estaría vivo. Tal vez nada de esto habría sucedido.

No podía culparle del todo por su muerte. En parte también había sido por mí.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—Presley tenía sus miras puestas en Montana. Y yo quería California. Quería vivir junto al océano, dormirme con el sonido de las olas y estar a un mundo de distancia de mi padre. Jeremiah iba a venir conmigo. Dejaríamos a Presley en Montana y luego seguiríamos nuestro camino. Pero...

—Tu padre se enteró.

Negué.

—No.

—¿Tu madre?

—Me asusté. —Le dediqué una sonrisa triste—. Llevábamos semanas sacando ropa y cosas de nuestra habitación a escondidas. Jeremiah las guardaba en su casa, ya que vivíamos en el mismo barrio. El único lugar al que papá nos dejaba ir era la biblioteca, pero Presley utilizó uno de sus ordenadores para conseguir un trabajo aquí, en el taller. Había encontrado un lugar para quedarse. Todo de lo que podía hablar era de su nueva vida. Una y otra vez. Nunca se detuvo. Y yo... no estaba lista. No estaba preparada. Entonces llegó el momento de irse y...

Cerré los ojos, la oscuridad de aquella noche me envolvía como fríos zarcillos de humo, arrastrándome a una noche que había repetido más veces de las que podía recordar.

—El aire estaba tan quieto esa noche. Era demasiado delgado, como si no pudiera respirar suficiente para llenar mis pulmones y estaba mareada. A cada paso que daba lejos de nuestra casa sentía que estaba estirando una cuerda. Tirando cada vez más fuerte. Y seguía remolcándome hacia atrás. Como si mi padre tuviera una mano en el otro extremo y me dejara ir lo suficiente como para tirar de mí antes de aplicarme un castigo tan severo que se convertiría en la regla con la que mediría todas las discreciones futuras.

Se me secó la garganta, así que levanté mi vaso de agua, pero mi mano estaba temblorosa y se deslizó sobre el borde.

—Vamos. —Luke se puso de pie, recogiendo su plato y el mío. Luego se dirigió a la sala de estar, tomando asiento en el sofá.

Le seguí, contenta de alejarme del comedor. En mi mente, sabía que era diferente. Luke no era mi padre y no había nada que temer de una mesa y seis sillas. Algún día conquistaría ese miedo irracional. Hoy no era ese día.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Luke me dio tiempo para acomodarme frente a él y recuperar el aliento. Se zambulló en la pasta y no dijo ni una palabra. Sin preguntas. Sin presiones. Si quería hablar, era mi elección.

Para una mujer que acababa de decirle lo poco que podía controlar, significaba un mundo que él le hubiera escuchado.

Acomodé las piernas en el asiento, con el plato en equilibrio entre las rodillas.

—Presley siempre ponía a prueba los límites. Hacía cosas para ver si la atrapaban. No tenía miedo.

La comisura de su boca se levantó mientras masticaba.

—Suenas como ella.

—Yo no era así. No necesitaba probar los límites porque no me gustaba lo que pasaba cuando me atrapaban. O cuando la atrapaba. Yo era la que cuidaba de ella. Yo era la que envolvía sus costillas cuando se rompía una. Yo era la que corría por la bolsa de hielo cuando a mamá le sangraba la nariz o se le ponía un ojo morado. Presley se enfadaba con mamá, estaba resentida con ella. Yo solo... solo quería que todos vivieran y vieran el mañana.

Luke dejó su plato casi vacío a un lado en la mesa de café.

—No agitaste el barco.

—¿Por qué iba a hacerlo? Estábamos sentadas en una balsa salvavidas en medio del océano mientras un huracán hacía estragos a nuestro alrededor.

—Así que te quedaste.

—Me quedé. —Lo que daría por volver atrás y rehacer esa noche—. Nos escabullimos. Mamá y papá no estaban dormidos, pero había ruidos y estaban... ocupados.

Por muchos años que pasaran, nunca olvidaría el sonido de mi padre violando a mi madre. Las bofetadas. Los gruñidos. Me aterrorizaba tener sexo con Jeremiah en el instituto porque estaba segura de que me dolería.

Lo había hecho, pero de la forma en que los adolescentes torpes pierden su virginidad. Más tarde, en la sede del club, había sido frío. Distante. El sexo estaba sobrevalorado. Ni siquiera podía culpar a Jeremiah. La que más había cambiado en los años que estuvimos separados fui yo.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—Corrimos en la oscuridad para llegar a Jeremiah —le dije a Luke—. Presley estaba muy emocionada. Estaba segura. Se reía y sonreía. Eché un vistazo a ese auto y la cuerda se *tensó*. Si nos atrapaba, estábamos muertas. Así que lo perdí. Ninguno de los dos pudo calmarme. Estaba histérica, llorando y tratando de decirle a Presley que estaba mal. Que nos atraparían. Todo mi cuerpo temblaba. Había intentado sacar sus maletas del auto, arrastrarla a casa, pero no iba a volver.

»Grité —dije—. Le dije a Presley que no me iba a ir. No pensé que se iría sin mí, pero se puso al volante de ese viejo auto de mierda, y se fue. Me dejó en la calle.

—Y Jeremiah se fue con ella.

—No. —Negué—. Se quedó. Por mí.

—¿Qué te hizo tu padre?

—Exactamente lo que más me dolería. Casi mata a mi madre.

Luke cerró los ojos, negando. Sus hombros estaban rígidos. Sus manos se retorcían. Tuve la ligera sospecha de que se imaginaba estrangulando a mi padre.

—Lo siento.

—Una parte de mí se alegra de haber estado allí para cuidarla. Para que no perdiera a sus dos hijas.

Luke se frotó la mandíbula. Si no estaba de acuerdo, se lo guardaba para sí.

—Así que Presley vino a Montana. Jeremiah se quedó contigo. Pero luego vino a buscarla y se comprometieron.

—Sí. —Asentí—. Rompimos en Chicago. Estaba enfadado conmigo por no marcharse. Dijo que no quería ver cómo me convertía en mi madre ni esperar a que mi padre me casara con otro hombre. Discutimos mucho. Le prometí que les hablaría a mis padres de él pronto, pero nunca era un buen momento. Y creo que... creo que le molestaba ser un secreto. Un secreto que necesitaba mantener, controlar. Porque papá lo habría odiado. O quizás no, no lo sé. No importa. Rompimos, y Jeremiah vino a Montana y encontró a Presley. Se comprometieron.

—¿Estabas enojada con ella?

—Sí —admití—. Siempre había sido mío. Mi única cosa, y ella me lo quitó. Mirando hacia atrás, creo que me enfadé sobre todo porque ella había tenido el valor que yo no tuve para romper el vínculo.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—¿Qué hizo que finalmente decidieras irte?

—Mi madre. Presley me envió un mensaje de texto diciendo que se casaría con Jeremiah a principios de junio. Se lo mostré a mamá y su expresión cambió. En toda mi vida, nunca la había visto tan triste. Ni siquiera después de que Presley se fuera. —Ciertamente, había estado postrada en la cama durante casi un mes gracias al castigo de papá.

Mucho había cambiado después de la marcha de Presley. Mamá se había vuelto más reflexiva. Y la vena rebelde que Presley siempre había tenido se había deslizado lentamente en mí.

Así que cuando mi madre me dijo que fuera, estaba lista.

—Mamá no se dio cuenta de que Pres se iba a casar con mi ex novio. No sabía cuánto me dolió leer ese texto. Estaba destrozada. Enfadada. Pero necesitaba esa rabia. Y necesitaba que mamá me dijera que estaba bien dejarla atrás. Me dio un rollo de dinero que había estado escondiendo de papá y me dijo que usara el baño durante la iglesia el domingo siguiente y que no volviera.

—¿Has hablado con ella desde entonces? —preguntó Luke.

—No. —Tenía miedo de decirle el desastre que había hecho. Y tenía miedo de llamar a casa y descubrir que papá finalmente la había matado.

Mamá me había dado la libertad y el ánimo para huir. Para empezar una nueva vida. No había duda de que había pagado muy caro sus acciones. Y ese pago se había hecho en vano.

Porque había corrido al lugar equivocado.

—Me subí en un autobús a Montana. Encontré a Jeremiah en Ashton. Y dejó plantada a Presley para su boda, porque soy la peor hermana del mundo.

Luke no discutió. Era un punto a su favor, porque si hubiera intentado decirme lo contrario, habría sabido que mentía.

—Y el resto ya lo sabes —dije.

—¿Lo sé?

No, no lo sabía. Pero el resto era mío y solo mío.

Tomé el tenedor y di por terminada la conversación al sumergirme en mi comida fría. Cuando mi plato estuvo vacío, lo llevé a la cocina y lo puse en el lavavajillas.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Luke entró en la cocina detrás de mí con su propio plato y lo guardó mientras yo me ocupaba de las sobras.

Luego, como hacía la mayoría de las noches, me retiré de la cocina hacia mi dormitorio.

—Scarlett. —Luke me detuvo antes de que llegara a la sala de estar—. Gracias.

—De nada. —Me encogí de hombros—. Me gusta cocinar.

—No, no por la comida. Por confiar en mí.

—Oh. —Supongo que había confiado en él, ¿no? Podría haber aprendido mucho de Presley, pero, en cierto modo, estaba orgullosa por contar mi historia. Contarla a mi manera—. Buenas noches, Luke.

—Buenas noches, Scarlett.

Me giré y caminé hacia el pasillo, pero me detuve en la base de las escaleras. Mierda. Su habitación.

—Um, ¿Luke?

—¿Sí?

—No te enfades.

—¿Por qué?

Luché contra una sonrisa.

—Ya lo verás.

Luke me lanzó una mirada extraña antes de desaparecer en mi habitación y cerrar la puerta. Luego me senté en el borde de mi cama y esperé.

No tardaron en resonar sus pasos en el piso de arriba. Y no tardó en sonar un “¿Qué demonios?” silenciado en el techo.

Me tapé la boca con una mano para que no me oyera reír.

No pasaron ni treinta segundos cuando llamó a mi puerta.

—¿Sí?

Empujó la puerta, pero no cruzó el umbral. Tampoco habló. Se limitó a arquear una ceja y a cruzar los brazos sobre su amplio pecho.

—¿Qué? —Fingí inocencia—. Ahora la habitación tiene más fluidez.

PRINCE

DEVNEY PERRY

6

Luke

—iS carlett! —grité. ¿No había nada sagrado?
Cerré de golpe el cajón donde debía estar mi cepillo de dientes y salí del baño, atravesando mi dormitorio y los cambios a los que aún no me había acostumbrado, y bajando las escaleras.

Ya está bien. Esto era suficiente. ¿No era esta mi casa?

Al parecer, no. Durante la última semana, había empezado a sentirme como un extraño en mi propio hogar.

Todo lo que quería era entrar por la puerta cada noche y que mis cosas estuvieran en el mismo lugar donde las había dejado por la mañana. Cuando me fui a trabajar, pensé que hoy podría ser ese día. Hoy no llegaría a un campo de minas por casa. Tenía que terminar de hacer cambios, ¿no? No había mucho más que tocar.

Qué equivocado estaba. Hacía diez minutos que había subido a poner mi arma en la caja fuerte y a orinar, solo para encontrarme con otra serie de cambios.

Scarlett me había dado un mes de paz, pero el reloj se había agotado. Estaba atrapada aquí y, claramente, había decidido tomar represalias.

Contra mí.

Debería haberlo visto venir. Esta era la Scarlett que había sacado de la tienda de comestibles. La mujer exasperante y obstinada que no respetaba la forma en que había organizado mi vida.

Cuando me vio bajar la escalera, se fue corriendo del salón a la cocina, fingiendo que no pasaba nada.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—Detente —le espeté cuando llegué a la isla, plantando las manos sobre el granito.

—¿Qué? —Levantó un hombro y me dedicó la misma sonrisa socarrona que había visto todos los días durante una semana.

Le apunté con un dedo a la nariz y abrí la boca, pero, demonios, su sonrisa se convirtió en una de verdad y mi sermón sobre la privacidad y los límites murió en mi lengua.

La sonrisa de Scarlett era maravillosa. Transformaba sus ojos en brillantes joyas azules. Maldita sea, era encantadora. Exasperante, pero impresionante. Mi frustración y mi ira no tenían ninguna posibilidad contra esa clase de belleza.

Suspiré y giré hacia la nevera, sacando una cerveza. Llevaba semanas trabajando sin descanso y las largas jornadas consecutivas me estaban agotando. Cuando salía de la comisaría cada tarde, quería llegar a casa y relajarme. En cambio, llegaba en alerta, preguntándome qué era lo que habría cambiado. Al principio, los cambios habían sido fáciles de detectar. Mi habitación. Su dormitorio. El segundo dormitorio de invitados. La sala de estar... Entonces se puso creativa.

Mis libros en la oficina ya no estaban organizados por época, sino alfabéticamente por el apellido del autor. Me dijo algo sobre bibliotecas, librerías y convenciones. Me alejé en medio de la frase.

Luego puso la cocina patas arriba. Eso fue hace tres días y todavía no estaba seguro de qué cajón tenía los cubiertos.

Y hoy, mi baño.

La mujer había reorganizado todas las habitaciones de la casa. No tenía ni idea de cómo había movido los pesados muebles, pero había aprendido algo en la última semana.

Scarlett Marks era fuerte.

No importaba que fuera menuda, que no midiera más de un metro y medio. Esta mujer era una fuerza a tener en cuenta.

—Estás moviendo todo.

Ella se desentendió.

—Fluye. Y es más eficiente.

—Me importa una mierda la eficiencia.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—Claramente —murmuró—. ¿Quién pone su cepillo de dientes en un cajón?

—Yo.

Scarlett se puso una mano en la cadera.

—Solo Pruébalo.

—Nunca debí darte el acceso a Amazon. —Me pasé una mano por el cabello.

El día después de que me confiara lo de sus padres, el mismo día que entré en mi dormitorio y percibí su dulce aroma a cítricos, saboreándolo antes de que me diera cuenta de los cambios, le había llevado mi portátil junto con una nota adhesiva con el nombre de usuario y la contraseña.

Le había comprado a Scarlett algunas prendas por Internet, algunos vaqueros y camisetas, pero era extraño elegir su ropa. Demasiado dominante. Después de que me contara lo de su padre, supe que no volvería a hacerlo.

Merecía comprar sus propias cosas. Así que le di el acceso a mi cuenta de Amazon. No tenía ni idea de lo cerca que estaba el FBI de mi vida. Para mi decepción, la agente Maria Brown no había desaparecido de Clifton Forge. No estaba seguro de por qué estaban gastando tanto esfuerzo y recursos. Era suficiente para inquietarme y tener cuidado. Pero para dar a Scarlett una pizca de libertad, me había arriesgado y la había dejado comprar.

Me había salido el tiro por la culata. De forma épica.

Todas las noches llegaba a casa con una pila de cajas esperando en la puerta. Scarlett sabía que no debía meterlas ella misma.

Me encogía pensando en lo que había gastado en menos de una semana. Y cada vez que cargaba un paquete, dispuesto a regañarla o a decirle que fuera más despacio, veía esa sonrisa en su rostro mientras se zambullía en sus compras.

Había comprado velas. Una bandeja para los mandos de la televisión. Detalles para las estanterías empotradas junto a la chimenea. Libros que no tenía intención de leer pero que eran bonitos.

Pensaba que el portacepillos de dientes y los organizadores de cajones que había sacado ayer de la caja eran para su baño.

No era así.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Tal vez esta era su manera de probar mis límites. Presionando para ver si explotaría.

No lo haría. No solo porque no era ese tipo de hombre, sino porque ganarse su confianza era demasiado importante.

Así que engullí mi cerveza, una botella ámbar de paciencia, mientras ella llenaba dos cuencos con arroz y una mezcla de salteado.

—¿Quieres salsa picante? —preguntó.

—No. —Tiré mi botella vacía a la basura y fui al armario por un vaso. En su lugar, encontré los platos. Avancé por la fila. Contenedores de plástico. Especias. Tazas de café—. ¿Dónde están mis vasos?

Scarlett señaló el armario que estaba al lado del fregadero.

Eficiente. Hijo de puta.

—Ten. —Sacó un vaso para mí, entregándomelo—. Fluye mejor.

Si decía *fluye* una vez más...

Tomé el vaso de su mano, echando fuego por la nariz. Luego abrí el grifo de agua fría, dejándola correr un segundo antes de llenarlo. Me lo llevé a los labios y lo bebí de un trago. Luego golpeé el vaso contra la encimera.

—Será mejor que no muevas mi cerveza.

—Nunca.

Qué maldita mentirosa.

Scarlett juntó los labios para ocultar una sonrisa.

—¿Ya hemos terminado? ¿Podemos dejarlo? —Lancé un brazo hacia el resto de la casa—. Lo has movido todo. —Sus ojos se dirigieron al garaje—. No.

—Pero...

—No.

Sus ojos se entrecerraron en un desafío silencioso. Haría lo que quisiera, y yo no podría hacer nada al respecto. Mientras estaba en la estación, no había forma de detenerla si se volvía loca en el garaje.

Ella lo sabía. Yo lo sabía.

Por el amor de Dios.

—Mantén las puertas cerradas —murmuré, rellenando mi vaso, y luego me dirigí a la sala de estar y me dejé caer en el sofá. Ella lo había desplazado

PRINCE

DEVNEY PERRY

para que quedara perpendicular al televisor en lugar de paralelo como lo tenía yo.

Scarlett entró en la sala de estar y me entregó mi cuenco antes de tomar un mando a distancia de la bandeja de madera tallada que había sobre la mesa de centro. Luego se sentó con las piernas cruzadas en la silla que había apoyado contra la pared, con su propia cena descansando en su regazo.

Su sillón.

Incluso cuando se fuera, ese sería su sitio.

La forma en que había configurado el salón lo hacía parecer más grande. Hacía más fácil ver la televisión desde el sofá. Y convirtió las puertas francesas que daban al patio trasero en un punto focal.

Se veía bien, algo que nunca iba a admitir.

—¿Qué quieres ver? —preguntó.

—Lo que sea. —Me senté para concentrarme en la comida. Los cojines del sofá eran nuevos y, aunque cuatro parecían excesivos, era fácil hundirse en ellos.

Por el rabillo del ojo, capté la sonrisa de Scarlett mientras me relajaba en el mullido confort.

Maldita sea. Las almohadas podrían quedarse. Y usaría mi nuevo porta cepillos de dientes.

Scarlett encendió el televisor y se desplazó por los canales hasta que encontró una película de acción.

Nos acomodamos, comiendo y mirando, como habíamos hecho todas las noches de la semana pasada. Aunque podríamos haber comido en la isla, el salón parecía ser la preferencia de Scarlett. Y no volvería a pedirle que se sentara en el comedor.

Había otra pila de cajas en el porche que traería después de lavar los platos. Ella las abría. Yo refunfuñaba. Luego nos retirábamos a nuestras propias áreas para el resto de la noche.

La rutina se hacía cada vez más familiar. Scarlett había vivido aquí durante más de un mes, y una cosa era cierta, lo mantenía interesante. Incluso sus elecciones de comida habían añadido algo de variedad a mi vida. Atrás quedaban los días predecibles y sencillos.

Los días solitarios.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Scarlett no inició la conversación. No sentía la necesidad de llenar los momentos de silencio con una charla ociosa. Pero era agradable tener a otra persona cerca, para volver a casa. Me recordaba la vida con papá. Cuando venía a la ciudad de visita nuestras tardes no eran muy diferentes.

Josh Rosen era un hombre de pocas palabras. Porque se aseguraba de que las que decía fueran las que necesitabas escuchar.

Tal vez conozca a Scarlett algún día. A papá le encantaría su ingenio y determinación. Tal vez si el FBI dejara la ciudad y pudiéramos asegurarnos de que los Warriors no fueran una amenaza, Scarlett se quedaría en Clifton Forge para estar cerca de Presley. Y Scarlett y yo... quizás podríamos ser amigos.

—Presley no ha venido hoy a la comisaría —dije, dejando a un lado mi cuenco vacío.

Scarlett parpadeó.

—No sabía que lo hacía.

No, no lo sabía. Yo había sido muy reservado en cuanto a las cosas que ocurrían más allá de estas paredes. No porque quisiera que Scarlett se sintiera aislada, sino *porque estaba* aislada.

No necesitaba saber toda la mierda que se movía en la ciudad, no cuando no tenía poder para cambiarla. Así que no le había dicho que el FBI venía a la comisaría cada día. No le había dicho que el fin de semana pasado, cuando salí a limpiar las ventanas, había estado buscando cualquier señal de vigilancia electrónica en mi casa. Y no le había dicho que hace dos semanas, Dash había visto a un Warrior en la ciudad.

Había actuado como su escudo. Llevaría estas cargas por ella durante el tiempo que tuviera sentido, y dejaría a esta mujer vivir en paz. Scarlett ya había sufrido bastante. Y necesitaría su fuerza, porque tarde o temprano, tendríamos que enfrentarnos a lo que se avecinaba.

Y antes de eso, quería recordarle que Presley estaba de su lado.

—Ha venido a verme todos los días desde... ya sabes —dije—. Hoy fue la primera vez que faltó.

Scarlett se sentó más recta.

—¿Está bien?

—Está bien. Le envié un mensaje para asegurarme. Dijo que se estaba rindiendo.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—Ya veo. —Scarlett dejó caer la mirada a su regazo, sus hombros hundidos.

—No por ti. Por mí. —Presley no había sido tan contundente en sus últimas visitas. No se daba por vencida con Scarlett, pero por fin se había dado cuenta de que no iba a ceder.

—Tal vez por mí también —dijo Scarlett en voz baja—. La traicioné. Nunca debí acudir a Jeremiah. Debería haber hablado con ella primero.

—No creo que esté enfadada por Jeremiah.

Se volvió hacia las ventanas, mirando las persianas cerradas como si pudiera ver a través de ellas el patio. Si pudiera, vería el césped que debería haber sido cortado y las malas hierbas que se apoderaban de los macizos de flores.

Este fin de semana, realmente necesitaba pasar algo de tiempo en casa. Pero estaba tan atrasado en el trabajo que no podía ponerme al día. Presley no había sido el único habitual de mi oficina. Al menos Pres había mantenido sus visitas cortos.

La agente Maria Brown venía a mi oficina cada día y se quedaba. No tenía nada que decirme. Se negaba a explicar por qué estaba tan interesada en Scarlett. Se sentaba en la misma silla, me preguntaba si había tenido noticias de Scarlett, y cuando le daba mi habitual no, uno pensaría que se iría.

No. Se sentaba allí, mirando fijamente. Finalmente, dejé de mirarla. Ahora, cuando la agente Brown acampaba en esa silla cada día, sentada inmóvil, yo seguía trabajando. Atendiendo llamadas telefónicas. Revisando el papeleo. Diablos, había empezado a invitarla a las reuniones con mi personal.

Si el FBI quería saber lo que ocurría en Clifton Forge, entonces tenía un asiento en primera fila para los conductores ebrios, las multas por exceso de velocidad y los delitos menores. Esta presencia continua en Clifton Forge tenía que estar costándoles dinero. Al final, se darían cuenta de que era un despilfarro. El único caso del que la agente Brown no había tenido conocimiento era el de Ken Raymond.

Chuck cerró el caso de la muerte de Ken hace dos semanas. Después de volver a hablar con su esposa, se había determinado que había salido de excursión. Su mujer no estaba segura de dónde había ido exactamente. Según ella, tenía la tendencia de elegir lugares al azar. Y su último viaje lo había llevado hacia Clifton Forge. Nadie lo sabía con certeza, pero Ken debía

PRINCE

DEVNEY PERRY

estar de excursión cerca del río. De alguna manera, se había caído y había sido arrastrado.

La autopsia confirmó la presencia de agua en los pulmones y determinó que la causa de la muerte fue el ahogamiento.

El día en que se había cerrado el caso de Ken, Dash había venido a mi despacho, por suerte, *después* de que la agente Brown hubiera abandonado la estación ese día. Porque había venido a decirme que, durante el almuerzo, había visto a un Warrior en la gasolinera.

Para cualquier otra persona, podría haber parecido un hombre en moto que se detiene a repostar al pasar por la ciudad. Pero los Warriors no venían a Clifton Forge. Si necesitaban gasolina, iban al siguiente pueblo.

Era un mensaje. Una advertencia.

También querían a Scarlett.

Dash se había convertido en un visitante habitual de mi despacho. No preguntó dónde tenía a Scarlett, y me dio la impresión de que no lo sabía. Que no *quería* saber.

Sus visitas eran puramente informativas.

Había aprendido los nombres de los Warriors y detalles sobre sus líderes. Me habló de viejas rivalidades que habían tenido con los Gypsies. Sobre lo que sospechaba que hacían los Warriors por dinero, principalmente el tráfico de drogas.

Todo era información en mi arsenal, para usarla cuando llegara el momento.

Y ese momento era cuando Scarlett decidiera hablar.

Hasta entonces, esperaríamos.

Tal vez realmente nos había dicho todo. Tal vez no había mucho en su historia y su tiempo en la casa club de los Warriors. Pero mi instinto me decía que estaba ocultando algo. Podría no ser nada. Con el FBI involucrado, podría ser algo grande.

La confesión de Scarlett sobre su infancia fue una buena señal. Estaba empezando a abrirse. Si era paciente, eventualmente, me contaría el resto. Pero mientras tanto, estaba ocupada mezclando mi casa.

Seguía mirando la ventana, perdida en sus pensamientos. Semanas atrás, podría haberla incitado a hablar, pero eso no me llevaría a ninguna parte. Scarlett necesitaba hacer las cosas a su ritmo, sin importar lo rápido

PRINCE

DEVNEY PERRY

o lento que fuera. Y yo tenía la paciencia de quedarme atrás, de estar allí cuando estuviera lista.

Así que me centré en la televisión, dejándola disfrutar del momento. Y cuando su tenedor rozó el cuenco, supe que cualquiera que fuera el túnel mental que había atravesado, ahora estaba al otro lado.

Suspiró mientras masticaba, un hábito que había notado a principios de esta semana. Yo pensaba que todas sus comidas eran deliciosas, sobre todo porque no había tenido que prepararlas yo, pero cuando a Scarlett no le gustaba algo que había hecho, suspiraba mientras masticaba.

Dudo que volvamos a comer salteado. Eso, o que le ponga la salsa picante.

—¿Qué? —preguntó, con la boca llena.

—Nada. —Negué, apartando los ojos de su boca. De esos suaves labios y esos deliciosos pucheros.

Oh, diablos. Cada día me resultaba más difícil dejar de mirarla. En algún momento, entre que la sacaba del supermercado y que volvía a casa con un feng shui, Scarlett se había convertido en algo más que la mujer a la que intentaba proteger.

Qué exactamente, no iba a pensarlo. Todavía no.

Tal vez nunca.

Sin embargo, era innegable que habíamos recorrido un largo camino desde el pasillo de las galletas.

—¿Scarlett?

—¿Sí?

Me moví para mirarla.

—Debería habértelo dicho la semana pasada, pero siento haberte sacado del supermercado como lo hice.

—Oh, um... Está bien.

—No, no lo está. —Lo último que quería era que pensara en mí como su padre—. Me disculpo.

—No pasa nada.

—Todavía lo siento.

Me dedicó una pequeña sonrisa.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—¿Quieres saber algo extraño? Creo que lo necesitaba. No quiero que me peguen nunca más, pero estuve tanto tiempo con otra persona diciéndome exactamente a dónde ir y qué hacer, que cuando me quitaron esos grilletes, fui demasiado lejos. Cuando estuve en la sede de los Warriors, hice todo lo que no debía hacer.

Contuve la respiración, esperando más. No quería pensar en lo que había hecho allí. Con quién lo había hecho. Las imágenes mentales de las fiestas salvajes de un club de motociclistas no eran algo que quisiera atar a Scarlett. Pero me quedé callado. Si ella quería, si necesitaba, hablar de ello, la escucharía.

—No estoy orgullosa de ello —dijo, negando—. Me fui de fiesta. Con fuerza. Bebí demasiado. Había noches en las que me desmayaba y me despertaba sin saber qué había hecho la noche anterior. Es humillante.

—Es normal. Los primeros meses de mi primer año en la universidad fueron un borrón. —Había pasado mis propias noches de borrachera tratando de ahogar el dolor por la muerte de mi madre, hasta que papá recibió mi primer boletín de notas y me dio un golpe en la cabeza.

—Me detuve. Me obligué a parar. Tardé mucho en salir de allí, pero cuando me fui, había terminado. Con Jeremiah y todos los demás. Cuando llegué a la casa de Presley, Dios mío, me sentí tan aliviada... Me dije: *Esto es todo. El primer día de una nueva vida.* Y luego también se derrumbó.

Mi corazón se apretó ante el dolor en su voz. La esperanza perdida.

—El día que me encontraste en la tienda, estaba perdida. Caminé todas esas cuerdas en la nieve, sabiendo que no tenía a dónde ir, pero estaba demasiado loca para detenerme. Sabía que lo que hacía era una imprudencia, pero simplemente... no me importaba. Cada emoción estaba arañando la superficie, y entonces apareciste tú y necesité luchar contigo. Necesitaba dejar salir algo de eso. Y necesitaba que me pusieras en mi lugar. Estaba en una espiral y tú hiciste que se detuviera. Fuiste firme.

El aire fue succionado de mis pulmones. Scarlett me miró con tanta gratitud y tanto arrepentimiento que me rompió el corazón.

Era la chica que había seguido las reglas y aun así no había ganado. Luego se había rebelado, luchando por hacer su propio camino, solo para ser abatida de nuevo. Me miraba como si yo fuera el héroe. Pero apostaría cada posesión de esta casa a que incluso si no hubiera aparecido en la tienda aquel día, Scarlett habría estado bien.

Era una superviviente.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Antes de que pudiera pensar qué decir, para decirle que admiraba su fortaleza, se levantó de la silla, llevando su cuenco al fregadero y dando a entender que la conversación había terminado.

Me levanté y la seguí.

—La cena ha estado muy bien —dije.

Ella se burló.

—No es la mejor.

—Me ha gustado. Gracias. —Puse mi cuenco en la encimera—. No tienes que cocinar para mí.

—En realidad, me gusta. —Se encogió de hombros—. Mi madre siempre cocinaba. Todas las comidas. Empacaba un almuerzo para papá, Presley y para mí. Después de que Pres se fue, mamá no fue capaz de cocinar por un tiempo.

Porque su padre probablemente le había dado una paliza.

—Me hice cargo de ello y realmente lo disfruté. Cocinar es una especie de conexión con ella.

—Dijiste que no habías hablado con ella.

Scarlett asintió.

—Ni siquiera tiene mi número de teléfono. Pensó que sería mejor así.

Probablemente era lo mejor. Scarlett no necesitaba que le dijera que lo que había pasado en su infancia era una mierda. Pero necesitaba algún tiempo para aceptarlo. Para decidir hacia dónde ir sin la influencia de la culpa en lo que respecta a su madre.

—Permíteme. —Me acerqué, apartándola. Arrastrando el tenue aroma a naranja, ¿o pomelo?, que se pegaba a su cabello—. Voy a lavar los platos.

—De acuerdo. —Retrocedió, y luego se retiró a la sala de estar. Pero no fue a su asiento. Tomó el mando a distancia, apagó la televisión y desapareció en su habitación.

Maldita sea. Mi tiempo con Scarlett había terminado por hoy. Ni siquiera había abierto sus cajas.

Y yo no le había dado mi regalo.

Terminé en la cocina y fui al garaje, encendiendo las luces.

Había tres puestos. En el más lejano normalmente estaba mi barca. La balsa que llevaba a los flotadores del río solía ocupar el centro, pero como

PRINCE

DEVNEY PERRY

estaba en la casa de alquiler, estacioné allí mi camioneta en su lugar, lo que me daba más espacio.

Cubos de plástico estaban apilados contra la pared. Una caja de herramientas con ruedas estaba en la esquina. Una pila de cajas de cartón iba a parar al contenedor de reciclaje. Para mañana por la tarde, Scarlett habría movido todo lo que pudiera levantar.

La mujer estaba poniendo mi mundo al revés. Y realmente no me importaba.

Recogí la pequeña caja del asiento del copiloto de mi camioneta y la llevé al interior, cargándola directamente a su habitación y llamando a la puerta.

La cama crujió antes de que abriera la puerta.

—Hola.

—Ten. —Le entregué la caja.

—¿Qué es?

—Una máquina de sonido. Hoy tuve que pasar por la ferretería. Tenían esto en un expositor. Dijiste que querías dormirte con el sonido de las olas del mar y se supone que tiene un ajuste.

Los labios de Scarlett se separaron mientras miraba la caja.

—No tienes que esconderte aquí —dije.

—Yo... no quería molestar.

—Vamos a ver algo. Juntos. A menos que estés harta de la televisión.

Negó con la cabeza.

—No la he visto mucho esta semana.

—Demasiado ocupada moviendo mis cosas.

—Es...

Le puse un dedo en los labios.

—Fluye, ¿verdad?

Ella asintió levemente antes de que su mirada azul bajara, lenta y pesada, por mi rostro hasta mis labios.

El aire que nos rodeaba crepitó. La temperatura se disparó. El calor de sus labios me abrasó el dedo, pero no pude apartarlo. Una sacudida subió por mi brazo y estuve a punto de sustituir el dedo por mi boca cuando Scarlett tragó saliva y se apartó.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Jode. Me.

Me alejé un paso, dejando caer la mano a mi lado y sacudiendo la electricidad de la yema del dedo.

Las mejillas de Scarlett se sonrojaron mientras levantaba la caja entre nosotros.

—Gracias por esto.

—De nada. —Incliné la barbilla hacia la sala de estar—. Voy a ver algo. Puedes acompañarme.

—Creo que me voy a acostar. —La esquina de su boca se levantó—. Buenas noches, Luke.

—Buenas noches, Scarlett.

El clic de su puerta me siguió por el pasillo. Llegué al centro de la sala de estar y me detuve, repitiendo el último minuto.

Luke, maldito idiota.

O había hecho que Scarlett se sintiera incómoda. O ella también había sentido esa sacudida.

Tal vez habíamos estado bailando alrededor de ello toda la semana, pero había química aquí. Un montón de química complicada.

Ella estaba bajo mi protección. Su ex acababa de suicidarse. Y yo había salido con su hermana.

Complicado era una palabra demasiado suave.

Tal vez fuera extraño que hubiera salido con su gemela, pero no lo sentí así. Podían tener rasgos similares, idénticos, pero eran mujeres diferentes.

Cuando miraba a Scarlett, no veía a Presley. La belleza de Scarlett, su personalidad, era exclusiva.

Su nariz era recta y regia. Su labio superior tenía un ligero hundimiento en el centro, y el labio inferior tenía la mueca perfecta. Su cabello colgaba en largos mechones dorados y brillantes que ansiaba deslizar entre mis dedos. Y esos ojos. Scarlett podía deshacerme con esos ojos azules.

Tenía rasgos delicados y suaves. Pero saber que era lo más alejado de la fragilidad la hacía aún más atractiva.

Dirigí mi mirada hacia su puerta cerrada. No importaba lo hermosa que fuera, por dentro y por fuera.

Scarlett estaba prohibida.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Apagué las luces y subí las escaleras, poniendo mi suelo y su techo entre nosotros. Intentar algo con Scarlett mientras estuviera aquí sería un error.

Y, maldita sea, si yo no podía hacer lo correcto, ¿quién lo haría?

PRINCE

DEVNEY PERRY

7

Scarlett

Otro mes había pasado bajo el techo de Luke. No tenía mucho que mostrar aparte de una habilidad recién adquirida en cribbage.

Y un flechazo floreciente por el jefe de policía de Clifton Forge.

—Quince dos y yo gano. —Puse mi clavija en el último agujero en el tablero de cribbage y le disparé a Luke una sonrisa burlona—. ¿Eso es, cuánto, doce seguidos?

Sus labios deliciosamente suaves formaron una delgada línea mientras arrojaba sus cartas sobre la mesa.

—Once.

—Ah. Once.—Esta noche, haré que sean los doce. Recogí las cartas y miré por encima del hombro hacia el reloj de la pared—. Será mejor que te vayas.

—Sí. —Se levantó de su taburete en la isla de la cocina y llevó su taza de café al fregadero.

Me quedé sentada, concentrándome en enderezar las cartas para no mirarle el culo.

Esta isla se había convertido en un lugar de reunión favorito para nosotros. Habíamos empezado a comer aquí juntos, desayuno y cena. Y jugar al cribbage. Jugábamos un juego todas las mañanas antes de que se fuera a trabajar y al menos cinco más cada noche después de que llegaba a casa.

Hora tras hora, día tras día, había aprendido mucho sobre Luke Rosen mientras movíamos las clavijas en este tablero.

TIN GYPSY: LIBRO CUATRO

NOBLE

PRINCE

DEVNEY PERRY

Era tremendamente competitivo. Incluso al principio, cuando todavía estaba aprendiendo las reglas y la estrategia, él no me dejaba escapar. Cuando ganó, se burló de mí. Cuando perdió, hizo un puchero, exigiendo una revancha si había tiempo. Pero era paciente. Dios mío, era muy paciente. Más que cualquier persona, especialmente cualquier hombre, que haya conocido.

Nunca me sentí apresurada a contar mi mano. No me apuró cuando me tomó unos minutos decidir qué tarjetas poner en el tablero. Y me complacía cada vez que quería jugar a otro juego.

Hablamos mientras jugábamos, compartiendo historias y hechos aleatorios sobre nosotros mismos. Los detalles intrascendentes de su vida fueron los que más me hicieron querer.

Le encantaban los remakes de películas de guerra tanto como los libros sobre esas mismas guerras. Mantuvo su cabello corto a los lados porque odiaba cuando le tocaba las orejas. Y me había contado historias sobre la universidad, sobre sus amigos y los problemas en los que se metían un viernes por la noche. Como la vez que se adentraron en las montañas con una caja de cerveza y se quedaron atascados en el barro, y tuvieron que caminar de regreso a la civilización a la mañana siguiente.

Luke estaba feliz con una hamburguesa con queso todas las noches de la semana y cuando me preguntó de nuevo por qué no me gustaban, finalmente le confesé.

Cuando vivía en la casa club de los Warrior, había comido cien hamburguesas con queso de más. Jeremiah me dejaba allí la mayoría de las noches mientras se escapaba a jugar al póquer; ahora sabía que era allí donde había gastado el dinero que había ganado robando y vendiendo las drogas del club. Cuando volvía a casa, a las tres de la mañana, siempre traía una hamburguesa grasienta. Comíamos y me contaba su noche. Luego se desmayaba, dejándome con un dolor de estómago que tenía poco que ver con la hamburguesa.

Luke había escuchado con atención y luego prometió que la próxima vez que trajera comida para llevar a casa, Stockyard's también hacía una buena ensalada César con pollo.

Después de un mes de cartas y conversación, conocía a Luke mejor que cualquier otra persona en el mundo. Él era mi mejor amigo. Mi único amigo en este momento. Y esto, verlo irse al trabajo, era la peor parte de mi día. Pasaría las siguientes nueve o diez horas mirando el reloj mientras esperaba a que volviera a casa.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Los lunes eran los peores. Luke todavía trabajaba los fines de semana, pero estaba aquí un poco más que durante la semana.

—Que tengas un buen día. —Infundí mi voz con falsa alegría mientras salía de la isla y lo seguía al cuarto de lavado. Malditos lunes.

—Tú también. —Se puso las botas—. ¿Algún plan?

—Mmm. Bueno, tengo algunas compras que hacer —bromeé—. O tal vez salga a hacerme una manicura en los pies. Probablemente quedaré con amigos para tomar un cóctel al final de la tarde.

Luke se rio entre dientes.

—Entonces... Televisión

—Podría volverme loca y leer.

Él sonrió.

—Nos vemos.

—Adiós. —Saludé con la mano mientras salía por la puerta del garaje.

Esperé a que abriera la puerta, a que él saliera y a que cerrará la puerta.

Y ahora estoy sola. De nuevo.

Mis pasos fueron pausados mientras caminaba hacia la sala de estar, mirando a mi alrededor en busca de algo que hacer.

Nada. No hay nada que hacer.

La televisión no tenía atractivo. Mi mente vagaba cada vez que intentaba leer. Los muebles habían sido montados. No había un cajón, armario o estante que no hubiera organizado. Dos veces. Y una vez por semana, limpiaba la casa de arriba a abajo.

Mi único pasatiempo nuevo era catalogar el vecindario desde detrás de la seguridad de las ventanas y sus cortinas.

Las únicas ventanas de la casa que no estaban cubiertas eran las del comedor. Luke no quería que los vecinos pensaran que era un completo recluso, así que las dejaba abiertas la mayoría de los días. Sabía que no entraría allí, ni siquiera para limpiar. Si la mesa estaba acumulando polvo, lástima.

La puerta de entrada tenía una ventana sin sombra, pero era de mármol y era imposible espiar a través de ella, lo había intentado. Y dado que estaba en el primer piso, no me dejaba muchas vistas de todos modos.

La oficina, por otro lado, era perfecta.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Corrí escaleras arriba, inhalando profundamente el aroma de Luke cuando llegué al balcón. El olor a tierra, mezclado con su jabón, era embriagador cuando pasé por su dormitorio y seguí hasta la oficina.

Había más luz aquí, donde el sol de la mañana brillaba sobre el cristal. La ventana daba a la calle y me arrodillé sobre la alfombra, quitando la persiana para mirar afuera.

Tuve cuidado de mantener solo las aberturas más pequeñas, pero solo una franja de luz solar en mi cara parecía calentar todo mi cuerpo.

Más de dos meses adentro y mi piel estaba más que pálida. Estaba traslúcida y necesitaba desesperadamente un poco de vitamina D. Pero había obedecido las reglas de Luke y me quedé adentro.

Esperando. Esperando a que me dijera que estaba a salvo.

Temiendo el día en que fuera seguro.

Esta casa se había convertido en mi santuario y aunque estaba sola, había paz aquí. Había paz con Luke.

Para una mujer que había esperado veintiocho años para despertar sin miedo al día siguiente, la paz no era algo que di por sentado.

La puerta de un coche se cerró de golpe al otro lado de la calle y me moví para ver mejor. Una mujer joven y bonita de cabello castaño rojizo estaba de pie junto a un coche azul. No la había visto a ella ni al coche antes. ¿No pertenecía esa casa a una pareja mayor?

En el momento justo, un hombre al que reconocí sacó una maleta y la cargó en el maletero.

Debe ser su hija.

La besó en la mejilla.

Sí. Hija.

Ella le dijo algo a su espalda mientras regresaba a la casa que lo hizo reír. Luego se sentó detrás del volante y se marchó.

El estruendo de una gran locomotora venía de calle abajo. Me incliné hacia atrás para mirar el reloj de pared. *Siete treinta y dos.* El horario del autobús era muy fiable.

Se acercaba el final de mayo y pronto no habría más autobuses escolares. De hecho, estaba deseando que llegaran los días en que el vecindario estuviera lleno de niños. Sería más entretenido de ver que una calle vacía.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Minutos después de que sus hijos se subieron al autobús y desaparecieron, la vecina de la casa azul, al otro lado de la calle y tres abajo, hizo retroceder su Honda fuera del camino de entrada. El hombre de la casa verde uno conducía un hatchback. Por lo que pude ver, vivía solo, pero el miércoles de la semana pasada había tenido un invitado durante la noche. Traté de esperar y verlo, pero después de tres horas, mis rodillas se habían quedado dormidas y me había rendido. El coche no había vuelto desde entonces.

Con ese lado de la calle vacío, me moví al otro lado de la ventana.

La mujer que vivía en la casa de color canela de al lado tenía cuarenta y tantos o cincuenta y pocos, con un mechón marrón corto. Salía de casa alrededor de las ocho de la mañana y regresaba alrededor de las dos. No estaba segura si trabajaba a tiempo parcial o si trabajaba como voluntaria en algún lugar durante el día. La calcomanía del parachoques de su auto decía *Soy un Quilter*. ¿Cuál es tu superpoder?

El reloj avanzó y se fue, se fue a hacer una colcha o encontrarse con amigos o trabajar. Y eso fue todo. Las prisas de la mañana. Más tarde habría madres empujando a sus bebés en cochecitos. Un corredor de vez en cuando. El cartero pasó cerca del mediodía. Pasé un día entero aquí una vez, mirando y fingiendo que era parte del mundo exterior.

Pero estar sentada en el suelo durante ocho horas no era exactamente cómodo, así que lentamente coloqué la persiana en su lugar sobre el vidrio y bajé las escaleras.

Para mi inspección diaria del patio trasero, me permite una abertura un poco más grande cuando quito las cortinas de las puertas francesas.

Necesita adornos.

El mismo pensamiento me golpeaba todos los días. Dos largos escalones de cemento caían directamente desde estas bonitas puertas hasta el césped.

Oh, lo que le haría al jardín de Luke si me dejaran salir.

El sábado por la tarde, después de regresar de su viaje habitual a la estación para hacer ejercicio y pasar un rato en su escritorio, Luke había cortado el césped de su aburrido patio. La hierba era espesa, exuberante y verde, pero además de dos árboles en esquinas opuestas a lo largo de la cerca, el espacio no tenía detalles.

Había algunos macizos de flores en el frente, pero como los arbustos no contaban como flores, el frente era más de lo mismo. Ayer, después de

PRINCE

DEVNEY PERRY

su viaje del domingo por la mañana a la estación, había pasado una hora afuera, barriendo el garaje y arrancando las malas hierbas perdidas.

Estaba en la sala de estar cuando escuché voces en el camino de entrada. Me apresuré a subir a mi puesto en el piso de arriba. Luke había estado hablando con una hermosa mujer de cabello oscuro y un hombre, presumiblemente su esposo, con tatuajes en ambos antebrazos. Tenía un bebé con un gorro rosa atado al pecho en un portabebés igualmente rosado.

Luke se había reído y sonreído, mostrando el hoyuelo de su mejilla izquierda y sus dientes blancos y rectos, mientras hablaba con ellos durante más de veinte minutos. Y yo había observado, deseando unirme a ellos bajo el sol.

Mi mano rozó la perilla, ansiosa por girarla y salir afuera por un momento. Oler el verano y mirar al cielo y sentir la brisa en mi piel.

Aparté mi mano de un tirón, dejándola caer a mi costado, antes de que la tentación se volviera demasiado. Además, la alarma estaba encendida. Podía leer el estado en el panel de la puerta principal desde aquí.

Luke se volvería loco si abría una puerta.

Así que fui al sofá, obedecí las reglas y me acurruqué en el cuero mantecoso, envuelto en el aroma de Luke, que permanecía en los cojines.

Pasó la hora.

Oh mira. Otra novela.

Pasaron las horas.

Hora de comer.

Pasaron las horas.

Es hora de dar un paseo.

Recorrí el piso principal tres veces, subí y bajé las escaleras diez veces, y luego deambulé sin rumbo por las habitaciones del segundo piso, evitando la de Luke porque mi locura podría ganar y lo último que necesitaba era que llegara a casa temprano y me encontrara durmiendo la siesta en su cama.

Después de meses, tenía esta casa memorizada. Había una muesca en una de las estanterías empotradas de la oficina. Pasé la mano por encima mientras recorría la habitación. El otro cuarto de baño de esta planta estaba casi vacío, pero la esquina de la cortina de la ducha se había levantado, probablemente por haberla limpiado, así que la enderezaba al pasar. Luego

PRINCE

DEVNEY PERRY

volví a la planta principal, evitando el crujido del cuarto escalón más allá del rellano.

¿Qué pasa si el sofá se cambia con las sillas y la mesa de café se gira?

Toqué mi barbilla, estudiando la distribución. Hacía más de un mes que no cambiaba las cosas de sitio. Y aunque me gustaba la distribución... *Puedo hacerlo mejor.*

Así que me puse a trabajar.

Una hora más tarde, el sudor me llegaba a las sienes mientras observaba la nueva disposición.

Casi. Es casi perfecto. Pero, ¿y si...?

—¡Ajá! —Seguí experimentando, moviendo el sofá de regreso a donde lo tenía originalmente, pero cambiando la posición de la silla y el sofá de dos plazas.

Cuando miré el reloj, la mayor parte de la tarde había desaparecido. Si no me apresuraba a ducharme, para cuando estuviera lista para empezar a hacer la cena, Luke estaría en casa. Y eso fue exactamente lo que hice.

Me afeité las piernas. Me lavé, acondicioné y sequé mi cabello. Usando la varita que había ordenado en línea, me ricé el cabello en ondas sueltas. Crema hidratante. Maquillaje. Rímel. La única persona que vería mi nueva sombra de ojos era Luke. Eso parecía razón suficiente.

Cuando me alejé del espejo, mi reflejo me sorprendió.

Wow. Me veía... bonita.

Atrás quedó cualquier rastro de mis meses en la casa club de los Warriors. El miedo. La ansiedad. Me dejé caer en Ashton porque había sido más fácil que admitir el desastre que era mi vida. Había sido más fácil que enfrentarme a mis errores.

Tantos errores.

Al menos me había negado a actuar como una de las putas del club Warrior. Se pasaban entre los miembros más a menudo que las drogas.

Parte de la razón por la que no había querido mudarme sin Jeremiah era porque no había confiado en que me fuera a ser fiel. Creía que si yo estaba allí, mirando, no se desviaría. Tal vez lo hizo. Tal vez no. Realmente no importaba.

Al final, ninguno de los dos sentía deseo por el otro. Yo me había asqueado de él, de mí misma. Y él había estado absorto en el juego.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Dejando de lado esos recuerdos, corrí a mi habitación para vestirme, y luego a la cocina para comenzar la cena. Mis enchiladas de frijoles negros estaban en el horno cuando el estruendo de un motor resonó en el exterior. Me apresuré a ir a mi sitio en el piso de arriba, junto a la ventana, y levanté el borde de la persiana justo a tiempo para ver al hombre que vivía en la casa blanca, dos más abajo en el lado opuesto de la calle, estacionar en su entrada.

Esta era una de mis partes favoritas del día.

La mujer del hombre, embarazada, abrió la puerta principal para dejar salir a un niño pequeño que chillaba. El niño corrió con sus piernas regordetas hacia su padre, que lo agarró por debajo de los brazos y lo lanzó al aire.

—¡Papá! —La risa del niño sonó lo suficientemente fuerte como para derretir mi corazón.

¿Tendría hijos algún día? ¿Los quería? Sí.

Y los protegería. A diferencia de mi madre, si tuviera que protegerlos, moriría en el intento.

Cómo nuestros vecinos se habían perdido lo que estaba pasando en nuestra casa? ¿Cómo todo el mundo se lo había perdido? Los maestros. Los pastores. Parientes. Habíamos estado aislados de los demás, pero no aislados. Cualquiera con dos ojos debería haber visto la animadversión detrás de la mirada de mi padre. No había sido amor sino obsesión.

Ni una sola persona se había dado cuenta del abuso. O si lo habían hecho, no lo habían detenido.

Algún día sería la vecina entrometida que vigilaba a todos los niños.

Hasta entonces, haría lo que pudiera desde esta ventana.

La familia de enfrente desapareció dentro de su casa y yo volví a la cocina, terminando la cena.

Mis días aquí habían sido aburridos, pero la soledad me había ayudado a tranquilizar mi mente. Me había ayudado a dejar la muerte de Jeremiah en el pasado.

Siempre lloraría al chico que me había amado. Lamentaría lo que le había sucedido al hombre que lo había intentado. Pero la ira se había desvanecido.

Un día, esperaba que los malos recuerdos también lo hicieran.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Con la isla puesta, apagué el horno para mantener la comida caliente mientras esperaba.

Eran las cinco y media.

En cualquier momento.

Los minutos se arrastraron hasta las seis en punto. Bebí un vaso de agua helada, luego dos.

¿Dónde está?

A las seis y media tuve que orinar.

A las siete, caminaba a lo largo del sofá

¿Ha pasado algo?

Tal vez había habido un accidente en la ciudad. Una emergencia.

Los Warriors.

No. Luke no los había mencionado. Ni una sola vez en meses. Si estuvieran en Clifton Forge, me lo habría dicho. No habría dejado de pedirme información.

No son los Warriors.

Aun así, me dirigí a la puerta principal, asegurándome de que tanto la cerradura de la manija como el cerrojo estaban seguros. La alarma estaba activada.

Necesitando mantenerme ocupada, fui a la cocina y guardé los platos que no había usado. Las enchiladas fueron cubiertas y puestas en el refrigerador para recalentarlas más tarde. Limpié las encimeras.

Luego me dirigí a mi silla en la sala de estar, acurrucándome bajo la manta que había pedido, y esperé.

Por favor, que él esté bien.

Las horas pasaron, más lentas que nunca. La oscuridad descendió más allá de las persianas y yo me quedé en mi silla, ansiosa por el destello de los faros y el zumbido de la puerta del garaje al abrirse.

A las diez, tenía un nudo en el estómago y sentarse no era una opción. Así que me puse el pijama y me recogí el cabello. Luego me lavé el maquillaje de la cara.

Regresé a mi silla y encendí la televisión para escuchar algo más de ruido. El resplandor de las luces dificultaba la visión, pero no podía

PRINCE

DEVNEY PERRY

apagarlas. Y no era como si pudiera concentrarme en la película de todos modos.

Finalmente, exactamente a medianoche, la puerta del garaje se abrió.

Me levanté de la silla, con el corazón acelerado, y me apresuré a encontrarme con Luke en el lavadero.

—Hola —dije—. ¿Está todo bien? Estaba preocupada.

—Sí. —Se quitó las botas—. Me reuní con unos amigos para tomar una cerveza. Jugué un par de partidas de billar. Siento llegar tarde.

—Oh.

No debería haberme dolido tanto como lo hizo.

Después de todo, no me debía nada. Probablemente estaba cansado de entretenerme cada noche.

Luke me dio una sonrisa tensa, sin mirarme a los ojos mientras pasaba a mi lado y atravesaba la cocina. No hizo ningún comentario, ni levantó una ceja, ante la nueva disposición de la sala de estar.

Simplemente se alejó murmurando : “Noche”, al pie de las escaleras.

¿Noche? Lo había esperado despierta. Me había preocupado. ¿Y todo lo que obtuve fue *noche*?

Los extraterrestres habían llegado hoy a Clifton Forge y habían secuestrado al jefe de policía. Esa era la única explicación. Porque el Luke que yo conocía, el hombre que era educado, amable y respetuoso, no me dejaría tirada así. No, eso era algo que habría hecho Jeremiah.

Me palmeé la frente. Este es Jeremiah de nuevo.

¿Por qué era tan patética? Había estado aquí, esperando el regreso de Luke. Esperando un atisbo de su aprobación y una sonrisa. Mientras tanto, él había salido a vivir su vida. Reuniéndose con amigos. Bebiendo cerveza. Jugando al billar.

Sustituir los amigos por hermanos, el billar por el póquer, y las cosas no habían cambiado realmente, ¿verdad?

Bueno, estaban a punto de hacerlo.

Caminé por la casa, apagando las luces mientras me dirigía a mi habitación. ¿Qué estaba haciendo yo aquí?

El agua se abrió en el piso de arriba, goteando por las tuberías. Luke se estaba duchando.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Oh, Dios mío. Mi estómago dio un vuelco. ¿Y si había estado con una mujer?

No esperaba que el hombre fuera un monje, pero mi estúpido enamoramiento me había cegado a la realidad. Luke era un hombre sexy y soltero y llevaba meses aquí conmigo. Yo era un testigo, nada más. Era parte de un caso.

Y después de meses sin él, probablemente había encontrado una mujer que no llevaba suficiente equipaje para hundir un acorazado. Una mujer que no se sentía intimidada por el sexo y la intimidad.

Los celos corrieron por mis venas. Luego vino la humillación

No tenía derecho sobre Luke. No era mío.

Excepto que yo quería que lo fuera.

Al diablo con este lugar.

Entré en acción, corriendo hacia el vestidor. Cambié el pijama por unos vaqueros y una sudadera con capucha. Metí las bragas y los sujetadores en la mochila con una muda más de ropa, la sudadera verde oliva de Presley.

Fui al baño, metiendo mis artículos de tocador en la bolsa hasta que estuvo tan llena que apenas pude cerrar el cierre. Luego entré de puntillas a la sala de estar, con los zapatos en la mano, comprobando que las luces de arriba también estaban apagadas.

Luke había desactivado el sistema de alarma cuando entró y el panel junto a la puerta de entrada brillaba en verde. Se había olvidado de activarla antes de meterse en la ducha para quitarse el olor a sexo.

¿Por eso no se había quedado abajo? ¿Porque temía que yo notara el olor de otra mujer?

Me puse los zapatos junto a la puerta y le di una última mirada a la casa.

Echaría de menos esto aquí. Lo extrañaría a él.

Adiós, Luke.

Alcancé el cerrojo de seguridad, girándolo lentamente para amortiguar su clic. Hice lo mismo con la cerradura. Luego contuve la respiración, con el corazón saltando en la garganta, mientras giraba la perilla y...

—Scarlett.

Jadeé, dándome la vuelta. No había mucha luz en la habitación, sólo el brillo del panel de la alarma, pero era suficiente para captar las brillantes

PRINCE

DEVNEY PERRY

gotas de agua que caían en cascada por el cincelado pecho de Luke. Una toalla blanca rodeaba su estrecha cintura. La tenía agarrada con el puño, pero el algodón se hundía lo suficiente como para revelar la V de sus caderas.

Los ojos de Luke se entrecerraron al ver mi mano todavía en la perilla de la puerta.

—¿Dónde diablos crees que vas?



102

TIN GYPSY: LIBRO CUATRO

NOBLE

PRINCE

DEVNEY PERRY

8

Luke

Mis dedos se clavaron en la toalla, estrangulando la tela de felpa, porque en ese momento era lo único a lo que podía aferrarme. El agarre de mi restricción estaba a punto de romperse.

—Te hice una pregunta —corté.

Scarlett levantó la barbilla pero no respondió.

Maldita sea. Iba a matarla. O a besarla.

Salí de la ducha, dentro de mí sentía que algo no iba bien. Me llevé la toalla, envolviéndola al azar alrededor de mi cintura mientras me apresuraba hacia el balcón, llegando justo a tiempo para ver a Scarlett junto a la puerta.

La cremallera de su mochila estaba tan apretada que estaba a punto de romperse. ¿Había metido allí todo su armario? ¿Dónde iba a ir exactamente?

—Scarlett —gruñí.

Ella no se movió.

Así que me acerqué, puse la mano en la puerta y la empujé con fuerza antes de girar el cerrojo. *Bloqueado.*

Su rostro estaba inclinado hacia arriba para encontrarse con mi mirada, e incluso en la luz tenue era impresionante.

Aunque quería sermonearla por un lado y por el otro por intentar marcharse, la mujer me robó el aliento.

Su aroma, a cítricos y a jabón, me llenó la nariz y retrocedí. Un paso. Dos. Luego tres. Estaba demasiado cerca. Estaba demasiado excitado y

PRINCE

DEVNEY PERRY

necesitaba un minuto para recomponerme. Había ido a la ducha por una maldita razón. Y a pesar del agua brutalmente fría, todavía estaba duro bajo la toalla.

Scarlett me había atormentado con ese cabello sedoso, esos ojos azules y sus sonrisas magnéticas durante meses. Yo era un hombre fuerte, pero no podía aguantar más.

Apreté más la toalla, manteniendo el puño delante de la ingle para ocultar el bulto. Menos mal que estaba oscuro, de lo contrario dudaba que pudiera ocultarle mi excitación.

—¿A dónde vas? —le pregunté—. ¿Por qué?

—Yo solo... es la hora.

—Es la hora —me burlé, con mis molares rechinando—. ¿Hablas en serio? No puedes irte de aquí. Es demasiado peligroso. —¿Tenía deseos de morir?

Puso los ojos en blanco.

—Han pasado meses. No pasó nada.

—Porque nadie sabe dónde estás. —Porque estaba haciendo todo lo posible para que siguiera siendo así. Evitando que los buitres dieran vueltas para que Scarlett pudiera encontrar la paz.

—A nadie le importa.

Me burlé.

—¿Tienes idea de cuántas personas están vigilando esta casa?

—Por favor —dijo inexpresiva—. Nadie está vigilando la casa.

—Aléjate de la puerta —le ladré, dándole la espalda y tomando un largo suspiro. Mis fosas nasales se ensancharon mientras hacía acopio de toda mi paciencia. Cuando miré por encima del hombro, todavía no se había movido. La distancia entre nosotros se evaporó en una fracción de segundo y me elevé sobre ella.

Pero no la toqué.

No volvería a tocar a Scarlett.

A menos que ella me lo rogara.

—Aléjate. De. La. Puerta. —Tragué con fuerza—. Por favor.

—Bien —murmuró, esquivándose hacia la sala de estar. La mochila aterrizó en el suelo con un golpe.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Dios, no quería tener esta conversación. Especialmente usando nada más que una toalla mojada. Pero no había que posponerlo más. Era mi culpa que Scarlett no entendiera los riesgos. Quizás debería habérselo dicho desde el principio. Un error que corregiría esta noche.

Me dirigí a la cocina y abrí de golpe el refrigerador. Detrás de su puerta, ajusté la toalla, asegurándome de que estaba bien sujeta

Luego dejé que el aire fresco corriera sobre mi piel húmeda, deseando que mi polla se detuviera. Había una bebida deportiva en el segundo estante, un extra que había traído a casa desde la máquina expendedora de la estación. Saqué la botella de un tirón, quité la tapa y, de espaldas a Scarlett, me la bebí entera, aprovechando aquellos preciosos segundos para pensar en otra cosa que no fuera la mujer cuya mirada estaba clavaba en mis hombros desnudos.

Con mi erección parcialmente controlada, dejé la botella a un lado y cerré el refrigerador. Luego me dirigí a la sala de estar, la sala de estar recién arreglada, no me había perdido eso al entrar esta noche, y me enfrenté a Scarlett desde una distancia segura de un metro.

—¿Qué pasó?

—Nada.

Mentiras.

—Scarlett, ¿qué pasó? ¿Qué te hizo querer irte? ¿Fue porque yo estaba fuera? Porque lo siento. Los planes surgieron a última hora y no había forma de que llegara y te lo dijera. Y no es que pueda llamar...

Los ojos de Scarlett cayeron al suelo.

Esa fue respuesta suficiente. Estaba enfadada porque no había vuelto a casa como de costumbre. En su lugar, probablemente yo también lo habría estado.

—Lo siento.

Ella se desentendió, todavía evitando el contacto visual.

—No puedes irte.

—¿Por qué?

Suspiré.

—La agente Maria Brown, del FBI, pasa por mi oficina todos los días. Y todos los días pregunta por tu paradero. Quiere encontrarte, Scarlett. Es

PRINCE

DEVNEY PERRY

persistente. Esto les está costando tiempo y recursos, lo que me indica que están desesperados.

Scarlett levantó la vista y se le formó un pliegue en el entrecejo. Algo que había aprendido que significaba que estaba nerviosa.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque no quería preocuparte.

—Oh.

¿Era un buen *Oh*? ¿O malo?

Señalé hacia su dormitorio y el lado de la casa que estaba más cerca de la casa marrón claro de al lado.

—¿Adivina quién vive en esa casa?

—No lo sé. Una señora a la que le gusta el acolchado.

—¿Cómo sabes que le gusta el acolchado?

Scarlett se encogió de hombros.

—A veces me asomo por las cortinas y observo a los vecinos.

Me tragué una maldición. ¿Había estado espiando? Cristo. Con suerte, nadie se había dado cuenta. Aunque si el FBI se hubiera dado cuenta de que estaba aquí, ya la habrían sacado. Y si los Warriors lo supieran, ya estaría muerta. No era una imagen mental que me importara, así que la aparté.

—La vecina de al lado no es sólo una señora a la que le gusta acolchar.

—Si es que le gustaba el acolchado—. Esa casa estuvo vacía hasta hace dos meses. También exactamente el momento en que la agente Brown empezó a venir a mi oficina. ¿Recuerdas haber oído un camión de mudanzas? ¿Notaste que alguien estaba desempacando cajas?

—No.

—Porque nadie vive allí. Estoy noventa y nueve por ciento seguro de que la señora que ves es una agente encubierta del FBI. —Más tiempo y recursos, todo para encontrar a Scarlett. Dudaba que hubieran puesto micrófonos en la casa, probablemente porque no habían podido conseguir una orden judicial, pero el FBI parecía estar aquí para quedarse. No es que pudiera probarlo. Pero mis instintos rara vez se equivocaban.

El color desapareció del rostro de Scarlett.

Eso no fue ni siquiera lo peor.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—Durante más de un mes, se han visto regularmente Warriors en la ciudad. No han hecho nada ni se han movido, pero se aseguran de que alguien del taller los vea. Presley y Shaw estaban comiendo en el restaurante cuando entró un Warrior hace dos días.

Scarlett jadeó.

—¿Está ella...?

—Ella está bien. Entró, hizo contacto visual y luego salió con una tortilla para llevar.

—Mierda —siseó ella.

—Isaiah y Genevieve viven al final de la calle.

—¿Quiénes?

—Isaiah. Trabaja en el taller. Genevieve es la hermana de Dash y una abogada de la ciudad. No saben que estás aquí, pero han estado en alerta. Todos lo han hecho. Genevieve llegó a casa la semana pasada y vio a un Warrior estacionado tres puertas más abajo. Estaba sentado en su moto — señalé al suelo—, vigilando su casa.

Scarlett dejó caer su mirada al suelo.

—Entonces debería irme. No puedo poner a estas personas en peligro así.

Me burlé.

—Te recogerán dentro de una hora.

—Eso no lo sabes.

—Lo sé. Sí lo sé. Tenemos suerte de que alguien no haya decidido entrar y comprobarlo por sí mismo. De alguna manera, los Warriors deben pensar que te estás escondiendo con uno de los amigos de tu hermana. El FBI sospecha de mí, pero sin una orden judicial o causa para ello, no pueden hacer nada. Pero la conclusión es que no es seguro que salgas de esta casa.

Sacudió la cabeza.

—Pero no quiero impedirte vivir tu vida.

—¿De qué estás hablando?

—No necesitas estar aquí, entreteniéndome. Si me fuera, serías libre. Podrías vivir tu vida. Estar con tus amigos. Ir a tus citas.

¿Citas?

—¿Qué citas?

PRINCE

DEVNEY PERRY

—Esta noche. Fuiste a una cita, ¿verdad?

—No, fui a encontrarme con Emmett en el bar.

—¿Quién es Emmett?

—Un amigo mío. Trabaja en el taller con Dash. Solía ser un Tin Gypsy y quería hablar con él sobre los Warriors.

Estábamos tomando nuestra segunda cerveza, jugando una partida de billar, cuando Emmett se acercó, con su voz tapada por el ruido de la máquina de discos. Incluso un lunes por la noche, el Betsy estaba lleno de gente dispuesta para la fiesta.

Será mejor que te des prisa y me dejes ganar para que puedas volver a casa. Ella está esperando.

Parpadeé, me quedé boquiabierto, y luego me reí. Emmett no había preguntado directamente si Scarlett estaba aquí. Su afirmación podría haber sido para engañarme y que lo admitiera, pero había algo en su mirada que me dijo que ya lo sabía. Tal vez todos los chicos del taller sabían que ella estaba aquí.

Quizás era sólo cuestión de tiempo que los Warriors lo descubrieran también.

El tiempo corría y lo más importante era mantener a Scarlett oculta.

—¿Qué dijo Emmett sobre los Warriors? —preguntó Scarlett, pero antes de que pudiera responder, levantó una mano—. Y no digas nada. No me mantengas en la oscuridad. Por favor.

Suspiré.

—Los Warriors no han dicho nada. No han preguntado por ti. Pero es lógico que por eso hayan estado en Clifton Forge. Quieren encontrarte.

Ella asintió, tragando fuerte.

—¿Y el FBI?

—No lo sé —admití—. La agente Brown no me dice nada. Pero llevan semanas aquí. Eso no es una buena señal.

—Maldita sea. —Envolvió sus brazos alrededor de su cintura, sus hombros se curvaron hacia adelante—. Pensé que se había acabado. Pensé...

—¿Pensaste qué?

—Pensé que se habían olvidado de mí —susurró y la desesperanza en su rostro me rompió el corazón.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Me acerqué, incapaz de mantener la distancia.

—Eres inolvidable.

Sus ojos azules estaban tan inseguros. La mujer segura de sí misma y vibrante que había invadido mi casa y la había puesto patas arriba se había marchitado ante mis ojos.

—Debería irme. Debería desaparecer. O tal vez debería simplemente...

—Sacudió la cabeza.

—¿Debería qué?

—Volver a casa, a Chicago. —Su voz era tan tranquila que apenas la escuché. Pero cuando las palabras se registraron, la rabia comenzó a hervir en mi pecho.

—Sobre mi cadáver. —Nunca volvería a la casa de su padre. Nunca—. Estás aquí. Sé que es una mierda. Sé que es aburrido y solitario, pero esto es todo. Estás aquí.

—No es justo.

—Lo sé. Y lo siento.

—No. —Negó con la cabeza—. No para mí. Me metí en este lío. Quiero decir, no es justo para ti.

—¿Por qué? Te quiero aquí.

—Luke, tenías una vida antes de que yo llegara aquí. Te mereces volver a ella.

¿A las largas horas de trabajo? ¿A volver a una casa vacía? Ella no tenía ni idea de lo mucho que me gustaba tener a alguien aquí conmigo. No sólo alguien, *ella*. Me gustaba preguntarme qué sorpresa me esperaba al entrar por la puerta. Una nueva distribución de la habitación. Un nuevo experimento culinario. Mi cajón de calcetines reorganizado y la ropa de mi armario colgada por colores. Me gustaba escucharla reírse de la televisión o presumir cuando me ganaba al cribbage.

Me encantaba tener a Scarlett en mi casa. Una confesión precariamente cercana a salirse de mi lengua.

—Escucha, la única razón por la que salí esta noche fue para mantener las apariencias —dije—. Necesito que parezca que estoy viviendo mi vida. Eso es difícil de hacer contigo aquí.

—Entonces debería irme.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—No, no me refiero a eso. —Respiré profundamente y me pasé una mano por el cabello—. No quiero salir. No quiero pasar las tardes en el Betsy.

Scarlett había convertido esta casa en un hogar. Tal vez parte de la razón por la que no le había hablado del FBI o de los Warriors era porque quería mantenerla aquí el mayor tiempo posible. Para tenerla como mía.

Joder.

Esta noche, ella obtendría todas las verdades.

—Si me das a elegir entre cualquier cosa fuera de estas paredes o estar aquí contigo, te elijo a ti. Siempre. Créeme cuando te digo que prefiero compartir la cena contigo que perder cincuenta dólares con Emmett en la mesa de billar.

Scarlett abrió la boca.

—¿De verdad?

—Sí, en serio. No me gustó dejarte aquí esta noche. No me gustó que no tuviera forma de llamar. Todo lo que quería era volver a casa, cenar y dejarte ganar al cribbage.

—Espera. ¿Me dejaste ganar?

—No. —Me reí. Por supuesto que eso era en lo que se centraría. Scarlett era tan competitiva como yo—. No te preocupes. Ganaste limpiamente.

La esquina de su boca se levantó.

—¿Por qué no me dijiste nada de esto?

—Porque estaba tratando de protegerte.

—¿Manteniéndome en la oscuridad? —Ella negó con la cabeza—. Eso no es protección. He estado de pie en las ventanas durante días, aburrida, viendo lo que había ahí fuera. Alguien podría haberme visto. Pensé que era seguro.

—Estoy seguro de que está bien.

—Pero podría no haberlo estado. —Su voz se elevó—. Debiste decírmelo.

—Tienes razón. —Levanté una mano—. Lo siento. Nunca he hecho esto antes.

Ella se burló.

—Espero que no.

—Estoy haciendo lo que creo que es mejor. —Salir adelante, día a día.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—Lo sé. —Suspiró—. Lo sé. Quizás tu vida sería mejor si desapareciera. O me fuera con el FBI.

—No. —Un mechón de cabello se había escapado del desordenado nudo de la parte superior de su cabeza. Mis dedos ansiaban tocarlo. Para meterlo detrás de la concha de su oreja. Pero mantuve las manos a los lados, mis brazos rígidos—. No, no lo haría.

La mirada de Scarlett bajó a mi pecho desnudo y me di cuenta de que, durante nuestra discusión, me había acercado aún más. No había necesidad de estar en su espacio, pero maldita sea, no podía alejarme.

Sus ojos se volvieron hacia arriba, encontrando los míos, y su lengua salió, lamiendo su labio inferior.

Jodeeer. Mi polla se sacudió bajo la toalla, cobrando vida. Quería reclamar esa boca. Chupar su lengua entre mis dientes. Oírla gemir mientras la besaba sin sentido.

Pero ella estaba prohibida. Por mucho que hubiera fingido, Scarlett no era mía. Así que me aclaré la garganta, agradeciendo que la habitación estuviera aún a oscuras para que ella no pudiera leer el hambre en mi rostro.

—Vamos a descansar un poco.

—Bien. —Se inclinó para recoger su mochila, luego se dio la vuelta, pero antes de que pudiera desaparecer en su dormitorio, la detuve.

—Scarlett.

—¿Sí?

—Me gusta la sala de estar.

Ella sonrió.

—¿Puedo decirte algo?

—Por supuesto.

—Pensé que tal vez esta noche conociste a una mujer y querías traerla a casa pero no pudiste porque yo estaba aquí.

—No había ninguna mujer, Scarlett. —No cuando sólo la vi a ella.

—Pero si la hay. Si necesitas... —Jugueteó con la correa de su mochila—. Puedo esconderme en mi habitación. Fingir que no estoy aquí.

¿Hablabas en serio? ¿Creía que yo quería otra mujer?

—No quiero otra mujer.

—¿No quieres?



PRINCE

DEVNEY PERRY

Zas.

Mi control se hizo añicos

Acorté la distancia entre nosotros, sosteniendo su mirada, deseando que mis próximas palabras calaran hondo.

—La única mujer que quiero eres tú.

Scarlett jadeó, sus ojos pesados mientas los arrastraba por mi cuerpo. Me dolía por ella y la toalla no hacía nada por ocultar el bulto. Cuando sus ojos llegaron a mi ingle, se agrandaron.

Aquella noche en que le di la máquina de sonido, pensé que tal vez había algo de su parte. Tal vez esta electricidad no era unilateral. ¿Había leído mal? Mierda. Quizás lo había hecho. Tal vez la había asustado para siempre y ahora huiría.

¿Por qué diablos me había tomado dos cervezas esta noche? Habían sido en el transcurso de horas, definitivamente no lo suficiente como para estar borracho, y me detuve a tiempo para conducir a casa. Pero maldita sea, dos cervezas habían puesto claramente en peligro mi maldita mente. Porque en una noche normal, nunca habría admitido que la deseaba.

Y maldita sea, la deseaba.

—Yo, eh... buenas noches, Scarlett. —Me di la vuelta, listo para dar por terminado este día y esperar que mañana por la mañana ella siguiera aquí. Pero antes de que pudiera irme, un par de delicados dedos rozaron la piel de mi hombro.

—Luke.

Apreté los dientes, incapaz de girarme.

—Lo siento. Yo no... No quiero que esto sea incómodo para ti. Finge que no dije nada

—No. —La mochila cayó a sus pies con un ruido sordo. Sus dedos recorrieron mi piel, pasando por mi omóplato y acercándose a mi columna vertebral—. Date la vuelta.

Obedecí.

—No quiero aprovecharme.

—¿Y si quiero que te aproveches?

Me estaba destrozando hasta la médula. Incapaz de resistir un solo toque, mis dedos encontraron aquel mechón de cabello, lo apartaron y

PRINCE

DEVNEY PERRY

trazaron la curva de su oreja. Luego, recorrí la suave línea de su mejilla, su piel como el satén.

—Scarlett, dime que pare.

—No.

—Estoy haciendo todo lo posible para mantener el control aquí. —Me llevé la mano a un lado, cerré los ojos y apreté los dientes—. Scarlett...

Se inclinó hacia mí. El susurro de su aliento patinó sobre mi pecho.

—Pierde el control, Luke.



113

TIN GYPSY: LIBRO CUATRO

NOBLE

PRINCE

DEVNEY PERRY

9

Scarlett

Bésame.
Mi corazón se aceleró mientras estaba de pie, congelado. ¿Se marcharía? ¿Haría lo responsable y pondría doce escalones y un rellano entre nosotros?

Bésame, Luke.

Solo un beso. Solo para ver cómo se sentiría saborearlo y sentirlo.

Ay Dios mío. ¿Qué estoy haciendo? Esta no era yo. Esta mujer descarada y atrevida que casi había ordenado a un hombre que la besara no era yo.

Pero ya era demasiado tarde para retirarlo. Y si no me besaba, tendría que desaparecer en mi habitación y ninguna cantidad de mendicidad me convencería.

Había ido demasiado lejos. Probablemente pensaba que yo era una traviesa.

Luke permaneció inmóvil, sin nada más que esa toalla, mientras las dudas se colaban en mi mente como una fea niebla en una noche tormentosa. Abrí la boca para murmurar buenas noches, pero antes de que pudiera hacer un sonido, Luke saltó.

Seguro y audaz, sus labios aplastaron los míos y sus manos se sumergieron en mi cabello, liberando los mechones de su lazo.

Se tragó mi jadeo. Evocó un gemido con un movimiento de su lengua.

Luke me besó.

Luke *me besó*.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Y me derretí.

Dios mío, este hombre. Era sexy. Fuerte. Precioso. Amable. Y vaya, tenía talento con la lengua.

La agitó contra la mía, el movimiento me sorprendió con otro grito ahogado. Solo había besado a un hombre. Jeremiah. Había sido mi primero y último. Si el aleteo de la lengua de Luke era una indicación, definitivamente no estaba preparada para lo que vendría.

Él lamió. Me estremecí.

Devoró. Yo temblaba.

Me paré a su merced mientras exploraba, reclamándome con un mordisco en mi labio inferior.

Las manos de Luke eran tan grandes que con sus palmas ahuecando mis mejillas, las yemas de sus dedos podían estirarse en los mechones de mi cabello. Me mantuvo cautiva, su prisionera voluntaria, mientras su lengua saqueaba.

Lo alcancé, pero no estaba segura de dónde tocarlo, así que mis manos colgaban en el aire, congeladas y rígidas. ¿Sus brazos, tal vez? ¿Sus caderas? ¿Por qué le había animado a besarme? No sabía qué diablos estaba haciendo.

Todo lo que sabía era que lo quería. Más que nada, quería a Luke.

Apartó sus labios de mi boca y dejó un rastro de besos a lo largo de mi mandíbula hacia mi oreja. Un escalofrío me recorrió la espalda. Mis piernas temblaron.

—Scarlett —gimió.

Dios, amaba el sonido de mi nombre en su voz. Y me encantaba cómo lo decía tan a menudo, como si quisiera asegurarse de tener mi atención. Me concentré en eso, repitiéndolo en mi mente. *Scarlett. Scarlett.* Pero las inseguridades no desaparecieron.

Luke llevó sus manos a mis muñecas, tirándolas hacia sus caderas. Cuando mis dedos rozaron su piel, salté. Su calor me chamuscó directo a mi centro.

Luego, sin mis brazos entre nosotros, envolvió los suyos a mi alrededor. Dos fuertes cuerdas, tirando de mí hacia su pecho mientras sus labios volvían a los míos.

PRINCE

DEVNEY PERRY

El espacio entre nosotros se desvaneció. Otra ola de calor abrasador se extendió a través de mi ropa y la necesidad de quitármela me robó el aliento. Luke estaba solo en una toalla, pero no hizo nada para ocultar el enorme bulto entre sus piernas.

Oh Dios. Estaba casi desnudo. Se sintió enorme presionado contra mi vientre.

La imagen de un pene, rojo, hinchado y enojado, llenó mi mente. Era un pene que había visto en la casa club de los Warrior.

Antes de eso, solo había visto el pene de Jeremiah. Luego había venido a Ashton y habían estado en todas partes. Los hombres del club no habían tenido reparos en darse una fiesta para follar públicamente a las zorras dispuestas.

Había un tipo en particular, Ghost. Jeremiah me dijo que le gustaba el sexo en público y cuando cerré los ojos con fuerza, todo lo que podía ver era su pene. Pene. Pene. Pene.

¡Vete, Pene!

Pero no importa cuánto deseara que las imágenes desaparecieran, todo lo que podía imaginar eran esos hombres desnudos. Y lo que sea que hubieran estado empacando o desempacando con sus vaqueros sucios parecían pepinillos encurtidos en comparación con el de Luke... pepino. Premiado Zucchini. ¿Berenjena?

Genial, estaba pensando en su pene como un vegetal. No puedo hacer esto. ¿Por qué había instigado esto? Me estaba besando y mis labios se movían contra los suyos, pero mi mente... *Apágate. Apágate. Por favor, apágate.*

Luke apartó la boca y se inclinó hacia atrás, poniéndose derecho.

—Scar...

—¿Cuánto mides? —solté.

Sus cejas se juntaron.

Mierda. Gracias, cerebro.

Si esperaba darle a Luke la impresión de que era una mujer sexy y segura de sí misma, esa burbuja acababa de estallar. No se podía ocultar que solo estaba pretendiendo.

¿Qué me pasaba? Deslicé una mano para liberarme de su piel cálida y la usé para cubrir mis ojos.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—Estoy nerviosa.

Luke tomó mi muñeca, tirándola suavemente a un lado.

—Sólo soy yo.

—Esa es la razón por la que estoy nerviosa. Perdón.

—Mírame. —Metió un dedo debajo de mi barbilla—. Mido uno ochenta y ocho.

Treinta centímetros. Era treinta centímetros más alto. Y a juzgar por la tienda en la toalla, también tenía treinta centímetros en otro lugar.

¡Gah! ¿Por qué no podía dejar de imaginarme penes?

Mi rostro se encendió y esta vez, enterré mi rostro con ambas manos. Demasiado para nuestro primer beso. Bien podría llamarlo el último. Tragué un gemido, repitiendo mi disculpa.

—Perdón.

—No pidas perdón.

—Pero... lo soy. —Dejaría que mis dudas robaran algo que quería. Porque quería que Luke me besara. Y luego mi mente se involucró y arruinó el momento.

Esta era la razón por la que el sexo nunca había sido divertido. Por qué no había tenido un orgasmo en la cama, a menos que contaras los que me di a mí misma como prueba para asegurarme de que mi cuerpo no estaba roto.

Dejé caer mis manos y me incliné para recoger mi mochila, pero luego el mundo se puso patas arriba.

—¡Ah! —grité cuando Luke me arrojó sobre un hombro muy desnudo y muy ancho. Una sonrisa apareció en mi rostro mientras me llevaba a las escaleras—. Me estás acarreando de nuevo.

—Sí.

Fue estimulante. Sexy como el infierno. Mi corazón se hinchó y una risita escapó de mis labios mientras caminaba, paso a paso, hasta que cruzamos el umbral de su habitación.

Olía a Luke, rico y suave, con un toque de sándalo mezclado con el jabón de la ducha.

—¿Cómo lo supiste?

PRINCE

DEVNEY PERRY

Luke me arrojó sobre su cama, luego plantó sus manos junto a mis caderas, inclinándose más cerca.

—¿Saber qué?

—Que me iba.

—Tuve un presentimiento.

—¿Un presentimiento?

Él asintió, acercándose poco a poco, apiñándose hasta que estuve plana debajo de él.

—Siempre confío en mis sentimientos.

Tragué saliva.

Luke estaba hambriento. Por mí. Con la cabeza jodida y todo, él me quería.

¿Por qué? Podría tener a cualquier mujer disponible. Él era el mejor partido. Entonces, ¿por qué yo?

—Scarlett.

—¿Sí? —susurré. Mi cabello se arremolinaba a mi alrededor, brillante contra la colcha oscura de su colchón.

Se inclinó para susurrarme al oído.

—Deja de pensar.

—¿Cómo?

—Así. —Se movió, ágil y seguro, levantándose más profundamente en la cama. Entonces su boca estaba sobre mí de nuevo, saboreando la piel de mi cuello.

Su cuerpo se presionó contra el mío y abrí las piernas, haciendo espacio para acunar sus caderas y ese bulto siempre presente. Giró las caderas, su grosor se frotó contra el latido que florecía en mi centro. Incluso a través de mis vaqueros, el placer era paralizante. Los pensamientos en mi cabeza comenzaron a desvanecerse.

Sí.

Se envolvió a mi alrededor, abrazándome fuerte, y se sintió tan bien tener el peso de Luke sobre mí, la gran fuerza de los músculos y los huesos.

Jeremiah había dejado de abrazarme. Se había vuelto muy mecánico. Dos minutos, nuestros cuerpos tocándose en ese único lugar, luego se acababa. ¿También había sido así con Presley?

PRINCE

DEVNEY PERRY

¿Era extraño que mi hermana y yo perdiéramos la virginidad con el mismo hombre? ¿Incestuoso? Tal vez él había sido un mejor amante para ella que para mí. Y aquí estaba yo, repitiendo el ciclo con Luke.

—Scarlett.

Mis ojos se abrieron de golpe.

Luke había dejado de besarme y se había levantado, mirándome.

Puaj. No otra vez.

—Perdón.

Exhaló un largo suspiro, luego se alejó, rodando para acostarse de costado. Su dedo rozó mi sien.

—¿Qué está pasando aquí?

Realmente, realmente no quería tener esta conversación pero, cuando Luke apoyó la cabeza en un codo, supe que no la dejaría pasar.

—No sé. Esto me pasa a mí.

—¿Que te pasa?

—Me quedo... pegada. —Toqué el puente de mi nariz—. Aquí dentro. Durante el sexo.

—Dime qué tienes en mente.

—De ninguna manera. Solo...bésame. —Solté una carcajada. Pensaría que estaba loca. A lo mejor si lo estoy.

Agarré el pliegue de la toalla que de alguna manera no se había soltado, pero antes de que pudiera darle un buen tirón, me agarró de la muñeca.

—Dime. Entonces te besaré.

Fruncí el ceño.

—¿Soborno?

—No estoy por encima de eso. —Sonrió—. Quizás necesito endulzar el trato. Dime qué está pasando por tu cabeza y te besaré aquí.

Su mano soltó la mía y se deslizó sobre la franja de piel por encima de la cintura de mis vaqueros. Mi sudadera se había subido, exponiendo mi carne. El ligero toque de su dedo me robó el aliento y lo miré con asombro mientras su mano se movía más abajo. Más bajo. Hasta que siguió la longitud de mi cremallera y su mano desapareció entre mis piernas.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Me acarició, suavemente al principio, luego me dio más. Cerré los ojos, disfrutando de la deliciosa fricción, mientras Luke me inclinaba hacia él. Su aliento fue un susurro en mi mejilla.

—Dime.

Negué con la cabeza.

Un ruido sordo vino de lo más profundo de su pecho cuando rápidamente abrió el botón de mis vaqueros, luego deslizó sus talentosos dedos dentro de la mezclilla, acariciándome a través de mis bragas.

—Sí —siseé, arqueándome entre sus dedos.

—Dime.

Negué con la cabeza de nuevo.

—Dime. —Su dedo se arremolinaba alrededor de mi clítoris, luego desapareció. Se alejó, mirándome mientras esperaba una respuesta.

—No es justo. Dime que no es una táctica de interrogatorio.

Él se rio entre dientes.

—Solo para ti.

Suspiré.

—No vas a dejar pasar esto.

—No.

—Bien. Estaba pensando en Jeremiah y Presley. Que es extraño que ambas estuviéramos con él. Y ahora aquí estoy contigo.

—Es extraño si lo hacemos extraño —dijo.

—No quiero que sea extraño.

—Entonces no lo es.

Tan simple como eso.

Y de alguna manera lo era.

El pasado no necesitaba influir en el futuro.

—¿Eso me ganó un beso? —susurré.

Luke estuvo sobre mí en un instante, sus labios capturando los míos.

Envolví mis brazos alrededor de sus hombros, dejando mi mente en blanco ante cualquier cosa que no fuera su sabor. Su calor. Su fuerza. Mis manos recorrieron los planos firmes de su espalda, trazando y memorizando

PRINCE

DEVNEY PERRY

las líneas largas y firmes. Metí la mano entre nosotros y arrastré mis nudillos por el estómago de tabla de lavar de Luke, buscando hasta...

Bingo.

Un tirón en el pliegue de la toalla y se soltó.

Luke gimió en mi boca, balanceando una pierna sobre la mía para sentarse a horcajadas sobre mi cuerpo mientras su boca se soltaba. Estaba desnudo. Perfecto.

—¿Qué tal ese beso?

Asentí, sin aliento, mientras él me maniobraba, levantándome y tirando hasta que mi sudadera cruzó la habitación. Mi camiseta fue la siguiente. Luego liberó mis pechos de su sencillo sujetador blanco.

—¿Qué estás pensando? —preguntó mientras se movía, elegante y poderoso, por la cama. No había nada para ocultar su cuerpo ahora, nada para cubrir su grueso y largo eje.

Se me hizo agua la boca.

—En ti.

—Bien. —Me quitó los vaqueros de las piernas con un tirón rápido, mis bragas se fueron con ellos.

Junte mis piernas. Mi brazo se deslizó hacia abajo para cubrir mi montículo desnudo.

Luke tomó mi muñeca en su mano, besando mi pulso, luego la colocó a mi lado mientras bajaba su cabeza hacia mi cuerpo. Me separó las rodillas para acomodar sus orejas.

—Yo nunca...

Las palabras desaparecieron de mi lengua mientras arrastraba un largo trazo a través de mis pliegues.

Gemí mientras me lanzaba una mirada malvada y pecaminosa con sus ojos azules.

Entonces su lengua estaba sobre mí de nuevo.

—Primero te voy a follar con mi lengua.

—Dios, sí. —Me arqueé en su erótico beso.

—Entonces te voy a follar con mi polla.

Sí sí sí. Lo quería todo. Me derretí en la cama, mis piernas se separaron mientras él las empujaba a abrirse.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—Sabes tan bien. Joder, Scarlett. —Mi nombre en su voz nunca había sonado mejor—. Tan bueno.

Luke chupó y lamió, alternando su ritmo hasta que me retorcí debajo de él, jadeando y corriendo hacia una liberación.

El orgasmo se acumuló tan rápido que no estaba lista cuando vino sobre mí, destrozándome en un lío sin sentido de llantos y gemidos.

Cuando las manchas blancas desaparecieron de mi visión, llevé una mano a mi pecho, sintiendo el latido de mi corazón contra mi palma. Ahora bien, esto sí era sexo. Dedos de los pies curvándose, sexo fenomenal. Y recién estábamos comenzando.

La piel de Luke se deslizó contra la mía mientras regresaba a la cama. Estiró un brazo hasta la mesita de noche, abrió el cajón y sacó un condón. El crujido del papel de aluminio. El susurro del colchón. Todo era ruido de fondo para la sangre que aún corría por mis venas.

—Scarlett.

—¿Sí?

—Abre tus ojos.

Los abrí y encontré su mirada esperando.

—Gracias.

—No me des las gracias todavía.

Levanté mi mano a su mejilla, mi pulgar se arrastró por su labio inferior.

Lo chupó en su boca, rodando con su lengua. Luego se colocó en mi entrada, esperando un asentimiento, y se deslizó dentro.

Mi cuerpo se estiró, mi espalda se arqueó fuera de la cama mientras él me llenaba.

—Agárrate de mí, hermosa.

Agarré sus tríceps.

—¿Como esto?

—No. —Sacudió la cabeza y apartó un mechón de cabello de mi frente. Luego se tocó el rabillo del ojo—. Aférrate a mí.

Luke no necesitaba preocuparse. Me tenía paralizada.

Se retiró, luego movió las caderas hacia adelante, lenta y suavemente, hasta que quedó profundamente enterrado.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—Luke —gemí mientras mis piernas temblaban. Mi corazón se aceleró. Con cada una de sus lánguidas y sensuales caricias, el placer se esparció por mis venas.

Y me aferré a él, hipnotizada por la lujuria en su rostro. El deseo y el puro deseo de mí y solo de mí. Embestida tras embestida, me persuadió más y más alto.

Luke dejó caer su boca en mi pecho, tomando un pezón entre sus labios para una succión larga y caliente. Luego hizo lo mismo con el otro, soplándolo mientras salía de su boca para enfriar el botón endurecido.

—Sí, cariño. —Enredé mis dedos en su cabello, los mechones más cortos como terciopelo contra mis palmas.

Las caderas de Luke se movieron más fuerte, más rápido, hasta que me separé.

Grité, apretando los puños a su alrededor mientras las estrellas estallaban en mis ojos y me rendía al placer más intenso de mi vida.

—Sí —canturreó, sus caderas rodando y moviéndose mientras mis paredes internas pulsaban.

Y finalmente, cuando regresé a la tierra, enterró su rostro en el hueco de mi cuello, temblando a través de su propia liberación con mi nombre en sus labios.

No requirió ningún esfuerzo mantener mi mente en blanco durante las réplicas. Estaba en una neblina cuando Luke se deslizó y fue a deshacerse del condón en el baño. Y yo estaba en un estado de felicidad cuando regresó a la cama, metiéndonos a los dos debajo de las sábanas.

—Duerme aquí —susurró en mi cabello.

Me acurruqué más profundamente.

—No lo sabía.

—¿Saber qué?

Debo haber estado delirando porque las palabras se derramaron de mi boca.

—No sabía que podía sentirse así. Antes, siempre era torpe. Incómodo. Pensé que así era para mí. Que no sería bueno.

—Eso no estuvo bien.

—¿Qué? —Mis ojos se abrieron de golpe.

Luke me atrajo hacia su pecho.

TIN GYPSY: LIBRO CUATRO

NOBLE

PRINCE

DEVNEY PERRY

—Eso fue explosivo. Joder, hermosa. Me arruinaste.

Sonreí, acurrucándome más cerca.

—Supongo que ya no tendré que reorganizar los muebles para hacer ejercicio.

—No. No más muebles. Te haré ejercitar todas las noches.

—Bien. Me estoy volviendo loca.

Luke guardó silencio durante un largo rato.

—Tengo una idea.

—¿Qué?

—Bueno, el objetivo de esta farsa es que parezca que estoy viviendo mi vida, ¿verdad? Que la gente piense que todo es normal. Así que supongo que debería hacer lo que es normal.

—Está bien —dije arrastrando las palabras, moviéndome para mirarlo. La habitación estaba casi a oscuras, pero pude distinguir su rostro por el suave resplandor de la luz del jardín que se filtraba más allá de la sombra—. ¿Qué significa normal?

Él sonrió, mostrándome su hoyuelo y movió las cejas.

—Luke. —Le di un golpe en el costado—. Dime.

—¿Confías en mí?

—Sí. —La palabra llegó sin dudarlo. Sin duda. No me había dado cuenta hasta esta noche, pero después de dos meses de conocer a este hombre, confiaba en Luke más de lo que confiaba en mí.

Normalmente, eso sería algo bueno.

Pero para mí, significaba que todo iba a cambiar.

Más temprano que tarde, tendría que confiarle mis secretos.

124



PRINCE

DEVNEY PERRY

10

Luke

—¿Ahora me dirás a dónde vamos? —Scarlett me entregó la bolsa seca que le había dicho que empacara con ropa, champú y un cepillo de dientes.

—No. —Metí su bolsa en la balsa, junto a la mía, y luego dejé caer un beso en sus labios. Era uno de los muchos que habíamos compartido esta semana, pero la chispa estaba tan viva como desde el principio. Y fue fácil. Natural. Como si fuera el gesto, la parte de nosotros, que había faltado.

—Bromista —murmuró, golpeándome en las costillas antes de acercarse a la balsa, poniéndose de puntillas para mirar dentro—. ¿Vamos a acampar en un lago o en un río?

—Es una masa de agua.

—Vamos. —Su mohín era condenadamente adorable—. Sólo dime.

Durante cinco días, desde la primera noche que dormimos juntos, la había estado torturando con mis planes. Le había pedido que empacara ciertas cosas. Ella sabía que íbamos a acampar, pero no le había dicho dónde ni por cuánto tiempo. Le había comprado algo de ropa para mojarse en caso de lluvia, pero se la había escondido en mi camioneta. Y todas las noches de esta semana, había trabajado para preparar este viaje, todo mientras miraba, rogando por saber lo que íbamos a hacer.

Las neveras estaban cargadas y llenas de hielo. La tienda de campaña estaba cargada junto con dos sacos de dormir que había unido con una cremallera. Normalmente dormía en el suelo, pero con Scarlett, había comprado un colchón de aire. La excitación y la anticipación zumbaban en mis nervios. Dios, necesitábamos esta semana. Noches estrelladas. Al aire libre. Sin esconderse.

—Esta no es la misma balsa que estaba aquí —dijo Scarlett.

TIN GYPSY: LIBRO CUATRO

NOBLE

125

PRINCE

DEVNEY PERRY

—No. Mi balsa está en mi casa de alquiler. Normalmente guardo esto allí. —Los había intercambiado anoche para poder empacar la balsa.

—¿Tienes una casa de alquiler?

Asentí.

—¿No te lo había dicho?

—Eh, no.

—Oh. Has estado allí. Es tu casa segura.

Se quedó con la boca abierta.

—¿Es tuya?

Me encogí de hombros.

—Necesitaba un lugar para que te quedaras. Parecía lógico ya que estaba vacía. Estoy planeando remodelar pronto.

—Bien. —Hizo una mueca—. Lo necesita.

Me reí y eché un último vistazo al garaje para asegurarme de que no había olvidado nada.

Scarlett había reorganizado este espacio, como lo había hecho en el interior, y aunque todavía no quería admitirlo y admitir la derrota, su organización tenía un buen *flujo*. Mis herramientas estaban organizadas sobre mi banco de trabajo. Las neveras estaban apiladas y las cajas de aparejos clasificadas. Incluso había encontrado algunos ganchos para colgar mis cañas de pescar.

Había hecho que empacar para este viaje fuera algo ligero.

—Nunca he acampado —dijo.

—Te gustará. Confía en mí.

—De acuerdo. —Exhaló—. ¿Puedo ayudar?

—Está todo hecho. ¿Quieres cargar algunas tazas de viaje? Voy a abrir las puertas del garaje y a enganchar la balsa a la camioneta.

—Así que tengo que desaparecer. —Levantó la mano simulando un saludo—. Entendido.

Sonreí, tomándola por el codo antes de que se alejara, y la atraje hacia mis brazos para darle otro beso.

Gimió, hundiéndose en mi abrazo, y cuando le lamí el borde de sus labios, se abrió para mí, dejándome penetrar y saborear.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Nuestras lenguas se batieron en duelo. Sus dedos se aferraron a mis bíceps y dio lo mismo que recibió.

Esta mujer sabía besar. Lo ponía todo de su parte, su espíritu y su fuego. Había desaparecido la vacilación de nuestra primera noche juntos. Si percibía que Scarlett estaba atrapada en su cabeza, hacía algo inesperado, como darle un golpe en el trasero o cambiar nuestras posiciones, hasta que volvía a mí.

Pero después de cinco días, esto ocurría cada vez menos. Sus muros estaban cayendo. Sus inhibiciones desaparecían cuanto más tiempo pasábamos juntos, lo que ocurría a menudo. Había tenido más sexo en los últimos cinco días que en tres años. Combinado.

Me encontré corriendo a casa cada noche, asaltándola en todas las superficies disponibles. El sofá. La isla de la cocina. Su cama y definitivamente la mía. Comíamos, apenas vestidos, y volvíamos a hacerlo.

Era imposible alejar mis manos de su cuerpo, y ella sentía lo mismo con las mías. Sus dedos hacían constantes recorridos por mi piel. Se quedaba cerca cuando estábamos en la cocina lavando los platos, rozándome a propósito cuando ponía un plato en el armario y alcanzaba a enjuagar un vaso.

Y los besos. No me había divertido tanto besando a una mujer desde que era un adolescente y me había colado con mi novia del instituto bajo las gradas durante los partidos de baloncesto para tocarla. En aquel entonces, había sido exploratorio y nuevo. Esta cosa con Scarlett me estaba consumiendo. Mis labios estaban prácticamente en carne viva, pero no podía tener suficiente.

Gruñí contra su boca, inclinando mi cabeza para un ángulo más profundo. Ella se aferró a mí, gimiendo cuando tomé un pecho y lo apreté. Mi polla pedía más, pero si empezaba por ahí, nunca llegaríamos al río, así que aparté la boca.

—Eres irresistible. —Jadeé, colocando un mechón de cabello detrás de su oreja.

Las manos de Scarlett rodearon mi cintura y sus palmas se posaron en mi trasero.

—Tú tampoco estás mal, nene.

—Café. —Le di un beso más en la comisura de la boca y la dejé marchar con un juguetón golpe en el trasero.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Se dirigió a la puerta y me saludó con un dedo mientras desaparecía dentro.

Me ajusté la polla hinchada y volví al trabajo, abriendo las dos puertas del garaje y haciendo retroceder la camioneta para enganchar la balsa. Estaba agachado junto al enganche de bola, enganchando las cadenas de seguridad, cuando una voz atravesó el camino de entrada.

—Buenos días.

Miré por encima de mi hombro para ver a mi vecina (y presunta agente del FBI) caminando por la acera.

Sus ojos se adentraron en el garaje, buscando.

Me puse de pie, me quité las manos y le tendí una.

—Buenos días.

—Pensé en venir a presentarme —dijo—. Soy Birdy Hames.

—Soy Luke Rosen. Bienvenida al barrio.

—Gracias. —Su mirada se desvió por encima de mi hombro hacia la puerta que conducía al interior.

Me moví, bloqueándola de su vista.

—¿Eres nueva en Clifton Forge?

—Sí, lo soy. Es un pueblo encantador.

—Yo también lo creo.

Me dio una sonrisa tensa, luego miró a mi camioneta y la balsa.

—¿A dónde vas?

—A pescar durante la semana. Voy tan a menudo como puedo escaparme en los veranos.

Sus ojos recorrieron mi camioneta roja, probablemente porque nunca lo había visto antes. Los engranajes de su cabeza giraban visiblemente mientras lo asimilaba y memorizaba la matrícula.

Reprimí una carcajada. Esta camioneta no iba a ayudarles a encontrar a Scarlett.

También había traído esto a casa desde la casa de alquiler la noche anterior. La camioneta que utilizaba para el trabajo estaba estacionada en la estación.

—Bueno, será mejor que vuelva a empacar. Encantado de conocerte, Birdy. —*Si es que ese es tu nombre.*

PRINCE

DEVNEY PERRY

—A ti también. —Saludó—. Que tengas un buen viaje.

Se retiró a su propia casa, caminando más lento que un perezoso. Cada tres pasos, echaba una larga mirada a mi casa. No podía ver nada más que ventanas oscuras y persianas cerradas.

Desde que le advertí a Scarlett que mi casa estaba vigilada, su espionaje en el barrio había terminado. Odiaba privarla de algo, especialmente de su libertad. Esos pequeños vistazos por la ventana habían sido importantes para ella, pero no tan críticos como su seguridad.

¿Qué diablos íbamos a hacer? Scarlett no podía esconderse para siempre. Al final, tendríamos que enfrentarnos a los Warriors y al FBI. Había estado retrasando estos últimos meses porque estaba esperando que Scarlett me contara sobre su tiempo con los Warriors.

¿Había algo que contar?

Tal vez todo lo que había visto era exactamente lo que ya había confesado.

Y ahora la única razón por la que me demoraba era porque temía perderla cuando esto terminara.

Volví a mi tarea, a enganchar la balsa. Una semana en el río me ayudaría a despejar la cabeza. Más pronto que tarde, tendría que tomar algunas decisiones y no había nada como el aire libre y el agua fresca para aclarar mi mente.

Birdy se quedó en la entrada de su casa, agachándose para tomar una hierba que crecía en la grieta del cemento. Me dirigí a la balsa, recogiendo las bolsas mientras esperaba. Tardó cinco minutos en entrar, y cuando se fue, entré en la casa.

Si antes había sospechado que Birdy estaba con el FBI, hoy confirmaba mis sospechas. Uno pensaría que el FBI sería mejor para pasar desapercibido.

¿Por qué seguían aquí? Si supieran que Scarlett estaba dentro, ya se la habrían llevado. ¿Por qué era tan importante encontrarla? Me faltaba algo. Un gran algo.

—¿Scarlett? —llamé cuando no la vi en la cocina.

Bajó corriendo las escaleras.

—¿Qué quería?

—Ser entrometida —dije—. ¿Cómo lo supiste?

PRINCE

DEVNEY PERRY

—Fui a comprobar que las luces estaban apagadas arriba y oí voces, así que me asomé por la ventana del despacho mientras tú hablabas con ella. ¿Esto cambia el plan?

—No. —Le había prometido a Scarlett la oportunidad de salir al exterior y vivir normalmente durante una semana, y la vecina Birdy no iba a impedírnoslo. Ambos necesitábamos este viaje.

—¿Cómo se supone que voy a entrar en la camioneta? No es como si pudiera salir y subir al asiento del pasajero.

Maldita sea. Mi plan original había sido que subiera a la camioneta mientras estaba en el garaje, pero luego me había besado y bueno... me había olvidado. Y ahora que Birdy estaba mirando, no podía desenganchar la camioneta, estacionar y cerrar las puertas del garaje, para volver a hacerlo.

—¿Te parece bien ir en la balsa hasta que salgamos de la ciudad? —No era lo ideal y no me gustaba que estuviera sin cinturón de seguridad, pero era nuestra única opción.

Scarlett asintió.

—De acuerdo.

—Entonces salgamos de aquí.

Recogimos nuestras tazas de café de la cocina, y luego volví al garaje, cerrando una puerta para dar a Scarlett algo de cobertura. Luego la llevé a la balsa, tomando su mano y ayudándola a subir.

—Lo siento —dije.

—No pasa nada. —Me sonrió y se acomodó en la fila central, doblando su pequeño cuerpo entre los asientos de la banqueta sobre el suelo de goma.

—¿Te sientes bien?

—Sí. No es tan incómodo. ¿Pero deberías taparme con algo?

—Sólo quédate agachada. No hay forma de que nadie te vea.

—Me veo ridícula —murmuró, moviendo los pies.

—Te ves hermosa. —Le toqué la pierna y me apresuré a ir a la camioneta, queriendo salir de la ciudad.

En cuanto la balsa salió del garaje, pulsé el botón para cerrar la puerta. Luego me puse en marcha por la calle, conteniendo la respiración mientras atravesaba la ciudad. Sólo cuando estábamos en la autopista y no había nadie detrás de nosotros, tomé por fin el desvío más cercano.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Cuando me apresuré a ir atrás, Scarlett se estaba riendo. Su sonrisa alivió todas mis preocupaciones.

—¿Qué?

—La verdad es que fue bastante divertido.

—Vamos. —Le hice un gesto para que saliera, vigilando la carretera para asegurarme de que estábamos solos mientras salía y corría hacia la camioneta.

Cuando se abrochó el cinturón de seguridad en el asiento del pasajero y me puse al volante, volví a la carretera.

—¿Ahora me dirás a dónde vamos? —preguntó.

Le tomé la mano y uní mis dedos con los suyos en la consola.

—Todos los años hago un viaje de pesca de una semana. Hay una boya en el río Smith que está completamente aislada. No se puede acceder en vehículo y está rodeada de terrenos públicos, por lo que no hay casas ni cabañas privadas. Es mi semana para desconectar. No hay teléfonos móviles. Sin llamadas de radio.

—No hay clubes de motociclistas ni agentes federales.

Sonreí.

—Exactamente.

—¿Y estás bien para salir de la estación?

—Sí. Mis oficiales superiores se encargarán de todo lo que surja. Tengo un buen equipo. —Y por el momento, no había casos que necesitaran mi supervisión directa.

Desde la muerte de Ken Raymond, lo más emocionante que había ocurrido en la ciudad había sido una pelea en el bar el Betsy. Las peleas allí no eran infrecuentes, pero esta había sido única porque habían sido dos mujeres. Ambas damas habían sido llevadas a la cárcel, donde se habían puesto sobrias y se habían ido avergonzadas y con resaca a la mañana siguiente.

Si ocurría algo gordo, yo tenía una buena relación con la sheriff del condado y sus ayudantes. Ella sabía que yo estaría en el río esta semana y, como hacía todos los años, estaría cerca como recurso de guardia. Hice lo mismo por ella cuando llevó a su familia a su viaje anual de febrero a Hawái.

—¿Crees que puedes aguantar conmigo una semana?

—Creo que puedo hacer cualquier cosa contigo durante una semana.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Me llevé sus nudillos a la boca, rozando con mis labios su suave piel, y luego me centré en la carretera. El viaje hasta el punto de entrega duró aproximadamente una hora. Normalmente, el trayecto en coche era mi momento para relajarme y entusiasmarme con el viaje, pero con Scarlett a mi lado, parecía que no podía calmar mis temores.

Mis ojos volaban a los espejos constantemente, comprobando si había coches que pudieran seguirnos. Cada vez que un vehículo se acercaba en dirección contraria, me ponía tenso, esperando que fuéramos demasiado rápido para que un transeúnte se diera cuenta de que la preciosa rubia iba de copiloto.

Finalmente, se acercó el desvío hacia el río y nunca me había alegrado tanto de salir de la autopista.

—De acuerdo, hermosa. Tendrás que arrastrarte en la parte trasera y permanecer agachada. Cuando llegemos, te meteré en la balsa.

—¿Habrá mucha gente?

—No —dije, girando hacia el camino de grava—. Habrá un guardabosques del servicio de parques que compruebe mi permiso. Este es un tramo especial del río y para flotar hay que sacar un pase anual. El mío es normalmente en agosto, pero un amigo me ofreció cambiarlo por esta semana. Hará más frío que en agosto y el agua está más alta. La pesca no será tan buena, pero seguirá siendo divertida.

—Nunca atrapé un pez.

—Lo harás esta semana. —Llevé la mano detrás de nosotros, tomando una gorra azul que había tirado en la camioneta para Scarlett—. Ponte esto.

Se la puso por encima de sus brillantes mechones rubios, acomodando los largos mechones detrás de sus orejas y atándolos en una cola de caballo.

—También habrá otros balseros, pero los horarios de despegue están escalonados, así que no nos cruzaremos. Si lo hacemos, sólo hay que sonreír y saludar.

—¿Y qué pasa si alguien nos ve?

—Entonces les diremos la verdad. Voy a llevar a mi novia de acampada y a flotar durante una semana.

Scarlett miró, con las mejillas sonrojadas.

—Me gusta que me llamen novia.

—Bien. Porque me gusta decirlo.

PRINCE

DEVNEY PERRY

En un pueblo pequeño, no había muchas mujeres solteras alrededor y yo no salía mucho. No había tenido una novia en años, a menos que contaras a Presley. E incluso con ella, los dos habíamos sido más amigos que nada. Dos personas solitarias que salían a comer un viernes por la noche en lugar de volver a casa solas a comer una lasaña congelada.

Scarlett era diferente a Presley, diferente a cualquier mujer.

Ansiaba su compañía. Ansiaba su sonrisa. Cuando estábamos separados, contaba las horas hasta que pudiera estar con ella de nuevo. Mi deseo por ella era una bestia viva, que respiraba y que no tenía planes de domar.

Tal vez era arriesgado traer a Scarlett al río, pero quería compartir esto con ella. Traerla a mi mundo porque no tenía duda de que a ella también le encantaría estar aquí.

Acampar era algo que mis padres siempre habían hecho juntos. Papá había enseñado a mamá a hacer rafting y a navegar. Ella había crecido en la ciudad y sus padres no habían sido amantes de las actividades al aire libre. Luego se casó con papá y todo cambió. Papá no quiso ir al viaje de Smith conmigo. No lo había hecho desde que mamá murió.

Porque había sido su semana favorita del año.

Era la última semana de mayo y, como era de esperar, el estacionamiento de delante estaba casi vacío, excepto por otro grupo en el punto de bajada. La flota era mejor más tarde en el verano después de la escorrentía de primavera había disminuido. Pero en cuanto a mantener a Scarlett lo más oculta posible, esta semana sería perfecta.

Inhaló un poco de aire, luego subió a la parte trasera y se metió detrás del asiento del pasajero. Luego agarró la manta que había dejado allí atrás en caso de emergencia y se la puso sobre la cabeza.

—¿Puedes verme?

—Sí.

Levantó la manta y me fulminó con la mirada.

—Ya sabes lo que quiero decir.

Me reí.

—Estás bien. No necesitas la manta. Nadie revisará la camioneta.

De todos modos, se cubrió de nuevo.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Entré en la curva de la zona de descarga y estacioné, bajando para saludar al guarda forestal de turno cuando se acercó. Era un hombre más joven que llevaba dos años seguidos trabajando aquí y reconoció mi nombre por el permiso.

Hablamos del tiempo y de la pesca, luego me dio la mano de nuevo, me advirtió que el agua estaba alta y me deseó un buen viaje.

—Casi listo —le dije a Scarlett mientras me alejaba del tramo para invertir la balsa en la orilla del río.

—¿Cómo se supone que voy a salir?

Miré alrededor del terreno de grava, asegurándome de que el guardabosques había regresado a su remolque de campamento. Sólo había otro grupo aquí, tres balsas y unas ocho personas, pero no parecían ni de lejos preparados para salir. Y ninguno de ellos me prestaba atención.

No quería quedarme atrapado detrás de una procesión grande y lenta, así que me apresuré a adelantarme a ellos en el agua.

—Adelante, sal. Me reuniré contigo en la balsa. Puedes subir donde estabas antes.

—De acuerdo —susurró, y luego salió con cuidado. Nos reunimos en el lado de la balsa y la ayudé a sentarse, luego aseguré los remos en las horquillas para que estuvieran listos para mí cuando saliéramos.

—Agárrate fuerte —le dije, empujando la balsa hasta su posición.

Una vez preparada, estacioné la camioneta y el remolque en el solar vacío junto a la zona de carga y volví corriendo a la balsa. Un buen empujón y ya estábamos en el agua. Salté a la proa y me coloqué en el asiento principal.

Scarlett me miró con ojos muy abiertos mientras la balsa rebotaba y se balanceaba con el agua.

—Allá vamos, preciosa. —Agarré los remos y nos di un buen empujón hacia adelante.

—Esto ya me encanta. —Sonrió, cerrando los ojos mientras respiraba largamente.

Remé con fuerza para que pasáramos la primera curva, donde estaríamos fuera de la vista.

El aire fresco me daba en la cara. La luz del sol me calentaba la piel y el familiar ardor del remo se acumulaba en mis brazos.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Dios, esto se siente bien. Si había tenido alguna duda acerca de llevarla conmigo, se había disipado con la corriente del río. Necesitaba este viaje, no sólo por Scarlett, sino por mí.

Una semana. Me tomaría una semana y acallaría el ruido. Ignoraría mis preocupaciones sobre el futuro.

Cuando doblamos la primera curva, ya me había adaptado a las rocas y al vaivén del río. Miré por encima de mi hombro, comprobando que estábamos fuera de la vista, y luego sonreí a Scarlett.

—Todo despejado. Sube.

Scarlett se sentó y observó el entorno, con los ojos muy abiertos mientras se acomodaba en el banco frente al mío.

Sus ojos eran del azul claro del cielo. La brisa jugaba con los mechones sueltos de su cabello dorado. Su piel suave e impecable se empapaba del sol.

El corazón me dio un vuelco. Maldita sea, pero era hermosa. Tan pura y brillante. El paisaje que nos rodeaba era impresionante, pero no era nada comparado con Scarlett.

—Esto es... —Luchó por las palabras—. Es precioso.

—Sí, lo es.

Se encontró con mi mirada y sus mejillas se sonrojaron mientras extendía una mano.

—Yo no. Esto.

Los acantilados se alzaban desde el agua como paredes, elevándose hacia el cielo. La roca estaba estriada con vetas rojas, naranjas y amarillas. Por encima de nosotros, la hierba verde se balanceaba sobre el borde del acantilado.

El paisaje natural era la razón por la que esta balsa estaba tan aislada. No había playas. No hay rampas para barcos ni campamentos comerciales. La única manera de entrar era por el agua. Y era la única manera de salir.

Scarlett apartó sus ojos de la vista y me mostró esa sonrisa de infarto.

—Gracias por traerme aquí.

—Es un placer.

Una semana. Esta semana sería todo mi placer. Y de ella.

Porque mi instinto me gritaba que en cuanto llegáramos a casa, el tiempo se acabaría.

PRINCE

DEVNEY PERRY

11

Scarlett

Había magia aquí. En toda mi vida, nunca había visto nada tan hermoso como el Río Smith.

El torrente del río nos envolvió mientras flotábamos más allá de los acantilados coloridos y altos por el cielo. Comprendí lo que Luke quería decir ahora: estábamos en un mundo aparte.

Llevábamos flotando aproximadamente una hora. Los acantilados habían sido como una puerta al principio, ambos lados caían directamente al agua y desaparecían debajo de su superficie ondulada. Pero a medida que atravesábamos curvas y pequeños grupos de rápidos, se habían retirado, dando paso a una costa llena de exuberantes y verdes pastos, frondosos arbustos y tupidos árboles de hoja perenne.

—Nunca había visto un lugar como este —le había dicho a Luke lo mismo no menos de cinco veces mientras remaba.

—Este era el lugar favorito de mis padres para flotar. Hicieron este viaje en su luna de miel, hace mucho tiempo.

Este sería el lugar perfecto para enamorarse de un nuevo cónyuge. Había privacidad. Aventuras. Solo dos personas solas en algún lugar de Montana.

Incliné la barbilla hacia el cielo y dejé que el sol me calentara la cara. El aire estaba fresco y, junto con el ligero rocío del agua, evitó que me calentara demasiado.

¿Dormiremos bajo las estrellas? ¿Luke había preparado una tienda de campaña? ¿Había traído protector solar? Dejé las preguntas a un lado, queriendo vivir el momento.

TIN GYPSY: LIBRO CUATRO

NOBLE



136

PRINCE

DEVNEY PERRY

Las preguntas, las preocupaciones, se resolverían solas. Me había enojado con Luke por no decirme sobre el FBI y los Warriors, pero entendía por qué lo había hecho. Y la verdad es que había tomado la decisión correcta.

Sin nada que hacer la mayoría de los días, preocuparme por ellos me habría vuelto loca.

—Cuando vivía en Chicago, siempre estaba preocupada por el mañana —dije—. ¿Qué pasaría con mi madre mañana? ¿Qué me pondría para apaciguar a papá? ¿Estaría de buen humor? ¿Uno malo? Creo que ni siquiera me di cuenta de lo mucho que me preocupaba por las cosas mundanas hasta que me fui. No es que mis preocupaciones desaparecieran después de Chicago. Simplemente palidieron en comparación con sus reemplazos.

¿Sobreviviría mi madre a mi desaparición? ¿Cómo encontraría a Jeremiah? ¿Y si él y Presley no querían verme?

—¿De qué te preocupas ahora? —preguntó Luke.

—The Warriors. El FBI. Pero sobre todo, me preocupo por Presley. Sobre nuestra relación. Lo que le hice a ella fue... imperdonable. —Me aparecí y me llevé a Jeremiah. Había abandonado su boda, por el amor de Dios, por mí. Después, tenía miedo de enfrentarme a ella. Admitir que había estado celosa.

Ella se había ido de casa. Ella había perseguido su sueño.

Mientras que el miedo había gobernado mi vida.

Pero extrañaba tanto a mi hermana que me dolía.

—¿Crees que alguna vez me perdonará? —susurré.

—Desde mi perspectiva, no creo que Presley piense que hay algo que perdonar.

Oh, lo hubo. Había seducido a su prometido porque me había convencido de que todavía me pertenecía.

Jeremiah había sido mi primer y único. Después de que rompimos y él se mudó lejos de Chicago, no quería tener una cita. Demasiadas preguntas. *¿Por qué sigues viviendo en casa? ¿Por qué pasas todo tu tiempo libre con tus padres? ¿De dónde sacaste ese moretón en tu brazo?*

Me había quedado soltera, esquivando a cualquier chico que mostrara el más mínimo interés. Entonces, cuando me fui de Chicago, solo dos personas en el mundo sabían de qué huía: Presley y Jeremiah.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Había tomado la decisión equivocada.

Jeremiah no había sido difícil de encontrar. Había una mujer en el autobús que se había sentado frente a mí. Le había confiado que iba a ir a Montana a buscar a mi antiguo novio. Sacó su teléfono y cinco minutos después, encontró su perfil de Facebook.

Cuando me presenté en la casa club de los Warrior en Ashton, Jeremiah se sorprendió al verme. Por un breve momento, solo éramos nosotros. Sin cambios. Niños que pensaban que había suficiente amor entre ellos para vencer todas las probabilidades. Para durar toda la vida.

Pero ese momento se había desvanecido rápidamente cuando la realidad se había estrellado.

—Vine a Clifton Forge una vez, aproximadamente un mes después de dejar Chicago. La culpa me había estado comiendo viva —confesé—. Algo en los alrededores facilitó la liberación de los secretos.

—¿Qué pasó? —preguntó Luke.

—Una vez cobarde, siempre cobarde. —Suspiré—. Había una mujer en la casa club de los Warrior que fue amable conmigo. Ella era una de las novias. Le dije que quería ir a ver a mi hermana y me prestó su coche. Así que fui a ver a Presley, pero cuando llegué a la ciudad y estacioné en la calle junto al taller, no pude hacerlo. Fui a un bar para intentar reunir el valor.

—¿El Betsy?

—Creo que sí. No presté mucha atención al nombre. Me quedé un rato sentada sola. Había un tipo borracho que seguía mirándome. Apuntándome. Probablemente porque tengo la cara de mi hermana. Después de un tiempo, comenzó a asustarme, así que me fui.

En ese momento, Jeremiah me había llamado cientos de veces, rogándome que regresara a Ashton.

Había vuelto a tomar la decisión equivocada.

—Voy a contarte un secreto —dijo Luke.

—¿Cuál?

—Presley se casó.

Parpadeé, segura de que no lo había escuchado bien.

—¿Qué?

—Se casó con Shaw el mes pasado. Fue algo discreto. Volaron a Las Vegas y pasaron un par de semanas en California.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque quería que lo escucharas de ella.

Mi frente se arrugó.

—Entonces, ¿por qué me lo dices ahora?

—Porque te estás culpando y eso no es lo que Pres querría. Si, tal vez debiste haber hecho las cosas de manera diferente. Pero Scarlett, puedo decirte con certeza que lo mejor que le ha pasado a Presley no fue casarse con Jeremiah. Deja de castigarte.

Mis hombros se hundieron. Es más fácil decirlo que hacerlo.

—Ella te ama —dijo Luke—. Ella es feliz.

—Solo quiero volver a verla. Para decirle que lo siento y corregirlo.

—Vas a hacerlo. Lo juro, encontraremos una manera de devolverte a tu hermana.

Por el momento, parecía una hazaña imposible. Como escalar los acantilados que nos rodean sin una cuerda.

—Gracias por hablarme de Presley y Shaw.

Asintió.

—Tienes que actuar sorprendida.

—Puedo hacer eso.

Estuvimos en silencio un rato, Luke remando mientras yo contemplaba el paisaje.

—Es mi turno de decir algo —dijo Luke, rompiendo el silencio—. Me molesta cuando te llamas cobarde.

Me estremecí ante la mordedura de sus palabras.

—Oh.

—No descartes quién eres, Scarlett. Eres fuerte y valiente. Puede que tu vida sea extraña en este momento, pero recuerda lo lejos que has llegado. He visto gente en tu situación. Gente que nunca se ha liberado.

—Como mi madre.

—Sí. Y tú no eres tu madre.

Estudié su rostro, la severa sinceridad.

Luke era como un espejo. Cuando miré a sus ojos azules, me reflejé allí. Vi la forma en que él me vio.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Fue una imagen gloriosa.

Falso, pero glorioso de todos modos.

—¿Cómo llegaremos a la camioneta? —pregunté, lista para un tema más ligero.

—Un servicio de transporte. Dejé mis llaves en el tapón de la gasolina. Conducen vehículos desde la zona de caída hasta el lugar donde iremos.

—Ah. —Asentí, una vez más mirando a mi alrededor—. ¿Hasta dónde llegaremos hoy?

—No lejos. Flotaremos durante un par de horas más y luego nos detendremos para montar el campamento. No hay prisa ningún día. Podemos dormir hasta tarde. Flotar durante unas horas y acampar a nuestro antojo.

—Suena bien para mí. —No quería nada más que reducir la velocidad. No por mí, no había hecho mucho últimamente, sino por Luke. Se merecía este viaje y la oportunidad de desconectarse del estrés de su trabajo. Y el estrés de invadir su vida—. Este lugar es realmente impresionante —dije, empapándome de los alrededores—. Nunca había visto nada como Montana. No es que haya viajado mucho. O en absoluto.

—Mis padres me llevaron a Disneyland una vez cuando era niño —dijo Luke—. Pero este tipo de viaje fue mucho más nuestra velocidad. ¿Alguna vez has ido?

—¿A Disney? No. —Antes de venir a Montana, mi vida había estado confinada a un pequeño círculo. Mis padres nunca viajaron.

Nunca fuimos de vacaciones en familia a Disneyland o de viaje a los Grandes Lagos. Nos quedamos en nuestro vecindario y durante la mayor parte de mi infancia, no lo pensé dos veces.

Pero cuando comencé la escuela secundaria y otros niños hablaban sobre un viaje a Texas por Navidad o unas vacaciones a California, me di cuenta de que mi familia no viajaba. Ni siquiera pequeños viajes de fin de semana. Había sido otra rareza en mi vida, algo que nos había mantenido separadas a Presley y a mí.

En mi primer año en la escuela secundaria, la chica popular de mi clase se sentó tres asientos frente a mí en álgebra. Se jactaba ante sus amigos de una camiseta nueva que había comprado en California cuando su familia había viajado allí durante las vacaciones de primavera.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Tenía una piel hermosa, oscura y suave. Tenía una sonrisa blanca perfecta y siempre había sido amable conmigo. Para todos, de verdad. Las chicas populares de nuestra escuela no lo eran porque eran malas. Se lo ganaron de la manera correcta.

Tenía tantas ganas de ser ella.

Su amor por California había sido la razón por la que la había elegido cuando Presley había elegido Montana.

¿Qué le había pasado a esa chica? ¿Cómo se llamaba ella? Lo había olvidado a lo largo de los años. No era como si hubiéramos sido amigas.

Presley había sido mi amiga. Yo había sido la suya. Invitar a otras personas a nuestro círculo de dos personas no había sido una opción porque los amigos hacían preguntas.

Y mis padres nos habían enseñado desde el principio, lo que pasaba en nuestra casa no se podía compartir.

No hablamos del mal humor de papá, ¿de acuerdo? Esa era mamá, abotonándose el abrigo el primer día de jardín de infantes.

Si alguien te pregunta de dónde sacaste ese hematoma, diles que fue de Presley. Ese era papá, poniéndome un calcetín en la espinilla en primer grado.

¿Por qué no nos educaron en casa? Eso siempre me había desconcertado. Quizás porque si fuéramos a la escuela, la gente sospecharía menos que si nos quedáramos en casa. O tal vez fue porque papá no creía que mamá pudiera unir dos pensamientos coherentes. Ella era lo suficientemente buena para tener a sus hijos y usarlos como un saco de boxeo, pero no lo suficientemente buena para enseñar.

Mamá estaba callada, pero no era estúpida.

La escuela había sido nuestro santuario. No habíamos tenido amigos, pero nuestros profesores nos habían amado porque habíamos trabajado duro para nuestras calificaciones. Se jactarían de lo increíble que estaban haciendo nuestros padres.

Esas gemelas Marks son tan inteligentes y dulces.

Tontos. Todos habían creído en la fachada. Sacar puras A había sido nuestra única opción.

—Oye. —Luke empujó mi pie con el suyo—. ¿Estás bien?

—Sí. —Me sacudí de mis cavilaciones—. Sólo pensaba.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—Puedo ver eso. —Luke siempre podía decir cuando estaba en lo más profundo de mi cabeza—. ¿Quieres hablar de eso?

—No. —Inhalé profundamente, conteniendo el aire limpio en mis pulmones.

—Si cambias de opinión, estoy aquí.

Sí, él estaba ahí. Pero no me presionó para que le confiara las preocupaciones y los miedos que plagaban mi mente. Simplemente estaba allí, tan constante como el río que atraviesa la tierra. Fuerte, audaz y firme.

Luke era un buen hombre. Lo mejor de él era que no quería que nadie lo pusiera en un pedestal. Estaba feliz con sus botas en la tierra.

Lo estudié mientras remaba, notando las fuertes líneas de su rostro. Normalmente se afeitaba antes del trabajo, incluso los fines de semana, pero no hoy. El polvo de bigotes oscuros del mismo color que su cabello acentuaba sus hermosos rasgos. La barba incipiente, combinada con la pequeña cicatriz blanca sobre su ceja izquierda, le dio un borde rugoso.

—¿De dónde sacaste esa cicatriz? —pregunté—. En tu ceja.

—Adivina. —Luke sonrió.

Me había hecho hacer lo mismo con una cicatriz en su hombro.

Esa que se había ganado en el cumplimiento del deber cuando era un policía más joven. Un idiota, drogado con metanfetamina, había fingido estar de acuerdo con su arresto por irrumpir en una tienda de autopartes. Justo antes de que Luke le pusiera las esposas, el tipo había cortado con un cuchillo.

—¿Separando una pelea de bar? —pregunté.

Sacudió la cabeza.

—¿Alguien te lanzó un puñetazo?

—No. —Volvió a negar con la cabeza y señaló con la barbilla una pequeña caja a mi lado. La parte superior era clara y por dentro, estaba separada en pequeños compartimentos. Cada uno sostenía un anzuelo adornado con una mosca atada de vivos colores.

—¿Un anzuelo?

—Sí. Hace unos tres años, el alcalde me preguntó si lo llevaría a pescar. Estaba en mi oficina y vio una foto mía sosteniendo este gran arcoíris que capté el verano anterior. No pasó mucho tiempo después de que me nombrara jefe, así que, por supuesto, tenía que ir. El tipo es mi jefe.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—Y él te enganchó. —De repente sentí aversión por el alcalde de Clifton Forge.

—Sí. Salimos una tarde, no lejos de la ciudad. Lo preparé todo, le mostré cómo lanzar. Me incliné para recoger mi propio palo cuando una avispa lo persiguió. Se asustó y comenzó a arrojar su palo por todas partes. Me enganchó justo encima del ojo.

Siseé.

—Ay.

—Me alegro de que no me haya dado en el ojo.

—Yo también. —El mundo sería un lugar más oscuro sin su brillante mirada azul.

—¿Tienes los ojos de tu madre o tu padre?

—Mi papá. Mi mamá siempre solía bromear diciendo que lo único que transmitía era su hoyuelo.

Me reí, deseando haber tenido la oportunidad de conocer a su madre, que Luke todavía la tuviera.

—La genética es extraña. Tómanos a Presley y a mí. Ella tuvo que conseguir lentes cuando estábamos en quinto grado, pero yo siempre he tenido una visión perfecta.

—Y tus ojos son más azules que los de ella.

—¿Lo son?

Asintió.

—Sin duda. Eres más brillante.

—Eres parcial.

—Definitivamente.

Nos hizo remar durante otra hora, conduciendo la balsa por el mejor canal a medida que su corriente nos impulsaba hacia adelante. Intercambiamos fragmentos sobre nosotros mismos, como lo hicimos con el tablero de cribbage, hasta que Luke señaló hacia adelante.

—Ese es nuestro campamento para esta noche.

—Está bien, genial. —*¿Dónde estaba el camping?*

—No tienes idea de lo que estoy señalando, ¿verdad?

—Ni idea.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Él se rio entre dientes.

—Ya verás.

Me agarré con fuerza a la balsa mientras él nos conducía hacia la orilla del río. La balsa se hundió en la grava de la orilla y nos detuvo con un fuerte golpe.

Luke se lanzó a la acción, sus movimientos rápidos pero elegantes, y arrastró la parte delantera de la balsa hacia la orilla con un fuerte peso. Luego aseguró una línea desde la balsa hasta un árbol cercano.

—¿Qué puedo hacer? —pregunté.

—Vamos a montar el campamento. Luego exploraremos.

Seguí órdenes mientras me decía dónde sacar las cosas de la balsa. La hoguera no era más que un anillo de piedras, el interior carbonizado. Se sentó en medio del claro del campamento. Descargamos una tina de goma con productos secos y una de las dos neveras portátiles que había empacado. Luke me dijo que dejaríamos uno para la segunda mitad de la semana, y mientras lo mantuviéramos sellado, permanecería frío durante los próximos días.

—¿Puedo ayudar con la tienda? —pregunté después de sacar mi propia bolsa seca.

—Lo tengo. ¿Por qué no nos sacas un par de aguas? Las llevaremos con nosotros cuando caminemos.

Mi tarea tomó treinta segundos completos, pero me dio mucho tiempo para apreciar a mi sexy director del campamento mientras erigía la tienda.

La camiseta que Luke había usado hoy estaba ajustada sobre su ancho pecho. Las mangas se tensaron contra la fuerza de sus bíceps y tríceps. Aprendí mucho sobre esos brazos, cómo podían inmovilizarme mientras Luke se conducía dentro de mí. Cómo se sentía estar envuelta en su calor.

Un escalofrío recorrió mi espalda y la emoción por la noche que se avecinaba en nuestro saco de dormir se agitó en mi estómago.

El espectáculo terminó demasiado pronto y Luke me tomó de la mano mientras nos dirigíamos hacia los alrededores.

Los árboles se elevaban sobre nosotros, protegiendo el sol de la tarde. La hierba alrededor de la tienda y la hoguera era corta, probablemente debido a que la gente la pisaba, pero mientras caminábamos entre los árboles de hoja perenne, los tallos rozaron mis rodillas. El pino perfumaba el aire. El torrente del río más allá reverberó en los acantilados.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—¿Es esta una ruta de senderismo? —pregunté, siguiendo a Luke por un estrecho sendero de tierra.

—No exactamente. —Luke me lanzó una sonrisa por encima del hombro mientras caminábamos en fila india.

Un hedor nauseabundo manchó el aire limpio y metí la nariz en la axila. Yo no. Y no era Luke.

—¿Algo murió aquí o...?

Luke se hizo a un lado y mi pregunta se volvió inútil.

—No. —Me quedé boquiabierta—. No puedo usar es.

Había un círculo de metal en el camino, de aproximadamente un metro de diámetro. En la parte superior, una tapa de inodoro manchada.

No había muros. Sin protección.

No había papel higiénico.

—¿Necesidad de orinar? —preguntó Luke, sacando un pliegue de papel blanco de su bolsillo.

Arrugué la nariz y murmuré:

—Sí.

No había ido desde que salimos de casa esta mañana.

—Esperaré allí. —Dio la espalda y caminó hacia unos árboles, fuera de su alcance.

Me quedé mirando el inodoro, luego tragué saliva y lo abrí con la punta de mi zapato. El hedor era insoportable mientras me ponía en cuclillas, flotando mientras orinaba más rápido de lo que lo había hecho en mi vida.

El olor no era agradable, pero podía respirar por la boca. Esto no estaba limpio en ningún tramo, pero tenía muslos fuertes. Lo que más me asustó fue la exposición.

Delante de mí, el río brillaba bajo el sol del atardecer. Nuestra tienda y los acantilados eran visibles en la orilla opuesta. Y aquí estaba yo, orinando, para que el mundo lo viera. Si otra balsa pasaba flotando, me encontrarían en cuclillas con mis vaqueros agrupados en mis tobillos.

Me apresuré a cubrirme, luego me encogí mientras me alejaba.

—Eso fue una experiencia —dije cuando llegué al lado de Luke. Pero si esa era la peor parte de acampar, sobreviviría.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—¿Hambrienta? —preguntó—. Podemos cenar temprano y relajarnos junto al fuego o podemos caminar un rato.

—Cena. Pero solo si me dejas ayudar.

Sacudió la cabeza.

—Esta semana, la cena corre por mi cuenta.

—Pero...

—Déjame consentirte.

—De acuerdo.

¿Alguna vez me habían consentido? Tenía la sensación de que la versión de Luke sería increíble, así que asentí y me puse de puntillas para rozar un beso en sus labios.

Cargamos nuestros brazos con ramas caídas para leña mientras nos dirigíamos a la tienda. Luke encontró algunos troncos más grandes que cortó con un hacha. Y mientras él encendía un fuego, me senté en una silla plegable y decidí que acampar definitivamente era lo mío.

—Esperaba perros calientes —dije mientras Luke colocaba una rejilla sobre las brasas del hoyo. En la parrilla había coloridas brochetas de pollo, pimientos, cebolla y papa.

—Comemos bien en el río.

—¿Qué más puedo esperar?

—Carne y patatas. Gambas al ajillo. Pollo a la barbacoa. Hamburguesas griegas. Huevos y tortitas para el desayuno. Y con suerte, truchas si capturamos alguna.

—Vaya.

—No hay mucho que no pueda cocinar al fuego.

—Aparentemente. —Me reí, tomando un sorbo de cerveza.

Después de mis días en la casa club de los Warrior, dejé de beber por completo. Incluso cuando Luke tenía algo en su casa, yo no había querido una. Pero con él, no tenía que preocuparme por perder el control o bajar la guardia. No había una persona en la tierra que me protegiera como lo haría él.

Fue entretenido ver a Luke cocinar. Estaba en su elemento aquí, tan cómodo y relajado. Y cuando me entregó mi plato, devoré la comida y caí en un feliz coma alimenticio.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Había ganado algo de peso durante los últimos dos meses, pero lo sentía necesario. Me sentí más fuerte. Capaz. Cuando llegara el momento de la pelea, el enemigo no encontraría a una mujer que se hubiera consumido bajo el peso de sus miedos y dudas.

No es que tuviera ninguna posibilidad.

—Esto es pacífico, ¿no? —preguntó Luke desde su silla junto a la mía. Tararéé de acuerdo.

—Esta es mi actividad favorita.

La luz del atardecer se estaba desvaneciendo, aunque pasarían horas antes de que la oscuridad se asentara, pero el sol poniente hacía que todo brillara. Incluso los insectos que volaban entre los árboles brillaban.

Los pájaros cantaban. El fuego crepitaba. Luke no se quedó sentado mucho tiempo. Aparecía de arriba abajo, ocupándose de tareas como atar la basura y asegurarse de que la nevera y las cajas de comida estuvieran bien selladas. Y me mimaba, sin dejarme hacer nada más extenuante que llevarme un trago a los labios.

Cuando finalmente se acomodó en su asiento para quedarse, vimos cómo el mundo se movía a nuestro alrededor. El sol descendió y con él la temperatura, poniéndome la piel de gallina en los brazos.

—Estás fría. —Luke salió disparado de su silla y se dirigió a la tienda. Revolvió el interior antes de salir con una manta para cubrirme el regazo. Luego avivó el fuego, agregando más leña.

Cuando se sentó, volvió su rostro hacia el cielo. Había suficiente claro en los árboles para que pudiéramos ver las estrellas.

—Allí. —Señaló un destello centelleante, la primera estrella de la noche—. Aquí, veremos la Vía Láctea después del anochecer.

Ocurrió más rápido de lo que esperaba. Los cielos se transformaron de cobalto a medianoche. El negro aterciopelado estaba espolvoreado con diamantes mientras miles de millones y miles de millones de estrellas se proyectaban hacia nuestro paraíso.

—Cuando era pequeña, leí este libro que decía que las estrellas eran en realidad hadas que nos veían mientras dormíamos. No sé por qué, pero esa historia siempre se quedó conmigo. A medida que crecía, me preguntaba qué habrían dicho las hadas que me miraban.

Luke se acercó a su silla y puso una mano sobre mi muñeca.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—Que tu belleza es incomparable. Tu valentía es profunda. Y que guardes tu corazón puro.

Me halagó, este hombre.

Deseé que lo que había dicho fuera cierto. Sobre todo, sospechaba que las hadas se sentirían decepcionadas. Quizás disgustadas. Pero quería que se sintieran orgullosas. Y por primera vez, comencé a entender cómo.

Comenzaría con una historia.

La verdad.

—¿Qué quieres en la vida? —le pregunté a Luke.

Suspiró, su agarre en mi muñeca se aflojó mientras sus dedos dibujaban pequeños círculos en mi piel.

—Quiero una casa bonita. Un buen trabajo.

—Tienes esos.

Asintió.

—Sí. Y mi objetivo es mantenerlos.

—¿Qué otra cosa? ¿Qué es algo que no tienes?

—Un perro como mejor amigo. Hablar de la vida todos los días con alguien a quien amo. Dejar embarazada a mi esposa en un día lluvioso y criar a mis hijos como mis padres me criaron a mí. Para terminar cada día con una sonrisa.

Mi corazón se derritió.

—Gran respuesta.

—¿Qué quieres en la vida? —Volvió mi propia pregunta hacia mí.

No sé.

—Una sonrisa al final de cada día suena bien.

Giré la mejilla para estudiar el perfil de Luke. Las estrellas de arriba eran impresionantes. Pero aun así, las venció.

—Presley y yo solíamos abrazarnos en medio de la noche cuando nuestros padres dormían y hablar sobre lo que queríamos en la vida. Su respuesta siempre fue la misma. Quería vivir en un pueblo pequeño donde todos supieran su nombre. Algún lugar anticuado.

—¿Y tú?

PRINCE

DEVNEY PERRY

—Mi respuesta siempre cambiaba porque no creo haber encontrado nunca la respuesta correcta. Escogí cosas que a otras personas les encantaban y esperaba que si las conseguía, tal vez yo también las amaría.

—Como California.

—Creo que es normal. Cambiar.

—Quizás. —Excepto que se sentía indeciso. Como que si realmente me conociera a mí misma, sabría lo que quería para el futuro. Tendría sueños.

—¿Cuál es tu respuesta ahora?

—No tengo una —admití—. Lo que creo que es mejor que adivinar, ¿no crees? —Por el momento, estaba contenta con solo ser... perdida.

—Sí. —Luke se puso de pie y me tendió una mano para ayudarme a levantarme de la silla. Luego me llevó a la tienda.

—¿Qué pasa con el fuego?

—Me haré cargo de ello.

Mientras me ponía una sudadera, él recogió un balde de agua del río y apagó las brasas del fuego. Luego se unió a mí, se quitó las botas, los vaqueros y la camiseta, luego se deslizó en nuestra cama de campamento.

Luke me hizo el amor, largo y dulcemente, antes de acurrucarme en su abrazo mientras se dormía suavemente.

Habíamos pasado todas las noches juntos desde la primera y nunca se había quedado dormido primero. Pero aquí, debe haberse sentido seguro para bajar la guardia.

Así que lo respiré, empapada en la fuerza de sus brazos.

¿Qué quiero de la vida?

Quería ser la mujer que Luke dejó embarazada en un día lluvioso. Quería amar al perro que sería su mejor amigo.

Todavía estaba eligiendo los sueños de otras personas y tratando de adoptarlos como si fueran míos. Si iba a encontrar mi propia respuesta, tenía que darle sentido a mi vida. Tenía que arreglar el lío.

Empezando por la verdad.

Era hora de contarle todo a Luke.

PRINCE

DEVNEY PERRY

12

Scarlett

—¿Te pusiste protector solar? —preguntó Luke.
—Todavía no.

Metió la mano en la mochila junto a nuestros pies y sacó un frasco, arrojándolo.

—Tus rodillas y hombros están un poco rosados.

Unté mis brazos y piernas, luego me paré y rocié la nuca de Luke.

—Gracias, hermosa.

—De nada. —Besé su mejilla y regresé a mi asiento.

El sol era cálido hoy, pero el rocío del río mantenía mi piel fresca, por lo que probablemente no me había dado cuenta de que estaba empezando a arder. Mis piernas y brazos blancos fantasmales no habían visto el sol en meses, pero vaya, lo había echado de menos.

Mi cabello estaba metido en la misma gorra que había usado durante todo el viaje, la gorra de Luke, y mi cola de caballo caía por mi espalda. Esperaba que mis puntas tomaran algo luz y color porque no vería un viaje al salón en mi futuro.

—Necesito un corte de cabello —dije.

Luke frunció el ceño.

—¿De qué tipo de corte estamos hablando aquí? Porque podría tener una opinión. ¿Corto como el de Presley?

—¿Te gusta su cabello?

—Está bien. Pero me encanta el tuyo.

TIN GYPSY: LIBRO CUATRO

NOBLE



150

PRINCE

DEVNEY PERRY

—Solo quiero un corte. —Mi hermana se veía bien con ese estilo de cabello corto. Se adaptaba a su personalidad, valiente y libre. Ella destacaba y su cabello era una declaración.

Entendí por qué lo quería corto. El cabello largo había sido uno de los requisitos de papá. Pero aun así, me encantaban los largos mechones rubios brillantes. Me daban algo para esconderme. Le daban a Luke algo con lo que jugar. Sus dedos siempre parecían encontrar su camino en mi cabello, incluso cuando dormíamos.

Nos despertamos con el calor del sol en las paredes de la tienda y los pájaros cantando su canción de buenos días. Luke me había tenido en sus brazos toda la noche, nuestras piernas entrelazadas. Como había prometido, no había tenido prisa ni urgencia para ir al agua. Había encendido un fuego para preparar el desayuno y preparar café. Luego empacamos el campamento lentamente y salimos.

Luke giró un remo, dirigiéndonos mientras flotábamos. Sus antebrazos se flexionaron. Sus bíceps y hombros se tensaron contra su camiseta. Para cuando llegáramos al campamento, estaría tan acalorada y excitada por babear sobre él todo el día que tal vez no podría esperar a que montara la tienda antes de saltar sobre él. ¿Sexo en balsa? *Oh sí.*

Eso era, si todavía me estuviese hablando.

No quería arruinar este viaje, pero la sensación molesta en mi estómago no podía ser ignorada. Ahora que había tomado la decisión de contarle todo a Luke, la verdad me arañaba la garganta, rasgando para salir. Me lo había tragado en el desayuno, pero este era un momento tan bueno como cualquier otro para dejar las palabras libres.

Solo díselo. Mis manos temblaban a mis costados, así que las metí debajo de mis piernas. Mi corazón se aceleró.

Confiaba en Luke para mantener mi historia a salvo. Confiaba en él para que me ayudara a resolver esto.

Confiaba en Luke.

Con mi vida.

Aquí va.

—Necesito decirte algo.

La expresión tranquila y relajada de su rostro desapareció.

—¿Quieres que me detenga?

PRINCE

DEVNEY PERRY

—No. —Sería más fácil hablar de esto si estuviera remando. Si nos estuviéramos moviendo—. Me preguntaste hace un tiempo qué pasó en la casa club de los Warriors. No estaba lista para decírtelo. La verdad es que no sabía si podía confiar en ti.

—Sí puedes.

Le di una pequeña sonrisa.

—Lo sé.

Él asintió para que continuara y tuve dificultades para mirar directamente esos iris azul marino. Había vergüenza en mi historia. Arrepentimiento.

—Jeremiah vivía en la casa club de los Warriors —dije—. No dejaba de decirme que iba a conseguir un apartamento. Le creí por un tiempo, pero no tenía intención de mudarse. Además, robar en el club habría sido más difícil si no hubiera vivido allí. Yo también justifiqué vivir allí, esperando y creyendo sus mentiras, porque estaba enamorada de él. Me dije a mí misma que era temporal.

Luke tragó saliva.

—Realmente lo amabas, ¿no?

—No —admití—. Pensé que lo amaba. Amaba al niño que alguna vez fue, pero no al hombre. Creo que me quedé con él por miedo. Tenía miedo de salir por mi cuenta. Y la ironía de eso no se me escapa. Me parezco más a mi madre de lo que quiero admitir.

—No conozco a tu madre, Scarlett. Pero te conozco. Eres leal. Eres terca. —La comisura de su boca se curvó hacia arriba—. Continúas las cosas, incluso cuando son difíciles. Quedarte con él no fue un signo de debilidad. Simplemente no estabas lista para rendirte.

Mi reflejo estaba allí de nuevo, brillando en sus ojos conmovedores. ¿Cómo sería verme así? La emoción burbujeó en mi pecho y contuve las ganas de llorar. Había más en mi historia.

—De todos modos, no tenía trabajo ni dinero. Cada vez que hablaba de encontrar un lugar para trabajar, Jeremiah me decía que esperara. Solo un par de semanas más y tendría suficiente para un depósito en un apartamento. Entonces podría encontrar un trabajo cerca de nuestra casa. No tenía auto, así que tenía sentido. Pero un par de semanas se convirtieron en meses. Luego más meses. Debería haberme dado cuenta antes de que en realidad no quería salir de la casa club.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—¿Cómo fue eso?

Me encogí.

—Repugnante. Oscuro. Crudo. La realidad de todo me atrajo. En cierto modo, fue refrescante. No estaban tratando de ocultar sus demonios detrás de estampados florales y pasteles. Y necesitaba ese tipo de honestidad. Fue como tomar mis sentimientos y mis miedos en Chicago y esparcirlos por toda la pared con trazos negros y sangrientos.

La violencia nunca fue ocultada. Las mujeres fueron empujadas y abofeteadas. Hombres peleaban con otros hombres.

—Es extraño pensar que vivir allí fue saludable, pero fue curativo. Ese lugar se parecía mucho a la casa de mis padres, pero no había forma de fingir. Y debido a que no encubrían nada, nadie ponía excusas de por qué golpeaban y lastimaban. Fue revelador. Necesité mirar fijamente lo feo por un tiempo y encontrar la urgencia de cambiar mi vida.

Esa no era la vida que quería para mí. Tampoco lo era la vida que había tenido en Chicago. Tampoco Jeremiah. Solo deseaba que no me hubiera tomado tanto tiempo darme cuenta. Porque tal vez si me hubiera enterado antes, no habría estado en el sótano de la casa club en ese horrible día.

—Las primeras semanas fueron divertidas —admití—. Las fiestas fueron emocionantes. Jeremiah me prestó toda su atención. Me llevó a pasear en su motocicleta y estábamos en nuestro propio mundo. Entonces, un día me desperté y me moría de hambre. No había comido el día anterior. Jeremiah todavía estaba dormido. Me había dicho que no deambulara por la casa club, pero pensé que solo se refería a las fiestas o por la noche, ya que venían muchas personas que no eran Warriors.

Las manos de Luke apretaron con fuerza los remos. Sabía a dónde iba con esto.

—Fui a la cocina, con resaca sin prestar mucha atención. Saqué algo del refrigerador y cuando cerré la puerta, este hombre estaba allí. No lo reconocí, pero llevaba un símbolo de Warrior. —Aún podía ver la punta de la flecha cosida en el cuero negro de su espalda—. Él vino hacia mí. No estaba segura de qué había consumido el tipo, pero logré escabullirme y volví corriendo a la habitación de Jeremiah.

—Espero que Jeremiah le haya dado una paliza a ese tipo.

Me burlé.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—Jeremiah era mejor para recibir una paliza que para dar una. Prometió que les había dicho a los muchachos que me dejaran en paz, pero a partir de ese momento, comencé a ver las cosas como realmente eran.

Las mujeres siendo tratadas como putas. Algunas violadas. Algunas golpeadas. Hombres a los que no les importaba nada más que las drogas, el dinero y la violencia. Hombres que matarían a cualquiera que se interpusiera en su camino. Todo en nombre de la *hermandad*.

—Ese fue el momento en que quise ver a Presley y vine a Clifton Forge, pero me acobardé. No debería haber vuelto. —*Estúpida, estúpida Scarlett*—. Pero Jeremiah prometió hacer algunos cambios, conseguirnos un apartamento y un lugar real para quedarnos. Todo era una mierda, pero estaba tan acostumbrada a creer en sus promesas que seguí siendo la tonta.

—Scarlett...

—No. —Levanté una mano—. Me encanta la forma en que me ves. Nadie jamás ha mirado más allá de mis errores y defectos de la forma en que tú lo haces. Pero no quiero ver más allá de estos. ¿Eso tiene algún sentido? Necesito estos errores. Necesito estos arrepentimientos. Porque esta es la única forma en que puedo asegurarme de que no vuelvan a suceder.

Luke suspiró.

—Lo entiendo. Pero sigo pensando que eres demasiado dura contigo misma.

Tal vez lo era, pero el combustible me impulsaba hacia adelante.

—Jeremiah prometió cambiar y supongo que, en cierto modo, lo hizo. Pero no para mejor. Empezó a quedarse fuera más tarde y más a menudo. La mayoría de las noches veía televisión en su habitación y me dormía horas antes de que él regresara. Estaba nervioso. Inquieto. Unas cuantas veces, regresó golpeado lleno de moretones, pero no quiso decirme lo que había sucedido. Así que hice lo que siempre había hecho. Lo limpié como había hecho con mi madre cien veces antes.

Me había convencido de que me necesitaba. Que yo era necesaria para su supervivencia.

Como mi madre.

—Estaba atascada. El dinero que me dio mi mamá casi se había agotado. Cada semana que pasaba, temía encontrar a Presley. Cuanto más me quedara, más difícil sería decirle que había estado en Montana desde junio. Entonces, una mañana nevada, Jeremiah permanecía dormido. Había

PRINCE

DEVNEY PERRY

llegado a casa al amanecer con un dedo meñique roto, no me quiso decir lo que había sucedido. Supuse que había estado en las mesas, pero tal vez había estado con otra mujer. Ya no era como si estuviéramos durmiendo juntos, así que no me importaba. Era temprano y la casa club estaba tranquila. Necesitaba salir de esa habitación, así que salí de puntillas. Finalmente decidí que era hora de salir. Iba a llamar a Presley.

Luke asintió, su atención se centró en mí mientras flotábamos. El sol había perdido su calor. El cielo se había tornado gris. Porque estaba de vuelta en ese lugar oscuro.

—No había explorado mucho de la casa club. Había una sala de televisión donde a veces veía películas. La cocina era normalmente un lugar seguro si esperaba hasta la hora del almuerzo. Algunas mujeres pasaban por allí con regularidad y preparaban comidas. No las conocía bien, pero fueron lo suficientemente amables una vez que se dieron cuenta de que no tenía intención de acostarme con sus hombres.

—¿Recuerdas algún nombre?

—Algunos, pero todos usaban su apodo. Incluso yo. Me llamaban Ricitos de Oro. —Repetirlo me hizo hacer una mueca—. Al menos al presidente lo llamaban por su nombre real, creo. Tucker. No estaba mucho durante las fiestas, pero lo veía de vez en cuando. Siempre estuvo rodeado por el mismo grupo de chicos. Eran diferentes a los fiesteros. Emitían esta energía.

—¿Qué tipo de energía?

Del tipo de energía aterradora.

—Todos los miraban. Cuando entraban en una habitación, todos, incluso los imbéciles más aterradores de la habitación, contenían la respiración. —La primera vez que vi a Tucker fue en una fiesta. Había entrado por las puertas de la casa club y era como si la fiesta se hubiera silenciado. La música aún resonaba. El aire todavía estaba sudoroso y espeso. Pero todas las miradas se posaron en Tucker mientras atravesaba la habitación y desaparecía por un largo pasillo.

—Tucker Talbot. —Luke se frotó la mandíbula—. Es un hijo de puta de verdad.

—¿Lo conoces?

—Sé de él. Pero esa es otra discusión. Ibas a llamar a Presley.

Asentí, moviendo las manos para agarrar el borde de mi asiento.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—Tengo el mismo teléfono que tenía en la secundaria. Jeremiah me lo compró. También consiguió uno para Presley. Se los ocultamos a mis padres porque papá no quería que tuviéramos teléfonos. Lo guardé todos estos años. Presley me enviaba mensajes de texto de vez en cuando. Nunca le respondí un mensaje de texto, pero tenía su número. Sabía que si Jeremiah se enteraba, evitaría que me fuera, así que quería estar lejos de su habitación en caso de que se despertara. Caminé por este pasillo hasta el sótano.

Había elegido el sótano porque había estado tratando de escapar del hedor. El pasillo apestaba a alcohol y sudor. Pero el sótano era frío. Estéril.

—Fui silenciosa. No quería despertar accidentalmente a uno de los tipos que olvidarían que yo era de Jeremiah. Pensé que el sótano estaría vacío, pero luego escuché un ruido. Era el mismo que había escuchado en casa durante años.

El sonido de carne golpeando carne. De huesos rotos.

—Me acerqué a hurtadillas, curiosa. Tonta. Y a través de la rendija de la puerta, vi a Tucker y otros tres Warriors parados alrededor de un hombre al que habían atado a una silla. El tipo se hallaba golpeado y sangrando por los ojos, los oídos, la nariz y la boca. No sé por qué lo hice, pero miré. Vi cómo los tres hombres se turnaban para golpearlo hasta que finalmente Tucker les dijo que se detuvieran.

Luke cerró los ojos y negó.

—¿Te vieron?

—No.

—¿Estás segura?

Asentí.

—No me vieron. Estaba descalza y retrocedí. Pero...

—¿Pero qué?

—Lo grabé en mi teléfono. —Tragué saliva—. Grabé todo en video.

Luke se estremeció.

—Mierda.

Así es.

—Tucker empezó a hablar con sus hombres. El tipo de la silla no estaba muerto, solo estaba inconsciente. Tucker dijo que tenían que hacer que

PRINCE

DEVNEY PERRY

pareciera un suicidio. Como Draven Slater. No sabía quién era Draven, pero no me quedé para averiguarlo.

El rostro de Luke era de piedra, su agarre en los remos era increíblemente fuerte.

—¿Quién sabe sobre la grabación?

—Tú.

Luke asintió y miró más allá de mí hacia el río. Le dio a la balsa unas cuantas remadas fuertes, como si estuviera forzando su ira en el agua.

—¿Quién es Draven Slater? —pregunté—. ¿Estaba relacionado con Dash?

—Su padre. Solía ser dueño del taller y, en lo que contaba, también era como un padre para Presley. Un buen padre.

Mi estómago se hundió.

—Y murió. Tucker lo mató. —Esto estaba empeorando.

—Aparentemente —murmuró Luke, sacudiendo la cabeza—. No sé si Dash lo sabe. Si no lo hace, esto podría significar una guerra entre los Tin Gypsies y los Arrowhead Warriors.

—Pero pensé que los Tin Gypsies ya no eran un club. ¿Y Presley? ¿Estaría en peligro?

—No sé. —Suspiró—. No lo sé. ¿Quién era el hombre de la silla? ¿Lo reconociste?

Meneé la cabeza.

—Nunca lo había visto antes. Era mayor, tal vez en sus cuarenta o cincuenta. Pero con toda la sangre, era difícil saberlo.

—¿Todavía tienes el video?

Asentí y me estiré en busca de mi bolsa seca. En los meses que pasé con Luke, mantuve mi teléfono cerca, escondido en el tocador de mi habitación. Y lo había traído en el viaje, no quería que estuviera fuera de mi alcance. Lo saqué de mi bolso y lo encendí. Luego saqué el video y se lo entregué a Luke.

El ruido del dispositivo me devolvió a ese lugar. Al hormigón frío. Los escalofríos en mis brazos y el miedo serpenteando por mis venas. Me moví de lado, mirando al río y concentrándome en el chapoteo de la balsa con sus ondas. Estudié los acantilados y su serenidad.

Es solo una pesadilla. Y aquí, en el río con Luke, estaba a salvo.

TIN GYPSY: LIBRO CUATRO

NOBLE

PRINCE

DEVNEY PERRY

Estoy a salvo.

Luke se aclaró la garganta cuando terminó el video y me volví para mirarlo. Me entregó el teléfono y lo guardé.

—¿Qué quieres hacer con eso? —preguntó.

—No lo sé —susurré—. Tirar ese teléfono al río y fingir que nunca sucedió. Correr y nunca mirar atrás. Pero me preocupa que tomen represalias contra Presley. Y ahora mismo, ese video es lo único que tengo que usar contra ellos si lo hacen.

—Si el FBI supiera que tienes eso, te harían testificar.

—¿Debería hacerlo?

Luke permaneció en silencio durante un largo momento, mirando hacia la costa.

—No sé. No sé qué hacer.

—¿Qué tan jodida estoy?

Se volvió y me dio una sonrisa triste pero no respondió.

No es que lo necesitara.

Su silencio fue suficiente respuesta.



158

TIN GYPSY: LIBRO CUATRO

NOBLE

PRINCE

DEVNEY PERRY

13

Luke

Scarlett y yo no volvimos a hablar del video, los Warriors o Jeremiah. Pasamos cuatro días en el río, saboreándonos y fingiendo que su confesión no había sucedido.

Pero estaba en mi mente. Nuestras mentes.

No era el tipo de hombre que pide deseos, pero si tuviera que hacer uno, sería quedarme aquí. Quédate en el río con ella para siempre y deja que el mundo exterior desaparezca.

No sucedería. Pero... me hubiera gustado.

Porque no podía ignorar lo que había visto en ese video. La violencia. El asesinato.

Y Ken Raymond. El hombre que había estado atado a la silla.

Su rostro había estado tan ensangrentado e hinchado que me había tomado casi todo el video para armarlo. Pero hacia el final, uno de los Warriors había agarrado un puñado del cabello de Ken, inclinando su rostro hacia el techo. Y había una marca de nacimiento, un círculo púrpura del tamaño de una moneda de diez centavos, en la parte inferior de la mandíbula de Ken.

Mi instinto tenía razón. Cuando encontraron a Ken en la orilla del río y supimos que su casa estaba en Ashton, me preocupé de que pudiera haber una conexión con los Warriors. Ahora lo había.

Lo habían asesinado. Esos cabrones lo habían asesinado y merecían pagar. Pero, ¿por qué matarlo? ¿Cuál fue su conexión con la pandilla? ¿Qué había hecho para merecer esa paliza?

No había muerto en la silla. Scarlett había dejado Ashton unas dos semanas antes de que se descubriera el cuerpo de Ken. Los Warriors se

TIN GYPSY: LIBRO CUATRO

NOBLE

159

PRINCE

DEVNEY PERRY

habían asegurado de mantener a Ken vivo y respirando para que cuando lo arrojaran al río, sus pulmones se llenaran de agua. Su causa de muerte había sido el ahogamiento, pero solo porque alguien lo había arrojado al río en primer lugar.

La paliza del River había ocultado las heridas de los Warriors. La autopsia no había sido exacta, pero el forense había estimado que Ken había pasado varios días en el agua antes de llegar a la orilla. Demonios, tal vez le dejaron curarse un poco para que estuviera despierto cuando lo empujaron al agua helada. *Bastardos enfermos.*

Ken había administrado un campo de tiro bajo techo y una tienda de armas en Ashton. Quizás ese había sido su vínculo con los Warriors. Quizás había estado drogado. Según la autopsia, no había ninguna sustancia en su sistema, pero todas mis suposiciones se habían esfumado en el momento en que vi ese video.

¿Sabían los Warriors que Scarlett había estado allí? ¿Era por eso que habían estado en Clifton Forge? ¿O no tenían ni idea y todavía la perseguían debido a las drogas robadas de Jeremiah?

Yo me inclinaba por la segunda teoría. Si supieran que Scarlett tenía pruebas que podrían enviarlos a prisión, no habrían sido tan dóciles en sus visitas. Habrían destrozado mi ciudad para encontrarla porque Tucker Talbot no se hundiría sin luchar.

La prisión era exactamente donde un hijo de puta como Tucker Talbot merecía pudrirse por el resto de su vida.

Scarlett tenía el video para que eso sucediera.

Excepto que dárselo al FBI significaría que lo perdería todo. La harían testificar y luego la despojarían de su identidad para proteger a los testigos. Protección de testigos real, no la versión donde vivía en mi casa.

Scarlett Marks dejaría de existir en cualquier lugar excepto en mi corazón.

Hace dos meses, no lo hubiera pensado dos veces. Si me hubiera mostrado ese video, habría escoltado a la agente Maria Brown a mi casa y habría entregado a Scarlett sin dudarlo.

Pero eso fue hace meses, antes de que capturara mi corazón.

Más tarde. Lo guardé para más tarde y disfruté del final de nuestro viaje.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Esta semana había sido refrescante. No esconderse. Sin fingir. Aparte del momento ocasional en que la encontré mirando al vacío, la línea de preocupación entre sus cejas era profunda, se había relajado en el río. Había encontrado algo de paz.

Scarlett había necesitado estas vacaciones más que yo.

Como era de esperar, le encantó estar aquí. Constantemente giraba su rostro hacia el sol. Se rio cuando atravesamos un conjunto de rápidos y el agua le salpicó la piel. Nunca tenía prisa por acostarse cada noche cuando las estrellas brillaban con su magnífica fuerza.

Y en lo que respecta a los viajes en balsa, este fue el mejor momento que he tenido en el Smith.

Dios, no quería que esta fuera la última vez. No quería que este fuera uno de los últimos recuerdos que tenía con ella.

Más tarde. Guardarlo.

Con los ojos de Scarlett en las orillas del río, levanté un remo fuera del agua, luego lo levanté tan alto como podía girar en la esclusa antes de golpearlo contra el agua, enviando un chorro de agua fría sobre sus hombros.

Ella jadeó, su boca formando una O perfecta antes de aplanarse mientras me lanzaba una sonrisa.

—¿Qué fue eso?

Me encogí de hombros.

—Te veías un poco sonrojada. Pensé que te ayudaría a calmarte.

—Pagarás por eso —advirtió, tomando el dobladillo de su camiseta sin mangas en sus manos.

Se la pasó por la cabeza, con su coleta rubia volando. Luego lo colocó en una hielera para que se secara, dejándola solo con la parte superior de un bikini.

Exactamente como estaba planeado.

Scarlett era más hermosa ahora que nunca. Se volvió más hermosa cada día. Su rostro estaba enrojecido y durante la semana había desarrollado un bronceado. Sacó una pequeña línea de pecas en su nariz. Me habría gustado besarlas cada vez que tenía la oportunidad.

Su cabello estaba rizado, ¿cómo los llamaban las mujeres?, *olas de playa*, y la textura más espesa que cuando era lacio.

PRINCE

DEVNEY PERRY

El impulso de tocarlo era tan fuerte como siempre. Había traído una ducha de campamento, un cubo de plástico que colgaba de un árbol. Lo llenaba con agua de río y luego agregaba agua que había hervido en una olla sobre el fuego para que estuviera tibia. Scarlett se lavaba el cabello y el cuerpo, se vestía con sudaderas, luego se sentaba en su silla de campamento y se cepillaba.

Si existía el sol hilado, ese era el cabello de Scarlett. Y sus ojos eran joyas extraídas del cielo.

Verla allí, vestida casi sin nada y sonriendo, me conmovió la sangre. El tramo de río por delante tenía algunas curvas cerradas y lo último que necesitábamos era volcar, pero de lo contrario, la tomaría aquí mismo en la balsa.

Más tarde. En la seguridad de nuestra tienda, deslumbraría ese cuerpo delicioso y le mostraría cómo me sentía, incluso si aún no estaba listo para decirlo en voz alta.

Era demasiado pronto para las palabras. Por promesas. Había demasiadas cosas en el horizonte.

Tenía que haber una solución. Simplemente tenía que haberlo. Yo me daría cuenta de esto. De alguna manera. Porque la alternativa no era factible. Si la perdiera...

—¿Qué estás pensando? —preguntó Scarlett, su mirada vagando por mi cara.

Había estado mirando, perdido en mi cabeza.

—En ti.

—¿En mí?

—Sobre lo impresionante que eres.

Agachó la barbilla, escondiéndose de los elogios.

—¿Te avergüenza?

—Un poquito. —Miró hacia arriba y se encogió de hombros.

—No doy cumplidos cuando no se merecen.

—Eres parcial.

—No. —Negué con la cabeza—. Solo veo lo que todavía no puedes. Pero quédate conmigo, hermosa. Vamos a llegar.

Sus ojos se pusieron vidriosos y su cabeza inclinada hacia un lado mientras me miraba con una expresión tan agradecida que me humilló.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Luego la mirada desapareció, reemplazada por una tristeza tan profunda que me dolió tanto como parecía herirla a ella.

—Tenemos que hablar de eso, Luke. No podemos seguir ignorándolo.

—Lo sé. —Metí los remos con fuerza en el agua, sintiendo la tensión en mis hombros y brazos mientras empujaba mi frustración hacia el río—. No sé qué hacer. Ese no es un sentimiento que disfruto.

Scarlett sonrió.

—El jefe Rosen siempre tiene la respuesta

—O la finjo hasta que se me ocurre la correcta.

—¿Cómo fingirías esto?

—No sé. —Suspiré—. ¿Qué es lo que quieres hacer?

—¿Cuáles son mis opciones?

—Esconderte en mi casa para siempre —bromeé, aunque parte de mí hablaba en serio. La mantendría allí hasta que fuéramos viejos y grises si eso significaba su seguridad.

—Tentador. —Rio—. Pero eventualmente te vas a cansar de que reorganice los muebles,

—Nunca. —Le guiñé un ojo, dándonos otra fuerte remada.

—Podría desaparecer.

—¿Qué quieres decir?

Ella se encogió de hombros.

—Podría dejar la ciudad, nunca mirar atrás. Cortar todos los lazos con Presley.

Se me formó un nudo en la garganta. ¿Había considerado esto antes? ¿Era eso lo que había planeado hacer la noche que la atrapé en la puerta?

—¿Es eso lo que quieres?

—No. —No vacilé—. Si tengo que hacerlo, lo haré. Pero aún no he terminado de pelear.

—Esa es mi chica.

Ella cuadró los hombros.

—Entonces, ¿cómo peleamos?

—Necesitamos hacer una copia o dos de ese video. No quiero arriesgarme a que algo le suceda a tu teléfono. —Sospechaba que mi correo

PRINCE

DEVNEY PERRY

electrónico estaba siendo monitoreado por el FBI, pero encontraríamos una manera de guardar ese video en el almacenamiento en la nube o algo así. Quizás crearía una cuenta a nombre de papá.

Scarlett asintió.

—¿Y luego qué?

—A mi modo de ver, tenemos dos opciones. La primera, ese video desaparece y encontramos una manera de hacer que los Warriors creen que no tomaste sus drogas.

—¿La segunda?

—Llevamos ese video al FBI. Existe la posibilidad de que no te pongan bajo protección de testigos.

—Pero existe la posibilidad de que lo hagan.

Asentí.

—Si creen que los Warriors tomarán represalias y amenazarán tu vida, sí. Si quieren que testifiques, sí.

—¿Qué pasa si le das el video al FBI de forma anónima?

—Sabrán que vino de ti —dije—. Te harán testificar.

—¿No puedo negarme?

—Lo harán casi imposible. Podrían amenazar con un cargo de cómplice o algo que te obligue a hacerlo. No pueden construir un caso solo a partir de ese video. Para hacerlo sólido, querrán que la persona que lo tomó corrobore su legitimidad.

Ella bajó la mirada a sus pies descalzos. Sus dedos de los pies se movieron en el fondo de la balsa, golpeando las gotas de agua.

Joder, ¿qué estaba haciendo? Ni siquiera deberíamos tener opciones. Mi conciencia rabiaba en el fondo de mi mente, regañándome incluso por presentarle la *opción uno*. Yo era un policía. La única opción aquí era la justicia. Scarlett tenía el poder de acabar con esos matones asesinos. Todos y cada uno de los Warriors probablemente merecían una celda de prisión.

Pero la perdería.

No era solo un policía, sino un hombre enamorado y no estaba dispuesto a renunciar a Scarlett. Por eso, mientras observaba su deliberación interna, mi corazón gritó *opción uno*.

—Opción uno —dijo, levantando la barbilla. Una parte de mí se disparó. Otra parte se hundió—. Probamos la opción uno.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—Bueno. Eso significa que tenemos que involucrar a los muchachos en el taller. —Incluso con los frecuentes viajes de Dash a la estación recientemente, no era un experto en bandas de motociclistas. Si íbamos a acercarnos a los Warriors, necesitaba toda la ayuda que pudiera obtener de los antiguos Tin Gypsies.

—Cuéntame sobre ellos.

Respiré hondo, era una larga historia.

—Los Tin Gypsies le trajeron muchos problemas a Clifton Forge. En su mejor momento, eran como los Warriors, aunque tal vez no tan imprudentes. Pero igual de brutal.

Scarlett parpadeó.

—¿Y Presley trabajó para ellos?

—Ella trabajaba para el taller. Era propiedad y estaba operado por Draven Slater. Por lo que tengo entendido, el taller estaba allí primero. El club quedó en segundo lugar. Algunos de los chicos del club, como Dash y Emmett, trabajaban en el taller como mecánicos, pero técnicamente estaba separado del club. No sé cuánto sabía Presley sobre los Gypsies o estaba involucrado en el negocio de los clubes. Mi impresión no es mucha. Creo que Draven quería protegerla, así que la mantuvo al margen.

Scarlett se sentó más erguida.

—Draven era el hombre que Tucker mencionó en el video. ¿Quién era él? ¿Por qué lo matarían?

Nos habíamos desviado el día que me mostró el video y no quería entrar en toda la historia. Pero ahora era un momento tan bueno como cualquier otro.

—Draven era el presidente de Tin Gypsies y uno de sus fundadores. Cuando se retiró, le pasó el taller a Dash. Lo mismo con el liderazgo del club antes de que se disolviera.

—¿Por qué se disolvieron?

—Por lo que Dash y Emmett me han dicho, la cultura cambió. —Quizás era la verdad. Quizás no fue así. Pero nunca había presionado por más de lo que me habían dicho. Los Gypsies eran historia y mientras no infrinjan ninguna ley, dejaría la historia en paz—. El padre de Emmett fue asesinado —dije, viendo como Scarlett se estremecía—. No sé quién lo mató, pero sospecho que los Gypsies sí sabían y le hicieron pagar a esa persona.

—Los Warriors —murmuró.

TIN GYPSY: LIBRO CUATRO

NOBLE

PRINCE

DEVNEY PERRY

—Quizás. Después, Dash me dijo que el club cambió. El padre de Emmett había sido uno de los miembros fundadores junto a Draven, y su muerte realmente sacudió al club.

—Así que Dash lo cerró.

—Más o menos. El taller es un negocio bastante lucrativo. Hacen muchas construcciones de motocicletas personalizadas y remodelaciones clásicas. Cosas reales de alta gama que no son baratas. Estoy especulando aquí, pero supongo que el taller comenzó a compensar cualquier ingreso que el club obtuviera a través de canales no tan legales. Los miembros mayores probablemente se alejaron. Sé a ciencia cierta que un puñado de ex Gypsies que querían permanecer en la vida del club se unieron a los Warriors. Y los chicos más jóvenes se instalaron en el taller, trabajando para Dash.

Scarlett enarcó una ceja.

—¿Eso es todo? ¿Qué pasa con su “hermandad”? Eso es todo lo que escuché en la casa club de los Warrior. Hermanos. Todo fue por sus hermanos. Fue como una secta. Parece extraño simplemente alejarse.

—Oh, estoy seguro de que hay más, pero buena suerte para que alguien admita la verdad.

Scarlett frunció el ceño y entrecerró los ojos, como si acabara de lanzar un desafío.

En cierto modo, me recordó a Bryce Slater, la esposa de Dash. Bryce se había mudado a la ciudad hace años para trabajar con su padre como reportera en el periódico local. Había tenido una gran carrera en Seattle como presentadora de noticias, así que cuando vino aquí y escuchó la historia de los Gypsies, su repentina disolución sin mucha explicación, tampoco se lo creyó.

Había ido tras Dash en busca de respuestas.

Se había casado con ella.

No tenía ninguna duda de que había entendido la verdad, pero ninguno de los dos la compartiría jamás con las autoridades.

No es que importara. Lo único que me importaba era que los Gypsies hubieran terminado y mi ciudad estuviera relativamente tranquila.

—Son buenas personas —le dije a Scarlett. No quería que tuviera conceptos erróneos sobre su carácter, porque íbamos a tener que confiar en ellos para sacarla de este lío—. Quieren una vida honesta. No voy a desenterrar el pasado y arriesgarme a quitárselo.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Eso era lo que le había costado su carrera al último jefe de policía. Y su vida. La obsesión de Marcus Wagner por los Tin Gypsies lo había vuelto loco.

Scarlett se tocó la barbilla, hablando más para sí misma que para mí.

—Está bien, entonces los Gypsies se desmoronaron. Los chicos se fueron a trabajar al taller. Si no eran una amenaza para los Warriors, ¿por qué Tucker mataría a Draven Slater y lo haría parecer un suicidio? ¿Qué me estoy perdiendo?

Mi mujer hermosa e inteligente. Se dio cuenta de las cosas rápidamente, por lo que no fue una sorpresa que estuviera armando el rompecabezas más rápido de lo que yo podía proporcionar piezas.

—Hace unos tres, casi cuatro años, una mujer fue asesinada en un motel de la ciudad —le dije—. Apuñalada hasta la muerte.

—¿Asesinada? —Scarlett se quedó helada—. ¿Quién?

—Su nombre era Amina Daylee. Ella era una vieja amiga de Draven. Una amante. Y su hija es amiga mía. Genevieve está casada con Isaiah, uno de los mecánicos del taller. Ella es la media hermana de Dash. Recuerda que te dije que viven al final de la calle.

—Ah. —Asintió—. La guapa morena y el chico de los tatuajes. Tienen un bebé.

—Esos son ellos.

—Todos están atados al taller, incluida Presley —dijo—. Así es como ella encaja en esto.

—Bastante. En pocas palabras, Marcus no podía soportar el hecho de que Draven y los Gypsies se salieran con la suya sea lo que sea que se salieron con la suya. Así que mató a Amina y trató de incriminar a Draven por su asesinato.

—Pero no se salió con la suya. De lo contrario, no serías el jefe.

—Correcto. Se había disfrazado de Warrior. Intentó que los antiguos Gypsies pensaran que fueron ellos los que habían incriminado a Draven. Mientras tanto, el fiscal del condado enjuició a Draven. Draven probablemente habría sido condenado, pero él se suicidó primero.

—No. —Los ojos de Scarlett se agrandaron—. Eso es lo que quiso decir Tucker. No se suicidó. Ellos lo mataron. ¿Pero por qué? Si Draven iba a ir a la cárcel, ¿por qué fingir un suicidio y asesinarlo?

PRINCE

DEVNEY PERRY

—Eso no lo sé. Hasta que me mostraste ese video, pensé que Draven se suicidó para evitar una sentencia de prisión.

—Ay Dios mío. —Scarlett se desplomó y cerró los ojos—. Esto es un desastre.

—Y podría ser más complicado. Si Dash no sabe que los Warriors mataron a su padre, esto podría ser un desastre. —No quería saber qué podría hacerle eso a la vida de mi amigo. O mi pueblo.

—¿Y si lo sabe?

—Significa que Dash y los chicos del taller decidieron dejarlo ir. Para protegerse a sí mismos y a sus familias. No los culparía. Están superados en número. Dash y Bryce tienen niños pequeños. Genevieve e Isaiah tienen a su bebé. Una pelea con los Warriors solo significará poner a esos niños en peligro.

—Estoy haciendo eso, Luke. —El color desapareció del rostro de Scarlett—. Estoy poniendo en peligro a esos niños. Me dijiste que los Warriors los han estado observando. ¿Y si hacen algo estúpido? ¿Qué pasa si alguien se lastima? Sería mi culpa.

—No, tuya no. —Negué con la cabeza—. De Jeremiah.

—¿Cómo pudo unirse a los Warriors? Estaba comprometido con Presley. ¿No es eso una especie de traición?

—Bueno, por lo que tengo entendido, los Gypsies pensaban tanto en Jeremiah como en la mierda de perro en sus botas. Ninguno de ellos quería que ella se casara con él. Ninguno conocía su historia. Ahora que lo hacen, no creo que la culpen. Pres le fue leal por ayudarlo a escapar.

Scarlett se volteó y me dio su perfil mientras miraba al otro lado del agua.

—Fue un error. Para las dos.

—No lo sabías.

—No, no sabía. Y tampoco Presley. —Apretó los puños a los costados—. Esto es sobre él.

—Toda la razón. —Scarlett podría querer que ese arrepentimiento la impulsara a seguir adelante, pero yo no quería esa carga sobre sus hombros—. Eso es lo corto.

—Más preguntas que respuestas.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—Sí. Por eso tenemos que involucrar a Dash y Emmett. Leo también. Es otro ex Gypsy que trabaja en el taller.

—¿Podemos confiar en ellos?

—Sí. —Y realmente no teníamos otra opción.

—Está bien —susurró Scarlett sin dudarlo.

Porque ella confiaba en mí. Y no la iba a defraudar. No con esto. Jamás.

—¿Qué sigue? —preguntó.

—Les mostramos el video. Saben más sobre los Warriors que nadie en Clifton Forge. Necesitamos su opinión.

Y espero como el infierno que Dash no se vuelva loco cuando se entere de la verdad sobre su padre, si es que no lo sabía ya.

Scarlett miró hacia el río, pensándolo bien. No la apresuré a aceptar, solo le di tiempo para procesar. Finalmente, susurró:

—Presley los ama. Confía en ellos. Así que yo también lo haré.

—Me comunicaré con Dash cuando lleguemos a casa.

—¿Puedes hacer esto? ¿Es ilegal? —Las manos de Scarlett volaron a sus mejillas—. Oh, Dios mío, Luke. Ni siquiera pensé. Tú eres un policía. Te mostré ese video y te puse en posición de mentir y...

—No. —Levanté un remo del agua y lo coloqué junto a la balsa. Luego me moví en mi asiento, estirando un brazo para ella. Liberé una de sus manos y la reemplacé con la mía, pasando un pulgar por su mejilla—. Deja que me preocupe por eso. En este momento, todo lo que me importa es mantenerte a salvo.

Sus ojos se suavizaron y se inclinó hacia mi toque.

—Lo siento.

—Lo resolveremos. —Hice círculos con el pulgar una vez más, luego regresé a mi banco y tomé el remo.

Los dos nos sentamos en silencio, el sonido del río zumbando a nuestro alrededor y la magnitud de lo que vendría pesando sobre nuestros hombros.

Teníamos una pelea por delante. Una gran pelea.

Hoy fue difícil disfrutar del río. Esta era una de las mejores zonas para pescar y, aunque me encantaba lanzar mi sedal al agua, no me atrevía a tocar una caña.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—¿Deberíamos almorzar? —le pregunté a Scarlett cuando el sol alcanzó su punto máximo.

—Creo. —Ella se encogió de hombros, probablemente sin hambre. Nuestra conversación también me había robado el apetito.

Señalé río abajo.

—Hay algunas curvas y rápidos más adelante. Nada importante, pero lo suficiente como para no querer estar abriendo refrigeradores. Tomemos un descanso. Retirémonos por un tiempo. Luego continuaremos y acamparemos antes de una cena temprana.

Ella asintió, girándose hacia un lado para mirar mientras yo nos guiaba hacia el banco. Cuando estuvimos cerca, se movió al frente de la balsa, agarrando la cuerda para atarnos como le había enseñado a principios de semana. Ella sostuvo la balsa, con los brazos tensos, mientras yo aseguraba los remos y salía, tomando la cuerda para atarnos a un árbol.

Luego caminé hacia Scarlett y la tomé en mis brazos.

Ella se derritió en mi pecho, sus manos serpentearon alrededor de mi cintura.

—Lo siento.

—No te disculpes.

—Te he traído muchos problemas a tu vida.

—Oye. —Me eché hacia atrás, esperando a que ella mirara hacia arriba. Cuando lo hizo, coloqué un mechón de cabello detrás de su oreja—. Tomaré la molestia. La tomaré diez veces más si eso significa que te entiendo.

Las dudas, el conflicto interno, lo dejaría a un lado. *Más tarde*. Estarían allí más tarde.

Ella se sonrojó de nuevo, luego se puso de puntillas, lista para un beso.

Me incliné, barriendo mis labios contra los de ella, dejando que mi lengua se arrastrara por la costura de su boca. Mis brazos rodearon su espalda mientras la acercaba más. Estaba a punto de soltar la cuerda de la parte superior de su bikini cuando un águila graznó sobre nuestras cabezas, el ruido nos separó.

La mirada de Scarlett voló hacia el cielo, protegiéndose los ojos con la mano, mientras el magnífico pájaro descendía sobre el río. Sus garras extendidas se hundieron bajo la superficie, agarrando una pequeña trucha y sacándola del agua.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—Wow. —A Scarlett se le cayó la mandíbula—. Eso era... estaba tan cerca. Y tan grande.

—Allí. —Señalé hacia el pájaro mientras se elevaba hacia el cielo, hacia un nido en un árbol al lado del acantilado en la orilla opuesta.

—Nunca había visto un águila calva en persona.

—Son criaturas asombrosas. —La dejé ir y escaneé el área. Era sorprendente que el pájaro hubiera bajado cuando estábamos tan cerca, pero los dos estábamos parados a la sombra de un árbol. La balsa también estaba bastante bien escondida—. Mi padre me enseñó que las águilas son buenos augurios.

—Tomaré todos los buenos augurios que podamos encontrar. —La atención de Scarlett permaneció fija en el pájaro mientras se acomodaba en su percha y comenzaba a devorar su propio almuerzo.

—A papá le encantan las costumbres de los viejos montañeses. Captura. Pielles curtientes. Caza. Pesca. Su mejor amigo es un Chippewa Cree y los dos se disponen cada año hacer algo “a la antigua”. Tengo un par de guantes que hicieron un año con piel de castor y cosidos con tendones. Mientras realizan estos proyectos, su amigo siempre le cuenta historias sobre las costumbres de los nativos americanos.

Entonces papá me los impartiría.

Era una de mis cosas favoritas de los viajes de pesca con papá. Vinieron con lecciones de historia y cuentos de una época diferente cuando la supervivencia era difícil y las preocupaciones triviales de hoy.. bueno, no había habido tiempo para trivialidades.

Miré alrededor de la costa y un destello blanco me llamó la atención. Me aparté de Scarlett y me acerqué a la pluma que descansaba sobre la grava entre dos matas de hierba.

Pluma de águila. Perfecta y prístina. Como si el pájaro la hubiera dejado caer aquí, sabiendo que vendríamos a reclamarlo.

—Toma. —Se la llevé y se la puse en la palma—. Para algunas tribus, siempre que se ganaba una batalla o un guerrero era particularmente valiente, se les concedía una pluma. Algunos creen que las plumas contienen el espíritu o la energía del pájaro, y cuando caen, es un regalo.

Scarlett tomó el vástago y lo giró para inspeccionar todos los ángulos. Luego pasó la yema del dedo por su veleta marrón oscuro.

—Es tan linda.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—Ganarse una pluma de águila era para los más valientes y fuertes. Deberías llevártela a casa. —Esa pluma estaba destinada para ella.

—¿No crees que debería dejarlo aquí? —preguntó.

—No.

Quizás era supersticioso, pero mis instintos gritaban que necesitaríamos la valentía de ese águila.

Y más.



172

TIN GYPSY: LIBRO CUATRO

NOBLE

—Ugh —gemí cuando un bache en el camino golpeó mis rodillas contra el banco de la balsa.

Escondese se estaba volviendo aburrido.
Rápido.

Estaba hecha un ovillo en el suelo de la balsa, chocando y empujándome entre los asientos y las bolsas que me rodeaban. Con el aire abierto sobre mí, miré el cielo azul y las nubes mientras Luke se alejaba del muelle de carga.

Ya echaba de menos el río. Echaba de menos la tienda que habíamos empacado esta mañana. Echaba de menos las comidas de las fogatas y las noches estrelladas.

Habíamos estado fuera durante quince minutos y todo lo que quería era repetir la semana pasada nuevamente en bucle.

Hoy era el dos de junio; le había preguntado a Luke esta mañana antes de llegar a la zona de descarga.

Llegué a Montana hace exactamente un año y dos días. Presley habría estado casado durante un año si yo no hubiera llegado. Jeremiah estaría vivo.

El año pasado estuvo lleno de errores. Remordimientos. Pero también hubo momentos felices, y cada uno fue gracias a Luke. Esos momentos, no los cambiaría por nada.

No era la misma mujer que había viajado en autobús a Montana. Ella había sido ingenua. Asustada. Perdida.

Mi vida seguía siendo un desastre, pero confiaba en haber encontrado mi camino. Estaba segura de que podría corregir mis errores.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Estaba confiada.

La sensación era embriagadora y nueva. Tal vez esa confianza había estado acechando bajo la superficie toda mi vida, pero la estaba abrazando, apretándola contra mi pecho y no soltándome sin luchar. No estaba segura de cómo iría mañana. O al día siguiente. Pero estaba segura de que con la ayuda de Luke, podríamos resolverlo.

Juntos.

Era hora de tomar mi vida en mis propias manos y enfrentar el mundo. Bueno, no en este momento. Ahora mismo, me estaba escondiendo.

La camioneta redujo la velocidad y el polvo del camino de grava voló por encima de su cabeza antes de desaparecer en el éter. La puerta de Luke se abrió y me senté, levantándome del suelo para encontrarme con él en el borde de la balsa.

—¿Estás bien? —preguntó, ayudándome a bajar.

—Todo listo.

Me besó en la mejilla, luego me apresuré a rodear la balsa para subir al asiento del pasajero.

—Quiero volver algún día —le dije mientras reanudaba nuestro viaje por el camino.

Detrás de nosotros, el río había desaparecido detrás de colinas verdes y árboles frondosos. No había otros vehículos alrededor, pero era diferente estar de nuevo al aire libre, desprotegida y sin resguardo de los acantilados y las laderas que habían bordeado el río durante nuestra travesía de una semana.

—Te traeré de vuelta. —Luke se inclinó hacia el otro lado de la cabina y me tomó de la mano—. Promesa.

—Quizás pescaremos más peces la próxima vez.

Sonrió.

—Definitivamente.

Aunque habíamos capturado tres, la pesca no había sido el objetivo principal del viaje. Luke me había enseñado a lanzar mi sedal desde la parte delantera de la balsa. Me había ayudado a pescar una trucha y yo había estado en la nube de mi primera captura y pesqué durante horas.

Luke apenas había pescado, en lugar de eso, era una roca firme en los remos. Pero hace dos noches, se paró en la orilla de nuestro campamento y

PRINCE

DEVNEY PERRY

arrojó su línea en una parte más lenta, trayendo dos peces. Los habíamos comido para la cena, horneados al fuego con rodajas de limón y algunas patatas de fogata.

Había estado delicioso, al igual que el desayuno de esta mañana, pero mi estómago se revolvió.

—Estoy nerviosa —confesé.

—Yo también.

—¿Cuándo hablarás con Dash?

—Esta semana. Regresemos a casa. Acomódate. Luego concertaré una cita para cambiar el aceite de mi camioneta y me dirigiré al taller.

—Bien. —Solté un suspiro tembloroso, mis dedos agarraron los de Luke mientras conducía con una mano.

El viaje a Clifton Forge transcurrió en un instante. Cuando nos acercábamos a la ciudad, no esperé a que Luke me diera una señal. Agarré su mano, le di un último apretón, luego me liberé de su agarre para arrastrarme hasta el asiento trasero, agachándome.

No hablamos mientras Luke navegaba por las calles de la ciudad. Cuando llegamos a la casa, abrió la puerta del garaje, salió sin decir palabra y se puso a desenganchar la balsa. Cuando la puerta del garaje se cerró con un ruido sordo detrás de la camioneta, me empujé hacia afuera, con las piernas y la espalda rígidas por la posición incómoda, y luego me lancé al interior.

Luke llevaría la balsa al garaje y luego podríamos ponernos manos a la obra para descargar. Hasta entonces, me mantendría fuera de la vista.

El aroma de la cocina me dio la bienvenida primero, el aire impregnado del rico y amaderado olor de Luke. Estaba un poco rancio por nuestra semana fuera, pero respiré hondo de todos modos.

Hogar.

La casa de Luke se había convertido en mi hogar y no tenía nada que ver con el lugar. El hogar era el hombre mismo. Ya sea que estuviéramos aquí o en su camioneta o en el río, dondequiera que Luke fuera era donde yo pertenecía.

Luke era mi hogar.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Me quité las sandalias en el lavadero y luego entré en la cocina. Los pisos de nogal estaban fríos en las plantas de mis pies. La elegante encimera de la isla era lisa bajo mis palmas.

Luke estaba en casa, pero eso no significaba que yo estuviera lista para dejar esta casa todavía.

Por favor haz que esto funcione.

Cerré los ojos y envié mi oración a los cielos una vez más. Luego tres veces. *Por favor. Por favor.*

Si los Warriors no renunciaban a mi caza, mi única otra opción era el FBI. Parte de mí quería que tuvieran ese video. Si eso significaba que los hombres malvados recibirían su justo castigo, eso era lo que quería.

Luke no había dicho tanto, pero sospechaba que él sentía lo mismo. Él era noble. Su honor y su deber eran muy profundos. ¿Estaba Luke realmente bien dejando que los Warriors salieran del apuro por asesinato?

La agitación en mi estómago se intensificó porque sabía la respuesta. Luke no podía sentirse bien con esto, pero lo aceptaría.

Solo porque le había pedido que lo hiciera.

La puerta del garaje se cerró y volví a través del lavadero, abriendo la puerta.

Luke tenía los brazos cargados con nuestras bolsas secas.

—Puedo descargar, hermosa. Puedes relajarte.

—No, quiero ayudar. —Sonreí, tomé una bolsa de su brazo y la dejé caer junto a la lavadora. Todo lo que habíamos llevado estaba sucio y pasaría el día siguiente lavando la ropa.

Agradecí la próxima tarea. Sería difícil volver a la vida *normal*, si sentarse sin hacer nada podía considerarse normal. Los siguientes dos o tres días serían inquietos mientras esperaba a que Luke se pusiera en contacto con los chicos del taller.

Luke llevó las hieleras a la cocina a continuación, dejándome descargar la poca comida que quedaba. Pero no había casi nada porque nos habíamos dado un festín en el río. Con la comida. Con el paisaje. El uno con el otro.

—Limpiaré la balsa más tarde —dijo después de llevar una última carga de nuestras cosas. Luego se quitó las botas en el cuarto de lavado, se quitó los calcetines y se unió a mí en la cocina, inspeccionando el refrigerador

PRINCE

DEVNEY PERRY

mientras yo guardaba una botella de salsa de tomate—. ¿Qué tal pizza para cenar más tarde?

—Suena bien. —No había comido pizza desde que llegamos aquí. Mi promesa de no volver a comerla nunca más en la casa segura había sido un poco prematuro. Cocinaba todas las noches y, además de una noche de hamburguesas, Luke no había traído entrega a domicilio—. ¿Comes mucho fuera? ¿Cuando no estás albergando a una testigo de asesinato?

Se rio entre dientes y cerró la nevera, tirándome a sus brazos.

—Sí. Hay algunos buenos lugares en la ciudad y me gusta apoyar a las empresas locales. Pero trato de limitarlo. —Me soltó y se palmeó el estómago—. Tengo que mantener mi figura para las damas.

—Tenga cuidado, jefe. —Me reí y le di un puñetazo en una costilla—. Será mejor que no haya mujeres.

—Solo una. —Tiró del extremo de la trenza que había hecho esta mañana en la tienda.

—Esta necesita una ducha. —Quería champú, acondicionador y una maquinilla de afeitar.

Le di unas palmaditas en los abdominales, maravillándome con los músculos y las líneas duras de este hombre, y luego me dirigí a las escaleras. Cuando llegué al de abajo, me detuve y miré por encima del hombro. La mirada de Luke estaba esperando.

—¿Vienes o no?

Una sonrisa maliciosa se extendió por su rostro. Acechaba en mi camino, esas largas y fuertes piernas moviéndose con determinación y sigilo. El hambre en su mirada se intensificaba con cada paso.

Mi pulso se disparó mientras estaba congelada, esperando. Se detuvo ante mí e incluso con el escalón bajo mis pies, Luke se alzaba sobre mí. Puso su pecho exactamente frente a mi mirada.

Había una posibilidad, una grande si era honesta conmigo misma, de que nuestro tiempo juntos terminara pronto, y si ese era el caso, quería cada uno de sus minutos. Quería su cuerpo. Su atención.

Su corazón.

Mis pestañas se levantaron para encontrar su mirada acalorada.

Luke señaló con la barbilla, una orden silenciosa para que yo liderara el camino.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Me moví a pasos lentos, saboreando la sensación de su calor en mi espalda y su mirada agradecida. No me tocó, pero el susurro de su respiración se deslizó por mi cuello mientras se acercaba.

En la parte superior de nuestra erótica subida de escaleras, antes de que pudiera caminar tranquilamente hacia su habitación, Luke me tomó en sus brazos, girándome y golpeando su boca contra la mía.

Jadeé, mis brazos rodearon su cuello mientras abría la boca y dejaba que su lengua se deslizara dentro. Hizo el aleteo que me volvió loca y me robó el aliento, así que envolví mis piernas alrededor de su cintura, presionando mi centro contra su creciente excitación.

Luke repitió el aleteo de la lengua, luego mordió mi labio inferior mientras nos acompañaba al baño. Su mano se deslizó por debajo del dobladillo de mis pantalones cortos de mezclilla, deslizándose directamente hacia mi centro. Se metió dentro rápidamente, luego llevó su dedo mojado a mi entrada trasera, rodeándola lentamente.

Su lengua revoloteó contra la mía y me sacudí, mis ojos se abrieron de golpe. Una vez más, los suyos estaban esperando con un toque de picardía detrás de la lujuria.

Aparté mis labios, ya jadeando por respirar.

—¿Qué fue eso?

La comisura de su boca se levantó.

—¿Te gusta?

—Sí —admití. Se sintió prohibido. Travieso. No estaba preparada para eso, pero tal vez algún día.

—Bien. —Luke se detuvo tan abruptamente que casi me caigo, pero su agarre en mí era firme. Me puso de pie y luego me quitó el pantalón corto y la camiseta sin mangas.

Fui a abrir la puerta de la ducha y abrí el chorro de agua, pero su mano me agarró la muñeca antes de que pudiera tocar la manija.

—Necesitamos duchas.

Luke dejó caer su boca a mi cuello y trazó la línea de mi cuello hasta mi oreja con sus suaves labios.

—¿Y si te quisiera aquí mismo en el mostrador?

—No me quejaré —susurré. Ambos sabíamos que él tenía el control aquí.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Cuando se trataba de jugar en el dormitorio, no necesitaba estar a cargo. En otros aspectos de mi vida, ese control se estaba volviendo cada vez más importante, pero aquí, en los brazos de Luke, lo abandoné por completo.

Porque confiaba en que Luke nunca abusaría del poder que le había entregado.

Luke sonrió y abrió la puerta de la ducha, abriendo el grifo. El vapor envolvió rápidamente el espacio, nublando las paredes revestidas con baldosas cuadradas de piedra. Su color se parecía tanto a los acantilados del río Smith que sospeché que Luke los había elegido por esa razón.

—Desnúdate —ordenó, alcanzando detrás de su cuello, agarrando un puñado de la camiseta que había usado hoy y pasándola por su cabeza.

La combinación de los hombros anchos de Luke, sus abdominales tensos y esa deliciosa V en sus caderas era embriagadora.

—No te estás moviendo —advirtió.

—Estoy apreciando la vista. —Sonreí y luego obedecí. El bikini que había usado debajo de mi ropa se cayó con rápidos tirones de sus hilos.

La mirada de Luke se centró en mis pezones erectos.

Ahuequé mis pechos en mis manos, pellizcando los duros brotes entre mis dedos. Eso me valió un gruñido.

El vapor del agua escapó por la puerta abierta cuando Luke se quitó los vaqueros, su polla se liberó. Apenas se había soltado los pantalones de una patada cuando fui arrastrada a sus brazos de nuevo, su longitud dura y gruesa contra mi vientre mientras nos metía en la ducha.

—Mmm. —Cerré los ojos, inclinándome hacia el agua tibia que caía en cascada por mi cara.

Las manos de Luke vagaron por mis costillas y mis pechos hasta que tomó mi cara entre sus manos.

—Inclínate hacia atrás.

Con la parte superior de mi cabello mojada, desató el elástico al final de mi trenza. Con suave eficacia, liberó los mechones antes de dejarme ir a exprimir el champú en su palma y masajearlo en mi cabello.

—Vaya —gemí mientras él hacía espuma—. Debería obligarte a hacer esto todos los días.

—¿Se siente bien?

PRINCE

DEVNEY PERRY

Después de una semana de lluvias marginales y sol, las manos de Luke en mi cabello fueron un milagro. Tarareé mi acuerdo mientras él enjuagaba el champú.

Luego se estiró para tomar el jabón y se enjabonó con un chorro de ducha. Luego trazó mi cuerpo, arrastrándolo en un camino tortuoso a través de mi piel acalorada. Trabajó hacia abajo y hacia arriba, mis brazos y mis piernas. La espuma se acumuló en mis pequeños senos, deslizándose con el agua hacia abajo sobre mis pezones y hacia el desagüe.

Cuando la bocanada llegó a la punta de mis muslos, dejé que mi cuello se inclinara hacia un lado, disfrutando de la sensación de Luke lavándome.

Fue erótico. Confiado e íntimo. Me quedé desnuda, vulnerable y expuesta, dejándolo limpiar mi lugar más sensible. Quizás fue el gesto más tierno que habíamos compartido.

La esponja hizo un ruido seco cuando Luke la dejó caer al suelo. Luego me tomó, su palma presionando mi clitoris mientras sus hábiles dedos se deslizaban a través de mis pliegues y dentro de mi cuerpo.

Mis rodillas temblaron y caí hacia adelante, apoyándome contra su cuerpo para mantener el equilibrio.

Su otra mano se estiró por la línea de mi columna, su brazo me sostuvo contra su costado mientras alcanzaba mi trasero y lo apretaba, todo mientras sus dedos jugaban conmigo. Me provocaban.

—Cariño. —Jadeé cuando mi orgasmo llegó rápido y duro, temblando contra él mientras me rompía en mil pedazos. Cuando las manchas blancas de mi visión se aclararon, abrí los ojos para encontrar a Luke mirándome.

—Maldita sea, eres hermosa.

Sonreí, cayendo sobre él mientras deslizaba sus manos libres y alcanzaba la botella de mi acondicionador. Su aroma cítrico llenó la ducha mientras lo amasaba en mi cabello.

—Mi turno. —Inclinándome, recogí la esponja y pasé a Luke para dejarlo debajo del rociador.

Inclinó la cara hacia el arroyo, cerró los ojos mientras yo comenzaba con sus hombros, lavándolo desde el cuello hasta los brazos y los hoyuelos sobre su trasero. Los músculos de su espalda se tensaron con cada una de mis caricias. Sus manos estaban en puños y su polla estaba tan rígida que se me hizo la boca agua.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Llegué a su trasero y dejé que la esponja cayera sobre los globos perfectos. Luego tomé una de sus muñecas, tirando de él para que girara. Con sus anchos hombros bloqueando el rocío, caí de rodillas.

Olvido el jabón, tomé su eje en mi mano, acariciando la carne aterciopelada mientras arrastraba mi lengua por la punta.

—Scarlett —gimió, su mano viniendo a mi mejilla.

Luego lo tomé, todo el camino hasta mi garganta, chupando y lamiendo y acariciando y saboreando, hasta que sus piernas temblaron.

—Voy a venirme —advirtió.

Seguí, hambrienta de su placer, hasta que gimió mi nombre y me dio su liberación, follándome la boca mientras tragaba hasta la última gota salada.

Cuando abrí la boca, lo miré a través de las pestañas mojadas. Tal vez yo era la que estaba de rodillas, pero el poder era mío. Este hombre sexy estaba a mi merced.

Tal vez, después de todo, no había renunciado al control total.

Los dedos de Luke encontraron su camino hacia mi cabello mojado y abrió la boca, luego la cerró sin decir una palabra. En cambio, me ayudó a ponerme de pie y me acercó al agua para enjuagarme el cabello.

—¿Que ibas a decir?

—No es nada.

—Dime.

Suspiró.

—Me has arruinado.

—¿Eso es algo tan malo?

—Es lo mejor que me ha pasado. Eres lo mejor.

—Tú también eres lo mejor que me ha pasado.

Había tanta adoración en su mirada azul, tanto asombro, que me robó el aliento.

La urgencia de soltar dos palabritas pasó por mi mente, pero la dejé a un lado. No era el momento. Todavía no.

Así que en lugar de decirle a Luke que me había enamorado de él, memoricé cada línea de su rostro. Cada brillo en sus ojos. Porque esa mirada era la mirada por la que iba a luchar.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Estaba luchando por este hombre. Por viajes de pesca. Por duchas sexys. Por la oportunidad de decirle que amaba su corazón puro y gentil.

Por nosotros.

Luke enmarcó mi rostro con sus manos y dejó caer un beso en mis labios, el agua caía en cascada sobre nosotros mientras nos aferramos el uno al otro. Nos besamos, aferrándonos a nuestros cuerpos desnudos y resbaladizos hasta que el agua se enfrió.

Luego nos soltamos a regañadientes para secarnos y nos dirigimos al dormitorio. Luke no necesitó preguntar si quería una siesta. Aunque habíamos dormido mucho en el río, estaba exhausta y caí en la cama a su lado, acurrucándome en su cuerpo.

—Necesito preguntarte algo —susurré.

—Está bien —susurró en respuesta.

—Si hacemos esto, si convencemos a los Warriors de que no tomé sus drogas, dejarás libres a los asesinos. ¿No quieres justicia?

—Por supuesto que sí.

—¿Entonces por qué?

—Porque significa que puedo retenerte.

Esa respuesta debería haber hecho que mi corazón saltara de mi pecho. Si alguna vez hubo un momento para decirle a Luke que lo amaba, fue este. Excepto que una profunda y dolorosa tristeza se extendió por mi alma.

Iba a volver sobre todo lo que conocía. Por mí. Iba a dejar de lado los juramentos que había hecho como policía. Por mí.

¿Estaba pidiendo demasiado?

—¿Y si vienen por ti? —pregunté.

—Entonces nos ocuparemos de eso.

—Podrían matarte.

Se burló.

—Podrían intentarlo.

—No seas arrogante. —Le disparé un ceño fruncido—. Esto es peligroso.

—Sí. —Asintió—. Es peligroso. También lo es ser policía. Pero sabía a qué me estaba inscribiendo cuando obtuve mi insignia. También sé en lo que me estoy metiendo aquí.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—No quiero perderte.

Luke metió un mechón de mi cabello húmedo detrás de mi oreja.

—No lo harás.

Por favor haz que esto funcione.

Pero si no fuera así, si fallábamos y perdía la batalla, dejaría ir a Luke. Entregaría ese video y a mí al FBI.

Sería desgarrador alejarse. Pero Luke merecía tener ese perro algún día. Merecía dejar embarazada a su esposa en un día lluvioso y tenerla a su lado más allá de estos muros.

Así que me iría.

Porque si no tuviera mis propios sueños por los que luchar, entonces lucharía por los suyos.



183

TIN GYPSY: LIBRO CUATRO

NOBLE

—Buenas tardes, agente Brown. —No me molesté en levantar la vista de la pila de papeles que tenía sobre el escritorio cuando ella entró en mi despacho. El chasquido entrecortado de sus tacones siempre precedía a su entrada.

—Oficial Rosen. ¿Qué tal las vacaciones?

—Demasiado cortas. —Metí un informe en su carpeta y apoyé los codos en el escritorio mientras ella tomaba su asiento habitual frente a mi mesa.

—Te fuiste a pescar.

—Sí, lo hice.

La expresión de Maria era tan inexpresiva e implacable como de costumbre, sin una palabra a la vista. Esta rutina se estaba haciendo vieja. Pero no iba a decirme lo que quería, al igual que yo no iba a decirle dónde tenía a Scarlett.

Callejón sin salida.

Dudo que me hayan seguido fuera de la ciudad la semana pasada. Lo había comprobado a menudo, y una vez que llegamos al río, a menos que el FBI hubiera asegurado una balsa, no habrían podido seguirnos. Tal vez si se hubieran tomado la molestia de vigilar con drones me habrían visto con Scarlett. Pero estaba bastante seguro de que pensaban que estaba escondida en alguna cabaña del bosque o en el sótano de alguien. Y después de que Birdy viera que sólo era yo quien se iba con la balsa, me dejarían seguir mi camino sin una cola.

—Vas a menudo —dijo Maria, tomando asiento.

—¿Es una pregunta? ¿O una afirmación?

Su boca se convirtió en una pequeña sonrisa.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—Una afirmación.

No se andaba con rodeos, lo reconozco.

—Aunque afirmar lo obvio es sin duda una forma de pasar el tiempo, tengo muchas cosas acumuladas desde hace una semana. —Palmeé las carpetas de archivos que tenía delante—. Que tenga un buen día, agente Brown.

A pesar de mi despido, ella no se iba a ir. Iba a estar sentada en esa silla durante horas, escudriñando cada uno de mis movimientos. Algo que no había echado de menos en las vacaciones o en los últimos dos días.

Me sorprendió que no me visitara el lunes o el martes. No es que hubiera tenido tiempo de hablar con ella. Mis días habían sido muy intensos tratando de ponerme al día con todo lo que me había perdido. Preguntas sobre los turnos. Una llamada del alcalde sobre la dotación de personal y las nóminas. Informes que revisar, incluyendo un caso de conducción bajo los efectos del alcohol y un par de delitos menores. Además, todo el mundo en la comisaría había querido pasarse a saludar. Mi oficina había sido una puerta giratoria de gente que me daba la bienvenida.

Cualquiera diría que me había ido a la guerra.

La agente Brown cruzó las piernas y se inclinó hacia delante.

—Creo que es hora de que me llames Maria.

Arquee una ceja. En todos los días que había pasado por mi despacho, nos habíamos ceñido a las formalidades.

—Si te llamo Maria, ¿significa que empezarás a decirme más sobre lo que quieres?

—Quiero a Scarlett Marks.

—¿Por qué?

Maria se llevó las manos a la barbilla. Lo que no hizo fue responder a mi maldita pregunta. *Típico*. No tenía tiempo para esto. Los juegos del FBI se estaban volviendo viejos.

Abrí una nueva carpeta, agarré el informe y empecé por el principio. Hoy tenía que salir temprano.

Tenía una cita en el garaje dentro de una hora a la que no iba a faltar.

Maria no se movió mientras leía la primera página del informe. Al llegar a la segunda, le lancé una mirada y luego dirigí mis ojos a la puerta.

PRINCE DEVNEY PERRY

Mi mensaje no podía ser más claro, a no ser que me tatuara “Fuera” en la frente.

Ella descruzó y volvió a cruzar las piernas.

Un dolor de cabeza.

Si quería verme trabajar todo el día, que así fuera. Terminé de revisar el informe, anoté una pregunta para el agente en una nota adhesiva y volví a meter ambos en su carpeta, pasando al siguiente en la fila.

Cuando sonó el teléfono de mi mesa, lo tomé de la base.

—Oficial Rosen.

—¿Por qué vienes a cambiar el aceite a las tres? —preguntó Presley. Cuando llamé al taller esta mañana, Presley había salido a hacer un recado, para ir al banco o algo así. Uno de los mecánicos me había tomado la cita. Me pregunté cuánto tiempo tardaría en darse cuenta de que no necesitaba un cambio de aceite.

Cuatro horas, al parecer.

Me reí.

—Hola.

—Hola —imitó ella con lo que sospeché que era un exagerado giro de ojos. Era algo que podía ver que hacían tanto ella como Scarlett—. Le hicimos un cambio de aceite a tu camioneta hace dos meses. No es necesario.

—No, no es necesario. Pero vi un goteo en el garaje. Podría ser una fuga —mentí. No podía explicarlo con Maria mirándome fijamente.

Presley se quedó callada, el silencio se alargó.

—Bien. Dash y Emmett están aquí. Pueden echarle un vistazo.

Dash y Emmett no habían hecho cambios de aceite o puestas a punto de rutina en años.

—Eso sería genial.

Afortunadamente, Presley fue lo suficientemente inteligente como para no mencionar el nombre de Scarlett. No me extrañaría que el FBI hubiera intervenido nuestros teléfonos, el mío al menos. Lo habría negado si Pres lo hubiera preguntado, pero ella llevaba suficiente tiempo entre los Gypsies como para leer entre líneas.

Empezó a teclear, con sus dedos chasqueando rápidamente en el fondo.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—¿Puedes venir un poco más tarde? ¿Qué tal a las cuatro?

Presley probablemente se estaba apresurando a reorganizar sus trabajos para que yo fuera el único en la oficina del garaje y tuviéramos privacidad para nuestra conversación.

—A las cuatro —dije y colgué, luego me encontré con la mirada de Maria.

Parecía presumida y confiada en esa silla. Tal vez como un policía más joven, habría dejado que eso me intimidara. Pero si el FBI sabía dónde estaba Scarlett, Maria no estaría en mi oficina. Todavía tenía la ventaja y no iba a flaquear.

Así que volví a centrar mi atención en mi trabajo, abriendo otro expediente de un caso. Leí el informe y oculté los nervios que me sacudían por dentro tras un rostro impasible.

Scarlett había tomado la decisión de intentar esta vía primero. Era su decisión. Era su vida.

Era algo que podía darle, pero significaba dejar de lado mis juramentos. Mi orgullo. Mi conciencia.

Tal vez eso me hacía tan criminal como los hombres que iba a ver más tarde.

Dash, Emmett y Leo: los Tin Gypsies no eran inocentes. Habían cometido su cuota de delitos en su día. Diablos, Emmett era tan buen hacker como mecánico y fabricante de metales. Estaba seguro de que había violado innumerables leyes de privacidad en el tiempo que lo conocía.

¿Era yo mejor?

¿Era tan malo como el hombre que se había sentado en la silla antes que yo?

Marcus Wagner había sido un mentor. Un buen policía, al menos eso pensé durante mucho tiempo. Pero entonces había cruzado una línea.

¿Era yo culpable de lo mismo?

Sí. El nudo de mi estómago se apretó y tuve que empezar por el principio del informe, obligándome a concentrarme.

Esto no estaba bien. Lo que estaba haciendo no estaba bien. Pero estaba bien. Porque era la mejor oportunidad de Scarlett de tener una vida. Conmigo.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Y tal vez había otra forma de atrapar a Tucker Talbot y a los Warriors. Tal vez encontraría una manera de culparlos del asesinato de Ken Raymond sin el video de Scarlett. Cómo, no estaba seguro. Las pruebas iniciales no habían mostrado ningún signo de juego sucio, pero volveríamos a buscar. Y otra vez. Y otra vez. Tenía que haber algo en el pasado de Ken que lo relacionara con los Warriors. Cavariamos y profundizaríamos.

La decisión de reabrir el caso de Ken alivió parte de la culpa y terminé un informe, sumergiéndome en el siguiente. Con una hora más antes de tener que ir al garaje, podría terminar estos informes para poder devolverlos a los oficiales asignados para que hicieran las correcciones pertinentes. Abrí un tercer expediente, ignorando todavía a Maria.

Estaba sentada tan estoicamente como siempre, con una postura impecable.

Revisé toda la pila mientras el reloj se acercaba cada vez más a las cuatro, y Maria no se movía. ¿Respiraba siquiera?

Finalmente, con diez minutos para llegar al garaje, tiempo más que suficiente en Clifton Forge, cargué los archivos, cerré el ordenador y recogí la cartera y las llaves del cajón de mi escritorio.

—Un placer pasar tiempo con usted, agente Brown —mentí y me puse de pie—. ¿Tiene algún plan para la noche?

Ella me miró, todavía sentada, y la dureza de su expresión se convirtió en piedra. Había hielo en ella. Frustración. No estaba cooperando y eso la enfurecía.

—No.

—Si no has ido a Stockyard's a comer una hamburguesa con queso, te lo recomiendo.

Maria se quedó en su silla.

—¿Ahí es donde vas?

—No, tengo una cita.

—¿Para qué?

—Para que me cambien el aceite.

Sus ojos se entrecerraron. Sí, ella sabía exactamente a dónde iba. La dejaría especular por qué. Si me seguía, todo lo que vería sería a mí sentado en la oficina del taller, haciendo tonterías con algunos amigos.

Hice un gesto con la mano hacia la puerta.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—Te acompañaré a la salida.

Por un momento, pensé que tendría el descaro de quedarse en su asiento. Pero entonces se levantó de la silla y pasó junto a mí hacia la puerta. Pero antes de desaparecer, se detuvo en el umbral. Sus hombros, normalmente rectos, se desplomaron ligeramente. Era el primer signo de derrota que había visto en ella en meses.

Miró por encima del hombro, pero no se volvió.

—Tengo razones para creer que la señora Marks puede proporcionarme información sobre un crimen.

—¿Qué tipo de crimen?

—Eso es clasificado.

¿Era sobre las drogas robadas? ¿O sobre la muerte de Ken Raymond? Sospechaba que era Ken. ¿Pero por qué el asesinato de Ken Raymond era un caso clasificado? ¿Era un informante? ¿Un testigo? Me picó la curiosidad, y sin duda investigaríamos más a fondo. Maria podría mantener su información clasificada. Yo encontraría respuestas de otra manera.

—Si pides la hamburguesa, añade tocino —dije—. Vale la pena el dólar extra.

Maria cruzó los brazos sobre el pecho.

—Estás impidiendo una investigación federal, Luke.

Supongo que estaba lista para pasar a los nombres de pila.

—Hazme un favor. Cuando hables con tu agente Birdy, dile que corte el césped. Las malas hierbas se están extendiendo y si se meten en mi jardín, me temo que tendré que denunciarla a la asociación de propietarios.

Su rostro se frunció antes de darse la vuelta y salir de la comisaría.

Esperé a que saliera antes de cerrar la puerta de mi despacho y depositar las carpetas de expedientes en varios escritorios de la sala. Luego me dirigí a la salida, despidiéndome del oficial que estaba en la entrada.

Cuando salí a la carretera, no me sorprendió ver que un todoterreno negro me seguía por la ciudad hasta Garage Clifton Forge. Pero cuando entré en el estacionamiento del taller, ellos siguieron conduciendo, y desaparecieron mientras yo entraba en una de las grandes y vacías zonas del taller.

—Hola, Luke. —Emmett levantó una mano manchada de grasa mientras yo salía—. Dash y Leo ya están dentro. Ahora mismo voy.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—Gracias. —Asentí y me dirigí a la puerta de la oficina.

El taller estaba impecable, era uno de los más limpios que había visto nunca. Todo tenía su lugar. No había muchas manchas en el suelo de hormigón y las superficies estaban libres de desorden. Las cajas de herramientas, los bancos de trabajo y los armarios estaban pegados a las paredes. El olor a aceite, hormigón y metal teñía el aire.

El pasillo hacia la oficina estaba libre de desorden. Este lugar estaba limpio. Scarlett lo aprobaría.

Cuando abrí la puerta de la oficina, Emmett pulsó un botón para bajar la puerta de la entrada antes de ir al fregadero, echarse un chorro de jabón anaranjado en la palma de la mano y enjabonarse.

Dentro, Presley estaba detrás de su escritorio, esperando.

—Hola —dije—. Cuánto tiempo sin verte. Te he echado de menos en la comisaría.

Ella sonrió.

—Mentiroso.

Su cabello era el mismo, corto y rubio brillante. Lo lucía artísticamente sobre la frente. Llevaba una camiseta negra ajustada, con los tirantes del sujetador a juego sobresaliendo por sus hombros. Su holgado pantalón se ajustaba a sus caderas mientras se ponía de pie y se dirigía a la puerta de la oficina, para bloquearla y dar vuelta el cartel a cerrado.

El estilo de Presley era propio, diferente al de Scarlett. Aunque no tenía un gran guardarropa, Scarlett parecía preferir las prendas que se ajustaban a su esbelto cuerpo y abrazaban sus ligeras curvas. Todo era informal, vaqueros y camisetas, pero con un toque femenino. Presley parecía preferir los colores oscuros, mientras que Scarlett se conformaba con los claros. Mi traje de baño favorito que había pedido era de un azul claro, casi blanco. Había resaltado el color de sus ojos brillantes.

Con la puerta cerrada, Presley volvió a su silla. Las persianas de la ventana que daba al estacionamiento estaban cerradas.

Dash salió de su oficina, con la mano extendida.

—Luke.

—Hola, Dash. —Le estreché la mano, y luego la de Leo, que lo seguía.

Ambos hombres eran más o menos de mi altura, altos y en forma. Dash se parecía más y más a Draven cada vez que lo veía. Tenía algunas canas

PRINCE

DEVNEY PERRY

en la sien. Draven siempre había tenido barba y si Dash se dejaba crecer un poco el vello de la mandíbula, se parecería a una versión más joven de su padre, antes de la muerte de Draven.

Mi corazón se aceleró cuando todos tomamos asiento. ¿Cuándo fue la última vez que estuve nervioso? Ni siquiera el arresto de Marcus me había puesto así. Si Dash enloquecía con el video, si decidía vengarse de los Warriors por la muerte de Draven, Scarlett sería la que sufriría. Lo que significaba que tenía que andar con cuidado. Era una pena que Bryce no estuviera aquí. Si alguien podía calmar a un Dash furioso, era su esposa.

—¿Has estado pescando últimamente? —preguntó Leo, relajándose en una silla contra la pared.

Su cabello rubio oscuro era más largo de lo que había visto en mucho tiempo, casi lo suficiente como para echarlo hacia atrás como la forma en que Emmett llevaba el suyo. No estaba seguro de cómo podían soportar que el cabello les tocara las orejas. En cuanto el mío se hacía lo suficientemente largo como para tocar el borde, iba al barbero del pueblo y me lo recortaban.

—Fui al Smith la semana pasada —dije.

—¿Cómo fue?

—Bien. El mejor viaje que he tenido en años. —No por la pesca, sino por la compañía.

—Uno de estos días, voy a ir contigo y con Emmett.

—Eres bienvenido cuando quieras.

Emmett y yo, a veces, íbamos a pescar juntos en los veranos, pero no era exactamente lo que le gustaba a Leo. Él era más un tipo fiestero. La mayoría de las noches, estaba en el Betsy buscando un buen momento.

El rostro de Leo estaba cubierto de vello y el dorso de sus manos estaba salpicado de pintura azul. Amaba la cerveza y las mujeres, pero el hombre era un artista. Si le dieran una pistola de aire comprimido y una cabina de pintura, haría magia con un auto clásico o una moto personalizada.

A su lado, Dash apoyaba los antebrazos en las rodillas. Me senté frente a Presley en el escritorio y le dediqué una pequeña sonrisa. Ella fingió una, pero sus manos jugueteaban con un bolígrafo sobre el escritorio. Estaba tan ansioso como ella por acabar con esto.

Los pasos de Emmett le precedieron cuando entró en la oficina, y cerró la puerta. Su mono de trabajo estaba manchado de grasa en las rodillas,



PRINCE

DEVNEY PERRY

pero había bajado la cremallera de la parte superior para revelar la camiseta blanca que había debajo.

Se sentó junto a Dash y Leo, los tres luciendo una serie de coloridos tatuajes.

—¿Dónde está Isaiah? —pregunté. Isaiah no había sido un Tin Gypsy, pero como estaba casado con Genevieve y unido a Dash por la familia, lo esperaba aquí.

—Lo envié a casa —dijo Dash—. Le di la opción de escuchar, pero no quiere participar en esto. Con Genevieve y el bebé, no necesitan problemas.

—Lo entiendo. —Puede que sean mis vecinos, pero no iba a llevar esto a su puerta. Hice un círculo con mi dedo en el aire—. ¿Estamos bien?

Emmett asintió.

—Habla. Nadie escucha.

—Bien. —Con todos los participantes aquí, respiré profundamente, y luego comencé a hablar—. Estoy aquí por Scarlett.

—¿Está bien? —preguntó Presley antes de que alguien pudiera decir otra cosa.

—Ella está bien —prometí—. Te extraña, pero está bien.

Presley suspiró profundamente.

—¿Dónde está?

Dudé, sin querer responder. Había mantenido su ubicación para mí durante meses y aunque confiaba en Presley y los chicos aquí, la seguridad de Scarlett era todo para mí. Excepto que estábamos en un punto en el que los secretos iban a tener que salir a la luz.

Suspiré.

—En mi casa. Ella ha estado conmigo.

—¿Desde la tienda de comestibles? —Los ojos de Presley se agrandaron.

—Sí. Era la opción más segura y el único lugar donde podía conseguir que prometiera quedarse.

Emmett sonrió con satisfacción, pero se quedó callado. Lo había sabido, no era una sorpresa, pero se lo había callado. Aunque Dash tampoco parecía muy sorprendido.

Presley abrió la boca para decir algo más, pero Dash levantó una mano.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—¿Qué pasa con el FBI?

—Nada nuevo. —Le había dicho a Dash que el FBI estaba buscando a Scarlett, aunque no había compartido otros detalles porque no había muchos que compartir. No estaba seguro de lo que Dash había contado a los demás, y para la discusión de hoy, quería que todos estuviéramos en la misma página—. Quieren a Scarlett. La agente encargada ha sido una visitante regular en la estación. Tienen un agente encubierto que vive junto a mí y estoy seguro de que hay otros en la ciudad. También me están siguiendo.

—¿Quién es la encargada? —preguntó Emmett.

—La agente Maria Brown.

Se frotó una mano sobre la mandíbula barbuda.

—No me suena.

—A mí tampoco —murmuró Leo.

Dash negó.

—También es nueva para mí.

—¿Conoces a los agentes del FBI? —preguntó Presley a su jefe.

Dash se limitó a encogerse de hombros.

—El club tuvo algunos roces con el FBI hace años, pero no estuvieron mucho tiempo en Clifton Forge.

—No tenían pruebas —explicó Leo.

—Y comparados con los clubes de California, éramos dóciles —añadió Emmett antes de volverse hacia mí—. ¿Cuánto tiempo llevan vigilando tu casa?

—¿Mi opinión? Meses. Probablemente desde el día en que llegaron a la ciudad.

—También vigilan el taller —dijo Dash, pasándose una mano por el cabello oscuro—. Bryce no ha visto a nadie en la oficina del periódico, pero estoy seguro de que la han puesto en la ruta de patrulla.

—Los he visto pasar por mi casa de vez en cuando —dijo Leo.

Emmett asintió.

—Lo mismo digo.

Ambos vivían en la ciudad.

—¿Dash? ¿Algo en tu casa?

PRINCE

DEVNEY PERRY

Negó.

—No, pero estamos fuera de la ciudad lo suficientemente lejos como para que no haya ningún lugar donde puedan esconderse.

—¿Por qué mantendrías a Scarlett en tu casa si estaba siendo vigilada? —preguntó Presley.

—¿Dónde más ibas a dejarla? No es que tenga una casa de seguridad a mi disposición. No tengo una plantilla lo suficientemente grande como para asignar a una persona a vigilarla y era el único lugar en el que había prometido quedarse y no huir. Mejor yo que los federales.

—Sí —murmuró ella.

—Es la decisión correcta —dijo Dash—. ¿Y por qué ahora? La has tenido encerrada durante meses sin involucrarnos en el asunto. ¿Qué ha cambiado?

—Esto no puede durar para siempre. Scarlett quiere recuperar su vida. Quiero ayudarla. —Emmett estudió mi rostro, y luego la comisura de su boca se elevó.

De todos los chicos de aquí, yo era el que conocía a Emmett desde hacía más tiempo. Teníamos mucho en común: el amor por la naturaleza y el aprecio por la vida sencilla.

Cuando la banda sospechó que Marcus había matado a la madre de Genevieve, me llamó. Me pidió ayuda. Confiábamos el uno en el otro. Nos respetábamos. Lo consideraba un amigo.

Él sabía que había algo más en mi ayuda a Scarlett que el jefe de policía ayudando a una ciudadana en apuros, pero se lo guardó. Todos se enterarían pronto de que Scarlett era alguien especial en mi vida.

Mañana por la noche, con suerte.

—La única oportunidad de Scarlett de ser libre es convencer a los Warriors de que no robó su dinero.

—No se limitarán a creer en su palabra —dijo Leo.

—No, no espero que lo hagan. Pero ella tiene influencia.

—¿Qué influencia? —preguntó Dash, sentándose más erguido.

Respiré profundamente.

—Tengo que decirte algo. Sobre tu padre.

Su rostro se convirtió en hielo y la habitación se quedó quieta.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—¿Recuerdas al tipo que fue encontrado en el río hace un par de meses? Scarlett tiene un video de él siendo asesinado por los Warriors. Un asesinato escenificado como un accidente. O un suicidio. —La tensión en la sala aumentó, pero mantuve la mirada en Dash—. En el video, Tucker Talbot admite haber hecho lo mismo con tu padre.

La mandíbula de Dash se tensó y sus fosas nasales se ensancharon, pero no parecía conmocionado. No parecía enfurecido. Estaba enfadado, sin duda. Pero era una furia que se había apagado con los años. Era una furia permanente, una que se instalaba bajo la superficie de su piel, siempre allí, pero bajo control.

—Lo sabías —dije.

—Puedo suponer que estás aquí por asuntos personales —dijo, señalando la placa en mi cadera—. Si no has entregado a Scarlett a la policía, estás actuando como Luke Rosen. No como el jefe de policía.

—Soy ambas cosas.

Negó.

—No puede funcionar así.

Dash tenía razón. No podía funcionar así. Algo que había estado negando desde que Scarlett me había enseñado ese video.

Algo que seguía negando.

—Sólo dile, Dash —dijo Presley—. Si puede ayudar a Scarlett, entonces tenemos que confiar en Luke.

Mi rostro giró hacia el suyo. ¿Así que todos sabían lo de Draven?

—Papá hizo un acuerdo con Tucker —dijo Dash—. Su vida por la mía y la de Genevieve

—¿Qué? ¿Por qué? —Antes de que Dash pudiera responder, lo detuve—. Espera. No creo que quiera saberlo. Supongo que tiene algo que ver con Marcus.

Emmett asintió.

—Si algún día quieres la historia completa, te la contaremos. Pero cuanto más profundices, más turbia será.

—De acuerdo —dije—. Si se vuelve relevante, dame una pista. Hasta entonces, vamos a encontrar una manera de sacar a Scarlett de los problemas.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Había un límite a lo que podía pasar por alto. Ese límite era mayor cuando se trataba de Scarlett. Y había aprendido lo suficiente sobre los antiguos Tin Gypsies para saber que algunos esqueletos era mejor dejarlos en el armario.

—Me gustaría ver el video —dijo Dash.

—Scarlett lo tiene. Ella te contará todo lo que pasó en los Warriors.

—¿Cuándo? —preguntó Leo.

—¿Qué van a hacer mañana por la noche?

—Parece que iremos a tu casa —dijo Emmett—. Necesitaremos una excusa. No podemos aparecer sin más. Será demasiado sospechoso.

—¿Tienes algún auto viejo atrás que puedas venderme? ¿Baratos?

Dash asintió.

—Ya se nos ocurrirá algo.

—Yo voy —dijo Presley, cruzando los brazos.

—Esta vez no, Pres —dijo Dash.

—Es mi hermana. Iré. —La expresión de su rostro nos desafió a discutir.

Éramos hombres inteligentes. Nos quedamos callados.

—Sólo al garaje —advirtió Dash—. Shaw tiene que quedarse fuera de esto. Será demasiado sospechoso.

—Eso le encantará —murmuró—. Ya sabes cómo se siente al ser dejado de lado.

Su marido no era de los que se excluyen. La noche en que Jeremiah tomó como rehenes a Presley y Scarlett, Shaw había estado allí. Había comprado la casa de al lado para quedarse mientras su productora rodaba una película en la ciudad. Fue entonces cuando él y Presley se habían enrollado.

Así que supo, que cuando un grupo de autos de policía aparecieron en su jardín, había problemas. El mismo Shaw había sido policía una vez.

Le había dicho que se retirara, que dejara que mi equipo y yo nos encargáramos. Pero Shaw había desobedecido mis órdenes y había ido a rescatar a Presley él mismo. Era un imbécil testarudo. Dash también había intervenido y, por eso, los arresté a los dos.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Pagaron una multa y no les guardé rencor. Entendía por qué había entrado en esa casa. Si Scarlett hubiera sido mi mujer aquella noche, yo mismo habría matado a Jeremiah por tocarla.

Pero estaba de acuerdo con Dash. Si Shaw se presentaba en mi casa, parecería sospechoso. No éramos precisamente conocidos por salir a cualquier sitio que no fuera el Betsy para tomar una cerveza de vez en cuando. Algo que no habíamos hecho desde que él y Presley se habían fugado.

Desde que Scarlett llegó a mi vida.

—Bien, sin Shaw —dijo Presley—. Yo me encargaré de él.

—Bien. —Me puse de pie, mirando mi reloj. Me había quedado el tiempo suficiente para hacer mi hipotético cambio de aceite—. Nos vemos mañana. ¿A las cinco?

—¿Debemos llevar algo más que una razón para estar allí? —preguntó Emmett.

—Whisky.

Lo íbamos a necesitar.



197

—**E**stán aquí. —Luke salió del comedor, donde había estado mirando por las ventanas delanteras desde que Emmett le había enviado un mensaje de texto diciéndole que estaban en camino.

Están aquí. Mi corazón saltó a mi garganta.

Ella estaba aquí.

Luke entró en la cocina y caminó directamente hacia la puerta del garaje.

—Saldré y los ayudaré con el remolque. Entonces entraremos. Espera.

—Bien. —Asentí mientras desaparecía.

En el segundo en que la puerta se cerró detrás de él, corrí escaleras arriba hacia la oficina, tomando mi lugar junto a la ventana. Quité con cuidado la persiana de la ventana, dándome no más de tres centímetros para mirar a través.

Una gran camioneta negra avanzó lentamente por la acera y se detuvo. Detrás de él, en un largo remolque, había un viejo automóvil oxidado que había visto mejores décadas. Mi respiración se atascó en mi garganta cuando se abrió la puerta del conductor.

Dash Slater salió, tan alto y corpulento como lo recordaba de esa horrible noche hace meses.

Luke salió del garaje con paso lento y relajado. Desde fuera, se veía tan tranquilo y sereno. No sabía que había estado inquieto desde su reunión de ayer en el taller. Anoche, apenas había dormido.

Como yo.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Luché por llenar mis pulmones cuando las otras puertas se abrieron.

Salieron dos hombres. Uno tenía el cabello oscuro atado en un nudo en la nuca. Llevaba una camiseta blanca sin mangas y los brazos cubiertos de tatuajes. Y había mucho brazo que cubrir. Pensé que Luke era fuerte y musculoso, pero este hombre era como una montaña, robusto y alto.

El otro hombre era más delgado, aunque seguía siendo tan alto como Dash y Luke. Se quitó las gafas de sol de los ojos y peinó su desordenado cabello rubio, luego lanzó una sonrisa diabólica por encima del hombro a la camioneta.

Sus botas salieron primero, una presionando el trasero del rubio antes de darle un buen empujón para apartarlo del camino.

Luego saltó, el cabello de Presley reflejando el sol. Le dio a Luke una sonrisa radiante mientras él le pasaba un brazo por los hombros para abrazarla.

Jadeé, mi mano volando a mi boca.

No había visto a Presley desde esa noche. Desde que Jeremiah apretó el gatillo. Luke le había prometido que estaba bien. Pero al no verla con mis propios ojos, era difícil seguir con fe. Era difícil no imaginarla en esa casa, atrapada en una pesadilla sin fin.

Las lágrimas nublaron mi visión.

Se veía feliz. Se veía saludable. Su sonrisa fue en parte para lucirse. Sus ojos recorrieron la casa, buscando. Pero incluso si su sonrisa era falsa, no me importaba. Mi hermana estaba aquí.

Hubo momentos en los que temí esta disculpa. Probablemente porque las disculpas se han asociado con el dolor durante la mayor parte de mi vida. Las palabras *lo siento* me trajeron recuerdos de mi madre llevándome a la guarida de mi padre, y luego dejándome para disculparme por cualquier cosa que había hecho que aparentemente merecía su ira.

Me había tragado mi orgullo tantas veces que era un milagro que no me hubiera ahogado.

Pero hoy, no hubo pavor. Tenía tantas ganas de disculparme, de arreglar las cosas con Presley, que sentí ganas de gritar por la ventana.

Luke intercambió apretones de manos con los chicos antes de que el grupo se agrupara alrededor del remolque.

Ayer, habían decidido traer un auto a la casa de Luke como tapadera para esta visita. La basura oxidada estaba en el camino de entrada y Luke

PRINCE

DEVNEY PERRY

le daría al vecindario una buena demostración de retoques en él de vez en cuando.

Si Emmett, Dash o Leo vinieran a hablar sobre los Warriors, sería con el pretexto de restaurar un auto viejo.

Tal vez si Luke hubiera organizado más barbacoas con sus amigos, podríamos haber hecho pasar esto como una reunión regular de verano, pero el hombre trabajaba demasiado para ser el anfitrión. Si se reunía con sus amigos, era en el Betsy, un lugar al que no me permitían ir.

Todavía.

Que funcione. Por favor haz que esto funcione. La anticipación y la esperanza corrieron por mis venas. Estar en el río me había dado una probada de libertad y ahora estaba hambrienta de ella.

Primero teníamos dos grandes obstáculos que superar. Los Warriors. Y el FBI. Pero la reunión de Luke en el taller había comenzado la carrera. Y tal vez, solo tal vez, recupere mi vida. No más esconderse. No más miedo.

Dash se subió al remolque y le indicó a Luke que se uniera a él. Los dos caminaron hacia el capó y Dash lo abrió, inclinándose para señalar ciertas cosas con el motor.

Luke asintió, interpretando el papel de un mecánico aficionado interesado. Luego asintió, le tendió la mano y la estrechó con Dash antes de señalar hacia la casa. Leí la palabra *cerveza* de sus labios.

Los hombres y Presley lo siguieron al garaje, paseando. Cada paso se sentía como doce mientras esperaba y esperaba que desaparecieran de mi vista.

Puse la persiana a la derecha, con cuidado de no moverla más de lo necesario, luego salí de mi posición en cuclillas y corrí por el pasillo hacia las escaleras. La puerta entre el lavadero y el garaje se abrió cuando llegué al balcón y me quedé paralizada en la barandilla.

Presley entró primero. Se apresuró a ir a la cocina, mirando alrededor de la sala de estar vacía. Cuando su mirada se elevó hacia las escaleras y me encontró, respiró hondo.

Entonces ambas estábamos corriendo.

Bajé volando las escaleras, mi mano se deslizó sobre la barandilla mientras mis pies casi tropezaban con ellos mismos.

Corrió a través de la sala de estar, pasando el sofá justo cuando yo salté de las dos últimas escaleras y choqué con mi hermana.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Siempre nos habíamos abrazado fuerte, pero este era como una tenaza. Entre nosotras, podríamos haber presionado un trozo de carbón en un diamante.

—Lo siento —espeté al mismo tiempo que ella preguntó:

—¿Estás bien?

Asentí, abrazándola con más fuerza.

—Lo siento.

—¿Por qué? —susurró.

—Todo. Por no irme de Chicago cuando me rogaste que lo hiciera. Por arruinar tu boda. Por Jeremiah. Todo ello. Es mi culpa y lo siento.

Presley me soltó y se inclinó hacia atrás, dándome una sonrisa.

—¿Te has estado castigando por esto durante meses?

Abrí la boca para responder, pero Luke habló desde el otro lado de la casa.

—Sí.

Lancé una mirada por encima del hombro de Presley a la audiencia de hombres guapos que miraban. Mis mejillas se sonrojaron pero las ignoré, concentrándome en mi hermana.

—Lo siento.

—Estás perdonada. —Lo rechazó como si no fuera nada y con el gesto, capté un destello brillante en su mano izquierda.

Ya no era Presley Marks. Ella era Presley Valance.

Y se suponía que debía actuar sorprendida.

—¿Qué es eso? —Señalé el impresionante anillo en su dedo y la alianza que descansaba debajo de él.

—Shaw y yo nos casamos.

Fingí un grito ahogado.

—¿Shaw Valance?

—No quería planear una boda. No otra vez. No sin ti ahí. Así que volamos a Las Vegas y nos casamos. Solo nosotros.

Me lo había perdido, estando aquí. Me había perdido un hito en la vida de mi hermana. Pero estaba tan feliz que no me importó.

—Felicidades.

PRINCE

DEVNEY PERRY

La atraje a mis brazos una vez más, nuestro abrazo feroz. Tal vez si no la soltaba, tal vez si aguantaba el tiempo suficiente, algo de su fuerza y resistencia también penetraría en mis huesos.

—Extrañaba tus abrazos —susurró.

—Y extrañé los tuyos.

Mi madre solía decirnos que nacimos abrazadas, que salimos juntas del útero. Ambas sabíamos que había estado bromeando, pero una parte de mí siempre había querido creer que era verdad.

Mi primer recuerdo fue el de abrazar a Presley. Estábamos acurrucadas en la cocina, en el suelo junto al frigorífico, abrazadas la una a la otra. Papá acababa de llegar a casa del trabajo y había tenido un mal día.

Ese fue el primer día que pude recordar haber escuchado el golpe de la palma de su mano al chocar contra la mejilla de mi madre. Estaba segura de que lo había visto antes cuando era un bebé, pero ese día, algo en el sonido lo hizo destacar. Fue como el crujido antes de un trueno.

Presley y yo nos habíamos abrazado durante todo el proceso, y recordé haber sabido que si la tenía, sobreviviríamos juntas.

Entonces lo creí.

Lo creí ahora.

Sobreviviríamos juntas.

—Pres, ¿quieres una cerveza? —preguntó Luke, abriendo la nevera.

—No, gracias. —Me soltó y se adentró más en la sala de estar, se dejó caer en uno de sus sofás y miró a su alrededor—. Reorganizaste las cosas. Es mucho mejor.

Cubrí una sonrisa con mi mano. Luke me llamó la atención, me dio un ligero movimiento de cabeza mientras sacaba botellas de cerveza del refrigerador y se las entregaba a los chicos.

—Toma asiento —dijo, haciendo un gesto hacia la sala de estar—. Necesito agarrar algo.

Pasó junto a mí, inclinándose lo suficiente para dejar caer un beso en mi cabello y luego subió corriendo las escaleras.

Entré en la sala de estar y me senté junto a Presley, acercándome poco a poco para que Luke tuviera suficiente espacio.

—Oh... ¿están juntos? —preguntó.

—Sí.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Una lenta sonrisa se extendió por su rostro.

—Es uno de los buenos.

—Lo sé.

Tomó mi mano, sosteniéndola mientras los chicos entraban en la habitación.

Dash se sentó primero, levantando una mano mientras se hundía en una silla.

—Hola. Soy Dash.

—Lo recuerdo. —Asentí, encontrándome con su mirada con un silencioso agradecimiento.

Inclinó su botella de cerveza en mi dirección antes de llevársela a los labios.

—Emmett. —El hombre corpulento de cabello oscuro se acercó con la mano extendida—. Un placer conocerte.

—Igualmente. —Le devolví el apretón con mi mano libre, que era infantil en su agarre.

Emmett se sentó en la silla junto a Dash cuando el hombre rubio entró en el espacio, saludándome mientras se sentaba en la repisa de piedra frente a la chimenea.

—Hola, soy Leo. —Me lanzó la misma sonrisa que le había dado a Presley afuera junto a la camioneta. Era sexy y un poco traviesa. Este chico era el playboy.

Espera un minuto.

Tuve el reconocimiento. La noche en que vine a Clifton Forge, la noche en que fui a Betsy en lugar de encontrar a Presley, él había sido el hombre que seguía apuntándome en su borrachera. Él había sido el tipo que había seguido diciéndome su nombre en la cara hasta que finalmente salí de allí.

Luke bajó corriendo las escaleras con un sobre manila en la mano. Se sentó a mi lado, poniendo la carpeta y su cerveza en la mesa auxiliar. Luego puso su mano sobre mi rodilla.

Esa fue mi señal.

Me senté más derecha, agarrando la mano de Presley.

—¿Dónde debería empezar?

—El comienzo —dijo Dash.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—Bien. —E hice precisamente eso.

Les conté todo sobre cómo me fui de Chicago y vine a Montana. Cómo me había reconciliado con Jeremiah antes de la boda de Presley. Cómo había venido a Clifton Forge una vez, solo para regresar después de que Jeremiah me suplicara otra oportunidad. Luego les conté cómo había cambiado su comportamiento. Cómo se había puesto nervioso e inquieto. ¿Cómo había pasado cada vez menos tiempo en la casa club?

Presley me tomó de la mano en cada detalle.

La palma de Luke nunca se apartó de mi rodilla.

Luego llegué al final de mi historia y me moví, sacando el teléfono del bolsillo trasero de mis vaqueros. Lo abrí, saqué el video y se lo entregué a Emmett mientras él estiraba una mano sobre la mesa de centro.

Los chicos lo vieron dos veces. Cuando se mencionó el nombre de Draven, Presley se estremeció y sus ojos se llenaron de lágrimas, pero parpadeó para apartarlas.

—Lo siento —susurré.

—No lo mataste.

Algún día, esperaba escuchar la historia de Draven Slater. Esperaba saber cómo lo había encontrado Presley y quién había sido para ella. Por ahora, estaba contenta de saber que ella había encontrado una familia aquí. Había encontrado personas que la protegerían.

Cuando terminó el video, Dash me entregó mi teléfono.

—¿Cuántas copias de eso hay?

—Dos. —Miré a Luke y me gané un pequeño asentimiento—. Está en este teléfono y lo colocamos en un sitio de almacenamiento en la nube.

Luke había escrito el nombre de usuario y la contraseña en una carta. Esa carta, junto con la tarjeta de la agente Maria Brown, estaba actualmente en la caja fuerte de su arma. Me había asegurado que su padre conocería el código y que si algo le pasaba a Luke, su padre sabría qué hacer.

Leo, que se había levantado de su asiento para ver por el hombro de Emmett, comenzó a pasearse frente a la repisa de la chimenea.

—¿Quién es el chico de la silla?

—Ken Raymond. El tipo del río esta primavera. —Luke recogió la carpeta de archivos que había traído a casa del trabajo esta tarde. La colocó

PRINCE

DEVNEY PERRY

sobre la mesa de café y la abrió, mostrándome una foto espantosa de un cuerpo azul e hinchado.

Me encogí, Presley y yo apartamos la mirada.

—¿Alguien lo reconoce? —preguntó Luke.

Emmett y Leo negaron con la cabeza.

Dash entrecerró la mirada, estudiando la imagen antes de mover su escrutinio a mi cara. Había un ceño fruncido en sus rasgos. Un ceño severo y amenazador que desafiaba a cualquiera a desafiarlo.

Sí, podía verlo liderando una pandilla de motociclistas. Tenía el mismo aire de confianza que siempre había rezumado Tucker Talbot. Si no fuera por la confianza de Luke y Presley en él, no le habría contado nada a Dash.

—¿Lo reconoces de tu tiempo con los Warriors? —preguntó.

—No. Nunca lo había visto antes de esto.

—¿Alguna vez escuchaste el nombre antes? —preguntó Emmett.

Negué.

—No, al menos, no lo creo. Casi todo el mundo usaba un apodo.

—¿Quién era? —preguntó Leo a Luke.

—Según sus antecedentes, un ciudadano honrado. Casado. Sin hijos. Trabajó como gerente de un campo de tiro bajo techo en Ashton. Sin arrestos. Sin nada.

—Los ciudadanos honrados no se mezclan con los Warriors —murmuró Dash—. Está demasiado limpio.

—De acuerdo. Hice algunas averiguaciones esta mañana. Haré más mañana, pero en la superficie, todo parece normal. Exactamente como se suponía que debía verse. Pero según mi base de datos, Ken Raymond no tiene parientes más cercanos. Y su esposa ha dejado Ashton. Después de vivir allí durante diez años, se fue diez días después de su muerte. Sin dirección de reenvío. Simplemente se fue.

—Bueno, su esposo acaba de morir —dijo Presley—. No puedo culparla.

—A menos que esté huyendo. O muerta —dijo Dash—. Tal vez se vincularon con los Warriors por su trabajo. Podría haberles vendido armas a escondidas. Lo mataron. La mataron también.

—Definitivamente posible. —Luke asintió.

Dash se volvió hacia Emmett.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—Vamos a averiguar. Veamos si podemos descubrir quién es realmente Ken Raymond.

Emmett asintió y luego se volvió hacia Luke.

—¿Qué tan lejos llegaste?

—No muy lejos. No tengo una orden judicial.

Emmett sonrió.

—No necesito una.

Presley se inclinó más cerca.

—Emmett hace algo de piratería en su tiempo libre.

—Ah. —Asentí—. ¿Pero cómo me ayuda esto? Los Warriors no saben que los grabé en video. No me gusta que este tipo Ken tuviera que morir, pero ¿por qué es importante que averigüemos cómo?

—Información —dijo Luke—. Ahora mismo, estamos llegando a la mesa con más preguntas que respuestas. Necesitamos una ventaja y cuanto más sabemos, mejor posicionados estamos. Porque incluso si convencemos a los Warriors de que no tienes nada que ver con el robo de Jeremiah, el FBI te querrá. No me gusta ir a las reuniones con los funcionarios federales siendo el tipo más tonto de la sala.

—Exactamente. —Dash asintió—. Si podemos descubrir la conexión entre Raymond y los Warriors, podría darnos una pista sobre lo que busca el FBI.

—He estado pensando en esto toda la noche —dijo Emmett, con los dedos en la barbilla—. ¿Por qué el FBI querría a Scarlett?

—¿Porque creen que robé las drogas? —Me encogí de hombros—. ¿Quizás quieren arrestarme?

—No. —Dash negó con la cabeza—. Estoy en la misma pista que Emmett. No quieren arrestarte. ¿Jeremiah dijo cuánto robó?

—Cien mil dólares —respondió Presley.

—Eso no es nada para la DEA —dijo Dash—. Están trabajando para derribar cárteles y pandillas, no un negocio de drogas de poca monta por parte de una mujer de los suburbios. Están aquí por este asesinato.

—Esto es lo que estoy pensando. —Luke apretó mi rodilla y luego se inclinó hacia adelante—. Los federales van tras los Warriors, pero no tienen pruebas suficientes para acabar con ellos. Probablemente han estado monitoreando a los Warriors durante años. Ven a Scarlett entrar y salir un

PRINCE

DEVNEY PERRY

año después. Días después de que ella deja Ashton, Jeremiah la retiene como rehén y luego se suicida. Eres una mujer con la que me gustaría hablar.

—Si va al FBI, pase lo que pase, los Warriors pensarán que habló de más. —Leo alzó las manos—. Está muerta.

Me estremecí y todo el cuerpo de Luke se puso rígido.

—Leo —siseó Presley—. La única persona que va a morir eres tú porque te voy a estrangular si no puedes controlar mejor tu lengua. Esta es mi hermana.

—Ellos ya piensan que ella les robó el dinero. Si creen que se ha convertido en informante, la enterrarán, Pres. Simplemente digo las cosas como son.

—Cuidado, Leo. —Los molares de Luke rechinaban juntos—. Dilo como es, pero respeta el hecho de que Scarlett está sentada aquí.

Leo levantó las manos y luego murmuró:

—Lo siento.

—¿Cómo cambiamos su opinión? —pregunté, manteniendo la conversación en el camino. Lo importante aquí era convencer a los Warriors de que era inocente—. No tengo pruebas de que no tomé las drogas. Es mi palabra contra la de Jeremiah.

—Lo escondió bien, lo que sea que hizo con el dinero —dijo Emmett—. Después... —*Después de su muerte*—. Revisé sus registros para ver si podía encontrar una entrada de efectivo. Cuentas bancarias. Tarjetas de crédito. Todo normal. No hay rastro del dinero.

—No lo habría —murmuré—. Lo perdió todo jugando.

Jeremiah había estado tan seguro de que se haría rico. Quería probarse a sí mismo ante el mundo. A sus padres, que no se habían molestado en prestarle atención de niño y le habían concedido aún menos de adulto.

El dinero se había ido. Con él, la prueba de mi inocencia.

—Vamos a pensar en algo —dijo Leo, dándome una pequeña sonrisa para compensar su franqueza anterior.

Era un sentimiento extraño ser ayudada por extraños.

Nadie había acudido a mi rescate hasta que llegué a Clifton Forge. Ni siquiera Jeremiah. Había recibido órdenes de Presley y nos había comprado un auto, pero cuando llegó el momento, no me había rescatado.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Y era lo bastante mujer para saber que necesitaba un rescate. Simplemente esperaba como el infierno que estos hombres supieran lo que estaban haciendo.

—Gracias —susurré.

Dash asintió y se puso de pie.

—Salgamos. Descarga el auto. Estaremos en contacto.

Todos atravesaron la sala de estar y la cocina.

Presley no me había soltado la mano, no desde que empezamos a hablar, y su agarre era tan fuerte como siempre. Tiró de mi brazo, apartándose de los demás.

—Di la palabra y te sacaremos de aquí —dijo en voz baja—. Shaw y yo hemos estado hablando y si quieres una nueva vida, podemos hacer que suceda. Europa. Australia. Donde sea que quieras ir, lo resolveremos.

—No. No, a menos que tenga que hacerlo. No quiero rendirme. —Y no quería renunciar a Luke.

—Bien. —Suspiró—. Esperaba que dijeras eso.

Si iba a renunciar a mi vida, maldita sea, me llevaría a algunos de los Warrior conmigo. Iría al FBI. Era dudoso que me hubieran creado una nueva identidad tan cómoda como la que Shaw Valance podía permitirse, pero al menos habría algo de justicia para esos bastardos en Ashton.

—Ten cuidado. —La acerqué para darle otro fuerte abrazo.

—Tú también. No puedo creer que hayas estado aquí todo este tiempo.

Habían sido los mejores meses de mi vida. Y si todo se derrumbara hoy, estaría agradecida por cada segundo.

—¿Puedo hacer una confesión?

—Oh... seguro. —Me dejó ir con el ceño fruncido.

—Pensé que era lo suficientemente valiente. Como tú.

—No soy valiente, Scar.

—No, tú lo eres. Y yo no lo soy. Es cierto. Estoy bien admitiéndolo también. Cuando finalmente me fui de casa, tuve la oportunidad de estar sola y la arruiné. Tomaste la tuya hace diez años y floreciste. Perdí la mía en Jeremiah porque no fui lo suficientemente valiente como para forjar mi propia vida. Y me he sentido culpable por eso durante mucho tiempo. Estaba celosa de ti. Estaba decepcionada de mí misma. No soy valiente ni independiente. Tengo miedo del futuro. Lo tenía de niña. Lo tengo ahora.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—¿Por qué me estás diciendo esto? —susurró.

—Porque quiero que sepas cuánto lamento que mi falta de coraje te haya lastimado. No quería eso. ¿Me perdonarás?

Los ojos de Presley se llenaron de lágrimas.

—No hay nada que perdonar. No tienes que dar explicaciones.

—Sí.

Luke apareció a mi lado, su brazo serpenteando alrededor de mis hombros.

No me había dado cuenta de que había estado escuchando. Cuando miré más allá de él, todos estaban escuchando. Me sonrojé, la vergüenza se apoderó de mí, pero luego miré el rostro de Dash. Miré a Luke.

Y había respeto allí.

—No tener miedo no es lo que te hace valiente, hermosa —dijo Luke—. Ser valiente significa que miras ese miedo a la cara y admites que te asusta. Pero no te rindes de todos modos.

Le dediqué una sonrisa triste.

—No me doy por vencida.

—Yo tampoco. —Presley asintió.

—Arreglaremos esto —dijo Emmett, dándole una palmada en el hombro a Luke.

—Claro que sí. —Dash asintió—. Uno de estos días, ese hijo de puta de Tucker Talbot recibirá lo que se merece. Quiero estar ahí cuando lo haga. Vamos a hacer algunas investigaciones, luego, voy a hacer la llamada. Y haremos todo lo posible para sacar al bastardo de nuestras vidas.

PRINCE

DEVNEY PERRY

17

Luke

—D ash y Emmett van a venir. Scarlett se quedó helada. Los platos de comida que acababa de sacar del armario flotaban a centímetros de la encimera de la isla.

—¿Ya? Estuvieron aquí ayer.

Le quité los platos y los dejé.

—Quizás Emmett encontró algo.

Solo habían pasado veinticuatro horas, pero no lo dejaría pasar.

Scarlett se ocupó de preparar el plato de pollo y arroz que había preparado.

Nos sentamos en la sala de estar a comer, balanceando los platos sobre las rodillas como lo hacíamos normalmente, pero ninguno de los dos hizo mucho más que empujar la comida mientras el reloj que había comprado para colgar en una pared desnuda sonaba más fuerte que nunca. El nudo en mi estómago comenzaba a sentirse permanente.

—Todo está sucediendo tan rápido —susurró Scarlett.

—Sí.

—Me alegro, supongo. Quiero que termine de una vez, pero yo solo... —Suspiró y dejó el tenedor—. Quiero que se acabe de una vez. Pero también solo quiero volver a como eran las cosas.

Viviendo aquí. Los dos en una burbuja. El tiempo en el río.

—Volveremos a eso. Simplemente no más esconderse.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Había una confianza en mi declaración que no sentía, pero estaba haciendo todo lo posible para no dar a entender a Scarlett mis propias ansiedades.

Se puso de pie y llevó su plato al fregadero, renunciando a la cena. Me obligué a comer la mitad, palear más que probar, luego la ayudé a arreglar la cocina.

Acababa de cerrar el lavavajillas cuando el estruendo de dos motocicletas llenó el aire.

—Ya vuelvo.

Scarlett asintió mientras yo besaba su mejilla, luego envolvió sus brazos alrededor de su cintura mientras yo salía al garaje y abría la puerta.

Dash y Emmett entraron en el camino de entrada, sus motocicletas brillaban negras y rezumaban amenaza y dinero. Esas motocicletas probablemente cuesten más que dos de mis camionetas juntas. Habían pasado años desde la última vez que había estado en una motocicleta y nunca una tan buena como los modelos personalizados que estos tipos construían en el taller.

Quizás cuando esto terminara encontraría algo divertido para pasear por el campo. Scarlett y yo podríamos pasar las tardes explorando. Aunque sospechaba que prefería llevarse la balsa al río.

Yo también.

Dash bajó el soporte de su motocicleta y pasó una pierna por encima de la máquina para ponerse de pie.

Emmett hizo lo mismo, metiéndose las gafas de sol en el cabello.

—Hola.

Le estreché la mano, luego la de Dash.

—Tengo algo para ti. —Dash se acercó a su motocicleta, abrió una de las alforjas y sacó una parte grasienta envuelta en un trapo rojo—. Para el auto.

—Gracias. —Hice un buen espectáculo al desenvolver la pieza e inspeccionarla. Luego todos caminamos hacia los restos oxidados que habíamos estacionado en mi camino de entrada anoche.

Sabía lo suficiente sobre los autos como para ser peligroso, pero no lo suficiente como para restaurar uno viejo. Pero mis vecinos y el agente Birdy de al lado no lo sabían. Con el capó abierto, todos nos inclinamos sobre el

PRINCE

DEVNEY PERRY

capó y miramos el motor. Mi plan era pasar unas horas aquí de vez en cuando para mantener la farsa. Pero este viejo montón nunca iba a funcionar, al menos no si yo estuviera a cargo de las reparaciones.

—¿Encontraron algo? —pregunté, manteniendo mi voz baja.

Emmett empujó un perno suelto al lado de la batería.

—Sí y no.

Dash colocó la pieza en la parte superior del bloque del motor.

—¿Qué tal una cerveza?

—Vamos.

Dejamos el capó abierto mientras caminábamos hacia el garaje y hacia la casa.

Scarlett esperaba en la cocina, con el labio inferior atrapado entre los dientes.

—Hola, Scarlett. —Dash saludó con la mano mientras me dirigía a la nevera.

Emmett me sorprendió acercándose y rodeando sus hombros con uno de sus grandes brazos.

—Voy a necesitar que me des toda la suciedad sobre Pres para tener nuevas municiones con las que burlarme de ella en el trabajo.

Scarlett sonrió y algo de ansiedad desapareció de su rostro.

—Odio decepcionarte, pero estoy del lado de Presley.

Emmett frunció el ceño y le quitó el brazo.

—Mierda.

Dash se rio entre dientes y tomó la cerveza que le entregué.

—Encajarás perfectamente.

Maldita sea, eso esperaba. Quería que Scarlett encontrara un buen lugar aquí. Porque entonces tal vez cuando esta tormenta de mierda terminara, ella elegiría quedarse.

Me había concentrado en lograr que ella fuera libre de vivir en cualquier lugar, pero pronto, me iba a concentrar en otra cosa: convencerla de que viviera en Clifton Forge.

Si ella quisiera ver el mundo, trabajaría duro para darle las mejores vacaciones que pudiéramos permitirnos. Pero no quería perderla por la pasión por los viajes o los sueños perdidos. Tenía que haber una forma de

PRINCE DEVNEY PERRY

tener una oportunidad real de tener una relación. Sin reglas. Sin puertas cerradas. Sin ventanas con persianas.

Quería tiempo para ver si esta cosa entre nosotros tenía poder de permanencia.

Con Presley aquí, tenía familia. Y con otras mujeres buenas, como Bryce y Genevieve, Scarlett podría tener una vida con tanta amistad, amor y risa.

Pero primero teníamos que liberarla. Libre de elegir su vida. Y, con suerte, libre de elegir una conmigo.

Le di a Emmett una cerveza y abrí la mía.

—¿Qué encontraste?

—Poco. —Emmett negó con la cabeza.

—Lo mismo aquí —dije.

Me había pasado el día con la puerta de la oficina cerrada; *lo siento, agente Brown*; y la nariz en la computadora, buscando información sobre Ken Raymond. No había nada que encontrar. El tipo había sido un ciudadano modelo. Había tenido una multa por exceso de velocidad hace tres años y eso era todo. Su esposa estaba impecable. Sus padres habían fallecido. También los de ella. La esposa tenía una hermana que vivía en Florida. Quizás había dejado Ashton para ir allí, pero lo dudaba.

—No hay nada sospechoso —dijo Emmett—. Y ese es el problema. Tenía una Harley normal. Aburrido. Su casa y su auto estaban pagados. Aburrido. No ha salido del país en veinte años. Aburrido. Su trabajo consistía en administrar el campo de tiro y la tienda de armas, un horario de ocho a cinco. Aburrido.

—¿Entonces? —preguntó Scarlett.

—Los hombres aburridos no se mezclan con clubes de motociclistas como los Warriors —respondió Dash—. Tampoco los hombres de la edad y posición financiera de Ken. No era rico pero tampoco pobre. Si un tipo como Ken quisiera entrar en un club, se uniría a un grupo de equitación local con un grupo de abogados, médicos y banqueros que compren la misma motocicleta de cincuenta mil dólares y se dejan crecer la barba cada agosto. Esos clubes hacen paseos en verano y sus Harleys hechas a mano son cubiertas con lonas en un garaje cada invierno.

—Eso no es los Warriors —dijo.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—No, no lo es —murmuré—. Mi instinto dice que se mezcló con ellos debido a su trabajo en el campo. Pero es extraño que no haya un patrón que lo conduzca. Problemas financieros o algo que demuestre que necesitaría dinero extra.

—Tal vez lo estaban chantajeando por algo —dijo Dash—. Hábito de las drogas. Una amante.

—Quizás. Definitivamente nos estamos perdiendo algo. ¿Pero qué?

La vida de Ken se parecía a la de cualquier hombre normal de clase media. No había ninguna razón para que él estuviera afiliado a los Warriors. No había ninguna razón para que lo amarraran a una silla, lo golpearan hasta convertirlo en pulpa y lo arrojaran al río para que se ahogara.

Los Warriors eran despiadados. Eran una pandilla de hombres que sabían escapar de la ley. Todos los miembros y afiliados conocidos tenían antecedentes penales. Pero eran buenos para esquivar el castigo por delitos mayores, los que significaban una vida en prisión. Cuando los Gypsies habían existido, también habían sabido evitar el enjuiciamiento. Los Gypsies podrían haberse disuelto para convertirse en ciudadanos respetuosos de la ley, pero los Warriors eran los criminales despiadados que siempre habían sido.

Y estaban creciendo. Con la partida de los Gypsies, Tucker Talbot había expandido su imperio criminal. Tal vez se había vuelto codicioso y estaba empezando a pelear con las bandas de motociclistas de California.

¿Era por eso que el FBI estaba en Montana?

No había ninguna razón para que Ken Raymond estuviera afiliado a los Warriors a menos que...

—Maldita sea. —Solté una carcajada. Debería haber pensado en esto hace meses—. O Ken Raymond fue arrestado haciendo algo sucio y el FBI lo convirtió en una rata como parte de su acuerdo de culpabilidad, o... Ken Raymond es una fachada. Hijo de puta.

—¿Qué fachada? —preguntó Scarlett.

—Una identidad falsa —aclaré—. Probablemente creada por el FBI para uno de sus agentes encubiertos.

La boca de Scarlett se abrió.

—¿Crees que era un agente encubierto?

—Sí. Lo creo. —Explicaba por qué el FBI se había demorado en la ciudad. Por qué habían dedicado tantos recursos a esto. Esperaban que

PRINCE

DEVNEY PERRY

Scarlett pudiera ayudarlos a probar que uno de sus agentes había sido asesinado.

—Es la explicación más lógica —dijo Emmett—. De lo contrario, tendría un expediente. Una rata tendría antecedentes. Algo que el FBI se olvidó de borrar. Incluso una mención en el archivo de un periódico de que se había metido en problemas. Pero no hay nada. Está demasiado limpio y me ha estado molestando todo el día. Supongo que el FBI plantó a Ken en la armería. Vendió las armas de los Warriors a escondidas. Quizás trató de entrar con ellos o quizás no. Pero lo jodió en algún lugar del camino y descubrieron que era un agente.

—Ha estado en Ashton durante años —dije—. Al menos, eso es lo que muestran sus registros. Aunque supongo que todo es una mierda. Dudo que el FBI lo colocara aquí durante tanto tiempo para un solo club.

Aunque había subestimado hasta qué punto se quedarían para encontrar a Scarlett también.

—Puede que no sea solo un club —dijo Dash—. Apuesto a que el FBI ha tenido un expediente abierto sobre los Warriors durante décadas. Todo depende de lo agresivo que se haya vuelto Tucker últimamente. Pero hay rumores de que ha estado creciendo durante los últimos doce meses. Rápido. Y los mismos rumores dicen que está controlando una importante red de transporte de drogas. Que tiene vínculos con un cartel y algunos clubes importantes de California. El FBI podría estar detrás de los Warriors como un medio para abrir la puerta a otros clubes del sur.

Quizás Tucker no era un jugador tan pequeño como había asumido. Entonces, según esa lógica, el FBI probablemente tenía un archivo similar sobre el Club Tin Gypsy Motorcycle.

—¿De verdad crees que pondrían un agente en Ashton, a largo plazo?

Dash se encogió de hombros.

—Tucker es un hijo de puta ambicioso. Es cercano a otros clubes en Oregón y Washington. Podría ser que esté tratando de que entren bajo su parche. Si se expande y luego se vincula con los clubes de California, el FBI está lidiando con toda una pandilla costera. Quizás usar un recurso local fue una oportunidad para evitar que eso sucediera.

—Todo es especulación. Sobre Tucker. Sobre Ken. No encontré nada para respaldarlo —dijo Emmett—. Sin la esposa a quien interrogar en persona, es imposible saber si él era un agente. Aunque su desaparición lo hace más plausible. Quizás ella también sea agente y se haya ido para cubrir

PRINCE

DEVNEY PERRY

sus huellas. Si los Warriors sabían que Ken era un federal, probablemente también sospecharían de ella.

Me burlé y señalé la pared del fondo.

—La esposa es probablemente mi nueva vecina. —El agente Birdy probablemente había dejado Ashton y su papel como la supuesta esposa de Ken para ir a Clifton Forge y encontrar pruebas de sus asesinos.

—¿Crees que los Warriors sabían que él estaba con el FBI? ¿O crees que lo mataron por otra razón?

Dash negó con la cabeza.

—Tu suposición es tan buena como la mía. Aunque apuesto a que se dieron cuenta de que Ken estaba encubierto y lo mataron.

Rodeé la isla y acerqué a Scarlett a mi lado. Si el FBI estaba tan desesperado por hablar con ella, significaba que no tenían nada más. No hay pruebas que relacionen la muerte de un agente con los Warriors.

Y Scarlett tenía el video.

Joder. Mi estómago se revolvió. Esto se volvía más complicado cada segundo. Una cosa era hacer la vista gorda ante un criminal que mata a otro criminal. No es aceptable, pero es un poco más fácil de tragar que un criminal asesinando a un compañero de la ley.

Para empeorar las cosas, el papel de Ken en el plan del FBI no había sido suficiente. Cualquier evidencia que Ken hubiera encontrado, si es que alguna, debió haber sido insuficiente si la agente Brown me acosaba a diario para averiguar el paradero de Scarlett. Y no debía tener pruebas suficientes para obtener una orden de allanamiento o intrusión en mi casa.

Si estuviera en su posición, estaría desesperado por castigar a los responsables de la muerte de un colega. También me quedaría en Clifton Forge si fuera mi única pista.

Los Warriors tenían que pagar por su muerte. Por todas las vidas que habían tomado y arruinado.

Aparte del video de Scarlett, tenía que haber pruebas en esa casa club.

—¿Qué tan buen trabajo crees que hicieron los Warriors limpiando esa habitación donde Ken fue asesinado?

—No habrá ninguna evidencia física —dijo Dash—. Habrán blanqueado esa habitación para dejarla limpia. Pero puede que haya algo electrónico.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Scarlett probablemente no sea la única que registró lo que sucedió en esa habitación.

Parpadeé.

—¿Qué? ¿Registrarían un asesinato? ¿Por qué?

—Supongo que Tucker tiene todas esas habitaciones en video —dijo Emmett—. Pero no verás su rostro. Se habrá parado justo debajo de la cámara para que no se vea su rostro, pero sí el de todos los demás. Mantendría la voz baja, tal vez no hablaría en absoluto.

—Eso no tiene sentido. ¿Por qué *crear* pruebas?

—Porque estás pensando como un policía. —Emmett me dio una palmada en el hombro—. No el presidente de un club de motociclistas. Digamos que uno de sus hermanos tiene la idea de que Tucker no está en condiciones de liderar y comienza a convencer a la hermandad de lo mismo. ¿Qué les impedirá poner a Tucker en la silla la próxima vez y arrojar su cuerpo al río?

—¿Crees que harían un motín?

Dash asintió.

—Si el club no estuviera ganando suficiente dinero. Si alguien fuera ambicioso y quisiera tomar las decisiones. Tucker se protegería de eso.

—¿Fue así para ti y tu papá? —pregunté. Draven y Dash habían sido presidentes de su club. ¿Siempre habían estado atentos a que otros miembros los apuñalaran por la espalda?

—Sí y no. Confiamos con cautela. Y fuimos selectivos sobre a quién permitimos unirse. No trajimos a cualquiera a los Gypsies. —Dash miró a Scarlett—. No te ofendas, pero si Jeremiah se hubiera presentado en la puerta de nuestra casa club, no habría cruzado el umbral.

—No te preocupes. —Se inclinó más cerca—. Entonces crees que Tucker registra lo que sucede en esa habitación, y que tiene evidencia de los otros miembros en caso de que intenten traicionarlo.

—Garantizado —dijo Emmett—. Pero eres la única que puede derribarlo. No hay forma de que nadie más que él sepa que se está grabando la habitación.

—¿Crees que podría hacer que todo el club sea monitoreado? —pregunté.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—Posiblemente. —Dash tomó un sorbo de su cerveza—. Quizás él ya sepa que Jeremiah fue quien le robó el dinero. Pero entonces, ¿por qué seguirían apareciendo en la ciudad? Tucker está buscando a alguien.

—Yo —murmuró Scarlett—. Me está buscando. Y si él sabe que tomé ese video, entonces, ¿cómo lo expresó Leo? Estoy muerta.

—Si Tucker supiera que tomaste ese video, no creo que hubieras llegado a Clifton Forge —dijo Emmett—. Quizá no haya grabado el pasillo. Quizás lo hizo y nunca miró el video. Supongo que solo lo escanea cuando lo necesita. Así que no creo que sepa que lo tienes. Todavía.

—Entonces solo me quiere porque cree que robé dinero.

—Probablemente. —Dash asintió—. Tucker no permite el robo. Es despiadado con su dinero.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté.

—Porque una vez fui presidente de un club de motociclistas. Alguien roba, paga. Fin de la historia. —El tono frío y duro de la voz de Dash hizo que Scarlett se estremeciera.

—Creo que Tucker está cubriendo su trasero en este momento —dijo Emmett—. Si Ken Raymond era un agente del FBI, Tucker hizo una jugada audaz al arrojarlo a ese río. Y si el FBI prevalece tanto en Ashton como aquí, sabe que están buscando a Scarlett. Probablemente eres una de las pocas que ha vivido en esa casa club y no es leal a su club. Eres un comodín. Supongo que Tucker quiere encontrarte para averiguar lo que sabes. Y lo que vas a decir. Demonios, él podría pensar que tú también estabas de encubierto.

—Esto es muy frustrante. —Scarlett se soltó de mi agarre y se pasó una mano por el cabello, tirando de las raíces—. Estamos adivinando. Todos estamos adivinando.

—¿Quieres publicar ese video de forma anónima? —preguntó Dash—. Podría funcionar.

Negué con la cabeza. Scarlett y yo lo discutimos. No hay forma de que el FBI no lo rastree hasta ella y la haga testificar.

Sobre todo, sospechaba que el FBI necesitaba que Scarlett les diera una excusa para atravesar las puertas de la casa club. Si pudieran usarla como testigo, podrían conseguir que un juez emitiera una orden de redada contra los Warriors.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Scarlett se alejó de la isla, caminando a lo ancho de la cocina. Cuatro pasos. Girar. Cuatro pasos. Girar.

Había tanto arrepentimiento en su rostro y, por una vez, no supe qué decir. ¿Cómo podía prometerle un futuro si en realidad no estaba seguro de que pudiera salir de esto?

—Está bien, retrocedamos —dije—. Supongamos que los Warriors no conocen el video. Antes de que podamos lidiar con el FBI, tenemos que sacar a los Warriors de Clifton Forge y alejarlos de Scarlett. ¿Cómo hacemos eso?

—Con una ventaja —dijo Dash.

Ventaja. ¿No había usado esa palabra ayer?

—Les decimos que ella tiene el video —dijo Emmett—. Desaparece cuando ellos lo hagan.

La bilis subió a mi boca. Excepto que si trabajábamos con los Warriors, significaba dejar libres a los asesinos. Iba en contra de todo en lo que creía como policía. Todo en lo que creía como hombre.

El premio a mi moral fue Scarlett.

—Así que lo dejamos todo ahí fuera —dije.

Dash asintió.

—Es la única opción que veo. Vamos con Tucker. Le decimos que Scarlett no tomó sus drogas. Le decimos que el FBI la quiere y que tiene una prueba en video de un asesinato. Tucker siempre ha sido un hombre para hacer un trato. Lo arreglamos para que si algo le pasa a Scarlett...

—O a cualquiera —interrumpió—. Tienen que estar de acuerdo en dejar a todos en paz.

—De acuerdo —dijo Dash—. Nos dejan en paz, dejan Clifton Forge para siempre o el video va al FBI.

Scarlett dejó de caminar.

—Esto parece una locura. ¿Funcionará?

—No lo sé —admitió Dash—. Pero si fuera yo en tus zapatos, eso es lo que haría.

La cocina se quedó quieta.

Scarlett me miró.

—Es tu decisión, hermosa. —Esta no era una decisión que pudiera tomar por ella.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Estábamos en el río de nuevo. Todavía nos quedaban solo dos opciones.

Negociar con los Warriors.

O ir al FBI.

Scarlett recuperaba su vida si chantajeábamos a los Warriors para que la pusieran a salvo. Y los Warriors se saldrían con la suya. Otro asesinato.

¿Podría vivir con eso? ¿Sabiendo que un policía, un tipo que había comenzado como yo con la esperanza de hacer del mundo un lugar mejor, había sido asesinado mientras hacía su trabajo? ¿Y no hacer nada al respecto?

Ken Raymond merecía justicia. Scarlett se merecía su vida.

Mis entrañas estaban siendo partidas en dos, como una bala atravesando mi pecho, rompiendo huesos, partiendo mi corazón por el centro.

Durante años, actué como jefe de policía, defendiendo la ley y manteniendo a los ciudadanos a salvo. Había prometido hacer un mejor trabajo que el que Marcus Wagner había hecho antes que yo.

¿Pero era mejor que Marcus Wagner? Había matado a una mujer, había acabado con su vida con sus propias manos. Tal vez no había cometido un asesinato, pero si Scarlett optaba por hacer un trato con los Warriors, sería cómplice de uno de todos modos.

Por el momento, mi crimen parecía tan grave como el de Marcus.

Algunas cosas eran más fáciles de pasar por alto, como la propensión de Emmett a piratear. Una madre en una minivan conduciendo a nueve kilómetros por encima del límite de velocidad. Un peatón cruzando por donde no debe en Central. Pero esto era un asesinato. ¿Realmente podría dejarlo pasar?

Ayer, me prometí que encontraría otra forma de culpar a los Warriors del asesinato de Ken Raymond. Pero una desesperanza profunda y aplastante se instaló en mis huesos.

Si el FBI no había encontrado pruebas, yo tampoco lo haría.

Me volví hacia el fregadero, vertiendo mi cerveza por el desagüe. Luego apoyé mis manos en el mostrador, mirando la delgada cubierta sobre la ventana como si pudiera ver el patio.

No podía mirar a Scarlett. Ella querría que yo decidiera y maldita sea, no podría hacerlo.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Finalmente, susurró:

—Llama a Tucker.

—Está bien —dijo Dash. Te haré saber lo que encontremos. Saldremos de aquí.

Luego, sin decir una palabra más, él y Emmett dejaron sus cervezas, las botellas de vidrio resonando en la isla, y salieron por la puerta. El ruido sordo de sus botas resonó en el garaje hasta que se fueron, reemplazados por el rugido de sus motocicletas cobrando vida.

Luego se hizo el silencio.

El silencio se prolongó. Pasaron los minutos. Hasta que los pies descalzos de Scarlett pisaron el suelo de madera y sus brazos me rodearon por detrás.

—No quiero perderte.

Mierda. Bajé la cabeza y me volví, atrayéndola hacia mí con un abrazo feroz.

—Yo tampoco quiero perderte.

—Sé que es egoísta. Sé que no es lo correcto. Pero no quiero perderte.

Con la barbilla en la mano, incliné su cara. Sus ojos estaban llenos de lágrimas. Aparté el cabello de sus sienes, luego solté su barbilla para enmarcar su rostro antes de dejar caer mis labios sobre los de ella.

El beso empezó lento. Suave. Entonces un frenesí se apoderó de mis venas, una urgencia por saborear su sabor y memorizar el deslizamiento de su lengua contra la mía.

Los brazos de Scarlett se unieron con fuerza, abrazándome más cerca mientras devoraba su boca. Por mucho que la estuviera empapando, ella estaba haciendo lo mismo.

Un gemido escapó de su garganta cuando la levanté del suelo. Ella quitó sus brazos de mis costillas, uno a la vez, colocándolos sobre mis hombros. Sus piernas se envolvieron alrededor de mis caderas. Entonces el frenesí se convirtió en un incendio forestal.

Crucé la casa a grandes zancadas, prácticamente trotando hasta las escaleras. De camino al dormitorio, rasgué su ropa mientras ella rasgaba la mía. Las manos vagaban. Los dedos se movieron a tientas. La urgencia de desnudarla, de sentir su piel sobre la mía, era como una sirena sonando en mi mente, bloqueando cualquier otro ruido.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Scarlett tiró y jaló de los botones de la camisa de mi uniforme hasta que quedó libre. La hice desnudar hasta quedar solo con un sostén con sus vaqueros y bragas arremolinados en sus tobillos.

La levanté, la arrojé a la cama y le quité los pantalones antes de apartar los míos. Luego rasgué su sostén, rompiendo el broche central, antes de acomodarme en sus brazos.

Sus labios encontraron la piel de mi hombro, mordisqueando, lamiendo y chupando. Mi polla encontró su centro, y con un empujón apresurado, conduje a casa.

—Luke —gritó Scarlett, el éxtasis tensaba la voz.

—Joder, te sientes bien.

Ella gimio su acuerdo mientras yo me deslizaba hacia afuera y golpeaba adentro una vez más. Una y otra vez, nos movíamos juntos como amantes experimentados, tomando y dándonos placer de la carne del otro.

No fue lento y elegante. No fue perezoso y gentil. Follamos, desenfrenados y rudos, rindiéndonos a la necesidad de estar juntos. Para conectarnos como uno.

Los miedos desaparecieron, al igual que las preocupaciones por el mañana. Hundirse en el cuerpo tenso de Scarlett fue el bálsamo para calmar mi alma atribulada.

Las uñas de Scarlett se clavaron en mi piel. Sus gemidos llenaron la habitación mientras perseguía su liberación. El aroma de su champú y nuestro sexo se aferró al aire.

Esto era por lo que estábamos luchando. Esto, aquí mismo. Nosotros.

Mis caderas empujaron más y más fuerte, nuestra piel golpeándose, hasta que sus piernas temblaron y la presión se acumuló en la parte inferior de mi columna.

—Cariño. —Jadeó.

—Vente.

Detonó a mi alrededor, apretando y sacando mi propia liberación. Me derramé en ella en largos trazos, colapsando sobre ella, agotado. Luego la abracé con fuerza en los brazos.

La decisión que había rechazado, las dudas, regresaron como un maremoto.

—¿Puedes vivir con esto? —preguntó Scarlett.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Me deslicé y nos rodé a los dos, metiéndola en mi pecho para que no pudiera ver mi cara. Entonces ella no pudo leer la mentira.

—Estaré bien.

No volvimos a hablar de eso.

Scarlett se quedó dormida en mis brazos y, cuando la oscuridad se deslizó por el suelo, me deslicé de la cama y bajé. Cerré la puerta del garaje. Apagué las luces. Me paré en el fregadero y volví a repasar las opciones en mi mente, esperando desesperadamente pensar en otra.

Pero no había nadie para explorar.

Suspiré, listo para subir las escaleras, cuando mi teléfono sonó en la encimera de la cocina con un mensaje de texto de Dash.

Mañana. Nos vemos en el taller. Mediodía.

Mañana hablaríamos con Tucker. Mañana haríamos un trato con el diablo.

¿Podría vivir con eso?

Solo el tiempo lo diría.



223

TIN GYPSY: LIBRO CUATRO

NOBLE

PRINCE

DEVNEY PERRY

18

Luke

— **T** en cuidado —susurró Scarlett.
—Lo haré. —Asentí y le besé la frente,
luego me di la vuelta y me dirigí al garaje.
—Luke —llamó mientras mi mano
rozaba el pomo.

—¿Sí? —Miré por encima de mi hombro.

Estaba de pie en la sala de estar, con el rostro ceniciento. Sus brazos rodeaban su vientre. La línea de preocupación en el entrecejo estaba grabada profundamente. Me recordaba al día en que la traje del supermercado y se sentó en el viejo sillón de la casa de alquiler. Parecía perdida. Cansada.

Conocía la sensación.

Las cosas entre nosotros habían estado tranquilas esta mañana. No había ido a la estación para mi entrenamiento habitual del sábado por la mañana. Me había quedado en casa y nos habíamos tumbado en la cama, los dos fingiendo que dormíamos.

Esto sería más fácil, ¿verdad? Eso es lo que me decía a mí mismo. Que un día, dentro de unos años, no me importaría que hubiéramos dejado que los Warriors se salieran con la suya. Porque si tenía a Scarlett, valdría la pena.

—Lo siento —susurró.

—Lo sé. —Le di una sonrisa triste, luego abrí la puerta y desaparecí en el garaje.

Era casi mediodía. Es hora de reunirse con Dash.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Había un bar a medio camino entre Clifton Forge y Ashton. Tardaríamos más de una hora en llegar, y por primera vez en meses, estaba deseando tener algo de espacio de Scarlett. No porque estuviera enojado con ella. Nada de esto era culpa suya. No estaba enojado. No estaba molesto. Sólo estaba... ¿qué carajo estaba yo?

En conflicto. Frustrado.

Y enojado.

De acuerdo, estaba enojado. Y si tenía que apuntar a algún sitio, lo estaba enviando con toda su fuerza a los Warriors. Jeremiah había sido uno de ellos y ese hijo de puta había puesto a Scarlett en esta situación. El resto podía pudrirse en el infierno sólo por existir.

Enojado. Sí, esa era definitivamente la palabra correcta.

Apoyé parte de esa emoción en el pedal del acelerador, mis manos apretando el volante durante todo el camino hasta el taller.

Dash, Emmett y Leo estaban esperando, con sus motos en una pequeña fila en el estacionamiento. En cuanto me vio, Dash levantó una mano y salió a la calle con Emmett y Leo detrás. Los tres salieron a la carretera en fila india y encabezaron la salida del pueblo.

Miré el reloj. Mediodía, exactamente. Tardaría más de una hora en llegar al bar. Una hora para volver. Con el tiempo de reunión en medio, probablemente sería la cena para cuando llegara a casa. Eso si todo iba bien. Eso si los chicos no querían pararse a hablar en el viaje de vuelta.

Le había dicho a Scarlett que comiera sin mí, que no esperara si tenía hambre, pero dudaba que lo hiciera. No había comido mucho en los últimos días, no desde que fui al taller el miércoles.

No me gustaba que no estuviera comiendo. No me gustaban las tenues ojeras azules que tenía. Era demasiado fácil mirarla e imaginar a la mujer de hace meses, muerta de hambre, pálida y agotada.

Tal vez, con un poco de suerte, volvería a casa esta noche con buenas noticias y lo único que nos quedaría por resolver sería el FBI.

Entonces, con suerte, conseguiríamos la normalidad. Ansiaba la normalidad. No más visitas repetidas a mi oficina. No había mucho que hacer, pero apenas había visitado a mi personal desde que había vuelto del río.

O con mi padre.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Cuando entramos en la autopista, las motos rugieron por delante, separándose y acelerando por la carretera. Me puse a su altura, y las revoluciones del motor me empujaron hacia el asiento. Nos pusimos en marcha a gran velocidad, con el ruido de los motores por delante más fuerte que el de las ruedas de mi camioneta sobre el asfalto.

Me quedé atrás en un lugar más tranquilo y saqué el teléfono y busqué el número de mi padre. La llamada fue directamente al buzón de voz.

—Hola, papá —dije, dejándole un mensaje—. Sólo llamaba para saludar. Seguro que has salido a pescar. Atrapa uno grande. Llámame cuando puedas.

Maldita sea. Tiré el teléfono a un lado. Habría estado bien hablar con él. No le habría contado a papá lo que estaba pasando, pero él era la constante en mi vida. Él era el que me hacía sentir cómodo, el que me recordaba lo que realmente importaba. La familia. La honestidad. La integridad.

Me estaba cayendo en un par en este momento.

¿Qué carajo diría si supiera a dónde iba y por qué? Sacudiría la cabeza y maldeciría en voz baja. A papá no le gustaban los asesinos, los ladrones ni los matones.

¿Era yo mejor? Iba a chantajear a Tucker Talbot. Conseguiría a Scarlett. Todo lo que costaría sería mi brújula moral.

Pero la amaba.

Dios, la amaba. Si alguna vez hubo una duda, este viaje demostró hasta dónde llegaría para mantenerla en mi vida. Cuando todo terminara, esperaba que ella sintiera lo mismo.

A medida que pasaban los kilómetros, sólo podía pensar en Marcus Wagner. Había estado en mi mente más en los últimos días que en años.

Marcus había sido policía toda su vida. Había crecido en Clifton Forge, había servido a la ciudad y a sus ciudadanos durante décadas. Había tenido una familia. Amigos. Una buena vida.

Y lo había tirado por amor.

Marcus había tenido una aventura con Amina Daylee. Según su confesión, la había amado. Pero ella había elegido a Draven en su lugar, y para Marcus, el precio de esa traición había sido su vida.

Su *amor* por ella había comprometido su integridad. Había tirado su vida por la borda en nombre del amor.

PRINCE

DEVNEY PERRY

¿Estaba haciendo lo mismo?

Sabía la respuesta. En el fondo de mi corazón, sabía que la respuesta era sí.

Pero seguí conduciendo.

Había un todoterreno negro siguiéndonos. Lo había hecho desde Clifton Forge. Los agentes del FBI que estaban dentro ya no intentaban esconderse. Podían seguirnos pero dudaba que entraran en el bar donde nos íbamos a reunir con Tucker.

Quizás era la propia agente Brown la que estaba al volante.

La vería el lunes cuando decidiera honrar la estación con su presencia. Por una vez, estaba deseando que entrara en mi oficina. Porque si Tucker accedía a dejar a Scarlett en paz, la traería al trabajo el lunes. Y podría decirle a Maria que se había ido de vacaciones imprevistas, o lo que fuera que decidiéramos decir que era la razón de su desaparición.

Esperaba que intentaran intimidar a Scarlett con algo, pero mi mujer no se dejaba vencer. Ella seguiría luchando porque era fuerte como el acero. Su voluntad era de hierro puro.

Y ni siquiera se daba cuenta.

Lo que la hacía aún más fuerte. Scarlett creía que era débil, que no era valiente, así que no había ego que nublara sus decisiones. Cada acción fue hecha con vulnerabilidad y esperanza.

Le doy mucha importancia a la esperanza. Y la prefiero a la confianza ciega.

El resto del viaje pasó rápidamente y, para cuando el bar estaba a la vista, mis niveles de ansiedad eran de récord. Por suerte, después de años de ser policía, sabía cómo contenerla y mantenerme firme. La rabia que bullía en mis venas se mantendría a salvo hasta que la desatara sobre un saco de boxeo en el gimnasio de la comisaría mañana por la mañana.

Entré en el estacionamiento de grava del bar y el polvo pasó volando a nuestro lado mientras estacionábamos. Los chicos se bajaron de sus motos y yo me bajé de la camioneta, con la pistola guardada en su funda. Hoy había decidido llevar una camisa de uniforme con mis vaqueros. Mi placa estaba sujeta junto a mi pistola.

No tenía sentido fingir que era algo que no era, y Dash probablemente le había dicho a Tucker que estaría en esta reunión.

PRINCE DEVNEY PERRY

Los cuatro entramos en el bar. Mis ojos necesitaron un momento para adaptarse a la escasa luz.

Era un típico bar rural de Montana. Aquí el objetivo era servir alcohol, no proporcionar ambiente. El aroma de los cigarrillos viejos se apoderó del aire. Era ilegal fumar en lugares públicos, pero después de treinta o cuarenta años de fumar antes de que se aprobara esa ley, el olor se había arraigado en las paredes, el suelo y el techo.

—¿Qué puedo ofrecerles? —preguntó la camarera, apartándose del lugar donde había estado apoyada, mirando la televisión montada sobre la barra.

—Cuatro cervezas —dijo Dash—. No me importa lo que sean. Sólo que estén frías.

Asintió y abrió la nevera mientras nos sentábamos a una mesa alta en el centro de la sala. Éramos los únicos clientes del local.

Ninguno de nosotros habló mientras la camarera traía nuestras bebidas.

Dash le dio un par de billetes de 20 y, mientras volvía a su televisor, nos sentamos sin hablar. Ninguno de nosotros tocó una cerveza. Las botellas goteaban de condensación, encharcándose en la mesa rayada.

—¿Estás bien con lo que va a pasar aquí? —preguntó Emmett, con la voz baja.

—Sí —mentí.

—Siempre fuiste un mentiroso de mierda.

Me reí. No, esto no se me daba bien. Como policía, sabía que el testimonio de Scarlett podía salvar a muchos otros. Inocentes que se cruzaron con los hombres equivocados, como Tucker Talbot.

—No hay justicia en esto.

—Esto no es blanco o negro, Luke —dijo Dash—. Nunca lo será. Hay justicia para Scarlett. Ella no tiene la culpa. Ella estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado. No puedes equilibrar la balanza. Te volverás loco si lo intentas porque no existe tal cosa. Vivimos en un mundo gris y tienes que elegir el tono más cercano al blanco. Así que haz lo que te diga tu corazón.

Y mi corazón me dijo que salvara su vida.

Siempre. Esto siempre fue por Scarlett.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Meter a Tucker en la cárcel le sentaría de puta madre, pero Scarlett no merecía pagar esa cuota.

Hay justicia para Scarlett.

Y superaba la injusticia. Un millón de veces más, esto era lo correcto.

Yo no era Marcus Wagner. Y había necesitado estar aquí, en este oscuro bar, sentado junto a tres antiguos criminales, para darme cuenta de la diferencia.

Esto era lo correcto. Conseguiríamos justicia para ella. Y no tenía ningún problema en vivir con eso, sin importar los medios.

—Gracias.

Dash asintió.

Había elegido el asiento que daba a la puerta, y cuando se abrió, el destello de la luz del sol iluminó la habitación mientras tres hombres con chalecos de cuero negro entraban.

Sin una presentación, supe que era Tucker. Caminaba con la arrogancia de un hombre al mando. Se creía intocable. Rezumaba en su postura fácil y en la forma en que se mantenía un paso por delante de sus dos subordinados. Estaba listo para dar una orden y ellos estaban preparados para recibirla.

Me imaginé que yo tenía un aspecto similar en la escena del crimen.

Dash, Emmett y Leo permanecieron en sus sillas junto a mí, pero una lenta sonrisa se dibujó en el rostro de Leo y le tendió una mano a uno de los hombres que flanqueaban a Tucker.

—Hola, hombre.

—Cuánto tiempo, Leo. —El tipo sonrió de vuelta—. ¿Qué hay de nuevo?

Leo se encogió de hombros, dejándose caer en su silla y agarrando finalmente su cerveza.

—Pintando autos. Bebiendo cerveza. Persiguiendo mujeres.

—Así que no hay nada nuevo.

—Exactamente. —Leo se rio y se llevó la botella a los labios. Luego empujó con un pie calzado el taburete que tenía al lado, apartándolo de la mesa para que el hombre tomara asiento.

La postura de Leo era relajada y su actitud arrogante disipaba parte de la tensión. Parecía tranquilo, como si se tratara de una tarde normal de sábado bebiendo con los amigos. ¿Pero cuántas armas tenía escondidas?

PRINCE

DEVNEY PERRY

Supongo que al menos dos. Una en la cintura de sus vaqueros, cubierta por la chaqueta de cuero que había llevado en el viaje. Y probablemente había otra en su bota.

Dash y Emmett probablemente tenían lo mismo, si no más.

Al igual que yo, los Warriors tenían las suyas a la vista. Los tres llevaban sus armas junto a las costillas, apenas ocultas bajo la tela de sus chalecos.

El otro hombre que estaba junto a Tucker fue a agarrar una silla, ya que sólo había una vacía en nuestra mesa. Cuando se giró, me enseñó la parte trasera de su chaleco y el parche de los Warriors. Era una simple punta de flecha blanca enmarcada por el nombre del club y un año. Probablemente el año de su fundación.

El tipo volvió con un taburete, aunque me había equivocado. No había sido para él. La acercó a la mesa, justo enfrente de mí, y Tucker se sentó en el asiento.

—Dash. —Tucker extendió una mano.

Dash dudó sólo un momento antes de devolver el saludo. No fue mucho, pero todos lo notamos. Lo último que quería hacer era tocar a Tucker Talbot. Pero lo haría y actuaría civilmente para proteger a su familia. Para proteger a Scarlett.

—Te acuerdas de Emmett y Leo. —Dash movió la barbilla en su dirección.

Tucker asintió, sin ahorrarnos una mirada mientras su mirada se fijaba en la mía.

Me quedé inmóvil, fingiendo indiferencia, cuando en realidad quería cruzar la mesa, tirarlo al suelo y ponerle las esposas en las muñecas. Pero la rabia se mantuvo oculta mientras observaba sus rasgos.

Tucker Talbot tenía el cabello oscuro, casi negro, muy moteado de gris. La piel de su rostro y de sus antebrazos estaba bronceada y curtida; según su historial, tenía cincuenta y siete años. Su mirada era astuta. Su expresión era despiadada.

Lo odiaba con cada fibra de mi ser, y más tarde hoy, si todo iba como estaba previsto, tendría que estrechar su mano también. Mi respeto por Dash crecía a cada segundo por los sacrificios que estaba haciendo para soportar esto.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—Hay un agente del FBI fuera —dijo Tucker, con los ojos todavía clavados en mí.

Asentí.

—Probablemente.

—¿Desde cuándo has empezado a trabajar con policías, Slater?

—Desde que uno de tus hombres vino a mi pueblo, tomó como rehenes a mi amiga y a su hermana, y luego decoró sus paredes con su materia cerebral. —Dash agarró su cerveza y bebió un largo trago.

La comisura de la boca de Tucker se levantó.

—Hablemos de eso. —Apoyé los antebrazos en la mesa. No tenía sentido dar largas al asunto, así que me metí de lleno—. Tu hombre “Jeremiah” estaba robando tus drogas. Vendíéndolas por otro lado. Quemó sus ganancias en la mesa de póquer.

—Mis hombres no me roban. Y mi club no está afiliado a las drogas. Eso es ilegal, jefe Rosen.

—Seguro —dije con tono inexpresivo. No me sorprendía que supiera exactamente quién era yo.

—Como dije, mis hombres no me roban a mí ni a su club. Jeremiah dijo que era su mujer. La hermana.

—No lo era —dije.

—¿Cómo lo sabemos? He oído que ha pasado a la clandestinidad. No soy un experto, pero en mi experiencia, sólo los culpables huyen. A menos que sepas dónde está. Estoy seguro de que si tuviéramos una buena charla con Ricitos de Oro, podríamos aclarar todo esto.

Lanzó su apodo como si tuviera alguna propiedad sobre *mi* mujer. Joder, quería atrapar a este tipo. Lo quería en naranja por el resto de sus días naturales. En lugar de eso, iba a dejarle salir por la puerta.

—El FBI está tras Scarlett.

—¿Es así?

—Creen que podría ser testigo de un asesinato que ocurrió en tu club mientras ella se alojaba allí. —No era algo que hubieran confirmado, pero Tucker no lo sabía.

La mandíbula de Tucker se apretó. No mucho, pero lo suficiente. O no sabía que Scarlett los había visto matar a Ken Raymond. O estaba enojado porque sabíamos lo que estaba pasando.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Sus secretos se escapaban de sus oscuros rincones y quizá uno de ellos volviera para servir una venganza fría.

—¿Qué quieres? —preguntó.

Dash se inclinó sobre la mesa.

—Saca a tus hombres de Clifton Forge.

—Tuvimos una tregua una vez. Después de que mataras a mi padre —dijo Emmett.

—Después de haber matado a mis hombres —replicó Tucker. El Warrior que estaba a su espalda se puso rígido.

Así que Tucker también había matado al padre de Emmett. *Hijo de puta*. Había sospechado que algo así había sucedido. Todos los policías de Clifton Forge tenían sus teorías, todas relacionadas con los Tin Gypsies. Había sido uno de esos crímenes que habían quedado sin resolver. Sin pruebas. Sin testigos.

Emmett nunca habló de su padre ni de su muerte. Y aquí estaba, sentado frente al asesino de su padre.

Para Scarlett.

Para mí.

—Volvemos a eso —dijo Emmett, con una mirada fría y cruel—. Tú aléjate de nosotros y de nuestras familias. Nosotros haremos lo mismo.

Tucker miró a Leo, cuya postura relajada contrastaba con la expresión seria de su rostro.

—¿Y qué consigo yo? Hice ese acuerdo con los Gypsies hace años. De club a club. Por lo que sé, ustedes tres son todo lo que queda de su club. No es exactamente una amenaza.

—Ya llegaremos a eso —dijo mientras el hielo corría por mis venas. Este hijo de puta merecía pudrirse en el infierno, pero maldita sea, no estaba consiguiendo que se me subiera a la cabeza—. Todavía no hemos terminado con nuestras condiciones.

El labio de Tucker se curvó.

—Continúa.

—Scarlett no robó tus drogas. Créeme o no, realmente me importa un carajo. Pero a partir de hoy, ella es un recuerdo lejano. Te olvidarás de ella. Para siempre. A cambio, ella le asegurará al FBI que no sabe nada del asesinato que ocurrió en el sótano de tu club. Aquel en el que ataste a un

PRINCE

DEVNEY PERRY

agente federal encubierto a una silla y lo golpeaste hasta casi matarlo antes de arrojarlo al río para que se ahogara. ¿Lo recuerdas? ¿El asesinato que escenificaste como un accidente?

El Warrior sentado junto a Tucker miró inmediatamente a su presidente. Él había estado en esa habitación. Su puño había conectado con la cara de Ken Raymond. No había visto el video muchas veces, pero tenía un buen recuerdo y su cara aparecía en él.

Tucker se inclinó hacia delante, con los ojos entrecerrados. ¿Creía que estaba mintiendo?

Mis cartas estaban sobre la mesa y tenía una escalera real. Tal vez no podía hacer que estos imbéciles pagaran como yo quería. Pero yo estaba tomando esto.

Estaba robando su venganza.

—¿Qué me impide matarlos a todos ustedes y a la mujer, en este momento? —dijo Tucker, con la voz baja. Si se trataba de amenazar, podría haber funcionado con otra persona—. A los muertos les cuesta declarar.

—Si alguno de nosotros muere en circunstancias sospechosas, las pruebas de video llegan al FBI.

Tucker no se inmutó. Ni siquiera respiró. Pero sabía que estaba en el lado perdedor.

—No me gusta tratar con policías.

—Y no me gusta tratar con hijos de puta asesinos, pero no siempre conseguimos lo que queremos, ¿verdad?

Sin decir nada más, Tucker se bajó del taburete y se puso de pie. Luego me dedicó una sonrisa que hizo que el corazón cayera en picada a mi estómago.

—Ya veremos.

PRINCE

DEVNEY PERRY

10

Scarlett

Mi letra era confusa.

Hacía meses que no tenía que escribir nada más largo que una lista de la compra, y el bolígrafo me resultaba incómodo y pesado. La barra que cruzaba la doble T de mi nombre estaba torcida.

Una lágrima resbaló por mi mejilla mientras pasaba la mano por el papel sobre el mostrador. Mi mirada se fijó en las tres últimas palabras sobre mi nombre.

Lo decía en serio. En lo más profundo de mi alma, lo decía en serio. Parecían insignificantes en una página barata forrada con rayas azul pálido, pero esperaba que cuando Luke las leyera, sintiera su poder. Que supiera que él era lo mejor de mi vida.

Decirle a Luke que lo amaba en una carta no era lo ideal. Ciertamente no era la forma en que había planeado compartir mi corazón. Pero si él estuviera aquí, si tuviera que mirarlo a los ojos, cedería. Me quebraría y perdería los nervios.

Y tenía que hacer esto hoy. Tenía que hacer esto bien.

Cuando se fue antes, había mucho arrepentimiento grabado en su hermoso rostro. Pedirle que pasara por alto el asesinato de otro policía era pedir demasiado. No importaba cómo mintiera o fingiera, Luke no sería capaz de vivir con esta decisión.

Era un hombre demasiado bueno. Tan bueno que lo haría por mí sólo porque se lo había pedido. Porque tal vez él también me amaba.

Excepto que yo no iba a ver cómo esta decisión carcomía su conciencia durante los próximos cincuenta años. Así que lo estaba recuperando.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Estaba tomando el control.

Estaba arreglando esto por mi cuenta, algo que debería haber hecho hace meses.

Cayó otra lágrima antes de que me obligara a apartarme de la carta para secarme la cara. Con una respiración fortalecedora, miré alrededor de la casa.

Mientras viviera, recordaría cada detalle, como el aspecto de Luke cuando estaba tumbado en el sofá, con un brazo detrás de la cabeza y una sonrisa en la cara mientras se reía de un chiste en la televisión. Recordaría la forma en que tenía que tener una servilleta en cada comida. Rara vez la usaba, pero siempre tenía una a mano. Recordaría esos profundos ojos azules mirando fijamente al centro de mi alma. La seda de su cabello deslizándose entre mis dedos.

Recordaría cómo me enseñó sobre el amor. Que el verdadero amor existía sin juicios. Sin condiciones. Sin perfección.

Un amor que duraría toda mi vida.

Estuviéramos juntos o no, nunca dejaría de amar a ese hombre. Lo cual era exactamente la razón por la que tenía que dejarlo ir. Lo amaba demasiado como para dejar que el arrepentimiento lo destruyera.

Cerré los ojos y aspiré una larga bocanada de aire, encontrando su rico aroma en el aire y reteniéndolo en mis pulmones. El dolor de mi pecho se duplicó y me llevé una mano al esternón.

Puedes hacerlo.

Tenía que hacerlo.

Mi mochila estaba junto a la puerta principal, esperando. No podía llevarme todo lo que había reunido durante los meses aquí. Los cajones de la cómoda de la habitación de invitados de Luke estaban casi llenos de mi ropa, y dentro había una carta que había guardado para Presley. Pero tenía ropa para un par de días junto con lo que llevaba puesto.

Mis vaqueros ajustados eran cómodos. Había robado una de las camisetas de Luke, con el dobladillo anudado a la cintura. El borde cubría el teléfono que había metido en el bolsillo trasero.

Y tenía mi pluma. Me había lavado y secado el cabello en caso de que no volviera a ducharme en un tiempo, y mi cabello colgaba hasta la cintura en paneles lisos y gruesos. Detrás de la oreja, me había hecho una pequeña trenza y luego me había atado la pluma.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Me robaba toda su fuerza.

Puedes hacerlo.

—Perdóname —susurré, enviando esa súplica al aire. Al igual que mi carta, esperaba que Luke sintiera la sinceridad de esas palabras.

Tal vez me maldeciría por esto. Tal vez me odiaría por esa carta y por robar una sudadera de su armario. Era la que había llevado en el río por la noche cuando nos acurrucábamos juntos junto al fuego. Quizá se enfadaría conmigo durante un tiempo, pero al final vería que era lo mejor.

Con mis pertenencias empacadas, lo único que quedaba por hacer era una llamada telefónica más.

Saqué mi teléfono del bolsillo y lo encendí. Lo había cargado mientras ordenaba la casa, no quería que Luke regresara a un desorden. Aparte de la ropa, no tendría mucho de que ocuparse para dejar mi tiempo aquí en el pasado.

Tal vez Presley podría ayudar a librar el dormitorio de invitados de mis cosas.

No me preocupaba mi hermana. Ella viviría una vida feliz. Ella prosperaría, ya lo estaba haciendo. Esta llamada no era para ella.

Rodeé el extremo del sofá y me hundí en su borde, luego marqué un número que había memorizado años atrás. Era el único número que tenía. Contuve la respiración mientras sonaba una vez. Dos veces.

—Residencia Marks.

Las lágrimas inundaron mis ojos. Me tapé la boca con una mano para no hacer ruido.

—¿Hola?

Te amo, mamá.

Vete.

Aléjate de él.

Todas las cosas que quería decir, pero permanecí en silencio.

Cuando me fui, me ofrecí a darle el número de este teléfono. Ella pensó que era mejor que me lo guardara para mí. Tal vez había sido otro error.

—¿Quién es? —La voz de fondo hizo que una oleada de pánico recorriera mis venas. No importaba cuántos años pasaran, dudaba que alguna vez dejara de temer a mi padre.

PRINCE

DEVNEY PERRY

De temer por mi madre.

Papá había dejado de pegarme hace mucho tiempo. No sólo porque iba a trabajar con él todos los días, sino porque sabía que lo peor que podía hacerme era herir a mamá.

—No sé —le dijo mamá—. No hay nadie.

Esperaba que colgara, pero entonces se oyó un barajar y la voz de papá estaba en la línea.

—¿Hola?

Me quedé en silencio, con el corazón acelerado.

—¿Quién es? —Su voz tenía un tono familiar. El principio de la furia. ¿Había llamado para escuchar el saludo de mi madre y había provocado un ataque a papá que ella pagaría?

Me arranqué el teléfono de la oreja y terminé la llamada. Estúpida, Scarlett. Estaba jodiendo la vida de todos. Pero ya no. No podía arreglar el mundo de mamá, pero sí el de Luke.

Papá merecía pudrirse en la cárcel.

También Tucker Talbot.

Y en este momento, él era la única persona a la que podía castigar.

Me levanté del sofá, guardé el teléfono y me dirigí a la puerta con pies pesados. Me colgué el bolso del hombro. Luego introduje el código de la alarma. Luke lo había hecho suficientes veces y había memorizado el código.

Ocho. Cuatro. Uno. Dos.

Eran los últimos cuatro números de su placa.

Si recibía una notificación, estaría a horas de distancia. Y yo no estaba viajando lejos.

El pomo metálico de la puerta estaba frío contra mi palma húmeda cuando lo abrí. La luz del sol me dio en la cara y entrecerré los ojos contra su luz mientras salía. El aire limpio llenó mis pulmones junto con el dulce aroma del verano. Cualquiera otro día habría saboreado el aroma de la hierba cortada. El cielo azul y las risas de los niños jugando en sus patios.

Hoy no.

Cerré la puerta tras de mí y me apresuré a bajar la acera. Mi valor flaqueaba a cada paso, pero seguí avanzando. *Puedes hacerlo.* El maletero de un coche se cerró de golpe, llamando mi atención, y miré hacia la casa que estaba justo enfrente.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Una mujer joven estaba de pie junto a su coche azul, observando mi paso. La había visto antes. Era la hija del matrimonio que vivía allí. Llevaba el cabello castaño en una gruesa trenza, colgado sobre un hombro. Sus ojos se entrecerraron en señal de sospecha mientras caminaba.

Levanté la mano en un pequeño saludo con el dedo y forcé una sonrisa, luego me concentré en mi destino.

La hierba era demasiado larga en el lugar de al lado. No había macetas de verano llenas de petunias o geranios. Ahora que estaba en el exterior y contemplaba la calle desde una perspectiva diferente, la casa de color canela destacaba como un pulgar dolorido. No me extraña que Luke sospechara que el FBI se había mudado.

Crucé el camino de entrada y me dirigí a la entrada, subiendo los escalones hasta la puerta principal. Luego aspiré una larga bocanada de aire y golpeé el timbre con el pulgar.

Una parte de mí se sorprendió de haber llegado hasta la puerta. Supongo que esperaba salir y ser rodeada inmediatamente por agentes federales. Que me metieran en un todoterreno y me llevaran a toda prisa a un lugar desconocido.

No se oyó nada más allá de la puerta. No hubo pasos que se apresuraran a responder. Era sábado. No había espiado mucho los sábados porque el barrio estaba más concurrido y Luke normalmente estaba en casa después de su entrenamiento en la estación a esta hora del día. Pero, ¿no debería estar aquí?

Volví a llamar al timbre y, antes de que se apagara la campanilla, la puerta se abrió de golpe.

No era la mujer del FBI la que respondió. Estaba tirada en el suelo en un charco de sangre detrás del hombre alto y enfadado que se cernía sobre mí. Llevaba un chaleco de cuero negro. El mismo estilo que había visto muchas, muchas veces en la espalda de Jeremiah.

Y antes de que pudiera girarme y correr, antes de que pudiera gritar, el mundo se volvió negro.



Me desperté de golpe y me estremecí al sentir los golpes en el cráneo. El ritmo de los dolorosos latidos coincidía con el bajo de la música que

PRINCE

DEVNEY PERRY

sonaba fuera de la habitación. No tenía sentido mirar a mi alrededor. El olor estéril y frío del suelo de hormigón bajo mi mejilla me bastó para saber exactamente dónde estaba.

En el club de los Warriors.

Tenía las manos atadas a la espalda y, cuando probé la atadura, los duros lazos de plástico se clavaron en mi piel.

Esto no estaba sucediendo. No se suponía que fuera así.

Había planeado ir al FBI, entregar el video como prueba y aceptar testificar contra los Warriors. Ahora mismo, deberían tenerme en una especie de sala de interrogatorios. Debería estar bebiendo café tibio mientras los agentes escuchan mi confesión. Luego me llevarían a algún pueblo suburbano de Oklahoma, Oregón u Ohio, y Scarlett Marks dejaría de existir.

Demasiado para hacer lo correcto.

Cerré los ojos y presioné la sien contra el frío hormigón, deseando que el dolor de cabeza remitiera.

—¿Estás bien? —La voz me sobresaltó y mis ojos se abrieron de golpe. Una mujer estaba sentada a mi lado.

La pelirroja de enfrente. La vecina de Luke.

Mierda.

—¿Qué pasó? —grazné.

—Te golpearon.

Uh, sí. Me lo había imaginado.

Llevando mis rodillas al pecho, usé la poca fuerza que tenía para girar sobre mi cadera. Luego me elevé hasta quedar sentada en el suelo. La habitación empezó a dar vueltas y el esfuerzo me clavó agujas en los ojos. Me desplomé contra la pared de hormigón que había detrás de mí y respiré profundamente hasta que el dolor se hizo soportable.

—¿Quién eres? —preguntó la mujer que estaba a mi lado—. ¿Por qué te quieren?

—Scarlett Marks —respondí, girando la cabeza para mirarla.

Su rostro estaba pálido y la trenza que había llevado antes se había deshecho. Una masa de cabello castaño caía sobre sus hombros y por su camiseta verde. Al igual que yo, llevaba vaqueros, pero los de ella tenían un desgarró reciente a la altura de la rodilla. Tenía una marca roja en la mejilla y sus ojos acaramelados estaban inundados de lágrimas.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Incluso aterrorizada, era hermosa. Demasiado hermosa para este lugar.

—¿Cómo te llamas? —pregunté.

—Cassandra Cline. —Mantuvo la voz baja, su mirada alternaba entre mí y la puerta cerrada.

Estábamos en una de las habitaciones del sótano, que podría ser aquella en la que habían matado a Ken Raymond. El suelo estaba inclinado hacia un desagüe en el centro. No había ventanas, sólo una bombilla parpadeante que colgaba de un cable negro.

—Lo siento —dije.

—¿Por qué?

—Porque los problemas parecen seguirme a todas partes últimamente. —Y ahora había arrastrado a esta joven inocente a la mezcla—. ¿Qué más pasó? —susurré—. En casa.

—El jefe Rosen vive solo y no estaba segura de lo que estabas haciendo. Mis padres forman parte de la vigilancia del barrio. Pensé que tal vez habías entrado en su casa o algo así y te estabas dirigiendo a la del vecino.

Solté una carcajada. Con mi mochila y la rapidez con la que había caminado, probablemente había parecido una delincuente.

—Todavía estaba al lado de mi auto cuando ese hombre abrió la puerta. En un segundo, estabas allí de pie, y luego sacó una pistola y te golpeó en la cabeza. Sucedió muy rápido. Intenté sacar mi teléfono y llamar a la policía, pero me vio. Quise correr pero... eran tres. —¿Los Warriors sabían que yo estaba en casa de Luke? ¿O habían ido por la agente del FBI?

—¿Viste a otra mujer?

—No. —Sacudió la cabeza—. Sólo éramos nosotras. Uno de los hombres, el que me atrapó, me golpeó en la mejilla. Las cosas están borrosas después de eso. Había una furgoneta. Nos metieron dentro y nos ataron. Estuviste inconsciente todo el tiempo.

—Maldita sea. —Entonces lo más probable es que tuviera una conmoción cerebral. Respiré y cerré los ojos—. ¿Nos vio alguien más?

—No creo.

Era un sábado. La gente cortaba el césped los sábados. Los niños jugaban en sus patios. Alguien podría haber visto cómo metían a dos mujeres en una furgoneta, pero incluso si lo hubieran hecho, está claro que

PRINCE

DEVNEY PERRY

la policía no había sido capaz de impedir que los Warriors nos llevaran a Ashton.

Estábamos a tres horas de Clifton Forge y cuando Luke llegara a casa, vería mi nota y pensaría que había ido al FBI. Al final encontrarían a la agente en la casa de al lado, pero ¿cuánto tiempo teníamos antes de que los Warriors nos mataran?

—¿Dónde estamos? —preguntó Cassandra—. ¿Por qué está pasando esto?

—¿Has oído hablar de los Arrowhead Warriors?

Ella tragó saliva y asintió, sus ojos volvieron a la puerta.

—Una de mis compañeras de habitación es de Ashton. Me ha contado historias.

Más bien eran pesadillas, salvo que eran ciertas.

—No debería haber ido al Betsy —susurró.

—¿Eh? —Dios, me dolía la cabeza. Me costaba seguir el ritmo de Cassandra, y mucho más lo que estaba ocurriendo en mi propia mente—. ¿Qué pasa con el Betsy?

—Hace dos semanas, fui a casa con una amiga. Mis padres se van mucho de camping en verano y me dejan quedarme en su casa. Voy a la escuela de posgrado en Missoula y tengo algunas clases de verano. A mis compañeros de piso les gusta salir de fiesta, así que voy a casa a estudiar siempre que tengo un descanso. Pero hace un par de semanas, mi amiga quiso acompañarme a ver dónde había crecido. Fuimos al Betsy y había unos tipos... —Sacudió la cabeza—. No conseguí hacer nada de trabajo, así que volví este fin de semana para ponerme al día.

—¿Eh? —Me quedé atascada en la repetición.

—Tengo que entregar un trabajo en dos semanas. Excepto que el fin de semana que traje a mi amiga a casa, salimos y sólo escribí dos páginas. Así que volví a casa este fin de semana para escapar de mis compañeros de piso y terminarlo.

Y ahora estaba en el sótano del club de una banda de moteros.

Mientras arriba se celebraba una fiesta.

Tenía que estar acercándose la noche. La música que se colaba por el techo era una señal reveladora de que se estaba celebrando una de las fiestas de los sábados por la noche de los Warriors.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Las dos nos quedamos sentadas en silencio, la música era una tercera persona en la habitación. Cassandra se quedó rígida, con los ojos puestos en la puerta.

Yo cerré los míos y busqué el bolsillo de mi pantalón. Mi teléfono había desaparecido. *Mierda*. Quizá se había caído durante el secuestro, pero sospeché que ahora pertenecía a los Warriors.

Esto es malo. Dios, esto era malo. No estaba segura de cómo iba a salir de aquí, y mucho menos de cómo sacar a Cassandra también.

Mis manos estaban atadas con fuerza y Cassandra estaba sentada en una posición similar. Nuestros tobillos no estaban atados, pero aunque consiguiéramos abrir la puerta, no había forma de que saliéramos de este sitio sin ser descubiertas. Este lugar probablemente estaba lleno de gente.

El dolor de cabeza se agudizó y me concentré en mi respiración, tomando largas bocanadas que olían a cemento, lejía y muerte.

¿Había llegado Luke a casa? ¿Estaba preocupado?

Maldita sea, debería haberme quedado tranquila. Debería haberme quedado escondida. A menos que el FBI hubiera sido la primera parada de los Warriors y la de Luke la siguiente. Tal vez les había ahorrado un viaje al lado.

—Scarlett. —El hombro de Cassandra me dio un empujón.

Me levanté de golpe, sin darme cuenta de que casi me había quedado dormida.

—¿Sí?

—Probablemente tienes una conmoción cerebral.

—Probablemente. —Mi coronilla se sentía extraña, pegajosa. Probablemente era sangre seca.

—Sería mejor que te mantuvieras despierta.

—De acuerdo. —Me obligué a abrir los ojos, la habitación daba vueltas.

—Háblame. Háblame de cualquier cosa.

—¿Como qué?

—Um... ¿cuál es tu lugar favorito para visitar?

—El río Smith. —Si pudiera hacer una pequeña siesta, volvería a estar allí en mis sueños. En lugar de música, oiría el río corriendo. En lugar de sentir frío y miedo, estaría caliente bajo el sol. Y Luke estaría allí.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Tal vez volveríamos a hablar de nuestros sueños. Y esta vez, tendría mi propia respuesta.

¿Qué quiero en la vida?

A Luke.

Una vida con Luke.

—Abre los ojos.

Obedecí, concentrándome en un punto de la pared frente a nosotras.

—Bien.

—¿Cuántos años tienes?

—Veintiocho.

—Yo tengo veinticuatro. —Tenía unos rasgos delicados y juveniles. Cassandra era delgada pero más alta que yo por unos cuantos centímetros, dado que mi hombro se acercaba al suyo. Con la falta de maquillaje y su piel impecable, podría pasar por una estudiante de instituto.

—No parece tener veinticuatro años.

—Me lo dicen mucho —murmuró—. ¿En qué mes cumples años?

—Agosto.

—El mío es en mayo. —Se movió, sentándose más erguida y moviendo las piernas. Las suyas estaban probablemente entumecidas como las mías por el frío del suelo—. ¿Cómo conoces al jefe Rosen?

—Lo amo. —Me desplomé hacia un lado, con los párpados pesados, pero conseguí mantenerlos abiertos.

Lo suficiente como para que, cuando la puerta se abrió de golpe y cuatro hombres entraron, no me perdiera la mirada de Tucker Talbot.

Uno de los hombres era el que me había golpeado. No recordaba su nombre de cuando me quedé aquí. Los otros dos eran los tenientes de Tucker. Donde él iba, ellos también. Ambos eran más jóvenes que Tucker y no me habían mirado mucho cuando vivía aquí con Jeremiah.

Ahora, yo era el centro de atención.

Una luz blanca entraba en la habitación desde el pasillo y me hacía estremecer. Tal vez no era de noche después de todo. Recordé vagamente una hilera de finas ventanas a lo largo del pasillo de la única vez que estuve en este sótano. Los días de verano eran largos, pero el exterior seguía siendo luminoso.

PRINCE

DEVNEY PERRY

No habíamos estado aquí tanto tiempo como creía.

Tucker me estudió, con una expresión fría en su rostro, mientras cruzaba la habitación y se agachaba frente a mí. Sus ojos se dirigieron a mi cabello, deteniéndose en el lugar donde me habían golpeado.

—Ricitos de Oro.

Quería escupirle a la cara.

Así que lo hice.

Su mandíbula se tensó mientras metía la mano en el bolsillo trasero y sacaba un pañuelo. Se secó la cara y me lo lanzó. Olía a gasolina y a grasa cuando golpeó mi nariz, y luego cayó en mi regazo.

No habló. No se movió. Se limitó a mirarme fijamente con esos ojos oscuros e inquietantes.

Y yo le devolví la mirada.

Uno de los otros hombres se acercó, un hombre delgado con el cabello rubio oscuro, y pateó la rodilla de Cassandra.

—¿Quién es?

—Nos vio —dijo el hombre que me había golpeado.

—¿Así que la tomaste? —preguntó el hombre rubio—. Estúpido hijo de puta. ¿No te has dado cuenta de los agentes federales que rodean este lugar? Sabía que tenía que haber ido yo mismo.

Tucker levantó una mano, silenciando la conversación. Sus ojos no se apartaron de los míos mientras metía la mano en el bolsillo trasero y sacaba un teléfono. Mi teléfono.

—Tu novio intentó chantajearme. —Tucker dejó el aparato en el suelo—. No me gustó mucho.

Robé uno de los movimientos de Luke y arqueé una ceja.

Una lenta sonrisa se extendió por el rostro de Tucker. Escalofriante. Mortal.

No iba a salir viva de esta habitación.

Mi corazón se desplomó.

—Tengo una copia de ese video.

Tucker se encogió de hombros.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—He pasado suficiente tiempo evadiendo la ley como para saber qué sirve y qué no. Puede que un juez lo considere admisible. O tal vez no lo haga. Dondequiera que hayas guardado la copia, la encontraremos.

Este hombre malvado iba a matarme y a arriesgarse.

—Hasta pronto, Ricitos de Oro. —Tucker dirigió su mirada al techo—. Cuando las cosas se calmen, entonces nos divertiremos.

El enfermo hijo de puta iba a disfrutar matándome. Probablemente me torturaría sin descanso hasta que le dijera exactamente dónde tenía guardado el video. Tal vez me cortaría los dedos, uno por uno. O tal vez heriría a Cass, sabiendo que a la primera gota de su sangre, le contaría todo.

Sin decir nada más, Tucker se levantó. Elevó su rodilla y con un rápido impulso, llevó el tacón de su bota a mi teléfono, rompiendo el vidrio. Ahora era basura. Luego se dirigió al hombre que me había secuestrado y, sin detener su marcha, le asestó un puñetazo en la cara antes de salir de la habitación.

La sangre goteaba de la nariz del hombre, pero no hizo ningún ruido. No protestó. Se limitó a seguir a Tucker y a los demás fuera de la habitación, y cerró la puerta mientras su sangre caía.

La cerradura del exterior de la puerta hizo ruido. La luz desapareció.

Cassandra y yo estábamos solas. Atrapadas.

Ella se estremeció, llevándose las rodillas al pecho. Sus hombros temblaban pero no lloraba.

Las lágrimas no salvarían nuestras vidas.

Y mientras sucumbía a la oscuridad, sabía que nada lo haría.



245

PRINCE

DEVNEY PERRY

20

Luke

—**S**carlett —grité, irrumpiendo a través de la puerta.
Sin respuesta.
—¡Scarlett!

Silencio.

Corrí por la cocina y la sala de estar, subiendo las escaleras de dos en dos.

—¡Scarlett!

No estaba en el dormitorio ni en el baño. Tampoco estaba en la oficina.

Corrí escaleras abajo mientras Dash, Emmett y Leo trotaban por la puerta, pero no me detuve cuando rodeé la barandilla y corrí a su habitación.

—¡Scarlett!

Había un tono en mi voz. Una grieta.

Pánico.

El mundo giraba demasiado rápido y cada paso se sentía inestable. Nada en su habitación estaba fuera de lugar. Su cama estaba hecha. Ese aroma cítrico de ella impregnaba el aire a pesar de que había estado durmiendo en mi habitación. No pasaba nada, así que, ¿dónde diablos estaba?

Mi corazón se aceleró mientras me apresuraba hacia la cómoda y abrí el cajón superior. Estaba lleno. Igual que el del medio.

PRINCE

DEVNEY PERRY

¿Dónde diablos está? Pasé mis manos por mi cabello y corrí hacia la sala de estar, sin saber dónde más revisar, tal vez el patio. Pero una mirada a Emmett sosteniendo un pedazo de papel y mi peor pesadilla se vino abajo.

Ella se fue.

Me había dejado.

Crucé la habitación y le arrebaté la nota de la mano. Mi pulso se aceleró y mi visión se duplicó, así que cerré los ojos y respiré. Cuando volví a concentrarme en la página, el guión pulcro y ordenado era tan claro como los ojos deslumbrantes de Scarlett.

Me había dejado.

Joder, me iba a desmayar. Esto no estaba sucediendo. Esto no podría estar sucediendo. ¿Cómo? ¿Por qué?

La adrenalina que había estado corriendo por mis venas durante la última hora hacía casi imposible concentrarme y darle sentido a esto. Después de que Tucker Talbot nos dejó en el bar, caminé tranquilamente hacia mi camioneta y salí del estacionamiento como si me dirigiera a un viaje de fin de semana.

Pero en el momento en que el bar se perdió de vista por mi espejo retrovisor, encendí las luces e hice el viaje a Clifton Forge a ciento ochenta kilómetros por hora. Los chicos habían estado detrás de mí todo el camino.

Sabía que algo andaba mal. Tucker Talbot, ese maldito bastardo presumido. Me había imaginado lo peor, volver a casa y encontrar la casa destrozada o Scarlett muerta. Pero esto... esto no se me había pasado por la cabeza.

¿Me había dejado?

¿En una nota?

Luke

No puedo dejar que hagas esto. No por mí. Es pedir demasiado.

Eres un buen hombre. No creía en los hombres buenos hasta ti. No sabía cómo se sentía el amor hasta ti.

Lo siento. Lo siento mucho.

Perdóname.

Te amo.

TIN GYPSY: LIBRO CUATRO

NOBLE

PRINCE

DEVNEY PERRY

Scarlett

Lo leí tres veces antes de que mi mano cayera a mi costado y el papel flotara fuera de mi agarre.

—Yo no... —Me temblaban las rodillas y estaba a segundos de unirme a la carta de Scarlett en el suelo. Antes de colapsar, me arrastré hasta la sala de estar y me hundi en el borde del sofá, dejando que mi cabeza cayera en mis manos.

—¿A dónde iría? —preguntó Emmett, acercándose a sentarse a mi lado. Dash y Leo lo siguieron.

—El FBI —me atraganté—. Al lado.

—¿Hay alguna posibilidad de que esa nota sea falsificada? —preguntó Dash.

—No, esa es su letra. —Tenía una docena de notas adhesivas en la caja de carga de mi camioneta con listas de la compra para probarlo.

Dash se paseó frente a la chimenea.

—No tiene sentido. Tucker, ese hijo de puta, lanzó un desafío. No va a dejar pasar esto.

—Entonces tal vez sea bueno que se haya ido —dijo Leo.

Me puse de pie y eché el puño hacia atrás, pero Emmett me dio una palmada en el hombro, empujándome hacia abajo.

—Vete a la mierda.

—Perdón. —Leo levantó las manos—. Solo digo, si los Warriors sabían que ella estaba aquí, tal vez esté más segura con los federales.

Negué con la cabeza y respiré hondo. Leo no se equivocaba. Era un cretino, pero no estaba equivocado. No podía hacer mucho para proteger a Scarlett, pero habría dado mi vida para mantenerla a salvo.

Y ella me había dejado sin un adiós.

Esa maldita nota no contaba.

¿Qué quiso decir con que no podía dejarme hacer esto? Yo estuve de acuerdo. Había tomado la decisión de pasar por alto los crímenes de los Warriors. Sí, no habría sido fácil. Pero podría haber vivido con eso.

Hubiera cambiado cualquier cosa, mi carrera y mi placa, por una vida con Scarlett.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—A la mierda. —Sacudí la mano de Emmett de mi hombro y me paré, caminando hacia la puerta principal. El panel de alarma estaba desbloqueado, algo que no había notado cuando entré. Scarlett debe haber adivinado el código.

—¿A dónde vas? —preguntó Dash, siguiéndome afuera.

No respondí. Simplemente crucé mi césped hasta la casa adyacente a la mía y llamé a la puerta principal.

Sin respuesta.

—Ella no está aquí, hombre —dijo Emmett—. La habrían sacado de aquí.

Bueno, la iba a localizar. Golpeé una vez más y cuando no hubo respuesta, giré la perilla. La puerta se abrió y caminé hacia adentro, preparado para una pelea.

En cambio, me encontré con un cuerpo en la estéril sala de estar.

—Mierda. —Volé a través de la habitación y me arrodillé junto a Birdy. Presionando mis dedos con fuerza en su garganta, contuve la respiración, esperando sentir el pulso. Estaba allí. Apenas—. ¡Llama una ambulancia!

—En ello —dijo Leo a mi espalda.

Había una herida de bala en el pecho de Birdy. La sangre se acumulaba alrededor de su cuerpo, los bordes del charco negro en la alfombra ya comenzaban a secarse. Maldita sea. Esto estaba mal. Esto requeriría un milagro.

—Búscame una toalla o algo —le ordené y segundos después, Dash sostenía una para que la presionara contra la herida de Birdy. Hice todo lo posible para detener el goteo, pero había mucha sangre. Demasiada sangre.

—La ambulancia está en camino —dijo Leo, regresando adentro para pararse al lado de Emmett.

Dash se agachó a mi lado.

—Yo me haré cargo.

Dejé que reemplazara mis manos sobre la toalla y me paré, escudriñando la habitación mientras una sacudida de terror recorría mi espalda. ¿Dónde estaba Scarlett? La sala de estar estaba vacía a excepción de un sillón reclinable y una mesa auxiliar. Un olor metálico se aferraba al aire.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Con un pie delante del otro, dejé que el hábito y el entrenamiento se hicieran cargo mientras revisaba la casa. Busqué en todas las habitaciones, limpiándolas una por una, y cuando no encontré ni un rastro de Scarlett, regresé a la sala de estar justo cuando Emmett y Leo entraban corriendo.

Una mochila estaba en la mano de Emmett.

—Encontré esto afuera.

Mi corazón dio un vuelco. *No. Oh, joder no.*

—Eso es de ella.

Probablemente había venido aquí para reunirse con el FBI, pero los Warriors habían estado esperando.

—Hay un automóvil al otro lado de la calle estacionado en el camino de entrada. El motor está frío. La puerta del lado del conductor está abierta y hay un teléfono en el suelo.

—¿Qué vecino? —Los empujé a ambos y salí a zancadas, sin esperar una respuesta.

El auto con la puerta abierta estaba en casa de los Cline. Eran una buena pareja de cincuenta y tantos a quienes les encantaba acampar en verano. Habían pedido prestado mi hielera Yeti una vez cuando necesitaban un extra para un viaje de dos semanas a Yosemite. Y se jactaban constantemente de su hija y sus logros académicos.

Ese era el auto de Cassie.

Debe haber venido aquí a estudiar. A menudo veía su auto en el camino de entrada cuando se habían ido y una vez, Dale me había pedido que estuviera atento durante los fines de semana que ella estuviera aquí sola. Dale había pedido a todos los vecinos que cuidaran a su hija.

Maldita sea, esto seguía empeorando. Cassie no dejaría la puerta abierta ni el teléfono en el cemento.

¿Cassie había visto a los Warriors? ¿Se la habían llevado con Scarlett? ¿O encontraría otro cuerpo en una casa?

El aullido de las sirenas llenó el aire y caminé hacia la acera. Calle abajo, la ambulancia tomó la esquina cerrada y corrió hacia nosotros. Un crucero lo seguía de cerca.

—¿Qué quieres que hagamos? —preguntó Emmett, apareciendo a mi lado.

—Tenemos que llegar a Ashton —le dije—. Se la llevaron.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—Sí.

—Tenemos que comprobar la casa. —Señalé al otro lado de la calle—. Es posible que también hayan atrapado a Cassie.

—Yo iré —dijo Emmett y se fue corriendo.

La ambulancia estaba estacionada en el camino de entrada con un coche patrulla a su lado. Los técnicos de emergencias médicas salieron en tropel y Nathan salió de su coche patrulla, todos los ojos mirando hacia mí en busca de dirección.

—Dentro. —Hice un gesto con la barbilla para que los técnicos de emergencias médicas se pusieran en movimiento. Luego dirigí mi atención a mi ayudante—. Toda esta zona es la escena de un crimen. Llama a Chuck. Tráelo aquí para que maneje el plomo. Allanamiento de morada. Tentativa de asesinato. Secuestro. —Señalé el auto de Cassie—. Barre la calle. Ve de puerta en puerta y pregunta si alguien vio algo. Entonces llámame con lo que encuentres.

—¿A dónde vas? —preguntó Nathan mientras me volvía y caminaba hacia mi propia casa.

—A conseguir a mi chica. —Y me alejé, de la escena, de mi trabajo.

Crucé la puerta principal y fui al fregadero para lavarme las manos. Las sequé en mis vaqueros justo cuando Dash y Leo entraron.

Dash me asintió y se acercó al fregadero para limpiarse las manos también. Leo miró desde la sala de estar mientras yo desaparecía en el piso de arriba.

En mi armario, abrí la caja fuerte de mi arma, saqué mi pistola de repuesto y la metí en el hueco de mi espalda.

Cuando bajé las escaleras, Emmett se había unido a Leo.

—¿Cassie estaba allí?

Sacudió la cabeza.

—El lugar está vacío.

—Mierda. Entonces se la llevaron a ella también.

Dash se dirigió a la sala de estar para pararse junto a sus hermanos, los tres con las piernas abiertas y los brazos cruzados.

Bloqueando la puerta.

¿Me iban a detener? Me gustaría verlos intentarlo. Porque los derribaría a todos si se interpusieran en mi camino.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Abrí la boca para ordenarles que se movieran.

Dash habló primero.

—¿Cuál es el plan?

Vendrían conmigo. Una oleada de alivio rodó por mis hombros.

—¿Crees que sabían que Scarlett estaba aquí?

—Probablemente —dijo Emmett. Eso o estaban aquí para eliminar al agente del FBI, aunque podrían haberlo hecho en cualquier momento. Es posible que Scarlett los haya interrumpido, pero es más probable que planearan matar al agente primero y luego ir a la puerta de al lado y agarrarla.

No había garantía de que Birdy sobreviviera. No estaba seguro de cuánto tiempo había estado sangrando, pero había pasado un tiempo.

—¿Por qué Tucker arriesgaría esto? —pregunté—. Con el video.

—Podría haber pensado que estábamos fanfarroneando —dijo Dash—. Podría haber pensado que sus muchachos ya tenían a Scarlett cuando dejamos el bar. O podría haber llamado a sus muchachos aquí en Clifton Forge antes de que comenzara la reunión, antes de que supiera sobre el video.

El bastardo solo estaba esperando. Nuestra reunión había sido la oportunidad perfecta para asegurarse de que yo estaba fuera de la casa y Scarlett estaba sola.

Tragué saliva y luego expresé la pregunta que más temía.

—¿Está viva?

Emmett y Dash compartieron una mirada. La mirada de Leo se posó en sus botas.

Díganme que está viva.

—Dime.

—No lo sé. —Dash negó con la cabeza—. Pero seré honesto contigo. La matará antes de pasar su vida en prisión.

Un frío helado se filtró a través de mi piel. Un frío que sabía a venganza.

Tucker Talbot estaba muerto.

Lo mataría yo mismo.

—No me gusta esa mirada —dijo Emmett.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Agarré mi placa y la desenganché de mi cinturón. El metal era pesado. Las luces que había dejado encendidas esta mañana destellaban sobre el oro y la plata. Arrastré mi pulgar por la superficie lisa y luego lo arrojé sobre un sofá.

Esa insignia no me iba a ayudar hoy.

Esta mañana me preocupaba ser como Marcus Wagner. Un buen policía que se volvió malo. No. Eso no fue todo. Solo tenía algo mejor por lo que luchar. Amor.

Había mentido y matado por sus propias razones egoístas. Pero seguro que no había sido por amor.

—La vamos a recuperar —declaré.

—No se puede simplemente asaltar la casa club de los Warrior —dijo Dash—. Nos superan en personal y en armas.

Si, era verdad. No cambiaba el hecho de que iría a recuperarla.

Scarlett me había dicho que me amaba en una nota. No. No era suficiente. Iba a encontrarla y a escuchar esas palabras yo mismo.

Y corresponderlas.

Joder, pero la amaba. Y si ambos sobrevivíamos a esto, se lo diría todos los días por el resto de su vida.

Me había preguntado en el río sobre mis sueños. Bueno, todos la necesitaban.

Mi padre siempre me había dicho que los hombres Rosen se enamoraban con fuerza y una sola vez. Tenía razón.

Esta viva. Solo mantente viva. Deseé que sobreviviera a esto. Lo deseé con toda la fuerza que tenía en mi cuerpo.

Ya voy, hermosa. Voy por ti. Aférrate.

—¿Cómo? —pregunté—. Dime cómo hacemos esto.

—Su recinto será reforzado. —Emmett se pasó una mano por la barba—. Nos estarán esperando.

—Tampoco tenemos el elemento sorpresa, aunque dada la rapidez con que regresamos aquí, no pueden tener mucha ventaja. Tal vez una hora o dos.

Corríamos hacia Ashton. Era un viaje de tres horas que podíamos hacer en dos o menos.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—¿Qué hay de otro incendio? —le preguntó Leo a Dash.

¿Otro incendio?

—¿Qué incendio?

Dash suspiró.

—Hace años, cuando papá estaba vivo, incendiábamos la casa club de los Warrior. Mi hermano Nick ayudó. Pero su casa club es diferente ahora. Más nueva y construida principalmente con concreto y bloques de hormigón.

Y si Scarlett estaba dentro, no había forma de que la pusiera en medio de un maldito incendio.

Su mochila descansaba contra la pantorrilla de Emmett.

—¿Lo comprobaste?

Asintió.

—¿El teléfono?

Sacudió la cabeza.

—Mierda. —Lo había tenido con ella. Al menos teníamos el respaldo. Eso por sí solo podría evitar que Tucker la matara—. ¿Qué hacemos? Tiene que haber una forma de entrar. Quizás si llamara a cada uno de mis oficiales. Tal vez si también pidiera ayuda a la policía de Ashton.

—Jefe Rosen, antes de que te maten...

Mis ojos se dirigieron rápidamente a la puerta principal y los chicos se dieron la vuelta justo cuando la agente Maria Brown cruzaba el umbral.

—... tal vez dejarás de intentar excluirme.

Parpadeé. ¿Cuánto tiempo había estado allí parada?

María pasó junto a Dash, arqueando una ceja.

—Señor Slater.

—¿Debería conocerte?

—No. —Fue al sofá y se inclinó para recoger mi placa. La inspeccionó, entrecerrando los ojos. Luego me lo arrojó—. Vas a necesitar esto.

La atrapé y arqueé una ceja.

—Luke, estoy de tu lado.

Ya lo veremos.

—¿Qué quieres?

PRINCE

DEVNEY PERRY

—Soy tu mejor oportunidad para recuperar a Scarlett.

Crucé mis brazos sobre mi pecho. Todos los chicos hicieron lo mismo, volviéndose hacia ella.

Maria fue al sofá, sentándose con la espalda recta. Esos pantalones negros y la chaqueta del traje estaban tan impecables como siempre, pero hoy tenía un toque agotado. El nudo áspero que normalmente usaba en su cabello estaba comenzando a deshacerse.

—No quiero que los Warriors ganen —dijo—. He estado trabajando en su caso durante los últimos tres años. Ellos son buenos. Saben cómo cubrir sus huellas. No hay un alma en la tierra a la que odie tanto como a Tucker Talbot.

Dash soltó una carcajada.

—Únete al club.

—Scarlett Marks podría ser la única oportunidad que tengo de dejarlo para siempre —dijo—. Todo lo que necesito es entrar a esa casa club. Necesito una razón. Y si el jefe de policía sospecha que los Arrowhead Warriors han secuestrado a una mujer inocente de su comunidad, entonces tengo una razón. Dame cinco minutos para explicarte.

Fácil elección. Estábamos cortos de hombres y si el FBI quería irrumpir en la casa club y rescatar a Scarlett, estaba seguro de que no me interpondría en el camino.

—Está bien, Maria. —Caminé hacia la silla frente a ella—. Estoy escuchando.

PRINCE DEVNEY PERRY

21

Scarlett

Me desperté de golpe, con la cabeza nublada mientras miraba a mi alrededor en la oscura habitación. Tardé un momento en darme cuenta de dónde estaba, ya que el sueño que había tenido aún estaba fresco en mi mente. *Luke. Su cama. El rasguño de su barba contra mi hombro. Sus brazos rodeándome.*

Por mucho que apretara los ojos, el sueño se desvanecía, alejándose hasta que no tuve más remedio que enfrentarme a la realidad.

Estaba atrapada.

Los Warriors me matarían en esta habitación de cemento. Una vez que la música retumbante se detuviera. Una vez que la gente se retirara de la sede del club. Una vez que Tucker decidiera que era el momento.

El final se acercaba.

Un mechón de cabello me rozó la piel del antebrazo y Cassandra se movió. En algún momento después de que yo me desmayara, ella se había acercado y se había quedado dormida. Su cabeza se apoyó en mi hombro y sus mechones cobrizos, algo que ni siquiera la oscuridad podía apagar, me rozaron el cuello.

Me las arreglaría con lo que los Warriors me quitaran, con cualquier castigo que me dieran antes de acabar con mi vida.

Pero esta chica... era inocente.

Así que apoyé mi mejilla en su cabeza, esperando darle el poco consuelo que podía. Antes de que ambas encontráramos nuestro inevitable final.

La cabeza me palpitaba, pero el dolor ya era manejable. Mi visión era clara y mi mente estaba alerta.

TIN GYPSY: LIBRO CUATRO

NOBLE

256

PRINCE

DEVNEY PERRY

La música de antes retumbaba por encima y alrededor de nosotras. Si antes había habido una fiesta en el piso de arriba, se había convertido en una juerga. Sin duda, los cuerpos se retorcían unos contra otros. Las parejas estarían follando abiertamente en la sala de fiestas. Los hombres estarían esnifando líneas de coca o fumando su droga preferida para esta noche. Las mujeres —vestidas de forma ostentosa, borrachas o drogadas— adulaban a cualquier hombre con chaleco de los Warriors.

¿Por qué iba a esperar Tucker? La oportunidad perfecta para asesinar a dos mujeres era cuando todos los demás estaban bombardeados.

Tal vez no nos mataría esta noche. Tal vez le preocupaba la copia de seguridad del video que había guardado. O tal vez no le preocupaba ese video en lo más mínimo y tenía en mente una tortura peor que una rápida bala entre los ojos.

Tal vez Cassandra y yo terminaríamos en una red de tráfico. Nos harían adictas a las drogas. Nos matarían de hambre hasta dejarnos en piel y huesos. Y alguien pagaría por poseer mi cuerpo.

Elegí la muerte. Si esas eran mis opciones, elegí la muerte.

Encuéntrame, Luke.

Sálvame.

Sálvala.

Como si supiera que mis pensamientos estaban en ella, Cassandra se sacudió y se sentó recta, parpadeando furiosamente. Cuando se dio cuenta de que no era una pesadilla, su rostro palideció. Su barbilla tembló. Antes había sido fuerte para mí, pero ahora estaba al borde.

Ahora era el momento de ser fuerte por ella.

—Hola —dije, con la voz baja y tranquilizadora.

—Hola. —Se apartó y su mirada se dirigió a mi hombro, donde había estado durmiendo—. Lo siento.

—Está bien.

Un fuerte grito impregnó la música, haciéndola retroceder.

—Están dando una fiesta —dije—. Viví aquí durante un tiempo. Con un exnovio. Los sábados son siempre una locura.

—No las mías —susurró, llevándose las rodillas al pecho—. Suelo pasarlas trabajando.

—¿Qué estás estudiando?

PRINCE

DEVNEY PERRY

—Historia.

Historia. Eso encaja. Cassandra era joven, pero había sabiduría en sus ojos, y el tema le convenía. Su lugar estaba en una biblioteca, rodeada de libros polvorientos y pergaminos rotos.

—¿Qué quieres hacer?

—Ganar mi doctorado. Escribir libros. Enseñar. Me gusta la universidad.

—A mí también me ha gustado siempre la universidad. —Le di una sonrisa triste—. Sólo fui a la universidad comunitaria, pero habría seguido. Si mi padre no hubiera insistido en que fuera a trabajar a su empresa después de obtener mi título de asociada—. Si salimos de aquí, quiero ir a la universidad —dije. No saldríamos de aquí, pero la esperanza crecía a pesar de todo—. Quizá estudiar diseño de interiores. Quiero aprender a disparar un arma. Quiero quedarme embarazada un día de lluvia. Quiero una casa bonita y pasar los domingos persiguiendo a mis hijos por el patio. Quiero terminar cada día con una sonrisa.

Algunos de esos habían sido los sueños de Luke. Los míos también. Porque hacer realidad sus sueños *era* mi sueño.

—Si salimos de aquí, me meto debajo de una piedra y no salgo nunca —murmuró Cassandra.

Sonreí y me moví para poder mirarla.

—Siento haberte metido en esto, Cassandra.

—No me has metido en esa furgoneta.

—Sí, lo hice.

Sacudió la cabeza.

—Mis amigos me llaman Cass.

—Cass. —Era un bonito apodo. Simple pero elegante. Le quedaba demasiado bien—. ¿Quieres...?

La puerta se abrió de golpe. Cassandra y yo jadeamos y nuestros cuerpos se tambalean al ver a la pareja que entra a trompicones.

Sus bocas estaban fundidas y el hombre tenía las manos en la cara de ella mientras los metía a ambos en la habitación. Llevaba el chaleco de los Warriors sobre una camiseta blanca manchada. Su cabello era de un rubio brillante, incluso más blanco que el de Presley. Los mechones se enroscaban alrededor de las orejas y el cuello.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Ghost.

Lo llamaban Ghost por ese cabello, aunque su piel tenía un bronceado natural. Había jugado al póquer con Jeremiah en alguna ocasión y había entrado en nuestra habitación de arriba dos o tres veces. Ghost siempre llevaba un cigarrillo colgando del labio inferior. Era el tipo al que le gustaba follar en público.

¿Habían venido aquí porque seríamos un público cautivo? ¿Literalmente? ¿O había decidido, por una vez, buscar algo de privacidad para sus asuntos?

La pareja cruzó la pequeña habitación y chocó con la pared de bloques de hormigón. La mujer jadeó cuando su espalda se estrelló contra la dura superficie. La puerta detrás de ellos todavía estaba abierta. Tucker y sus hombres no nos habían encerrado aquí. No lo habían necesitado. Con nuestros brazos atados y la fiesta en pleno apogeo, no habríamos podido escapar.

La mujer se aferró a la boca de Ghost, gimió y deslizó la mano dentro de sus vaqueros. Llevaba una minifalda que colgaba un centímetro por encima de la curva en la que sus muslos se encontraban con su culo. Cuando levantó una pierna, no había nada debajo de la falda.

Eww.

Ghost tiró de las cuerdas que sujetaban un trozo de cuero a su pecho. La parte superior se soltó y cayó pesadamente al suelo.

Cassandra chilló.

El ruido atrajo finalmente la atención de Ghost. Parpadeó y entrecerró los ojos, tratando de entendernos contra la pared. Supongo que, después de todo, no había venido por el público.

—Te conozco —dijo arrastrando las palabras.

La mujer sólo nos dedicó una breve mirada antes de curvar el labio en nuestra dirección, y luego pegar su boca al cuello de Ghost. Su mano en los vaqueros de él, acariciándolo, nunca se detuvo.

—Ricitos de Oro. —Chasqueó los dedos—. ¿Verdad?

Asentí.

—He oído que robaste el dinero del club.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—No, no lo hice. Eso fue todo Jeremiah. —Por qué sentía la necesidad de defenderme era un misterio. Tal vez porque había pasado tanto tiempo *sin* defenderme. Ahora parecía importante. Terminar mis días luchando.

—Ghost —ronroneó la mujer, arrastrando su muslo desnudo arriba y abajo de sus vaqueros. Quería toda su atención.

Él gruñó algo, y luego le dio exactamente lo que ella quería, sellando sus labios sobre los de ella y empujando sus caderas en su agarre.

Se me revolvió el estómago. Definitivamente iban a tener sexo. No sería mi primera vez como testigo, pero a juzgar por los ojos abiertos de par en par y la mandíbula agitada de Cass, estaba a punto de tener su primer sabor amargo del porno en vivo.

Irónicamente, no hace tanto tiempo, yo había sido inocente como ella. La primera fiesta de los Warriors había sido una lección. Excepto que yo había elegido estar allí. Esta lección estaba siendo forzada en Cassandra, y no quería que fuera su último recuerdo.

—Oye. —Me desplacé hacia un lado, mis movimientos eran rígidos y lentos, pero cuando estuve frente a ella, le di un codazo en el pie con el mío—. No los mires.

Parpadeó pero no apartó los ojos.

—Cass.

Otro parpadeo, pero esta vez se giró.

—No quiero morir aquí.

—Lo sé.

La mujer que Ghost había inmovilizado contra la pared se bajó la cremallera de la falda y el sonido de los dientes metálicos al desabrocharse llenó la habitación. Hacía unos minutos, había sido difícil oír algo por encima del ruido de la música, pero cada jadeo, gemido y gruñido de aquellos dos parecía resonar en este espacio cuadrado.

La atención de Cassandra volvió a centrarse en ellos justo cuando Ghost se desabrochó el cinturón y se liberó. Sus vaqueros cayeron a medio muslo y el teléfono que llevaba en el bolsillo trasero cayó con estrépito al suelo de cemento.

Me encogí cuando se estrelló contra la mujer, su falso grito fue una punzada en mis oídos.

—No los mires —susurré, volviendo a empujar el pie de Cass.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Cassandra asintió y se giró, reflejando mi posición.

Los sonidos de la carne chocando con la carne, los gruñidos de Ghost y los gritos de la mujer eran imposibles de ignorar. Pero Cass y yo nos sostuvimos la mirada y nos esforzamos por fingir que sólo estábamos nosotras en esta habitación y que la pareja que follaba en la esquina no estaba allí.

—¿Para qué es la pluma? —preguntó Cassandra, señalando con la cabeza mi cabello.

—Oh. —Había olvidado que estaba en mi cabello. Colgaba con fuerza de la cinta que había usado para asegurarlo—. Es una tontería. Pero pensé que me ayudaría a ser valiente hoy.

—¿Valiente para qué?

—Hacer lo correcto.

Hacía tiempo que debía haberse hecho.

Ir a la policía con ese video era algo que debería haber hecho hace meses, pero no me arrepentiría de haber estado con Luke. Jamás. Él había convertido los últimos días de mi vida en los más felices que había conocido.

—¿Cuál es tu recuerdo más feliz? —le pregunté a Cass. Si en estos últimos minutos u horas lo único que teníamos eran nuestros recuerdos, entonces reviviríamos los mejores.

Apoyó la cabeza en la pared, con una lágrima cayendo por la mejilla.

—Viajando con mis padres. Fuimos de viaje al Parque Nacional de Redwood. Mi madre tenía la idea de visitar todos los parques nacionales y ese era el primero que quería ver. Fuimos en su furgoneta e hicimos un viaje de tres semanas. Eso fue antes de que existiera el GPS, y mi padre me enseñó a usar una brújula y a leer un mapa. Caminamos bajo los árboles y tengo una foto de mi madre abrazada a uno de ellos. Parecía un juguete comparado con ese árbol, son tan grandes.

Envidié el afecto en su rostro. Cass tenía buenos padres, y estarían devastados por esto. Dudaba que mis padres se enteraran de cómo había muerto.

—¿Cuántos años tenías?

—Diez. Después de eso, todos los veranos hacíamos otro viaje. Les encanta ir de acampada y explorar, pero siempre me reservan los viajes a los parques nacionales. Últimamente no he podido ir por la universidad. —

PRINCE

DEVNEY PERRY

Un brillo de arrepentimiento cruzó su rostro—. Papá dice que trabajo demasiado.

Un movimiento a nuestros lados llamó nuestra atención. Ambos miramos justo a tiempo para ver a Ghost salir de la mujer, tomarla por las caderas y hacerla girar. Luego escupió en su mano, la frotó en su eje y tomó las nalgas de la mujer en su mano, separándolas.

No hubo nada falso ni erótico en el grito que desgarró la habitación cuando él penetró su entrada trasera. Pero ella se dejó llevar por él. Me miró mientras sus uñas se clavaban en la pared de cemento.

Cass se dio la vuelta, sacudiendo la cabeza mientras las lágrimas caían a raudales por sus suaves mejillas.

Más preguntas. Necesitábamos más recuerdos.

—¿Cuál es tu parte favorita de la escuela?

—Las historias reales —susurró, cerrando los ojos—. Por eso elegí historia. Porque las historias verdaderas son siempre las más poderosas.

—Ghost, es demasiado —murmuró la mujer.

No se detuvo.

Si estas paredes pudieran llorar, nos ahogaríamos.

¿Tucker había enviado a Ghost aquí? ¿Era esta una de sus tácticas para aterrorizarnos? Porque estaba funcionando.

Tragué con fuerza, buscando otra pregunta. Cualquier cosa para mantener la conversación y bloquear lo que estaba pasando en esta habitación.

—Dijiste que querías escribir libros. ¿Qué tipo de libros?

—Ficción histórica. O no ficción. Tal vez. No lo sé. —Sacudió la cabeza con violencia—. No puedo pensar.

—Está bien.

—No, no está bien. —Su pecho se agitó mientras un sollozo se liberaba—. No quiero morir aquí.

Pero ella moriría aquí. Ambas lo haríamos.

—Yo tampoco.

Los ojos de Cass se levantaron de sus rodillas y me miró. Entonces se formó una triste sonrisa en su bonito rostro.

—Al menos no estaremos solas.

PRINCE DEVNEY PERRY

—Seguiremos juntas.

Más música. Más gruñidos de Ghost. Los golpes en mi cabeza eran cada vez más fuertes.

—Es tu turno —dijo—. ¿Cuál es tu recuerdo más feliz?

—Enamorarme de Luke. —Apoyé la cabeza en la pared de nuevo, imaginando su apuesto rostro en mi mente.

—Nunca he estado enamorada. ¿Cómo es?

Abrí la boca para contestar, para hablarle del dulce enamoramiento y del hombre que poseía mi corazón, cuando la pared junto a mi mejilla vibró. Un fuerte crujido llenó la habitación, sustituyendo el ruido de la música. Por instinto, intenté llevarme las manos a los oídos para amortiguar el sonido, pero la cuerda de mis muñecas me mordió la piel.

Entonces toda la habitación se estremeció. La tenue bombilla osciló en su cable, y luego, *puf*, se apagó.

Oscuridad.

—¿Qué carajo? —murmuró Ghost. Sus botas se arrastraron por el suelo, y luego llegó el sonido de algo que se deslizaba hacia nosotros. El teléfono. Había pateado el teléfono.

La luz estaba apagada. Habían dejado la puerta abierta.

Utilicé toda la fuerza que me quedaba para ponerme de rodillas. Luego me incliné, usando mi nariz para sentir la oreja de Cass, inclinándome cerca.

No había tiempo para pensar, planificar o contemplar. Esta era nuestra única oportunidad.

—Levántate —susurré—. Quédate cerca. Y corre.

PRINCE

DEVNEY PERRY

22

Scarlett

Me puse de pie torpemente, inestable. El suelo se balanceaba debajo de mí, pero me las arreglé para encontrar el equilibrio mientras el calor del cuerpo de Cass se acercaba. Estirando mis brazos tan lejos como pudieron detrás de mi espalda, sentí a través del aire hasta que mis dedos rozaron el dobladillo de su camiseta. La apreté en mis puños, luego tiré, llevándonos a ambas hacia la puerta.

Mis pasos eran lentos pero silenciosos. Cass se quedó conmigo, permaneciendo cerca.

Con la habitación cubierta de negro, era imposible saber hacia dónde nos dirigiáramos. Mi hombro rozó una pared. Quizás era la misma pared donde habíamos estado. Quizás nos estábamos acercando a Ghost. Pero seguí adelante, tanteando con los dedos de mis pies adelante con cada paso antes de plantar el talón de mi pie.

—¿Dónde está mi maldito teléfono? —ladró Ghost. El tintineo de la hebilla de su cinturón se mezcló con la conmoción sobre nosotras.

Fue entonces cuando lo sentí. Me incliné, cayendo de rodillas y casi colapsé sobre mi hombro mientras me estiraba. Me dolían los músculos de los hombros. La torcedura en mis costillas me ardió. Pero de alguna manera, me las arreglé para encontrar el teléfono de Ghost con las yemas de mis dedos y acercarlo a mis palmas.

La música se había ido pero el caos había estallado arriba. Los hombres gritaban. Las mujeres gritaban. Entonces sonó el primer disparo. Todo mi cuerpo se estremeció cuando el sonido de la explosión persistió. Pero no por mucho. Pronto fue reemplazado por otro. Y otro.

Era una guerra.

PRINCE

DEVNEY PERRY

El ruido cubrió todo, y me levanté, avanzando, sin tratar de quedarme callada. Probablemente no era seguro fuera de esta habitación, pero definitivamente no estaba a salvo dentro.

Pum. Pum. Pum. Los disparos llegaron en rápida sucesión hasta que sonó otro estruendo ensordecedor, cubriendo el estridente de mi grito. La explosión fue como aquella que sacudió las paredes y cortó la energía.

Cass y yo nos tiramos al suelo, agachándonos una al lado de la otra. Encontré su camiseta de nuevo, agarrándola con fuerza.

—Vamos —le susurré, obligándome a ponerme de pie—. Tenemos que irnos.

Lo que sea que estuviera sucediendo arriba sonaba aterrador, pero sería mejor morir intentando escapar que esperar a que nuestro verdugo nos encontrara en esa habitación.

Una luz brilló a nuestro lado, iluminando la habitación. Teníamos el teléfono de Ghost, pero en algún lugar de sus harapos, tal vez en un bolsillo de esa minifalda, la mujer había escondido el suyo. Lo tendió, apenas iluminando la habitación. Los ojos de Ghost se dirigieron a la pared donde habíamos estado acurrucadas y cuando descubrió que no estábamos, sus ojos se dirigieron hacia nosotras.

Estaba a solo un paso de la puerta. Mi corazón dio un vuelco. Íbamos en la dirección correcta. Corrí hacia adelante, llevándome a Cass conmigo mientras gritaba:

—¡Vamos!

Nos abalanzamos y salimos por la puerta justo cuando Ghost gritó:

—¡Mierda!

Solté la camiseta de Cass, golpeándola frente a mí con mi hombro mientras soltaba el teléfono de Ghost para tirar de la manija de la puerta.

Apúrate. Mis dedos se deslizaron sobre el metal, pero me estiré, agarrándolo de nuevo con todas mis fuerzas. Luego di un largo paso hacia el pasillo, tirando de la puerta de acero conmigo y cerrándola de golpe.

Los puños de Ghost la golpeaban desde el interior. Giró la manija y la sujeté con fuerza.

—Ciérrala. —Tiré con fuerza, sosteniendo el mango con lo último que me quedaba de fuerza e inclinándome hacia adelante. No pesaba mucho, pero si pudiera sostenerla por un minuto. *Sujétalo. Sujétalo fuerte.*

PRINCE

DEVNEY PERRY

Ghost giró en el pomo, gritando:

—¡Joder, déjame salir de aquí!

Los bordes cuadrados del mango se clavaron en mis palmas húmedas, pero no lo solté.

Cass se arrastró a mi lado, mirando por encima de su hombro mientras sus dedos buscaban a tientas la cerradura. Tuvo que ponerse de puntillas, pero la encontró y empujó.

—Casi...

El cerrojo encajó en su lugar.

Me relajé.

—Buen trabajo.

—¿Por dónde vamos? —susurró.

El pasillo estaba tan oscuro como la habitación. Solté la manija de la puerta, conteniendo la respiración mientras Ghost continuaba golpeando del otro lado y haciendo sonar la cerradura. Pero aguantó. Con suerte, seguiría aguantando todo el tiempo que nos llevara salir de este sótano.

Un largo suspiro fue todo lo que me permití antes de caer al suelo, de nuevo dando palmaditas en la oscuridad en busca del teléfono. Lo encontré rápidamente, justo al lado de mi pie, y me paré.

—Aquí. ¿Puedes tomar esto? —Giré y me estiré en busca sus dedos, las dos torpemente tratando de encontrarnos.

—Lo tengo. —Mantuvo el teléfono apretado y presionó el botón lateral, encendiendo la pantalla de bloqueo.

El tenue resplandor fue suficiente para orientarme. Estábamos en el sótano, no era de extrañar, pero no nos habían mantenido en la misma habitación donde habían matado a Ken Raymond. Eso se encontraba a dos habitaciones de las escaleras. Nuestra habitación era la tres.

—Vamos. —Pasé junto a ella, abrazando la pared mientras me movía. La luz del teléfono se apagó y Cass continuó encendiéndolo mientras nos arrastrábamos lentamente hacia la escalera.

Mientras luchábamos con la puerta, los disparos se habían detenido. Pasos sordos y voces amortiguadas flotaban sobre nuestras cabezas, pero no pude distinguir ninguna de las palabras. Ghost siguió golpeando enfurecido detrás de la puerta.

PRINCE

DEVNEY PERRY

¿Quién había hecho esos disparos? ¿Qué encontraríamos arriba? Tragué saliva. Supongo que lo averiguaremos. Porque este sótano no era una opción.

Nos acercamos a las escaleras. La puerta en la parte superior se abría a un pasillo. Tendríamos que pasar por las habitaciones individuales al salir. No todos los miembros vivían aquí. La mayoría de los miembros mayores tenían sus propios hogares. Los hermanos como Jeremiah, demasiado tacaños como para conseguir un apartamento o los que querían estar cerca para las fiestas, se quedaban aquí.

Las habitaciones tenían ventanas. Pequeñas, pero probablemente podríamos salir por ahí. Habría una caída al suelo, quizás dos metros y medio, pero no se me ocurría otra opción.

Más allá de las habitaciones estaba el área común de la casa club. Cualquier pelea que hubiera estallado tenía que haber tenido lugar allí y estaría plagada de gente. Quizás también llena de cadáveres.

Apreté los dientes y di los últimos pasos hacia las escaleras.

—Cuando llegemos allí, sígueme —le susurré.

—De acuerdo.

Mis piernas temblaron cuando di el primer paso. Me balanceé y respiré hondo. Eran escalones de hormigón, al igual que el resto de la casa club. Fríos. Estériles. Duros. Una caída desde la parte superior significaría otra conmoción cerebral o posiblemente una fractura en la espalda.

—Ten cuidado. —Miré por encima de mi hombro. El rostro de Cass estaba apenas iluminado por la luz del teléfono.

Ella asintió.

Me di la vuelta, lista para salir de aquí, cuando la puerta de acero sobre nosotros se abrió de golpe. Mi corazón saltó a mi garganta y retrocedí, empujando a Cass hacia atrás con mis manos atadas.

Ocultó la luz del teléfono, pero no lo suficientemente pronto. La figura que se cernía sobre nosotras, vestida de negro, levantó un brazo. Entonces el rayo de una linterna me cegó y me obligó a apartar la mirada.

—Scarlett.

Scarlett. Incluso con el casco cubriendo su rostro, reconocí esa voz.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—¡Luke! —Un sollozo se me escapó y la fuerza que tenía hace un segundo se desvaneció. Mis rodillas cedieron, crujendo contra el suelo mientras caía.

Me había encontrado. Nos había encontrado.

Los pasos de Luke resonaron por las escaleras mientras corría hacia nosotras. La linterna cayó al suelo junto a Cass justo cuando las luces sobre nosotros se encendieron. La música que había estado sonando a todo volumen antes de que se cortara la energía volvió a resonar tan fuerte como siempre.

Luego se detuvo.

Y ahí estaba él, arrancándose el casco de la cara y los guantes de sus manos antes de tomar mi cara entre sus palmas, inclinando mi cara hacia la suya.

—Viniste. —Colapsé hacia adelante, mi cuerpo temblando incontrolablemente.

—¿Estás bien? —Su mano fue a la sangre en mi cabello—. ¿Dónde estás herida?

Ahogué otro sollozo y asentí, inhalando profundamente.

—Estoy bien.

A mi lado, Cass gimió.

Luke rebuscó en su bolsillo, buscando. Sacó una navaja, la abrió y cortó nuestras ataduras.

Rodé mis muñecas, moviendo mis brazos mientras Cass hacía lo mismo.

—¿Cómo?

—Shh. —Sacudió la cabeza—. Hablaremos más tarde.

Luke tomó mis piernas para llevarme, pero empujé su hombro y me negué.

—Cass. Ayuda a Cass. —Mi voz se quebró—. Sácala de aquí.

Dos hombres más bajaron corriendo las escaleras. Estaban vestidos como Luke, cubiertos de la cabeza a los pies de negro. Pantalones de entrenamiento. Una camiseta de manga larga. Un chaleco grueso. El mismo casco que él se había arrancado.

Era equipo táctico. Uno de los chalecos de los hombres estaba adornado con tres letras blancas.

PRINCE

DEVNEY PERRY

FBI.

Luke había venido aquí con el FBI.

Una oleada de alivio recorrió mi cuerpo, el impulso de adrenalina me dio energía.

Uno de los hombres se posó sobre el hombro de Luke.

—Ayúdala —ordenó Luke, señalando a Cass con la barbilla.

El hombre tomó a Cass del codo y la ayudó a levantarse. Cuando ella se tambaleó, él la cogió en sus brazos y la llevó escaleras arriba. Ella me miró por encima de su hombro con los ojos muy abiertos y el rostro pálido.

Esbocé una pequeña sonrisa antes de que el agente la llevara por la puerta.

Luke me levantó y me abrazó.

—¿Hay alguien más aquí?

Los golpes de Ghost respondieron esa pregunta.

El otro agente llevó una mano a la pequeña radio negra que tenía en el hombro.

—Johnson, ven al sótano.

Una voz, presumiblemente la de Johnson, respondió al instante.

—En camino, señor.

Luke asintió hacia el hombre y luego subió las escaleras sin demora. El hedor a alcohol rancio, cigarrillos y sudor llenó mi nariz cuando llegamos al pasillo. Luke dio un paso a la derecha, hacia las habitaciones y la entrada principal.

Y ahí estaba. La puerta de Jeremiah. Era solo un lugar detrás de una puerta cerrada, pero a medida que nos acercábamos a la habitación, la tercera a la izquierda desde la entrada del pasillo, supe que no podía hacer esto.

—Detente. —Toqué el hombro de Luke.

—¿Qué? —Redució la velocidad pero no se detuvo.

—Detente. ¿Me puedes bajar? ¿Por favor? —Lo miré a los ojos, tan llenos de preocupación y miedo que me rompió el corazón—. Necesito salir de aquí con mis propios pies.

Necesitaba pasar por esa puerta.

Necesitaba ser yo quien dejara esto atrás, un paso a la vez.

TIN GYPSY: LIBRO CUATRO

NOBLE

PRINCE

DEVNEY PERRY

Luke dejó escapar un suspiro. Luego me dio un beso en la frente y cerró los ojos.

—Carajos, sí que me asustaste.

Me incliné hacia su toque.

—Lo siento.

—Esto es culpa de Tucker. No tuya.

—Igual lo lamento —susurré.

—Haz lo que necesitas hacer. —Me puso de pie y luego me tomó de la mano—. Estoy aquí.

Me incliné a su lado, tomándome un momento para recuperarme. Luego caminé, sin echar un vistazo a la habitación que una vez había sido de Jeremiah. Pasé junto a dos agentes federales, ambos escoltaban a hombres con chalecos de Warriors y esposas hacia la salida.

Y mantuve mi barbilla en alto cuando llegué a la enorme zona abierta donde los Warriors celebraban sus fiestas. La cerveza y el licor formaban charcos por la habitación. Columnas de humo nublaban la habitación, arremolinándose alrededor de las luces fluorescentes demasiado brillantes.

Manchas de sangre oscurecían el suelo.

Había gente por todas partes. Agentes federales con el mismo atuendo que Luke entraban y salían por las puertas dobles. Un agente tenía a un Warrior presionado boca abajo sobre el fieltro verde de la mesa de billar, esforzándose para poner las esposas alrededor de sus muñecas mientras el hombre arrojaba una serie de insultos y amenazas.

Para la cantidad de personas, la habitación estaba sorprendentemente silenciosa. Además de ese Warrior que estaba en la mesa de billar, los demás estaban en silencio, con las mandíbulas apretadas y la boca cerrada.

El destello de luces rojas, blancas y azules del otro lado de la puerta parpadeaba en la habitación. Dos técnicos de emergencias médicas entraron corriendo con una camilla y se apresuraron hacia un hombre que estaba en el suelo en la esquina de la habitación. Era un Warrior, tumbado boca abajo. Tenía los ojos abiertos, mirando inexpresivamente las botas del agente agachado a su lado.

¿Estaba muerto? Busqué en las paredes y vi un agujero de bala a mi izquierda. Más allá de eso, el parche con forma de punta de flecha Warrior había sido cosida sobre una bandera de color negro y otra bala había perforado a través de la letra A.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Toda la casa club había sido allanada. Por cada Warrior o miembro del club parecía haber dos agentes. Probablemente había más afuera con los hombres y mujeres que ya habían sacado.

—Disculpa.

Salté al oír la voz detrás de mí y me acurruqué al lado de Luke mientras un agente pasaba por el lado. Detrás de él, dos agentes femeninas escoltaban a dos mujeres borrachas, ambas con vestidos ceñidos y balanceándose sobre sus tacones de aguja, fuera de una habitación.

Una vez que pasaron, Luke tiró de mi mano.

—Vamos.

Asentí, dando un paso, pero me congelé cuando encontré una mirada oscura frente a mí.

Tucker Talbot estaba junto a una agente junto a la barra. Tenía las manos aseguradas a la espalda. Por encima de su hombro, algunas de las botellas de licor se habían roto, goteando ámbar y dorado en los estantes.

A diferencia de los demás, la agente a su lado no tenía equipo táctico. Llevaba una chaqueta de traje negra ceñida a su cuerpo con un chaleco antibalas. Sus pantalones planchados le llegaban hasta los tacones sensibles. Ella estaba hablando con Tucker, leyéndole sus derechos, pero sus ojos estaban fijos en mí.

Mi corazón latía con demasiada fuerza, pero mantuve la barbilla en alto. Sostuve su mirada y no vacilé.

Tucker Talbot nunca volvería a hacer que me acobardara.

Testificaría contra él. Le daría al FBI el video de él cometiendo un asesinato.

Viviría para verlo ir a la cárcel.

—Destruyó mi teléfono —le susurré a Luke.

—Tenemos el archivo en respaldo —dijo, luego tiró de mi mano de nuevo. Luke no quería seguir en este lugar.

Yo tampoco.

Sostuve la mirada de Tucker hasta que estuvo en mi periferia, luego lo puse detrás de mí, un problema para otro día, y apreté la mano de Luke con más fuerza.

En el momento en que salimos, el aire fresco de la tarde me rodeó, llenó mis pulmones y ahuyentó el olor.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Respiré. Por primera vez en lo que me parecieron años, respiré.

Esto no había terminado. Habría repercusiones de esta noche, pero por ahora, estaba a salvo.

El estacionamiento era aún más caótico de lo que esperaba. El ruido que me había perdido en la sala principal parecía haber estado esperando afuera. Las mujeres lloraban. Los hombres maldecían. Una pareja estaba librando una batalla inútil contra ser empujados a la parte trasera de un coche de policía.

—¿Dónde está Cassandra? —le pregunté a Luke.

Levantó su mano libre, señalando su camioneta estacionada al borde del estacionamiento. Ella se hallaba de pie, temblando, con el teléfono de Ghost en la mano y una manta de lana sobre los hombros. El agente que la había sacado del sótano estaba estoicamente a su lado.

—Está bien. Gracias a Dios. —Dirigí mis pies en su dirección. Con cada paso me sentía más ligera. Más segura. Flotando. Hasta que me di cuenta de que no estaba flotando. Me estaba cayendo.

—Scarlett. —Luke me atrapó antes de que cayera al suelo.

Sobre mí, las estrellas brillaban, arremolinándose en el cielo de medianoche.

—Qué bonito.

—Scarlett. Quédate conmigo. —Luke me sacudió, su voz llena de miedo—. Quédate conmigo, hermosa. Necesito decirte que te amo.

Me ama. Solo tuve energía para una leve sonrisa.

Luego, por segunda o tercera vez en un día, ya había perdido la cuenta, el mundo se volvió negro.

PRINCE

DEVNEY PERRY

23

Luke

—¿Café? —preguntó Maria, tendiendo un vaso de papel lleno hasta el borde de líquido negro y humeante.

—Gracias. —El primer sorbo me quemó la lengua, pero tomé otro de todos modos. La cafeína era lo único que me mantenía en pie en este momento.

Ahora que mi ritmo cardíaco volvía a la normalidad y el miedo que me impulsó durante la noche casi desaparecía, estaba a punto de caer. Lo haría más tarde, cuando estuviera en casa. Cuando Scarlett estuviera en casa.

Miré por encima de mi hombro hacia la habitación del hospital donde dormía. Los débiles rayos del amanecer se colaban por la ventana. La luz proyectaba rayos danzantes sobre el suelo encerado.

El cabello de Scarlett estaba húmedo y enrollado en un nudo sobre la almohada blanca. Insistí en que le lavaran la sangre después de coserle el corte en la coronilla. La pluma que llevaba atada detrás de la oreja estaba en la mesilla de noche, junto a mis llaves y mi cartera.

—¿Cómo está? —preguntó Maria.

—Tiene una conmoción cerebral. Está agotada. Pero se pondrá bien. El médico quiere que se quede aquí unas horas más, para estar seguros.

Cuando se desmayó en mis brazos fuera de la casa club de los Warriors, entré en pánico. Había cinco ambulancias en el terreno, y todas llegaron después de que cesaran los disparos. Pero en lugar de llamar a los paramédicos, tomé a Scarlett en mis brazos y la llevé yo mismo a la sala de emergencias de Ashton.

Los médicos la revisaron de pies a cabeza, pero aparte de la herida en la cabeza, estaba bien. Los Warriors no la tocaron, por lo que pude ver.

TIN GYPSY: LIBRO CUATRO

NOBLE

273

PRINCE

DEVNEY PERRY

Estaba cansada. Estaba aterrorizada. Pero se recuperaría, que era más de lo que podía decir de los demás después de los acontecimientos de la noche anterior.

Cinco Warriors fueron disparados y asesinados en el asalto a la casa club. Dos agentes recibieron disparos, aunque ninguno resultó herido de muerte. Los Warriors que no estaban siendo tratados por sus heridas en este mismo hospital estaban todos bajo custodia.

Maria no jodió.

Después de que se sentara ayer en mi salón, escuché su plan. La verdad es que se parecía mucho al que yo tenía en la cabeza. Excepto que en lugar de que Dash, Emmett, Leo y yo entráramos a la fuerza en la fortaleza de los Warriors, probablemente muriendo en el camino, ella ofrecía el poder del gobierno federal.

Ella ya tenía un gran equipo aquí. Tal vez fue porque Ken Raymond fue asesinado. Tal vez ya habían estado preparando un movimiento en el club. No pregunté.

Mi única petición fue acompañarla.

Maria aceptó siempre que Dash, Emmett y Leo se quedaran. Ellos protestaron, por supuesto. Amenazaron con ir a Ashton de todos modos. Entonces Maria los golpeó con la lógica que no podían refutar.

Se trataba de una redada federal.

Si los Tin Gypsies acudían a Ashton, se pintarían dianas en la espalda. Era mejor dejar que el FBI asumiera la culpa y ahorrarse cualquier repercusión.

Así que los chicos se quedaron atrás mientras yo conducía a Ashton.

Cincuenta agentes del FBI. Veinte de la DEA. Y yo.

—¿Qué es lo siguiente? —pregunté, dando un paso atrás y apoyándome en la pared.

Maria apareció en el hospital hace diez minutos, pero antes de que habláramos, insistió en tomar un café primero.

Adoptó una postura similar a la mía en la pared opuesta.

—A continuación, irán a prisión .

—¿Cómo vas a hacer eso?

—Espero que con pruebas de video.

Mi estómago cayó.

TIN GYPSY: LIBRO CUATRO

NOBLE

PRINCE

DEVNEY PERRY

—¿De Scarlett?

—Tal vez. Pero si puedo conseguir lo suficiente sin ella, seguiré adelante. Mantenerla al margen tanto como pueda. No prometo nada, pero lo intentaré.

—Se aprecia. —Cuanto menos se involucre Scarlett, mejor.

—Los fiscales podrían pedirle que declare sobre su secuestro, pero el secuestro es el cargo menos ofensivo en el expediente. Vamos a centrarnos en el video de vigilancia que encontramos en la casa de Tucker Talbot. —Levantó su taza de café—. Buen consejo.

Además de asaltar la casa club, el juez concedió a Maria una orden para buscar a Scarlett en cinco domicilios personales: el de Tucker y el de sus principales líderes.

Maria me acompañó a Ashton ayer por la tarde. No hablamos mucho. Estuvo ocupada coordinando su equipo, ya en Ashton, desde la carretera. Pero cuando me contó lo de la orden judicial, le sugerí que buscara pruebas en video.

Emmett tenía razón después de todo. Tucker estaba grabando las actividades en la casa club para usarlas contra sus hombres si se pasaban de la raya.

El hijo de puta se hundiría. Bien.

—¿Cómo está Birdy? —pregunté.

—Lo último que supe es que aún estaba en cirugía.

—¿Crees que lo logrará?

Una ola de tristeza cruzó el rostro de Maria.

—No parece nada bueno.

—Lo siento.

Asintió.

—Es parte del trabajo. No lo hace más fácil.

—No, no lo hace. —Sacudí la cabeza—. Dime esto. ¿Vinieron a mi barrio por Birdy? ¿O por Scarlett?

—No estamos seguros. Tal vez sabían que Scarlett estaba al lado y fueron a detener a Birdy antes de que alguien pudiera detenerlos. Tal vez se dieron cuenta de dónde estaba Birdy. Ella estuvo encubierta con Ken desde el principio. Tan pronto como Ken fue asesinado, la sacamos de Ashton.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Quería enviarla de regreso a nuestra oficina de campo en Los Ángeles, pero se negó a ser reasignada.

—¿Puedes hablarme de Ken? ¿Se llamaba así?

María negó con la cabeza.

—No puedo decirte mucho. Trabajó durante años para entrar en los Warriors. Finalmente lo consiguió hace unos diez meses. Ken iba a contrabandearles armas y municiones. Cosas del mercado negro. No sé qué salió mal. Un día, informó que las cosas estaban bien. Tucker y un par más fueron al campo de tiro para hacer algunos disparos. Al día siguiente, se había ido.

—¿Tenía familia?

—Sólo Birdy —dijo.

—¿Los dos estaban juntos?

—Compañeros de trabajo y de vida durante más de veinte años.

—Maldita sea. —Podía imaginar cómo se sentía Birdy, al perder a la persona que era dueña de su corazón. Quería seguir luchando, para castigar a los que mataron a su compañero. Y ahora estaba luchando por su vida.

Birdy desapareció en la seguridad de mi barrio, al igual que Scarlett, pero los Warriors la encontraron.

—Mantenme informado.

María asintió.

—Lo haré.

Que Scarlett apareciera en la puerta de Birdy probablemente fue un golpe de suerte. O tal vez podría haberse quedado encerrada en mi casa y aun así habría llegado a casa para encontrarla desaparecida. En cualquier caso, cuando los Warriors dispararon a Birdy, y luego se llevaron a Scarlett y a Cass, le dieron al FBI lo suficiente para ir a un juez y pedir esas órdenes.

—¿Cuál es el peligro aquí? —pregunté—. Para Scarlett. ¿Vendrán por ella?

—Sinceramente, no lo sé —dijo—. No hay un solo Warrior que no haya sido arrestado. Incluso los que no estaban en la fiesta fueron detenidos. Pero tienen aliados. El abogado de Tucker ya está luchando para que se desestimen las pruebas del video.

—¿Saldrá?

PRINCE

DEVNEY PERRY

—Lo dudo. Tengo un equipo revisando las imágenes de video. Hay mucho, así que no sé exactamente lo que muestra, pero crucemos los dedos para que sea suficiente.

Eso alivió algunos de mis temores. Algunos.

—¿Debería Scarlett estar en protección de testigos?

Porque si Scarlett se dirigía a la protección de testigos, entonces yo iría con ella.

—No sé si a Tucker Talbot le queda alguna jugada —dijo Maria—. Pero...

—No. —La débil voz de Scarlett salió de su habitación.

Me aparté de la pared y giré hacia la puerta para encontrarla sentada en la cama, con sus ojos azules claros y brillantes.

Tenía la pluma en la mano y arrastraba lentamente la punta del dedo índice por la veleta.

—Estás despierta. —Crucé la habitación y dejé caer un beso en su frente, luego acerqué la silla en la que estuve sentado toda la noche a la cama, dejando mi café a un lado.

Scarlett tomó mi mano entre las suyas, sosteniéndola sobre su regazo, y luego miró más allá de mí hacia donde Maria estaba de pie en el centro de la habitación.

—No voy a renunciar a mi vida después de haber luchado tanto por recuperarla. No voy a entrar en protección de testigos.

—Podrías estar en peligro —advirtió Maria.

—Tucker no gana nada más que venganza matándome. Tiene otras pruebas, ¿verdad? ¿Sólo soy una pieza?

Maria asintió.

—Así es. Y aunque testificaras, sería uno de los muchos clavos en su ataúd. Pero he estado observando a Tucker Talbot durante años. Es un hombre vengativo.

—Si desaparezco, él gana. —Scarlett me miró—. No le dejaré ganar. Me arriesgaré.

—Scar...

—No, Luke. Se acabó el esconderse. Si Tucker decide venir por mí, lucharé. Seguiré luchando. —Soltó mi mano y llevó la suya a mi cara. Sus

PRINCE

DEVNEY PERRY

pulgares acariciaron mis mejillas—. Vale la pena luchar por esto. Por nosotros.

Cerré los ojos, dándole a una de sus palmas el peso de mi cabeza.

—Si viene por ti, tendrá que pasar por mí primero.

—Y a mí. —Una voz enérgica precedió a su dueña. Presley entró en la habitación—. Apártate, Rosen, para que pueda abrazar a mi hermana.

Me reí y me puse de pie.

—Sí, señora.

Presley corrió a los brazos de Scarlett, las hermanas se abrazaron con fuerza.

Shaw estaba cerca de su esposa, llevando una bolsa de mano con lo que parecía ropa y zapatos nuevos.

—Hola.

—Hola. —Extendí mi mano para estrechar la suya.

Cuando Shaw y yo nos conocimos, él tenía ese brillo de estrella de cine, un carisma natural que atraía a la gente. Todavía estaba allí, pero desde que se mudó a Clifton Forge permanentemente, no vi al hombre de la pantalla cuando vi su cara. Sólo veía a un amigo.

No salíamos desde que Scarlett se mudó a mi casa. Y mientras Presley y Scarlett continuaban su abrazo, supe que eso estaba a punto de cambiar. Esas dos serían inseparables.

Tal vez Shaw y yo tendríamos la oportunidad de volver a pescar. Era un buen tipo para tener en el río. No me pegaba en el ojo. Tampoco hablaba mucho.

Aunque dado lo improbable que era perder de vista a Scarlett, las damas también vendrían. No atraparíamos nada. Esas dos charlarían todo el tiempo.

No podía esperar.

Shaw dejó la bolsa de mano y se puso a mi lado, cruzando los brazos sobre el pecho mientras se inclinaba y bajaba la voz.

—Más tarde, no hoy porque sería cruel, voy a recordarte la noche en que te negaste a dejarme conseguir a Presley. Y más tarde, porque de nuevo, sería cruel decirlo hoy, voy a llamarte hipócrita y reírme en tu cara.

—Te agradezco que lo dejes para después.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Shaw se rio.

La noche en que Jeremiah tomó como rehenes a Scarlett y Presley, no entendí por qué Shaw insistió en entrar en esa casa. Ahora sí lo entendía. Cuando el amor de tu vida y tu futuro estaban en peligro, no te quedabas al margen y esperabas lo mejor.

Hacías todo lo posible por salvar su vida.

Una corriente de gente entró en la habitación. Dash y Bryce iban a la cabeza, con Emmett y Leo muy cerca.

Bryce tenía una sonrisa en su bonita cara mientras soltaba la mano de Dash y se dirigía a la cama y se sentaba al lado de Scarlett.

—Soy Bryce, la esposa de Dash —Levantó un ramo de girasoles—. Estos son para ti.

—Oh. Gracias. —Scarlett tomó el ramo, y luego parpadeó ante las altas figuras que se asomaban a los pies de su cama.

—Me llevaré esas. —Presley tomó las flores y las colocó en la mesa auxiliar, y luego ocupó el espacio libre al lado de Scarlett.

—Genevieve e Isaiah no pudieron venir. Están cuidando a nuestros hijos —dijo Bryce—. Pero están emocionados por conocerte cuando lleguemos a casa. Genevieve ya está haciendo galletas.

—Son los que viven al final de la calle —le recordé.

—Ah —Asintió y luego una mirada de espanto cruzó su rostro—. Cass. ¿Dónde está?

—En casa —respondió Maria, interponiéndose entre Leo y Emmett—. La llevamos a casa.

Scarlett se relajó.

—Bien. Entonces la veremos cuando lleguemos.

—Lo siento, lo has entendido mal. —Maria sacudió la cabeza—. Ella quería ir a casa, a Missoula. Donde vive. Uno de nuestros agentes la llevó allí anoche.

—¿Está bien?

—Es dura —dijo Maria—. Como otra persona que conozco.

Dura como un clavo, mi Scarlett. Era tan dura como ella.

—Tengo que irme. —Maria asintió a Scarlett, luego a mí—. Cuídate, Luke.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—Echaré de menos tus visitas diarias.

Me guiñó un ojo.

—Mentiroso.

—Mantente en contacto.

Con un gesto de la mano, salió de la habitación del hospital, sus tacones chocaron por el pasillo mientras desaparecía.

—¿Quién más tiene la sensación de que no hemos visto lo último del FBI? —preguntó Dash en voz baja.

—Yo —murmuraron Emmett y Leo al unísono.

Yo.

—Uno pensaría que cuando un club de motociclistas se disuelve, se acaban los problemas. —Bryce negó con la cabeza.

—Ustedes no eran tan problemáticos cuando eran un club —murmuró Presley.

—Somos el regalo que sigue dando —se burló Leo.

Toda la sala estalló en carcajadas.

Ninguno de nosotros culpó a Dash, Emmett o Leo. Estaban tan hartos de mirar por encima del hombro como el resto de nosotros.

Sólo deseaba que pudiéramos salir de esta habitación y no volver a mirar atrás.

Pero hasta que pasara el tiempo, hasta que pudiéramos garantizar que todos estaban a salvo de los Warriors, estaríamos atentos. Los Warriors podrían estar rotos, pero no se habían ido todavía. No todos ellos se enfrentarían a penas de prisión de larga duración. Y cuando salieran...

Esa preocupación era para otro día.

—Toc, toc. —Los ojos de la doctora de Scarlett se abrieron de par en par al ver la multitud que se reunía en la sala—. El horario de visitas aún no ha comenzado.

La doctora se encontró con miradas vacías.

—Realmente me gustaría ir a casa —dijo Scarlett—. Prometo llevarlos conmigo.

—Entonces vamos a que te revisen y te den el alta. —La doctora señaló el pasillo—. La sala de espera está por allí.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Los hombres gruñeron, pero se dirigieron al pasillo. Las mujeres se quedaron y cuando quedó claro que Presley no se iba a ir del lado de Scarlett, Bryce decidió quedarse también. Ambas se quedaron junto a la ventana mientras yo me cernía sobre el hombro de la doctora mientras esta revisaba a Scarlett.

—Todo despejado. —Apretó el pie de Scarlett y se colgó el estetoscopio del cuello—. Haré que la enfermera venga con los papeles del alta. Entonces eres libre de irte.

Dos horas más tarde, Scarlett se duchó y se vistió con la sudadera que Presley trajo, y luego estuvimos en mi camioneta.

Esperaba hacer el viaje de tres horas a casa solo, pero Presley no lo aceptó.

—He echado de menos a mi hermana —declaró, subiendo al estéril y rígido asiento trasero de mi camioneta.

Arrugó la nariz, pero por lo demás no se quejó del incómodo viaje. Se limitó a inclinarse hacia delante durante casi todo el trayecto y a hablar con Scarlett.

Presley describió la casa que ella y Shaw estaban construyendo. Contó historias sobre el taller y la vida en Clifton Forge. Creía que estaba hablando por hablar, pero cuando salí de la autopista, me di cuenta.

Esta era la propuesta de Presley.

Ella quería que Scarlett se quedara en Montana.

En el momento en que giramos por mi calle, Scarlett se sentó más recta. Me miró y sonrió. Volvía a tener ojeras y bostezó una docena de veces durante el viaje. Lo que necesitaba era una larga noche de descanso, algo que yo me encargaría de que tuviera.

Después de arreglar algunas cosas.

—Se siente bien no esconderse —dijo cuando entré en el camino de entrada. Antes de que pudiera ayudarla a salir, abrió su puerta y luego la de Presley.

Sin esperar a que su hermana saliera, Scarlett salió del garaje a la luz del sol. Inclino la cara hacia el cielo, con el cabello ya casi seco y colgando por la espalda en forma de ondas.

Me apresuré a unirme a ella mientras el Escalade de Shaw estacionaba en la calle. En Ashton, Dash y Bryce estuvieron en su camioneta, Emmett y Leo en sus motocicletas. Ahora que estábamos en casa, miré hacia la calle

PRINCE

DEVNEY PERRY

para ver a los Slater estacionados en la casa de Genevieve e Isaiah para recoger a sus hijos. No había rastro de Emmett y Leo. Probablemente irían al Betsy a tomar una muy necesaria cerveza, aunque fuera antes del mediodía.

—¿Crees que está bien? —preguntó Scarlett mientras le pasaba el brazo por los hombros, acercándose a su lado. Su mirada estaba dirigida al otro lado de la calle, donde el coche de Cassandra seguía estacionado en la entrada.

—Lo sabremos por sus padres en cuanto lleguen a casa. —Esperaba que estuvieran acampando en un lugar con servicio de telefonía móvil.

Dos casas más abajo, uno de los vecinos estaba cortando el césped. Cuando me vio, levantó una mano para saludar.

Le devolví el saludo.

También lo hizo Scarlett.

—Siempre puedes quedarte en nuestra casa si estás harta de este tipo —dijo Presley cuando se unió a nosotros en la entrada.

Scarlett levantó la barbilla para encontrarse con mi mirada.

—Quizá esté hartó de mí.

—Nunca. —Dejé caer un beso en sus labios. Fue corto. Demasiado corto. Pero teníamos tiempo.

Presley podría presionar para que Scarlett se quedara en Clifton Forge. Simplemente iba a insistir en ello.

Dudaba que encontrara mucha resistencia.

—Parece que estás en buenas manos. —Presley sacó a Scarlett de mis brazos para darle otro abrazo.

—Lo mejor.

—Vendré mañana.

—De acuerdo. —Scarlett y yo nos quedamos fuera hasta que Presley y Shaw se perdieron de vista. Entonces se giró hacia la casa, estudiando el exterior.

No parecía tener prisa por entrar, así que volví a rodearla con el brazo y la acerqué.

—Quiero volver a acampar en el río.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—Podemos irnos mañana. —Nada me haría más feliz que escapar del mundo durante una semana. O dos. Iríamos a un lugar nuevo y le presentaría mis lugares favoritos de Montana. Maria podría tener algún reparo en que nos fuéramos de la ciudad, pero ya tenía suficiente trabajo con el papeleo y los abogados, cualquier pregunta que tuviera para nosotros podía esperar—. Tal vez podamos elegir un lugar cerca de Missoula. Pasar a ver a Cass. Y puedo presentarte a mi papá.

—Eso me gustaría. —Una sonrisa se dibujó en su boca—. Pero primero tenemos que hacer algunas cosas.

—De acuerdo. Vamos a escucharlo.

—En primer lugar, quiero abrir todas las persianas de la casa, y a menos que vayamos a hacerlo en el sofá del salón, no quiero que estén cerradas nunca más.

Me reí y besé la parte superior de su cabello.

—Trato hecho.

—Quiero convertir el comedor en una biblioteca donde pueda leer y tomar mi café cada mañana.

—Muéstrame dónde quieres que construya las estanterías.

—Quiero quitar ese arbusto de ahí y moverlo allí. —Señaló el arbusto más cercano a la puerta principal, y luego la esquina de la casa—. Tal vez añadir un par de macetas para enmarcar el escalón delantero.

—Mejor fluidez, ¿no?

—Ahora te das cuenta. —Me rodeó la cintura con los brazos y me apretó—. Te amo.

—Yo también te amo. —Fue una descarga escuchar esas palabras. Decirlas en voz alta. Esperaba que en los próximos cincuenta años esa emoción nunca se desvaneciera—. ¿Alguna otra demanda?

Scarlett sonrió.

—Sólo una más.

PRINCE

DEVNEY PERRY

24

Scarlett

—**A**quí tienes, cariño. —Puse el plato de hamburguesas crudas junto a la parrilla y me puse de puntillas para besar la mejilla de Luke.

Se inclinó, girando a tiempo para recibir mis labios en su lugar.

—Gracias, preciosa.

—¿Qué más necesitas?

—Nada. —Abrió la tapa de la parrilla y empezó a poner las hamburguesas, la carne chisporroteaba al golpear la rejilla caliente—. Estaremos listos pronto.

—Cass no está aquí todavía. —Fruncí el ceño—. Quizá haya cambiado de opinión.

—Ella vendrá.

—Eso espero.

No había visto a Cassandra desde aquella noche en el club de los Warriors. No había vuelto a Clifton Forge desde el secuestro. Sus padres habían ido a visitarla y a comprobar su estado. Le habían devuelto el auto. Y cuando Luke y yo habíamos hablado con ellos, me habían dado el número de Cass. Pero aparte de un puñado de mensajes de texto, me había estado evitando. Incluso cuando fuimos a Missoula y tratamos de concertar una visita, ella puso excusas.

Cuando vi su auto en la entrada de la casa de sus padres esta mañana, le envié un mensaje para invitarla a cenar. Para mi sorpresa, dijo que sí.

—Tal vez no debería haberla invitado con tanta gente aquí. —Nuestra nueva cubierta estaba llena de amigos.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Como el interior de la casa estaba como yo quería, por ahora, en las últimas tres semanas me he centrado en el patio. Habíamos contratado a un equipo de construcción local para que construyera una terraza. Nos encargamos de la jardinería. Luke había llegado a casa todas las noches después del trabajo y me había ayudado a hacer lo que no había podido hacer durante el día mientras él estaba en la estación.

El patio se había transformado en menos de un mes, y ahora que el proyecto estaba casi terminado, habíamos invitado a todos a una barbacoa el sábado.

La terraza se extendía casi a lo ancho de la casa y estaba llena de macetas, sillas y sofás. Mi fiesta de compras había sido cara, rápida y muy divertida. Se había burlado de la cantidad de asientos, pero al ver a nuestros amigos descansando cómodamente, tomé nota mental de comprar un par de sillas más.

—¿Necesitan otra cerveza? —Dash se levantó de la tumbona en la que había estado sentado, caminando hacia las neveras que habíamos colocado contra la barandilla de hierro.

—Tomaré una. —Leo levantó una mano desde su asiento en el seccional curvo.

Emmett y Shaw, sentados a su lado, se limitaron a asentir.

E Isaiah, abrazando a su hija de cuatro meses, Amelia, le ajustó el sombrero de sol con su mano tatuada y se reunió con Dash junto a la nevera.

—¿Queda alguna de esas cervezas de raíz?

Dash rebuscó en el hielo, sacó un puñado de botellas y se puso de pie, entregándoselas a los chicos. Le dio la vuelta a su propia cerveza justo cuando sus hijos, que habían estado jugando en el patio, subieron a la cubierta y chocaron con sus piernas.

—¿Puedo probar un trago, papá? —preguntó Xander.

—No.

El niño de cuatro años no escuchó. Se dirigió a la nevera, con las manos revolviendo el hielo.

—Yo también. —Zeke, un año más joven que su hermano, empezó a cavar también.

—¿Qué es esto? —Xander sacó la ámbar favorita de Luke del hielo y Dash se lo arrebató de la mano.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—No algo para niños.

La mirada que el niño envió a su padre estaba llena de desafío y de reto.

Emmett se rio.

—Dios, no puedo esperar a ver cómo presiona cada uno de tus botones.

No había duda de que los chicos Slater iban a ser un motín. Ya estaban dando guerra a sus padres, pero Dash y Bryce parecían amar cada minuto.

—Tengo algo especial para ti, Xander. —Me acerqué y abrí la otra nevera, la que habíamos llenado de aguas, refrescos y cajas de zumo. Tomé uno para cada uno, introduje los popotes adjuntos y los envié al patio.

Lo único que tenían para jugar era un balón de fútbol y un frisbee, pero pronto el espacio sería más adecuado para los niños. Quizá un columpio y un tobogán. Un arenero cubierto podría quedar bien junto al muro que iba a poner a lo largo de la valla.

—Oh-oh. —Presley salió de las puertas francesas, seguida por Bryce y Genevieve—. Conozco esa cara.

—Yo también —murmuró Luke desde la parrilla—. Significa otro proyecto.

Me encogí de hombros.

—Este patio me necesitaba.

Se rio y se llevó su propia botella de cerveza a los labios.

Presley me tendió dos vasos, ambos llenos de hielo pero con bebidas de distinto color.

—¿Margarita o sangría?

—Oh, tengo una cerveza dentro. —Una cerveza sin alcohol. La tenía escondida en la mini nevera del garaje. Me había colado allí antes y había servido una en un vaso, esperando que nadie me viera ni las botellas vacías en la basura.

Luke y yo acabábamos de descubrir hace dos días que estábamos embarazados, y aunque me hacía ilusión contárselo a mi hermana, aún no estaba preparada.

Por ahora, era nuestro secreto.

No nos habíamos quedado embarazados en un día de lluvia; quizá la próxima vez, si éramos afortunados. Esta casa necesitaba bebés.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Por lo que pudimos adivinar, habíamos concebido justo antes del drama con los Warriors. Luke y yo no habíamos usado un preservativo cuando volvimos de la excursión del Smith River. También nos habíamos olvidado unas cuantas veces en la tienda.

Me gustaba pensar que habíamos hecho este bebé en el río.

Pero donde hubiera sido, él o ella habían sido hechos con amor y pronto se unirían al equipo.

—¿Deberíamos hablar de los Warriors y terminar con esto? —preguntó Dash mientras Bryce se acomodaba en su rodilla.

—Sí. —Luke cerró la tapa de la parrilla. Luego tomó mi mano, tocando el diamante en mi dedo anular junto con el anillo de bodas que coordinaba, y me llevó a una silla vacía.

Me encaramé al reposabrazos mientras él se acomodaba en el asiento, inclinándose hacia delante con los codos sobre las rodillas.

—Hablé con Maria ayer. Tres tipos están en libertad bajo fianza.

—¿Quiénes? —preguntó Emmett.

Luke enumeró los nombres.

—Por lo que me dijo, son algunos de los nuevos prospectos. No son miembros de pleno derecho.

—Podría ser un problema. —Dash negó con la cabeza—. Si están tratando de congraciarse con Tucker, podrían estar dispuestos a vengarlo.

—Voy a indagar sobre ellos —dijo Emmett.

—Y consíguenos algunas fotos para que sepamos a quién vigilar —añadió Shaw.

—Ya los tengo identificados —dijo Luke—. Y se los he pasado a mi equipo en la comisaría para que los agentes que patrullan estén atentos.

—¿Se sabe algo de Tucker? —preguntó Leo.

Luke asintió.

—El juez no le concedió la libertad bajo fianza a él ni a ninguno de sus miembros principales. Estarán en custodia hasta sus juicios.

—¿Y cuándo va a ser eso? —preguntó Genevieve, acomodándose al lado de Isaiah y su hija. Trabajaba como abogada en la ciudad y tenía la sensación de que en los próximos meses respondería a muchas de mis preguntas.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—Maria dijo que la fiscalía espera comenzarlas en los próximos meses —respondió Luke.

¿Próximos meses? Parecía mucho tiempo para esperar. Pero como estábamos hablando de asesinatos, drogas y cualquier otra cosa en la que estuvieran metidos los Warriors, el proceso probablemente sería lento. Una de estas tardes me propondría visitar la casa de Genevieve e Isaiah y apartarla para hacerle algunas preguntas.

No sabía cómo funcionaba el sistema de justicia penal y, aunque Luke estaba aquí, cada vez que sacaba el tema de los Warriors, se le encogían los hombros y se le fruncía la frente. Al igual que ahora.

Todos mirábamos por encima del hombro y el estrés era lo que más le pesaba.

Sería así durante un tiempo. Era inevitable. Pero podía aliviar un poco la carga guardando preguntas para Genevieve o teniendo una lista de proyectos para mantener la mente de Luke en otras cosas.

El grupo se quedó en silencio, cada uno de nosotros absorbiendo la información. Todas nuestras vidas habían cambiado desde la detención de los Warriors.

Todo el mundo estaba en alerta total.

Shaw llevaba a Presley al trabajo en el taller cada mañana. Dash rara vez perdía de vista a Bryce y a sus hijos. Genevieve e Isaiah eran muy parecidos.

Y Luke...

Luke estaba aterrorizado por su esposa.

Cuando no estaba en casa, tenía un servicio de protección. El Departamento de Policía de Clifton Forge disponía de pocos recursos, pero uno de sus agentes se quedaba en la casa durante el día hasta que Luke volvía a casa cada noche.

No iba a ninguna parte, ni a la tienda de comestibles, ni a comer con Presley, ni al patio trasero, sola.

Él no me escucharía quejarme. No tenía ningún deseo de causarle problemas.

Luke levantó una mano para cubrir la mía y me encontré con su mirada preocupada.

—Todo irá bien —le prometí.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Tenía que creerlo. Habíamos llegado demasiado lejos para dejar que los Warriors arruinaran nuestras vidas. Seríamos cautelosos, pero no iba a renunciar al futuro y esconderme.

Se acabó el esconderse.

—¿Algo más? —preguntó Emmett.

Luke negó con la cabeza.

—Eso es todo.

—Mantengamos la vigilancia —dijo Dash—. Puede que Tucker esté entre rejas, pero siempre será una amenaza.

—Hasta que esté muerto —murmuró Presley—. ¿Tal vez deberíamos pedir un ataque? Como ese tipo de *Tiger King*.

—Recuerdas que soy policía, ¿verdad? —preguntó Luke.

Se rio.

—Finge que no has oído eso.

Luke se rio y me pasó una mano por la espalda antes de levantarse y volver a su puesto en la parrilla.

Por hoy, los Warriors no eran un problema. Mañana podría ser diferente, pero lo único que quería era disfrutar de una velada con los nuevos amigos y mi marido.

La *única cosa que le* había pedido a Luke antes de irnos de campamento y de excursión flotante había sido pasar por el juzgado para poder casarnos.

Había sido un asunto sin complicaciones. Presley y Shaw habían venido a ser nuestros testigos. Y cuando Luke me puso el anillo de diamantes de su madre en el dedo, un anillo que ella le había regalado antes de morir, los dos intercambiamos votos.

No había necesitado una boda elegante. Sólo quería a Luke.

Mi vestido había sido un sencillo vestido blanco de tirantes que Presley y yo habíamos encontrado en la única tienda de ropa de mujer de la ciudad. Después de que el juez nos declarara marido y mujer, lo celebramos con una cena en Stockyard's.

Entonces volvimos a casa como el señor y la señora Rosen.

El timbre de la puerta sonó.

Cass.

—Yo voy. —Salté de mi silla para entrar corriendo.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—¿Uno de ustedes iría con ella? —le preguntó Luke a Dash.

Dash ya estaba de pie para acompañarme a la puerta ya que Luke estaba ocupado cocinando.

—Probablemente sea Cassandra —le dije mientras giraba el cerrojo. Su alto cuerpo bloqueó la vista, y luego se apartó para que yo pudiera mirar más allá de su hombro.

Sonreí, mi corazón se aceleró cuando ella apareció. Luego se retorció porque tenía un aspecto... horrible.

Durante semanas, había esperado ver la cara de Cass. Para conectar de alguna manera con ella. Ella era parte de la razón por la que había salido de esa habitación. Luchar por Cass me había dado la fuerza para luchar por mí misma. En las semanas que habían pasado, me había preocupado por ella, pero había asumido que sería como yo, que seguiría adelante con su vida.

Excepto que frente a mí no había una mujer que siguiera adelante. Parecía cansada. Desesperada. Perdida.

Una vez, no hace mucho tiempo, había sido igual.

Sus ojos color caramelo parecían huecos, sus pómulos demasiado prominentes. Sus rasgos eran de una palidez fantasmal. Lo único brillante de Cassandra era su cabello castaño que brillaba con la luz del sol.

—Hola. —Forcé una sonrisa—. Entra.

—Las dejaré solas. —Dash se hizo a un lado para que entrara Cassandra, luego cerró la puerta y volvió a echar la cerradura. Con una pequeña inclinación de cabeza, atravesó la casa y desapareció en el exterior.

—Gracias por venir —dije, tomando una de sus manos. Su palma estaba húmeda y su piel fría.

—No iba a venir —confesó—. Vi todos los autos fuera y no iba a hacerlo. Pero quería verte. ¿Estás... bien?

—Estoy bien.

Una oleada de alivio cruzó su mirada.

—Bien.

—¿Tú estás bien?

Me dedicó una sonrisa triste y las lágrimas inundaron sus bonitos ojos.

—No.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Luego estaba en mis brazos, agarrándose a mis hombros como si pudiera caerse si no fuera porque mis huesos la mantenían erguida. Cassandra no gritó. No hizo ningún ruido. Pero se agarró a mí con tanta fuerza que le costaba respirar.

—Lo siento. —Me soltó tan rápido como me había agarrado, alejándose para limpiarse las lágrimas no derramadas—. Soy un desastre.

—No, lo siento. Por mi culpa...

—No es tu culpa. —Sacudió la cabeza—. Sólo estoy... emocional. Las cosas están cambiando tan rápido y no puedo seguir el ritmo.

—¿Cambios? —Ladeé la cabeza—. ¿Qué cambios?

—Bueno, tuve que dejar la escuela. Me voy a mudar aquí. Necesito un trabajo y un apartamento porque amo a mis padres pero no puedo vivir con ellos. Ah, y estoy embarazada.

Se me cayó la mandíbula.

—Embarazada.

Asintió.

—No sé si te acuerdas o no. La historia que te conté en ese... ya sabes. El sótano.

—Las partes son borrosas.

—Hace un tiempo traje a una amiga a casa. Salimos, la única vez en el año que salí, y tomamos unas copas. Había unos tipos. Ella se fue a casa con uno. Yo me fui a casa con el otro.

—Ahora lo recuerdo. —Eso es lo que me había dicho cuando estábamos acurrucadas juntas. Cuando había estado tratando de mantenerme despierta—. ¿Qué chicos?

—Umm —gimió—. Los tipos equivocados. No sé cuánto tiempo has vivido aquí, pero solía haber un club de motociclistas en la ciudad.

Oh.

Mieeeeerda.

—Cass...

—Yo era la chica buena. Siempre. En el instituto. En la universidad. Tuve dos novios, ambos en la universidad. Salí con cada uno durante meses antes de acostarme con ellos. Y yo sólo... era divertido. No me miraba como a una friki. Sabía quién era. Todas las mujeres disponibles en esta ciudad

PRINCE

DEVNEY PERRY

conocen a Leo Winter. Él es el chico malo. Yo soy la chica buena. Y pensé que por una vez sería divertido no hacer todo lo que todo el mundo esperaba que hiciera.

—Cass, yo...

—¿En qué estaba pensando? —Levantó las manos, con los dedos abiertos antes de hundirlos en su cabello—. ¿En qué demonios estaba pensando? Sabía que era un problema, pero dejé que me follara de todos modos.

Esto era un desastre. Ella iba a dar un paso en mi hermosa cubierta nueva y ver a Leo. Necesitaba sacarla de esta reunión. Rápido.

—Quizás esta cena no sea una buena idea. Estás cansada. Hay otras personas aquí. ¿Qué tal si quedamos para comer esta semana? —*Por favor, di que sí.*

Me acerqué, tomándola del brazo, dispuesta a conducirla al otro lado de la calle.

Las botas resonaron en la cubierta más allá de las puertas francesas antes de que pudiera empujar a Cass fuera.

Maldita sea. ¿No había visto las motocicletas de Emmett y Leo en la entrada? Habían estado estacionadas en el lado más alejado, más allá de los otros vehículos, pero debería haber prestado más atención. Esas motocicletas deberían haberla asustado.

Las puertas francesas se abrieron y me giré, rezando para que fuera alguien más pero no...

Leo.

—Lo siento. —Su voz se extendió por la sala de estar—. Sólo voy a usar tu baño.

Si la cara de Cassandra había estado pálida antes, se volvió blanca como la nieve. Sus ojos se movieron entre Leo y yo.

Una expresión cruzó su rostro mientras la asimilaba. Inclino la cabeza hacia un lado, sus ojos se entrecerraron en ella. Si no la recordaba, lo castraría en nombre de Cass.

—Hola —dijo, tratando aún de ubicarla. Pero la reconoció, eso era seguro—. Tú eres...

—Cassandra —grité—. La mujer que fue secuestrada por los Warriors. Leo parpadeó, saliendo de su estupor.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—¿Qué? ¿Eras tú?

Habíamos dicho el nombre de Cass una docena de veces en su presencia. Claramente, lo había olvidado desde su enganche.

Si mis dientes rechinaban juntos, las muelas de Cass molían diamantes hasta hacerlos polvo.

—¿Nos darías un minuto?

—Mmm...

Sus fosas nasales se ensancharon.

—Por favor.

—Claro.

Se quejó mientras yo me alejaba.

Cuando me crucé con Leo, le lancé mi mejor mirada.

—¿Qué he hecho? —murmuró.

—Estoy de su lado —declaré y marché hacia la cubierta, abriendo las puertas con demasiada fuerza y cerrándolas de golpe tras de mí.

—¿Qué pasa? —preguntó Luke, con una espátula en la mano.

—Nunca vas a creer lo que acaba de pasar.

—Bueno, eso fue un desastre. —Quitó los cojines de la cama y los lanzó hacia la silla de la esquina. Tanto las almohadas como la silla eran nuevas. Le había dicho a Luke que eran los últimos cambios que iba a hacer en el dormitorio, pero esta mañana me había despertado y había decidido que necesitaba un nuevo color de pintura.

Remodelaría esta habitación primero como práctica antes de pintar el cuarto de los niños.

En cuanto a las aficiones, el diseño de interiores iba a tener que ser mi especialidad porque, evidentemente, organizar barbacoas por la tarde no lo era.

—No fue un desastre. —Luke agarró el cuello de su camiseta, tirando de ella por encima de su cabeza. Luego se desabrochó los vaqueros y se los quitó de una patada para mostrar sus fuertes piernas y sus ajustados calzoncillos.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Si no estuviera tan disgustada por la tarde y la noche que tuvimos, habría pasado más tiempo disfrutando de la vista. Esa piel tensa. El músculo fuerte y nervudo.

En cambio, arranqué el edredón de mi lado de la cama y me dejé caer con un resoplido.

—Un desastre total.

Cass y Leo no habían vuelto a la cubierta, pero sus voces alzadas habían sido escuchadas por todos.

No había tenido que contarle a nadie el secreto de Cass. Todos la habíamos oído gritar, alto y claro.

Nuestro grupo les había dado intimidad para hablar, pero habían discutido durante tanto tiempo que las hamburguesas se habían enfriado. El resto de la comida había estado dentro, esperando en la isla de la cocina.

Finalmente, el portazo de la puerta principal había resonado en el patio trasero. Le siguió el estruendo de una motocicleta mientras Leo se alejaba a toda velocidad.

Cuando había echado un vistazo al interior, estaba vacío. Cassandra se había retirado a la seguridad de la casa de sus padres.

La noche podría haber sido salvable. Habíamos recalentado la comida y vuelto a la cubierta. Pero el ambiente se había agriado. Emmett había devorado una hamburguesa con queso y había presentado sus excusas. Todos sabíamos que buscaría a Leo.

Dudo que sea para felicitarlo por su próxima paternidad.

Genevieve e Isaiah fueron los siguientes en marcharse después de que Amelia se pusiera quisquillosa. Dash y Bryce se habían llevado a sus hijos a casa antes de que pudiéramos probar la nueva hoguera y asar malvaviscos.

Los únicos que se quedaron hasta el anochecer fueron Presley y Shaw. Normalmente, habría disfrutado de una velada con mi hermana y mi cuñado, pero de alguna manera nuestra conversación se había desviado hacia mamá.

Y Presley y yo habíamos tenido una gran pelea.

—¿Puedes creerlo? —Crucé los brazos sobre el pecho.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Le había dicho a Presley que iba a intentar mantener el contacto con mamá. Tal vez escribirle cartas o algo así. Llamar a la casa cuando sospechara que papá estaba en el trabajo.

Mi hermana se puso furiosa. Me había dicho que dejara a mamá porque ayudarla era una causa perdida.

—¿Cómo pudo decir eso? ¿Cómo pudo Presley descartar a mamá? Es nuestra *madre*. —La oleada de ira en mis venas se convirtió en un mar de lágrimas. Malditas hormonas.

Aparte de la única llamada telefónica, no había contactado con mamá desde que llegué a Montana. Tal vez fuera el embarazo y el hecho de que pronto yo misma sería la mamá de alguien. Pero en las últimas tres semanas, había pensado mucho en mi juventud.

Mamá no era una mujer fuerte. No era una guerrera como Presley.

Pero estaba desesperada. Había hecho lo que podía por sus hijas. Presley no creía que fuera suficiente. Tal vez tenía razón. Pero eso no cambiaba el hecho de que amaba a mamá.

Luke se deslizó en la cama a mi lado y se acercó a la mesita de noche para apagar la luz. Luego me atrajo hacia sus brazos, enterrando su nariz en mi cabello.

—Dale un día o dos. Entonces podrán solucionarlo.

—Ella no lo entiende, Luke. No entiende cómo fueron las cosas después de que ella se fue. Tuve diez años con mamá. Diez. Sólo nos teníamos la una a la otra. Y ella...

Las lágrimas se convirtieron en un nudo en la garganta.

Tal vez era una tontería. Tal vez era una pérdida de tiempo. Pero no iba a renunciar a mamá.

—¿Ella qué? —susurró Luke.

—Ella me liberó. —Levanté la vista hacia su apuesto rostro. Al hombre de mis sueños—. Ella me sacó. Sin ella, no estaría aquí. No te tendría a ti. No tendría esta vida. Le debo todo.

La comprensión cruzó su mirada y dejó caer su frente sobre la mía, estrechándome más.

—Sé que Presley está preocupada. No quiere que me haga ilusiones. Y honestamente, no creo que mamá deje a papá. Pero Luke, ¿y si?...

PRINCE

DEVNEY PERRY

¿Y si mamá tuviera una lucha en su interior? ¿Y si viniera a Montana y encontrara sólo una porción de la paz que sus hijas habían encontrado? ¿Y si?

—Entonces llámala. Escríbele. Haz lo que tengas que hacer. —Así de simple.

Luke siempre hizo que las cosas difíciles parecieran fáciles.

Me dio valor para enfrentarme al mundo.

Si la lucha era contra los Warriors. O por nuestros hijos. O por mi madre. Con él a mi lado, lucharía para hacer realidad nuestros sueños.

Una sonrisa inesperada me arrancó los labios.

—Te amo.

—Te amo, preciosa.

—No sabía que podía ser así hasta que tú lo hiciste.

—¿Ser cómo?

—Como si incluso cuando los días son difíciles, mientras estemos juntos, cada día termina con una sonrisa.



296

TIN GYPSY: LIBRO CUATRO

NOBLE

PRINCE
DEVNEY PERRY

EPÍLOGO

Luke

OCHO MESES DESPUÉS...

Jefe Rosen —respondí al teléfono de mi oficina.
—Tres cadenas perpetuas consecutivas.
Siempre me gustó que Maria fuera al grano en nuestras infrecuentes llamadas.

—¿Alguna noticia de los otros?

—Estamos en ello. Uno a uno. Pero nos queda un largo camino por recorrer.

El Fiscal Federal asignado al caso de los Warriors había impulsado el juicio de Tucker en primer lugar. La mayoría de los otros estaban en curso, pero hasta ahora, la sentencia más corta dictada era de cinco años.

Cincuenta y siete Warriors estaban siendo enviados a través del sistema de justicia penal para pagar por sus crímenes. Asesinato. Tráfico de drogas. Secuestro. Asalto. La lista seguía. Algunos de ellos ya estaban en prisión, sobre todo los que tenían condenas más cortas y los que se habían acogido a una sentencia reducida. Otros estaban a la espera de juicio. Pero en ese momento, ningún miembro del Club de Motociclistas Arrowhead Warriors estaba libre.

Y si Tucker Talbot pasaría sus próximas tres vidas en una Penitenciaría Federal, dormiría mejor por la noche.

Por un tiempo, al menos.

No era tan tonto como para creer que duraría. Tenía conexiones con otros clubes que podrían intentar llevar a cabo su venganza.

TIN GYPSY: LIBRO CUATRO

NOBLE

PRINCE

DEVNEY PERRY

—Si tenemos suerte, la sentencia del juez para Tucker sentará un precedente para los demás que vengan —dijo Maria.

Los otros hombres son los que mataron a Ken Raymond y a Birdy Hames.

Birdy había perdido la vida a manos de los Warriors. Había muerto en la mesa de operaciones más o menos a la misma hora en que Scarlett había salido del hospital de Ashton todos esos meses atrás.

La única vez que oí que la voz estoica y sólida de Maria se quebraba fue cuando me llamó para decirme que Birdy no había sobrevivido. Se había tomado la pérdida de dos miembros del equipo como algo personal.

Yo también lo habría hecho.

Pero la muerte era el riesgo que habíamos aceptado al elegir una carrera en las fuerzas del orden. Eso no lo hacía más fácil, sobre todo cuando eras tú quien le decía a la gente que se metiera en situaciones peligrosas y las desactivara.

A veces la bomba simplemente... detona.

—Mantenme informado —dije.

Maria no se molestó en despedirse. Sólo hubo un simple clic de finalización de la llamada.

Volví a colocar el teléfono en su soporte y regresé a mi ordenador. El resplandor de la ventana que había detrás de mí captó la pantalla, así que me puse de pie y me acerqué al cristal. Pero antes de correr las persianas, di una larga mirada al río que fluía detrás de la estación.

Era principios de marzo y la nieve ya se había derretido. Tal vez se produzcan una o dos tormentas más antes de que entremos oficialmente en la primavera, pero la hierba ya está verde. Las primaveras de Montana eran tan fáciles de predecir como un sorteo de March Madness. Cada año era diferente y cada uno tenía una forma de sorprenderte.

El año pasado por estas fechas, teníamos nieve por todas partes. El año pasado por estas fechas, había encontrado a Scarlett en el pasillo de las galletas del supermercado.

Había habido estrés, mucho estrés, pero sin duda este último año había sido el mejor de mi vida.

Los Arrowhead Warriors tratarían de arruinarlo. Pero aunque salieran de la cárcel, aunque Tucker orquestara una represalia desde su celda, lucharía.

PRINCE

DEVNEY PERRY

No importa lo que eso signifique. No importaba en qué lado de la ley me pusiera. Elegiría el lado correcto. Elegiría a mi mujer, y a mi niña que llegaría cualquier día.

Los petirrojos piaban más allá de las ventanas. Las hojas de los árboles crujían con la brisa. El último lugar en el que quería estar era en mi escritorio haciendo papeleo. Si tenía tiempo más tarde, daría una vuelta por la ciudad. Detestaba los controles de tráfico, pero en el último mes había puesto más multas por exceso de velocidad que en los últimos cinco años juntos.

Las tareas ajetreadas me ayudaron a ocultar mis temores para que no se manifestaran al llegar a casa. Pero por muchas entradas que escribiera, la fecha de parto de Scarlett se acercaba rápidamente y no conseguía calmar mis nervios.

¿Podría mantenerlas a salvo? ¿Deberíamos desaparecer? Scarlett lo había sugerido una vez. Ahora que nuestra hija estaba casi aquí, lo contemplé más que nunca.

¿Cómo iba a mantenerlas a salvo?

Si Scarlett tenía miedo, no lo dejaba ver. Ni por los Warriors ni por ser madre. Esperaba algo de ansiedad por su parte, un indicio de su incertidumbre y miedo, pero había encontrado este zen durante el embarazo. Era tan fuerte como siempre. Y ponía cara de no tener miedo.

Los dos lo estábamos.

Estaba decidida a no dejar que Tucker Talbot le robara su futuro, y por mucho que yo quisiera sentir lo mismo, el nudo del miedo nunca parecía aflojarse.

Aunque escuchar la sentencia de Tucker había ayudado. Esperaba que ella también se sintiera aliviada cuando me presentara en casa esta noche.

Scarlett se había afianzado en la vida. Se había instalado en nuestra casa y en nuestro barrio. Había hecho amigos. Estaba trabajando para obtener su licenciatura en diseño de interiores en línea. Acababa de terminar sus clases la semana pasada y se estaba preparando para tomarse el siguiente semestre libre para estar en casa con la bebé.

Cualquier cosa que quisiera hacer estaba bien para mí. Había barajado la idea de abrir su propio negocio después de graduarse, posiblemente preparando casas para los agentes inmobiliarios de la ciudad u ofreciendo servicios de diseño por cuenta propia. Incluso había mencionado la planificación de eventos.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Mi mujer tenía talento para ver un espacio y hacerlo brillar.

Estaba muy orgulloso de ella. Por la escuela. Por la forma en que no dejó que su pasado definiera su futuro. Por la forma en que había manejado a su madre. No habíamos tenido noticias de Amanda Marks desde que Scarlett había empezado a enviarle cartas. Pero cada viernes, de camino al trabajo, llevaba la última de Scarlett al buzón.

Dudaba que tuviéramos una respuesta. Scarlett había confesado que tampoco la esperaba. Diablos, tal vez el padre de Scarlett estaba interceptando las cartas. Pero ella las enviaba a pesar de todo.

No había mujer más determinada y decidida que mi esposa.

Los correos electrónicos sin leer en mi bandeja de entrada me llamaban, así que me aparté de la ventana y volví a mi silla. Sólo había llegado a tres cuando mi teléfono volvió a sonar.

El nombre de Scarlett parpadeó en la pantalla.

—Hola, preciosa.

—Estoy en el hospital.

Me levanté de la silla tan rápido que tropecé con las ruedas y me estrellé contra mi escritorio, apenas me sostuve con los codos para no caer al suelo.

El vaso de agua que había rellenado poco antes de que Maria llamara se derramó sobre un informe de turno.

—¿Luke?

—Ya voy. —Quitó el agua del papel y apartó la silla de una patada antes de que me matara. Luego me giré, buscando mis llaves—. Ya voy.

¿Dónde estaban mis llaves? Volví a girar.

—¿Dónde están mis llaves?

Scarlett se rio.

—Tienes tiempo.

—Eso no lo sabes. —Mi voz se elevó, bordeada de pánico.

—No te vuelvas loco —ordenó, y luego terminó la llamada.

¿Dónde carajo estaban mis llaves? La cabeza me daba vueltas mientras buscaba por todas partes. Palpé los bolsillos de mis vaqueros. Vacíos. Mi escritorio. Nada más que papeles, mis gafas de sol y una cartera.

Aparté los papeles, algunos cayeron al suelo. Sin embargo, no estaban las llaves.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—A la mierda.

Tomaría una de las patrullas. Tomé la cartera y salí corriendo del despacho, abriendo la puerta con demasiada fuerza. Rebotó contra el tope y me golpeó en el hombro mientras casi chocaba con Nathan.

Tenía la mano levantada, listo para llamar a mi puerta ahora abierta.

—Dame tus llaves. —Extendí mi mano libre.

Mi mano libre, con mis llaves en ellas.

¿Qué demonios? Debo haberlas recogido, sin darme cuenta de que las había tomado, cuando Scarlett había llamado.

—Eh... de acuerdo. —Buscó en su bolsillo.

—No importa. —Pasé a su lado, casi derribándolo mientras corría a través de los escritorios.

Chuck estaba en su escritorio y cuando me vio correr, salió disparado de su silla.

—¿Es la hora?

—Sí.

—¡Vamos! —gritó, y los demás agentes entraron en acción a toda prisa. La sala entró en erupción.

Fui el primero en salir por la puerta, pero me pisaban los talones, corriendo hacia sus patrullas.

Dos de ellos se adelantaron a mi salida del estacionamiento, con las luces y las sirenas encendidas mientras dirigían la caravana hacia el hospital. Otros tres iban detrás de mí.

Mi corazón se aceleró tanto que las calles se volvieron borrosas.

Por suerte, no tuve que pensar, sólo seguir a los chicos hasta el estacionamiento. Mis neumáticos chirriaron al tomar una curva demasiado rápido. La camioneta se tambaleó cuando frené de golpe junto a la entrada.

Scarlett estaba de pie en la acera con Presley a su lado, ambas negando con la cabeza. ¿Qué carajo hacía afuera?

Presley se inclinó para susurrar algo al oído de su hermana mientras se frotaba la barriga de embarazada. Salía de cuentas en un par de semanas. Al parecer, hubo algo en el agua de nuestra barbacoa inaugural, porque no sólo Scarlett estaba embarazada, sino también Presley. También Genevieve. Y Cass.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Pronto habría muchos bebés.

Puse la camioneta en el estacionamiento, sin molestarme en apagarla. Uno de los chicos lo estacionaría y me traería las llaves.

—¿No es esto un poco exagerado? —preguntó Scarlett, haciendo un gesto con la mano hacia los autos de policía alineados sucesivamente.

—Un poco de desperdicio del dinero de los contribuyentes, Luke. — Presley apretó los labios para luchar contra una risa.

—¿Quién las trajo hasta aquí? —les pregunté a ambas.

Las hermanas intercambiaron miradas de culpabilidad. Ambas eran tan grandes que les resultaba difícil caber detrás del volante.

—Ya hablaremos de eso más tarde —refunfuñé, tomando el codo de Scarlett. Luego la conduje hacia las puertas dobles del hospital, con Presley caminando no muy lejos.

Un coro de aplausos sonó mientras mi equipo silbaba y animaba.

Scarlett les lanzó una sonrisa radiante por encima del hombro, pero yo no me frené. Levanté una mano y desaparecí en el interior para registrarnos. No fue hasta que Scarlett estuvo en una cama, con una bata azul descolorida, que por fin respiré.

—Estás enloqueciendo —dijo Scarlett.

—Sí.

—Las mujeres tienen bebés todos los días.

—No mi esposa.

Dio una palmadita en la cama junto a su cadera.

—Siéntate.

—No puedo. —Me paseé entre el monitor y la silla de invitados en la esquina de la habitación.

—Voy a dejarlos solos. —Presley se acercó al lado de Scarlett y le tomó la mano—. Buena suerte.

—Gracias.

—Si decides echarlo y quieres que entre en su lugar, estaré en la sala de espera.

Scarlett puso los ojos en blanco.

—Estará bien.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Presley me lanzó una mirada dubitativa y luego nos dejó solos.

—¿Qué pasa? —preguntó—. Háblame.

No respondí.

—Luke. —Su voz era tan suave, pero preocupada, que no le negaría la verdad.

—Yo... —Antes de que pudiera confesar que estaba nervioso, Scarlett aspiró un fuerte aliento y apretó los dientes.

Su cara se torció y apretó los ojos.

—Uffff. Eso duele.

Me apresuré a su lado, tomando su mano para que pudiera apretar mis dedos.

—Respira.

Asintió y aspiró por la nariz. La línea verde del monitor se disparó cuando su contracción alcanzó el máximo. Había tenido otras desde que llegamos, pero esta era la peor hasta el momento.

—Lo siento —dije mientras el dolor se calmaba.

—¿Por dejarme embarazada?

—No. —Me reí—. Prometo tranquilizarme.

—Eso estaría bien. —Abrió los ojos y llevó una mano a mi mejilla—. Estaremos bien. La mantendrás a salvo.

Se me cayó la mandíbula.

—¿Cómo lo has sabido?

—Porque te conozco. Esa máscara de valiente no me oculta nada.

—Tú también llevas una.

—Sí, lo hago. Pero el hecho de que tenga miedos no significa que no crea en mi corazón que estaremos bien. Tú. Yo. La bebé. Aquí es donde está nuestra vida. No voy a renunciar a ella. No voy a dejar *que* la abandones. Así que lucharemos por ella, y tú nos mantendrás a salvo.

La fe de Scarlett en mí era aleccionadora.

Me puso en un pedestal. No es que me importara, porque yo también la había puesto en uno. Mis padres habían sido así, viendo lo mejor del otro. Tal vez esa era la base de un matrimonio sólido. Estar en sus pedestales, ojo a ojo, juntos.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Quitó su mano de mi cara y la llevé a mis labios.

—Te amo.

—Yo también te amo.

Nos sentamos así, juntos, durante las siguientes doce horas. Ella se aferró a mi mano durante el dolor. Yo sostenía su pierna mientras ella empujaba. Y ambos lloramos por el milagro del nacimiento de nuestra hija.

Fue mucho después de que se pusiera el sol y de que nuestra niña se durmiera en los brazos de Scarlett cuando finalmente entré en la sala de espera. Estaba llena de caras conocidas.

Presley estaba dormida contra el hombro de Shaw. Me vio primero, levantando las cejas en una pregunta silenciosa.

Asentí, sin poder combatir la sonrisa que se extendía por mi rostro.

Dos sillas más abajo, Dash también se había quedado dormido, con las piernas cruzadas por los tobillos. En el pequeño sofá, mi padre estaba tumbado con una gorra inclinada sobre los ojos. Hacía horas que les había mandado un mensaje de texto diciendo que estábamos aquí y que les enviaría noticias.

Debería haber esperado la multitud. Nuestros amigos no eran de los que esperan en casa un mensaje.

Papá querría saberlo, pero los suaves ronquidos salían de debajo del ala de la gorra de béisbol. Lo dejé dormir.

Emmett, sentado frente a papá, se giró al oír mis pasos y se levantó de su silla.

—Felicidades, hombre.

Estreché su mano extendida.

—Gracias.

—Me debes veinte —dijo Shaw—. Hicimos apuestas sobre quien saldría primero, si tú o Leo.

—¿Leo está aquí?

Emmett asintió.

—Cass se puso de parto hace unas ocho horas.

Si el tiempo coincidía, nuestros hijos compartirían un cumpleaños. A Scarlett le gustaría. Se había encariñado con Cassandra en los últimos ocho meses, tratándola más como una hermana menor que como una amiga.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Unos pasos resonaron en el pasillo. Emmett y yo nos giramos para ver a Leo caminando hacia nosotros, con las manos metidas en los bolsillos y la cara pálida.

—¿Todo bien? —pregunté.

—Tengo una hija. —Leo parpadeó y se pasó una mano por el cabello—. Joder, tengo una hija.

Le di una palmada en el hombro, riendo mientras lo dejaba con nuestros amigos. No había sido el único padre expectante que se había asustado, aunque comparado con Leo, lo había manejado como un campeón.

Al final le encontraría sentido. Y tal vez finalmente abriría los ojos sobre Cassandra.

Cuando volví a nuestra habitación, entré de puntillas, sin querer despertar a Scarlett. Había querido un parto natural y para cuando el bebé había llegado con un gemido, Scarlett estaba agotada. Pero cuando atravesé la puerta, la encontré despierta, mirando a nuestra hija acurrucada contra su pecho.

—¿No es perfecta?

Me senté en la cama, inclinándome para besar la frente de Scarlett.

—Como su madre.

—¿Y si la llamamos Mary por tu mamá?

Mi corazón se hinchó tanto que me dolió. Habíamos descubierto el sexo, pero habíamos decidido no elegir nombres hasta que naciera.

Mary.

Mary Rosen.

Si mamá estuviera mirando, tendría una gran sonrisa en la cara.

—Me gustaría —me atraganté.

—Bien. —Con cuidado, Scarlett se deslizó en la cama, haciendo espacio para mí.

Me quité las botas y me estiré junto a ella, arropándola a mi lado. Cuando rocé la mano de Mary, se abrió lo suficiente para rodear mi dedo índice y sujetarlo con fuerza.

Entonces Scarlett y yo terminamos el día, el mejor día, con una sonrisa.

PRINCE

DEVNEY PERRY

EPÍLOGO ADICIONAL

Scarlett

—¿Por qué tienes que ser tan bajita? —murmuró Mary mientras entraba en la cocina, con su pelota de baloncesto rosa metida bajo un brazo.

—Lo siento, cariño. —Luché contra una sonrisa—. Lo intenté. Quiero decir, tu padre era el tipo más alto que pude encontrar.

Hizo un mohín mientras abría la nevera para tomar una bebida deportiva.

—No soy lo suficientemente alta.

Mi hermosa hija de once años había heredado casi todos mis rasgos. Ojos azules. Cabello rubio. Una estructura pequeña. Sus hermanos, en cambio, eran versiones en miniatura de Luke. Cabello oscuro. Unas mejillas con hoyuelos. Altos. Simon tenía nueve años y ya superaba por unos centímetros a su hermana. Parker, con seis años, también superaría a Mary en poco tiempo.

Quizá si su deporte favorito fuera la natación o el tenis, su estatura no le molestaría tanto. Pero desde que Luke le había regalado una pelota de baloncesto de espuma cuando tenía dos años, se había enamorado del deporte.

Jugaba con ella constantemente. Lo primero que hacía cuando él llegaba a casa del trabajo era preguntarle si podían salir a jugar antes de la cena. Simon y Parker salían con ellos y yo rondaba por la puerta principal, observando con la cámara preparada.

Cuando éramos solo los cinco, su baja estatura no le molestaba tanto. Lo que le faltaba en altura, lo compensaba en energía y en la determinación de ganar, por lo que normalmente les daba una lección a sus hermanos. Mi chica era una gran lanzadora y manejadora de pelotas. Luke no lo había admitido todavía, pero me había dicho en más de una ocasión que pronto ella lo superaría.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Mary se esforzaba mucho, pero en días como hoy, cuando la cancha de la entrada estaba abarrotada no sólo de sus hermanos, sino también de primos, su altura, y la falta de ella, era difícil de superar.

Presley, Shaw y sus hijos estaban aquí para el día. Nico y Noah estaban afuera jugando baloncesto. Su hija, Natasha, solo tenía cuatro años y era demasiado pequeña, aunque adoraba a Mary y la seguía a cualquier parte, incluida la cancha de baloncesto, si la dejábamos.

Natasha entró corriendo por las puertas francesas y su cara se iluminó cuando vio a mi hija.

—¡Mary!

—Hola, Nat. —Mary sonrió y parte de la frustración desapareció de su dulce rostro.

Presley entró detrás de su hija, con nuestro Golden Retriever, Charlie, trotando a su lado. Como los demás niños estaban jugando afuera, se había llevado a Nat al patio para que jugara con Charlie.

—¿Cómo fue el juego? —preguntó Presley.

Mary me lanzó una mirada agónica. No sólo le gustaba el baloncesto, sino que le encantaba ganar. Era exactamente como Luke en ese aspecto.

—Toma. —Caminé alrededor de la isla y abrí el congelador, sacando dos paletas—. ¿Por qué no van afuera y se las comen? No se lo diremos a los chicos.

—¡Sí! —Natasha sonrió y asintió salvajemente.

El ceño de Mary desapareció.

—¿Dónde está el abuelo?

—En el porche —respondí. Había salido a reclamar su silla favorita.

Después de que Josh se retirara del Departamento de Policía en Missoula, se había mudado a Clifton Forge. Luke y yo acabábamos de terminar la remodelación más lenta de la historia en la casa de alquiler. No había sido fácil, pero ahora no se parecía en nada a la aburrida casa segura en la que me había quedado una vez. Ni una margarita a la vista. Y en lugar de alquilarla, se la habíamos vendido a Josh por el precio más bajo.

Esa casa había sido mi proyecto después de que naciera Simon, algo además de perseguir a los dos niños para mantenerme ocupada.

Mi educación no había sido apresurada, pero había obtenido mi título en línea y ahora hacía algún que otro proyecto de diseño en la ciudad. Había

PRINCE

DEVNEY PERRY

un puñado de agentes inmobiliarios que me utilizaban para montar casas cuando se terminaba un proyecto de construcción nuevo. Mi reputación era lo suficientemente fuerte como para hacer un negocio decente, pero no quería que el trabajo consumiera mi vida.

Prefería pasar la mayor parte de mi tiempo aquí, en casa, siendo esposa y madre. Además, ahora que los niños eran mayores, era un trabajo a tiempo completo llevarlos a las reuniones del club y a los entrenamientos deportivos todas las tardes.

Mary tomó la mano de Natasha y la acompañó fuera, Charlie se fue con ellas, dejándonos a Presley y a mí en la cocina. Los vítores y el eco de una pelota de baloncesto llegaron desde el garaje.

—¿Rojo o blanco? —pregunté a mi hermana, dirigiéndome a la nevera. Llámennos incultas, pero a las dos nos gustaba el vino frío, sin importar el color.

—Blanco. —Fue al armario y sacó copas mientras yo abría la botella.

Las dos habíamos construido nuestras propias vidas aquí. Presley tenía su trabajo en el taller. Yo tenía mis aficiones. Cada vez que la productora de Shaw tenía un estreno de una película o quería pasar tiempo con su familia, se llevaba a los niños y volaba a California. Luke y yo llevábamos a nuestro propio equipo al río cuatro o cinco veces cada verano.

Pero aquí era donde Presley y yo nos encontrábamos la mayoría de los sábados por la tarde. Juntas. Estábamos en una de nuestras casas con los niños jugando, nuestros maridos hablando o, como hoy, en el juego. Y las dos nos poníamos al día con una botella de vino antes de preparar la cena.

—¿Quieres adivinar qué he oído? —preguntó Presley—. Ayer pasé por la peluquería para un corte rápido y todas las chicas estaban hablando de ese edificio vacío al final de Central. El rumor es que vamos a tener un nuevo restaurante mexicano.

—Oh, espero que sea verdad. —Habíamos tenido uno durante años y había sido nuestro lugar favorito para reunirnos y comer tacos. Pero entonces los dueños se habían retirado y el restaurante había cerrado, dejándonos a Presley y a mí con ganas de patatas fritas caseras y guacamole desde entonces.

El estruendo de los pies nos advirtió antes de que la puerta del garaje se abriera de golpe. Una corriente de chicos irrumpió en el interior, todos corriendo hacia la nevera.

PRINCE

DEVNEY PERRY

—Mamá, tenemos hambre —dijo Simon, sacando botella tras botella de Gatorade para su hermano y sus primos.

Luke y Shaw siguieron a los chicos, cada uno con una cerveza en la mano.

—Hola, preciosa. —Luke me besó la sien mientras me atraía a su lado.

—Hola. —Dejé mi vino a un lado y rodeé su cintura con mis brazos. Había algunas motas de canas en su cabello estos días. Las arrugas cerca de sus ojos se habían profundizado por los años de risa.

Años de dormirse con una sonrisa.

—¿Cómo fue el juego? —pregunté.

—Los padres ganamos. —Shaw y Luke chocaron las botellas.

Los chicos parlotearon por la cocina mientras recogían los bocadillos, y luego Presley los echó afuera con las chicas. Desaparecieron justo cuando sonó el timbre de la puerta.

—¿Quién podría ser? —le pregunté a Luke.

Se encogió de hombros, me dio un pellizco en el trasero y fue a contestar. A Luke seguía sin gustarle que abriera la puerta, a pesar de que había pasado más de una década desde que arrestaron a los Warriors.

La voz que saludó era apagada, sus palabras indistintas. Debe ser un vecino. Pero cuando entró en la casa con una mujer mayor detrás, me tomó por sorpresa.

También el yeso de su mano izquierda.

También su cara.

La cara de mi mamá.

Presley jadeó.

Se me cayó la mandíbula.

—¿Mamá?

Ella asintió pero no habló, parpadeando rápidamente mientras sus ojos se inundaban de lágrimas.

Miré más allá de Luke, buscando a otra persona, pero era imposible que Luke hubiera dejado entrar a mi padre en esta casa. Lo que significaba que mamá había venido sola.

Durante más de once años le había estado escribiendo a mi madre. Una carta, cada semana. No tenía forma de saber si las había recibido. Si había

PRINCE

DEVNEY PERRY

recibido mis actualizaciones incoherentes sobre la vida en Clifton Forge. Si le habían gustado las fotos que le enviaba de los niños a medida que crecían.

Pero yo seguía enviándolas igual.

Una carta, cada semana, enviada con esperanza.

Había envejecido con los años, pero aparte de la escayola, tenía buen aspecto. Su cabello, antes largo y rubio, era ahora blanco y gris, con el flequillo peinado hacia un lado. Pero sus ojos azules eran del mismo color que yo recordaba, el mismo que veía en el espejo cada mañana.

El mismo color que veía en mi hija.

—Amanda, este es Shaw. —Luke señaló con la mano a mi cuñado—. El marido de Presley.

—Encantada de conocerte —dijo mamá en voz baja, y luego miró a Luke—. Y a ti también.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunté, acercándome a mi hermana y tomando su mano. La agarró con tanta fuerza que me dolieron los dedos. Pero por lo demás, estaba demasiado aturdida para moverse o hablar.

—Recibí tus cartas —dijo mamá.

Mi corazón se aceleró.

—Bien.

—¿Dónde está...? —Presley no pudo terminar su frase. No es que lo necesitara.

—Lo dejé. —Mamá se movió sujetando la escayola—. Ya era hora.

—¿Estás... bien? —pregunté.

Me dedicó una pequeña sonrisa.

—No pensé que las volvería a ver. Y me preguntaba —mamá tragó saliva—, si podría conocer a mis nietos.

Miré a Luke, que asintió, y luego me volví hacia Presley.

Su mirada expectante.

—Nunca pensé...

Nunca pensó que mamá dejaría a papá. Yo tampoco. En realidad, no. Pero había enviado las cartas de todos modos.

—Están afuera. —Presley me soltó y corrió al lado de mamá. No la abrazó, pero sujetó el brazo no herido de mamá y la llevó al patio trasero.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Me llevé la mano a la boca y se me escaparon las lágrimas que hace un momento estaba demasiado aturdida para formar.

Shaw me puso la mano en el hombro, dándome un apretón, y luego salió detrás de su mujer.

Entonces estaba en los brazos de Luke.

—Dios mío —susurré, hundiéndome en su fuerza—. No pensé que la volvería a ver.

—Lo sé. —Me acercó—. No puedo creerlo.

Una risa burbujeante se liberó.

—Ella lo dejó.

—Sí.

—Lo dejó, Luke. —Abracé a mi marido con tanta fuerza que mis brazos se tensaron—. Ella está aquí.

—La tenemos ahora.

Sí, ahora la teníamos. Mamá no volvería a temer por nada. Cueste lo que cueste, mantendremos a mi padre alejado. Y conocía a un jefe de policía que estaría más que feliz de meter a ese bastardo en la cárcel si ponía un pie en Clifton Forge.

—Vamos. —Luke me soltó y me llevó por la casa, donde presentamos a nuestros hijos a su abuela.

Cuando Parker la miró de arriba abajo, se volvió hacia Mary.

—Es bajita como tú y mamá.

Todo el porche estalló en carcajadas, para disgusto de mi hija. Pero Luke la envolvió en un abrazo, algo que siempre ponía una sonrisa en la cara de Mary. Al fin y al cabo, era exactamente igual que yo.

La velada transcurrió con una conversación fácil. Mamá se sentó y escuchó, haciendo algunas preguntas, pero sobre todo disfrutando de la charla de los niños y escuchando de primera mano las vidas de sus hijas.

Shaw y Presley le ofrecieron un lugar para quedarse, y como su casa era cinco veces más grande que la nuestra, tenía sentido. Así que cuando la oscuridad se instaló tarde en una noche de verano de Montana, nos despedimos.

—Vendremos mañana a visitarte —le prometí a mamá, dándole un abrazo.

PRINCE

DEVNEY PERRY

Era extraño tenerla en mis brazos, pero después de años separados, su abrazo era el mismo.

—Gracias, Scarlett —susurró.

—¿Por qué?

—Tus cartas me salvaron la vida. Me dieron valor.

La abracé más fuerte.

—Me alegro de que estés aquí, mamá.

—Yo también. Estoy muy orgullosa de mis hijas. Y agradecida de que se hayan casado con buenos hombres.

Sonreí a mi marido por encima de su hombro.

—El mejor.



312

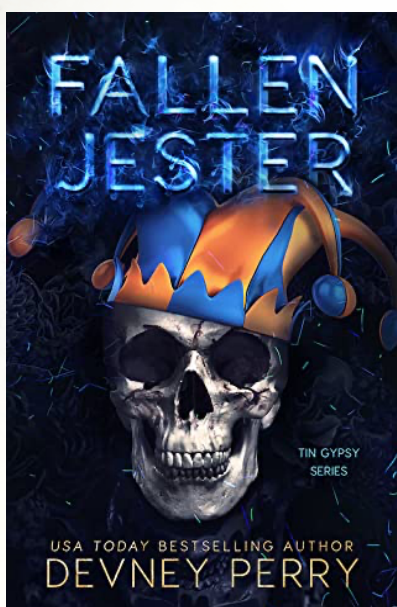
TIN GYPSY: LIBRO CUATRO

NOBLE

PRINCE
DEVNEY PERRY

PRÓXIMO LIBRO

Fallen Jester (Clifton Forge #5)



Leo Winter ama su vida. Trabaja cuando necesita dinero. Monta cuando anhela libertad. Frecuenta el bar local cuando quiere pasar un buen rato. Puede que los Tin Gypsies sean un recuerdo, pero la vida de soltero que llevaba con su club de motociclistas le sigue gustando. Por eso, cuando una aventura de una noche lo sorprende en una barbacoa familiar y afirma que está embarazada de él, está seguro de que ha muerto y se ha ido al infierno.

Cassandra Cline se tomó una noche libre de su estructurada vida. Una. Y ahora su salvaje aventura con el chico malo local ha hecho que su vida se desvíe. Sus sueños y su carrera académica se están yendo por el desagüe, y nada de esto habría ocurrido si se hubiera mantenido lejos, muy lejos de Leo.

Pero evitarlo es imposible, sobre todo cuando se ve obligada a mudarse a su casa en Clifton Forge, Montana. Y él se niega a separarse de ella cuando una serie de extraños accidentes la ponen a ella y a su bebé en peligro. ¿Pero son accidentes? ¿O ella está en medio de un campo de batalla que no comprende?

Sus únicos aliados son personas que apenas conoce. Y un hombre que tiene el potencial de robarle el corazón.

Si sólo dejara de hacerse el tonto.

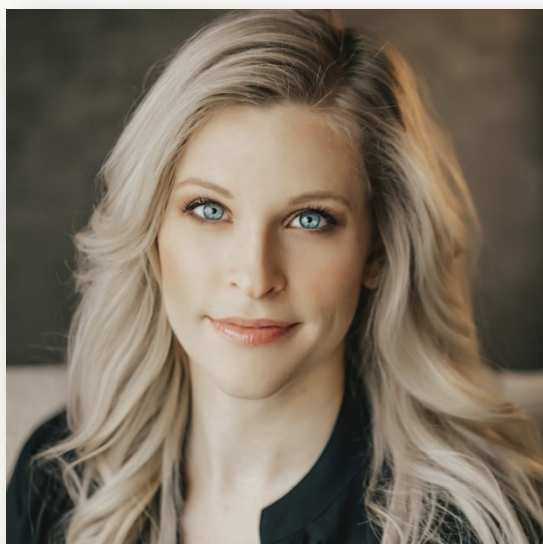
TIN GYPSY: LIBRO CUATRO

NOBLE

PRINCE
DEVNEY PERRY

SOBRE LA AUTORA

Devney Perry



Devney es una autora superventas del USA Today que vive en Washington con su marido y sus dos hijos. Nacida y criada en Montana, le encanta escribir libros ambientados en su preciado estado natal. Después de trabajar en la industria tecnológica durante casi una década, abandonó las reuniones y los horarios de los proyectos para disfrutar del más lento ritmo de estar en casa con su familia. Escribir un libro, sin contar varios, no era algo que esperara hacer. Pero ahora que ha descubierto su verdadera pasión por la escribir romance, no tiene planes de parar nunca.

314

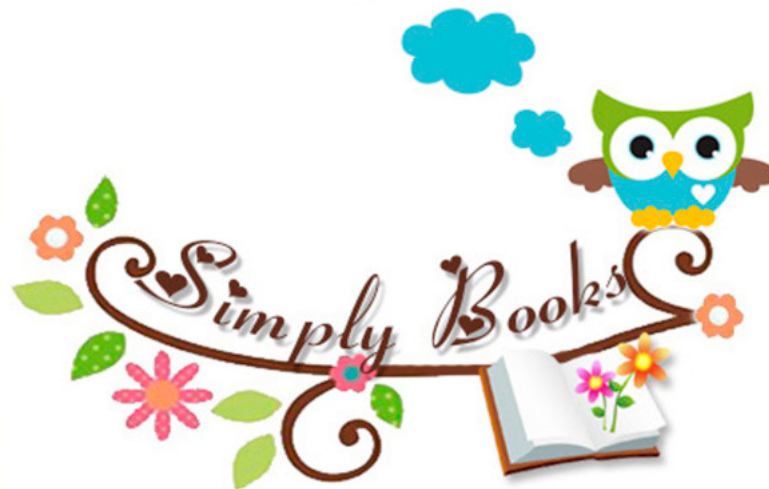
TIN GYPSY: LIBRO CUATRO

NOBLE

PRINCE

DEVNEY PERRY

Simply Books te invita a apoyar
la lectura y comprar los
libros de tus autores favoritos



315

TIN GYPSY: LIBRO CUATRO

NOBLE